

S O F Í A N A V A R R O

CHISPA Y HUMO



# CHISPA Y HUMO

SOFÍA NAVARRO

## Introducción.

Julia conoció una vez a dos mujeres. Una de ellas se había divorciado de un desgraciado hacía más de diez años, mientras que la otra llevaba casada con un hombre maravilloso unos veinte años. La primera vivía con lo justo, trabajando muchas horas al día, cobrando una miseria; la segunda tenía dinero de sobra para darse algún que otro capricho, trabajaba con un horario estupendo y su marido aportaba otro buen sueldo a las arcas del hogar. La primera tenía una hija de catorce años, y la segunda tenía una hija de quince.

Las mujeres no se conocían. Sus hijas, sin embargo, eran mejores amigas.

Contándose confidencias, las niñas comprobaron lo siguiente:

Sus madres eran iguales. Ambas exigían exactamente lo mismo a sus hijas, repetían sistemáticamente las mismas frases, les castigaban exactamente con las mismas privaciones..., y ambas mujeres perdían los papeles con histeria, bajeza, falta de clase y asombrosa grosería, provocando la vergüenza ajena en todos los que presenciaban sus enfados. La única diferencia era que, en el caso de la primera mujer, no sorprendía esa bajeza, debido a su estilo de vida, mientras que en el caso de la segunda era chocante... debido a lo mismo.

La primera mujer era la madre de Ángela, la mejor amiga de Julia. La segunda mujer era Teresa, la madre de Julia. La diferencia entre las dos mujeres había sido el haber encontrado a un hombre malo y a un hombre bueno. A partir de ello, toda su vida se había visto condicionada para bien o para mal. Si Teresa no hubiese encontrado al padre de Julia, no habría tenido más privilegios que los que tenía la madre de Ángela, pues en nada se diferenciaban: la ciudad en la que vivían, sus niveles de estudios, sus pasatiempos... Ellas eran casi idénticas.

Julia y Ángela se propusieron ser diferentes a sus madres, porque, de una u otra manera, les habían decepcionado sin remedio.

La madre de Ángela sufría maltratos por parte de su ex marido, y por eso se divorció, lo cual hizo sufrir mucho a su hija. Ángela quería ser una madre ejemplar, con un buen marido que la quisiera. Quería tener una familia feliz y hacer lo imposible para que no fuese una familia rota.

Por su parte, Julia quería valerse por sí misma, sin que nadie tuviese permiso para llegar a su vida con la intención de darle sentido. Aceptaba a las personas que le daban sabor a su vida, pero el sentido se lo daba ella. Su madre no valía nada sin su padre; Julia no quería eso para sí misma.

## CHISPA Y HUMO

Julia era una mujer de treinta y nueve años a la que le quedaban menos de tres meses para cumplir los cuarenta. Aparentaba justo la edad que tenía. No era una mujer fea, ni guapa. Era natural y sencilla, de las que están guapas cuando saben sacarse partido. Su aspecto le importaba, aunque no le preocupaba en exceso. Siempre lucía una melena suelta y ondulada, de color rubio teñido. Estaba delgada; en realidad seguía una dieta estricta desde que se independizó, años atrás. Había sido gorda de pequeña y sólo al salir de su propia casa pudo empezar a comer en condiciones... aunque todo eso no era suficiente para acabar con la celulitis que estaba como incrustada en ciertas zonas de su piel.

Con su independencia llegaron muchas cosas buenas. Perdió muchos kilos; empezó a pedir que su nombre fuese pronunciado como el de Julia Roberts, y no con la jota española, le era más fácil trabajar; podía tener su casa tan arreglada o desarreglada como quisiera, no tuvo que soportar más la música barata de su hermana mayor, que tenía un oído en Madrid y el otro en Cadaqués, podía dormir la siesta sin que su madre le abriese la puerta de la habitación tan bruscamente como sus fuerzas se lo permitieran con el claro fin de despertarla de mal humor para tener la consecuente pelea con la que desahogarse a costa de su hija... Detalles que ya casi no resonaban en su memoria.

La lista de bondades en su vida era interminable. Lo mejor, sin duda, fue que eran suyos los principios y prioridades a seguir en su casa, y no los de su madre.

Pero también hubo cosas malas con su independencia. Para empezar, su vicio con el tabaco se cuadruplicó. Fumaba como un camionero con estrés. Y para seguir, Julia abandonó su casa de forma brusca, repentina, herida por la forma en que su madre le había tratado siempre. Le daba pena abandonar a su padre, pero era la única solución. Aquel hombre vivía por ella, y era la única persona que la comprendía, aunque no pudiera apoyarla. La tristeza para ese hombre fue tal, que, viviendo solo con su mujer, y siendo visitado por su predecible hija mayor, se apagó poco a poco hasta irse también. Julia se sentía culpable de la muerte de su padre, en cierto modo, por haberle dejado solo entre las brujas. Pero de aquello ya hacía mucho tiempo...

Julia vivía en Madrid, en el barrio de Chueca, sin importarle lo más mínimo la fama del barrio o la orientación sexual que tuvieran sus vecinos. Ella era heterosexual y, sin embargo, disfrutaba y reía con las fiestas del Orgullo gay.

Aquel lugar, que reforzaba las dudas que su madre tenía sobre su gusto por los hombres, era perfecto para sus quehaceres, pues Julia trabajaba en casa con su ordenador y sus reflexiones. Era escritora, y tenía un pseudónimo con carácter: Tarántula. No lo eligió ella, lo eligió su hermana mayor, Tamara. Entre ambas había un eterno sentimiento de repulsión mutuo. Cuando, un buen día, Tamara se quedó sin otro insulto que proferir a Julia, la llamó así: tarántula. A Julia le gustó tanto que lo utilizó, fastidiando aún más a su hermana.

Tarántula era una escritora de éxito que se mantenía en el más absoluto anonimato. Escribía novelas muy comerciales y tenía lectores fieles, pero ni siquiera esos ávidos seguidores conocían su nombre real o su aspecto. Julia no vendía su imagen a nadie, ni siquiera prestaba su

rostro para que su fotografía apareciese en sus libros. Era una persona muy celosa de sí misma. Quizás no veía para qué iba a servirle mostrarse a todos, si realmente nunca nadie había sabido darle el valor que ella realmente tenía, excepto su padre, quien tampoco había tenido el coraje de decirle que estaba orgulloso de ella.

Hacía años que a Julia la opinión del resto del mundo le importaba menos que nada.

Aquella mañana de septiembre, con un calor abrasador, Julia salió de su piso con la intención de sonreír durante todo el día.

En el zaguán se encontró con su vecina Elisabeth, una boliviana que trabajaba como costurera de trajes de fantasía para muchos de los vecinos del barrio y de los alrededores. Era un poco cotilla, pero muy dulce con Julia. La escritora no tenía que sonreír con hipocresía cuando hablaba con aquella mujer.

–Buenos días, señorita Julia –le saludó la costurera, viendo que su vecina miraba si había algo en su buzón.

–Buenos días, Eli. ¿Qué tal el trabajo? –Julia preguntó sonriendo y mirando los sobres que había encontrado.

–Parece que no acabo nunca. Pero mejor así, señorita, que no se sabe cuándo llegarán las vacas flacas.

–¿Cómo va mi encargo?, ¿progresando? –Julia dejó de mirar los sobres.

–Cómo no, señorita. Estará listo para la fecha que mandó.

–No esperaba menos –tiró los sobres a la papelera; todo era publicidad–. Bueno, Eli, me voy ya.

–¿Va a la editorial, señorita?

–Eli...

A Julia no le gustaba que nadie, excepto su editor, hablara con ella sobre sus libros o su trabajo. Con el resto del mundo prefería fingir que no era escritora. Julia temía que si no había una diferencia clara entre ella misma y lo que representaba su pseudónimo, éste perdería toda su chispa. Sin embargo, hacía tiempo que Elisabeth descubrió que Julia era Tarántula, husmeando entre el correo de la chica. Y, casualidades de la vida, era su autora favorita.

–Lo siento, señorita, pero es que... quería decirle que ya he leído su último trabajo. Es magnífico, se lo aseguro. Quería darle mi enhorabuena.

–Tú siempre eres muy generosa conmigo, Eli. Muchas gracias. Tengo que irme.

–Adiós, señorita.

Julia salió del edificio, encendió un cigarrillo y comenzó a caminar. No había sido del todo sincera con Elisabeth. No era *generosa* la palabra que buscaba, sino más bien *condescendiente*. Sabía que su última novela no había superado las anteriores, estaba en la línea de las demás.

Ser independiente le encantaba, pero serlo gracias a sus libros era lo mejor. Por supuesto que vivir de la literatura, por más comercial que ésta fuera, no era fácil. Julia dedicaba algo de tiempo todas las semanas a pensar en algo sobre lo que opinar en el periódico de más tirada del país. Eso le daba de comer, mientras que sus libros le daban los ingresos extra.

Tarántula poseía un ingenio mordaz y unas dotes únicas para hacer enfurecer a cualquiera diciendo sólo la verdad. Sus críticas al sistema eran arrolladoras, al tiempo que sus alabanzas, a quienquiera que fueran dirigidas, eran pocas y discretas. Llamaba la atención entre los articulistas

y columnistas de todo el país... Cuando escribía en los periódicos dejaba a un lado lo comercial, y eso se notaba. No tenía tanto éxito con las columnas, pero se solía acercarse más al escándalo. Sin embargo, Julia tenía aspiraciones más mundanas, sólo deseaba valerse por sí misma y disfrutar de ello. Por el momento parecía haberlo conseguido.

Se dirigía, como bien había intuido Elisabeth, a ver a su editor. Madrid le parecía una ciudad inmensa, y aunque Julia prefería ir a todas partes andando, era obligado el uso del metro. Allí dentro no se permitía fumar, así que su cigarrillo, a medias, acabó en el suelo. Desde luego, nada más salir de allí volvió a encender otro.

Estaba a punto de llegar a la editorial cuando pasó por delante de su librería favorita. Un cartel a todo color anunciaba que su nueva novela ya estaba a la venta. Julia dio una profunda calada, estaba seria mirando el cartel. Tiró el cigarrillo al suelo y pasó al interior de la librería.

–¡Hola, Julia! –le saludó Mari, la propietaria, con mucha energía.

–Buenos días –respondió Julia, sin tanta algarabía.

Julia comprendía la alegría que su presencia despertaba en aquella mujer. Normalmente se dejaba una pasta cada vez que pisaba el establecimiento.

–Qué guapa estás hoy, ¿no? –le dijo Mari, como si la pregunta hubiera sido si Julia tenía una cita.

–No me he mirado al espejo al salir –se hizo la despistada.

Julia llevaba las mechas rubias con raíces de tres meses, se había puesto lo primero que había encontrado a mano y no llevaba maquillaje. Sinceramente, pensaba que su aspecto aquella mañana no debía de ser digno de piropos, sino más bien de censura. Mari esperaba que Julia desembolsara de lo lindo.

–Oye, Mari, he visto un cartel ahí fuera...

–Es la nueva novela de Tarántula, esa escritora que tanto te gusta –dijo Mari, invitándola a que la comprase–. Salió hace una semana.

–Bueno... no es mi favorita –dijo Julia–. En realidad ya me aburre un poco. No sé si comprarlo.

–Vamos, mujer, si es estupendo. Tan bueno como los otros.

–¿Cuál es el precio?

–Veinte euros –respondió con una mirada que desdeñaba la, al parecer, irrisoria cantidad.

–No sé. Estaba pensando en comprar algo diferente... Quizás este –Julia tomó un libro grueso de tapa dura. Una edición especial de un clásico–. Aunque parezca mentira, nunca lo he leído.

Julia miró a Mari y supo que estaba a punto de saber lo que había ido a averiguar.

–¿Cuál me recomiendas tú?

–Oh, pues si no lo has leído nunca, sin duda es mucho mejor que te lleves ese. Además, una edición especial tan exquisita... es para no dejarla escapar.

–Desde luego –Julia pareció pensativa–. Pero, ¿y el de Tarántula?

–Bah, no tienen comparación –Mari bajó la voz, poniéndose misteriosa–. Tarántula empieza a repetirse, los clientes habituales lo dicen ya. Es un libro que se leería en una tarde pero que dura meses en la mesilla de noche... de puro aburrimiento.

Julia tragó saliva, pretendiendo que no se notara en su mirada que lo que Mari le decía le preocupaba.

–Como sé que a ti te gusta, no quería darte las malas críticas. Pero si confías en alguien que sabe lo que es un buen libro... escucha lo que te digo.

–Está bien –dijo al fin, poniendo la edición especial sobre el mostrador–. ¿Cuál es el precio de este?

–Setenta euros –sonrió Mari.

Julia le dirigió una mirada inexpresiva.

–Me temo que no llevo tanto dinero encima. Hoy he salido ligera de casa.

–Puedo guardarte un ejemplar –se ofreció Mari.

–No, gracias. No sé cuándo volveré. Adiós.

–Adiós, Julia... –Mari se quedó preocupada; su clienta se había puesto muy rara.

–Zorra –dijo Julia, cuando se encontró fuera del establecimiento y pudo encender otro cigarrillo–. Ni puta idea tienes de lo que es un buen libro. Setenta putos euros... ¿Pero quién coño paga setenta euros por...? –dijo una fuerte calada–. Joder, y encima el autor ni se entera, está criando malvas desde hace siglos.

Aquella mañana ya no era tan brillante.

Fue con paso ligero hasta la editorial.

Ernesto era un hombre de unos sesenta y cinco años, alto y delgado, con pelo poco poblado y muy canoso. Sus ojos azules ya estaban bastante apagados y brillantes por la edad. Tenía tupidas cejas y grandes bolsas en los ojos. Lo que más le distinguía era su voz. Una voz profunda y firme. Era un hombre muy inteligente, por eso había sabido hacer negocio en el mundo de la literatura.

Conoció a Julia cuando era una niña, y siempre supo de su amor por la escritura. Cada vez que la veía estaba escribiendo o leyendo. Ernesto era el mejor amigo del padre de Julia. Siempre pensó que la niña tenía madera de escritora, -sin saber de dónde demonios la habría sacado- y así se lo hizo saber a su padre, con la intención de que éste le pasara los escritos y pudieran ser publicados. Pero el padre de Julia, obedeciendo a su esposa, se negó siempre. La niña tenía que estudiar, tenía que proseguir con sus estudios hasta ser licenciada, no importaba la carrera. Sólo entonces tendría Ernesto el beneplácito de su mejor amigo para ofrecerle a Julia dinero por su trabajo.

Su secretaria llamó al despacho para asegurarse de que no estaba ocupado.

–Dime –contestó Ernesto, sin más.

–Señor, la señorita Julia está aquí. Quiere verle.

–Y yo a ella. Hazle pasar.

Ernesto colgó y buscó entre sus papeles un periódico.

La puerta se abrió y Julia apareció en el despacho. Ernesto estaba de espaldas, buscando un libro en su estantería. Y aún así...

–Julia –era de los pocos que pronunciaba su nombre como ella quería–, apaga ese cigarrillo.

–¿Cómo sabes que estoy fumando? No ha podido llegarte el olor.

Ernesto se acercó a ella con un cenicero en las manos.

–Si es tan amable, señorita...

Julia apagó el cigarrillo con desgana.

–Gracias. Siéntate, por favor.

A pesar de tener casi cuarenta años, se comportaba como una adolescente cuando hablaba con su editor. Ernesto se lo permitía, en realidad hasta le hacía gracia.

–Bueno, Julia... ¿Qué tal va tu nuevo libro?

–A eso he venido, a que me informes –dijo, nerviosa.

–Veo que ya intuyes que las noticias no son lo que llamaríamos... buenas –y a pesar de ello, Ernesto no parecía más nervioso que ella.

–Lo sé. Los paletos creerán que es bueno. Pobre Eli...

–Ah, sí. ¿Le ha gustado a tu vecina? –se interesó Ernesto.

–Ella dice que sí. Pero, ella es...

–¿Fácil de satisfacer?

–Yo iba a decir cutre –Julia estaba de mal humor.

–Estás enfadada. No te alteres tanto, Julia –dijo Ernesto con tranquilidad–. Unas críticas valen más que otras, pero esa mujer, por más paleta que sea, ha comprado tu libro y tiene una buena opinión sobre él. Eso es positivo.

–Supongo que sí... Pero luego he ido a ver a Mari, y al parecer todos los clientes dicen lo mismo.

–¿Qué dicen?

–Que mi novela se podría leer...

–¿En una tarde pero se queda en la mesilla de noche un mes... de puro aburrimiento?

–Literalmente –se sorprendió Julia.

Ernesto sonrió con cariño y negó con la cabeza.

–Julia, no sé qué dirán los clientes. Probablemente, con el truco que siempre utilizas para sacarle las críticas a Mari, habrás optado por un libro mucho más caro y la pobre mujer ha tenido que echar mano del periódico.

La escritora miró extrañada a su editor. Ernesto tomó el periódico que había entre sus papeles.

–Creo que Mari ha leído la página cincuenta y seis. Al menos, lo que te ha dicho está sacado de ahí.

–¿Qué?

–Léelo tú misma –le pasó al vuelo el periódico de una semana atrás.

Julia empezó a dejar que sus ojos se mostraran más incrédulos a medida que leía la crítica de su última novela.

–Vamos a ver, Ernesto... Historia ñoña, auto-remake empalagoso, aburrida, poco original... ¿Pero quién ha escrito esta mierda?

–Mario Guerra –el editor se puso más serio–. No es un cualquiera, como lo son Elisabeth o Mari, la verdad. Intuyo que no le conoces...

–No.

–Permite que te presente. Este señor tiene una reputación brillante. Hace bien poco que ha sido contratado por el segundo periódico de más tirada del país para que se dedique a hacer críticas de libros. Ya trabajó allí antes, pero luego se fue del país. Tiene una trayectoria impecable. Estuvo diez años en el New York Times, trabajando para llevar al día su famoso ranking de best-sellers. Es su prestigio contra el tuyo.

–Hijo de puta... ¿Es el que se cargó a Trinidad Montanal?

–Bueno, el que supo darle el golpe final –afirmó Ernesto, resignado.

–¿Se dedica a escribir críticas literarias, o esquelas? –Julia se mostró sarcástica y enfadada.

–Esquelas literarias en forma de crítica. Con ese hombre es mejor tener cuidado. Si le pareces bueno te llega a mimar en sus críticas, si no, puedes empezar a rezar.

–¡Que rece tu padre! No me digas gilipolleces... –aquello la desesperó–. Si ese cabrón no sabe valorarme, que se joda. Mis lectores son fieles.



Ernesto, siempre lleno de amor paternal hacia Julia, no le tuvo en cuenta sus rudas palabras. La conocía. Estaba cabreada consigo misma. Y lo que estaba a punto de decirle no era mejor.

–Tus lectores fieles no son suficientes para cubrir el coste de la edición. Necesitamos subir las ventas urgentemente.

–¿Y qué esperas que haga? Tal vez debiera de ir a casa de ese capullo, apuntarle con un rifle como hacen en Estados Unidos y decirle que rectifique.

–No sé si un rifle es la solución más discreta –sonrió, irónico, Ernesto.

–Estará acostumbrado... Ha vivido diez años en Norteamérica, ¿no? –dijo Julia, burlándose con desprecio–. Eso sólo lo puede hacer un dios cuando naces en este país, ¿cierto? ¡Claro, un español no es una mierda hasta que no ha trabajado con éxito en Estados Unidos! –Julia estaba bien harta de ese tipo de valoraciones–. ¡Pues que les den a él y al New York Times!

–Julia...

–De acuerdo, joder... No puedo evitarlo. Yo quiero estar en ese ranking de best-sellers, y en lugar de eso, me encuentro pateada por un tío que, encima, ha estado viviendo en Nueva York. La gente tiene suerte; mucha más que yo. ¿Por qué ahora que tengo la independencia con la que siempre soñé, parece que sólo me apedrean por todas partes? –se puso irónica–. Al resto del mundo le jode que una sea feliz.

Ernesto sonrió, comprensivo.

–Sé que desearías escribir en y para Norteamérica, pero...

–¿Qué dices, trasnochado? –saltó ella, más divertida que otra cosa–. Quiero que me lean en Norteamérica, no escribir en y para ella. Ni que me la quisiera tirar... Pero el prestigio es el prestigio.

–En cualquier caso, no hay otro camino que el del trabajo duro. Tenemos que vender tu novela y limpiar tu nombre, como sea.

Julia suspiró profundamente.

–¿Qué sugieres? –preguntó, con los ojos cerrados.

–Tenemos dos opciones bastante válidas. La primera es que empieces a acercarte a tus lectores.

Julia abrió los ojos rápidamente, se arrimó a la mesa de Ernesto y exigió:

–Traduce eso antes de que...

–Quiero decir que des alguna rueda de prensa, o que prepares algún encuentro con tus lectores –a Ernesto no le parecía tan mala idea.

–De ninguna manera –dijo ella, poniéndose en pie y paseándose por el despacho–. No, estoy harta de que la gente me juzgue por todo. Por cómo hablo, por cómo me muevo, por cómo me veo, por cómo me visto, por cómo respiro... No voy a dejar que sepan quién soy.

–Podría ser más interesante de lo que crees, Julia.

–Si fuera Carrie Bradshaw no me importaría. Pero no lo soy, ¿vale? No hay una glamurosa escritora en mí. No soy tan vanidosa como ella, doy más asco que ella, soy penosa al lado de ella y no tengo ni un tercio de la mitad del estilo que sabe tener ella.

Eso sí hizo reír a Ernesto.

–Julia, esa chica es un personaje de ficción. Tú eres real y tus imperfecciones son hermosas.

–Y una mierda.

–En serio, lo verías con más claridad si no te compararas con un personaje ficticio.

–Pues eso es lo que quiero decir. Tarántula también es un personaje ficticio. No quiero

reventar esa burbuja. No puedo permitir que la gente lea mi pseudónimo en un libro y en seguida les llegue mi cara a la mente. Es ridículo, Tarántula es... es... perfecta. No puedo destrozarla, Ernesto –Julia lo dijo con cariño–. Ella es mi creación. Necesito que tenga ese alo de perfección, de ensueño y de misterio. Si se acaba el misterio, se acaba la magia y toda la inspiración que hay en ella. Necesito esa máscara para escribir.

Ernesto pensó con cautela. Julia estaba alterada y muy decepcionada consigo misma. Probablemente no había nada peor para ella que eso.

–Necesitas esa máscara para escribir...

–Sí, eso es –Julia volvió a sentarse.

–¿Y si escribieses sin ella?

–¿Por qué?

Ernesto quería ser cuidadoso con aquello.

–Verás, Julia... Hay muchos escritores que necesitan sentir que son otra persona para que sus novelas cobren vida. Pero ese personaje que crean en sus cabezas tiene limitaciones. Lo que intento decirte es que vales demasiado como para permitir que tu personaje fagocite a la escritora que hay en ti. Si Tarántula se ha agotado, búscale un nuevo enfoque a tu trabajo.

–¿Cómo?

–Pues no sé, soy editor, no escritor... Pero conozco casos de escritores que lo han conseguido. Por ejemplo, uno que lleva años contando historias ficticias o pseudo-históricas, ambientadas en la guerra de Vietnam, se pasa de pronto a las novelas históricas ambientadas en el Renacimiento.

Julia sonrió.

–Ernesto, eso es muy arriesgado. Los lectores saben de qué vas; por eso deciden si compran tu novela o no. Yo llevo años contándoles historias de amor. No podría ponerme a contarles historias bélicas.

–Lo sé, pero dale otro enfoque. Los amores que narra Tarántula son muy ideales. ¿Y si contaras historias más...?

–¿Deprimentes?

–No exactamente.

–Aburridas.

–Realistas.

–¿Historias de amor realistas? Es la mayor contradicción que he oído. El sexo es realismo, el amor es siempre platónico, digan lo que digan. En el amor no hay nada real, porque las neuronas quedan fundidas. Todo es una fantasía, una mentira enmarañada que nos explota en la cara cuando pasamos al jodido matrimonio. No existe el amor verdadero. ¿Quieres que cuente eso? ¡Despertad! El amor duele y una de las grandes mentiras de la Historia es *te querré siempre*.

–Si pudieras hacerlo... con tu sarcasmo natural. Con esa ironía que usas en las columnas del periódico. ¿No podrías contar una historia de amor con esa garra?

–No sé...

–Pues esa es la segunda opción para sacarnos de este apuro. O dar la cara al público, o escribir en seguida algo bien fresco.

Julia se quedó en silencio, pensando. No cruzó la mirada con Ernesto mientras calculaba las posibilidades reales de escribir ese libro.

–Necesito un cigarrillo –murmuró.

Ernesto sabía lo que eso significaba. Julia esquivaba el tener que darle una respuesta.

–Llámame antes del fin de semana con una decisión, por favor –pidió Ernesto.

–Muy bien –Julia se levantó.

–Hablo en serio, Tarántula –sonrió Ernesto–. Si no me llamas, iré a tu casa y aporrearé la puerta hasta que me des una respuesta.

Julia sonrió. Y asintió sin decir palabra.

–Nos veremos pronto, Ernesto. Ya lo creo.

–Adiós, Julia.

La escritora salió de allí con ganas de encerrarse en casa y no ver a nadie en un mes.

Durante todo el día, Julia se quedó en casa, indagando por periódicos pasados de fecha e Internet, en busca de Mario Guerra. En su mesa de escritorio tenía el ordenador encendido realizando búsquedas, pero nada de lo que encontraba era completamente satisfactorio para ella.

Junto al ordenador había servilletas con restos de comida. Cuando no quería perder el tiempo, Julia comía lo que fuese más rápido de preparar y más manejable a la hora de moverse por el piso mientras almorzaba. Un bocadillo y un paquete de patatas habían sido su frugal menú aquel día. Nunca se complicaba con la comida, y mucho menos cuando estaba ocupada.

–Vamos, aparece de una vez... –murmuró, abriendo otra página web en la que encontró un artículo de opinión.

Con la firma del tal Mario Guerra había encontrado artículos, crónicas, críticas literarias, críticas cinematográficas... El tipo destripaba cualquier cosa ante la que pudiera dar su opinión. Casi siempre criticaba ferozmente. No era como Julia con sus columnas; ella era sarcástica, atacaba con humor negro. Pero ese hombre era...

–Hijo de puta –pronunció la escritora, al leer la crítica que llevó a su compañera, Trinidad Montanal, a la ruina–. La fusiló con esta mierda.

Julia deseaba encontrar alguna fotografía de aquel tipo. Lo imaginaba con su cara de viejo intelectual reprimido, con años de sabiduría y un ego inquebrantable, una cara arrugada, con gafas de enterado y soberbias canas rodeando enormes entradas. Un hombre que por ser veterano podía destrozarse a los demás. Un hombre como su madre, que se tenía muy creído eso de que el Diablo sabe más por viejo que por Diablo. Julia se consideraba una diablesa a la que no se le tenían que caer las carnes para saberse inteligente. Era una diablesa muy joven, lo sería incluso tras su próximo cumpleaños. Así que los ancianos amargados que insistían en desinflar su autoestima no le hacían ninguna gracia.

A pesar de pasarse la tarde buscando información sobre ese hombre, habiéndose bebido tres tazas de café para no dormir una siesta de cuatro a ocho de la tarde -solía hacerlo aunque luego se recriminaba el haber perdido la tarde entera-, no había encontrado ni una fotografía que le revelase su rostro. Era como si aquel hombre cuidara de su intimidad casi tan cautelosamente como Julia. De cualquier forma, había encontrado algo muy interesante: su e-mail.

Escribió lo siguiente:

*A Mario Guerra:*

*Si supiera lo que es escribir de verdad, no sería tan rauda y desaprensiva a la hora de juzgar el arte literario de quienes nos ganamos la vida con ello. No permitiré que mi carrera corra peligro por su desmedida falta de gusto y tacto. Si cree que puede darme lecciones, dé la cara, cobarde.*

*Tarántula.*

Dudó un momento si debía enviarlo o no. Encendió un cigarrillo mientras leía una y otra vez lo que acababa de escribir. Era un tono muy desafiante.

–A la mierda, que hubiera sido más suave con sus críticas –pulso el botón de enviar.

Suspiró. Había impreso todos los escritos que había encontrado, de modo que se levantó de su escritorio y dejó que sus ojos descansaran de la pantalla del ordenador.

Julia pasó la tarde sentada en un sofá del salón, leyendo todo cuanto aquel hombre había firmado en los periódicos. El señor Guerra no tenía piedad, y había escrito muchísimo. No compartía puntos de vista con la escritora, quien desde el principio vio que ni sus ideas ni sus interpretaciones coincidían en absoluto.

Julia marcó el número de la casa de Ernesto.

–¿Diga? –respondió una mujer.

–Hola, Gema –saludó la escritora–. Soy Julia. ¿Podría hablar con Ernesto?

–Claro que sí, querida. Un segundo...

–Sí.

La voz de Ernesto sonó aún más profunda por teléfono.

–¿Julia? –volvió a pronunciar como nadie.

–Ernesto, estoy pasando un día muy entretenido conociendo al tal Guerra –le informó ella.

El editor rió al otro lado.

–No deberías perder tu tiempo con él, Julia. Olvídalo, te será más productivo.

–Ya, supongo que lo sé, pero me da igual, ese hombre me ha cabreado. Oye, en serio, ¿es realmente *alguien*, o no es más que un bufón?

–Es *alguien*. Sin duda.

–¿Nadie se ha dado cuenta de que sus opiniones son puñaladas traperas? Cada crítica que hace parece algo personal... Es exagerado.

–Bueno, se gana la vida con eso. Le echa pasión.

–Le echa maldad. Parece que valore al escritor como persona según cómo escriba, y no al libro en cuestión como obra literaria.

Ernesto sabía que en realidad el señor Guerra miraba ambas cosas, aunque Julia lo viese de otro modo.

–Estudia la carrera literaria del autor antes de dar su opinión, y luego critica dentro del contexto propio de cada artista. Son críticas complejas, por eso están tan bien hechas –explicó Ernesto.

–Están bien hechas, pero no son justas. ¿Sabes que por mí le llevaría la contraria en todo lo que dice?

–La vida no es justa, pequeña –Ernesto citó a Platón–. No conozco ningún camino seguro que conduzca al éxito; sólo uno que conduce al fracaso: querer contentar a todos.

Julia sabía que su eterno error era querer contentar a todos. Por ello se esforzaba entonces en contentarse a sí misma con sus propias posibilidades.

Bajando un poco la voz, Julia le confesó a Ernesto su pequeña travesura.

–Le he enviado un e-mail.

–¿Qué? –Ernesto se inquietó un poco.

–Quería que supiera que lo que ha escrito me parece injusto.

–¿Y has firmado?

–Usando el pseudónimo.  
–Espero que hayas sido educada. Si le cabreas puedes haberte buscado un enemigo bastante molesto.  
–Estoy segura de que cuando lo lea me responderá pidiéndome matrimonio –sonrió ella.  
Ernesto suspiró, sabiendo que la chica no había sido del todo comedida en el e-mail.  
–¿Qué voy a hacer contigo? No tienes remedio –al final Ernesto acabó riendo–. ¿Sabes que si no me pareciese un don esa rebeldía que tienes, me daría un ataque al corazón?  
–Lo sé.  
–Si te responde, avísame. Y deja de preocuparte por él –le pidió Ernesto.  
–Haré lo que pueda. Hasta pronto.  
–Llámame para darme tu respuesta, la sigo esperando –dijo, rápidamente, el editor.  
–Adiós –rió ella.

Aquella noche, Julia se quedó dormida en el sofá, viendo una película de suspense basada en un best-seller de Stephen King. Era una buena historia, desde luego que sí. Pero nada más acabar la película, sus ojos se cerraron de cansancio y no tuvo pesadillas.

Durmió como un bebé, sin sentirse molesta por no estar en la cama.

No tenía puesto el despertador, por lo que se levantó cuando la luz de la mañana entró por la ventana. Había dormido en ropa interior porque el mes de septiembre no podía haber sido más caluroso. De tal guisa se dirigió al cuarto de baño, bostezando por el camino.

Se echó agua en la cara, y se miró al espejo. No le gustaba su cuerpo. Estaba delgada, pero no era un cuerpo bonito, nunca lo había sido. Su madre le había hecho ver todos sus defectos, y era sólo eso lo que veía en su cuerpo semidesnudo... Totalmente desnudo ya era lamentable para ella.

Se vistió cómoda, y se recogió el pelo, mirando las raíces negras de su cabello teñido de rubio. Tenía que ir a la peluquería.

Después, fue a la cocina a desayunar un cuenco de cereales con fibra. Encendió la radio, y así supo que eran las once y media de la mañana. Había dormido demasiado. Dejó la radio puesta y, con el cuenco en las manos, se dirigió a su escritorio. Encendió el ordenador y se sentó a comer delante de la pantalla.

Fue a mirar su correo electrónico. Tenía cinco mensajes nuevos en su bandeja de entrada. Publicidad todos ellos. El spam no parecía tan ilegal como decía la Ley; le asaltaba por doquier. Iba a eliminarlos todos cuando se dio cuenta de que uno de ellos tenía por asunto *Tarántula*. Se fijó bien en la dirección desde la que había sido enviado. Mario Guerra le había contestado.

Julia, que estaba medio dormida aún, no pensó si debía o no abrirlo. Simplemente, pulsó y leyó:

*A Tarántula:*

*Lamento no poder dar la cara de manera literal, estimada Tarántula. Me temo que me gusta reservar mi intimidad al máximo. Tampoco veo que tenga que mostrarle mi rostro, pues también usted se esconde.*

*Mis críticas son constructivas, no destructivas. Así lo veo yo, y así lo ve el diario para el que trabajo. Precisamente porque sé que hay buenos escritores por venir, veo muy útil atacar*

*a los nombres más sonados de la literatura actual, a fin de que los nuevos talentos sepan que en cualquier etapa de la vida habrán de ser capaces de soportar una crítica. Incluso cuando vendan miles de ejemplares.*

*Después de tantos años en el mundo de la crítica literaria, sé que esto que le digo es en realidad lo que pienso.*

*Si usted no puede soportar una crítica, no merece ninguna alabanza.*

*M. Guerra*

Julia despertó del todo tras leer aquello. Podía aceptar todas esas palabras excepto esa frase: *Mis críticas son constructivas, no destructivas*. Había destrozado más de lo que había ayudado a mejorar.

–Mira, paso de ti, tío –dijo, eliminando el mensaje–. Desaparece de mi correo. Olvidaré que existes y escribiré algo bueno de verdad. Algo que te haga querer besarme los putos pies.

Julia se desperezó en su silla. Aquel fue el último gesto que desveló que acababa de despertarse. Abrió un nuevo documento y empezó a pensar qué escribir esa vez.

Le interrumpió el timbre de la casa.

Se levantó y avanzó hacia la entrada mirando su reloj de pulsera. Quince minutos para el mediodía.

–Vamos a ver cuál es la sorpresa... –descolgó el auricular–. ¿Quién es?

–Julia –pronunció correctamente una voz de mujer–. Soy yo, Ángela.

–Pasa –indicó Julia, pulsando el botón que hacía ceder la puerta del edificio.

Unos momentos después, llamaron al timbre de la casa. Julia abrió con una sonrisa que se le borró en seguida del rostro. Ángela llevaba gafas de sol muy oscuras y parecía haber llorado mucho.

–Ángela, ¿qué te pasa?

–¿Podemos hablar?, ¿estás sola? –preguntó su amiga, con la voz medio quebrada.

–Claro, adelante.

Ángela se sentó en uno de los sofás del salón. Parecía muy triste.

–¿Quieres tomar algo? –preguntó Julia, con expresión de preocupación.

–No, gracias.

Ángela se quitó las gafas de sol, para el espanto de Julia. El moretón que lucía alrededor del ojo izquierdo era espeluznante.

Julia la miró preocupadísima, muy conmovida por la visión. Y de pronto, esa mirada compasiva pasó a ser de enfado, y la de enfado pasó a ser de cólera.

–Me da vergüenza preguntarte cómo te has hecho eso... –dijo.

Hubo un momento de silencio.

–Esta mañana hemos... –Ángela ladeó la cabeza, apretando los labios– Hemos discutido, Horacio y yo.

–Discutido –pronunció Julia, con enfado contenido–. ¿Te había pegado antes?

Ángela rompió a llorar mientras negaba con la cabeza. Ni ella misma se lo creía. Julia le miraba, pero Ángela era incapaz de devolverle la mirada, ya que estaba asustada y con el orgullo por los suelos.

–¿Esta mañana, dices? –preguntó Julia, a lo que Ángela respondió con una tímida afirmación–. ¿Cuándo?, ¿temprano?

–Antes de irse a trabajar. Serían las ocho...

–¿Y esperas hasta las once y media para decírmelo? ¡Ángela! –Julia pareció perder los nervios.

–Pensé que estarías durmiendo, yo sé que duermes hasta tarde.

–No digas tonterías. Aquí lo más importante no es que yo duerma, ¡sino que ese cabrón te ha puesto las manos encima!

–Es que yo estaba asustada y no sabía qué pensar, ni qué decir. He tardado mucho en reaccionar, pero es que de repente los nervios me estallaron y me sentí perdida –se excusaba, llorando–. Me he tomado dos tilas antes de venir aquí.

–Vale, tranquila –Julia se sentó al lado de su amiga y le tomó una mano.

–Yo le quiero, Julia, le quiero mucho –seguía llorando–. ¿Cómo es posible que me haya hecho esto?

Julia no tenía una respuesta para aquello, en realidad.

–Estoy asustada. Tengo mucho miedo –confesó Ángela, apretando la mano de Julia–. Es la primera vez que me pega, pero ya me había amenazado con hacerlo, y se pasa el día gritándome cosas horribles...

–¿Desde cuándo? –Julia estaba desconcertada, no sabía nada.

Ángela no quería contestar.

–Dímelo.

–Desde hace unos... tres meses –Ángela mentía fatal.

–Más de tres meses y no me has dicho nada.

–Tenía miedo. Lo sigo teniendo.

–Aquí te puedes quedar hasta cuando tú quieras –le ofreció su amiga.

–Dos años casados...

Julia pensó entonces lo que pensaba desde hacía mucho tiempo: que el matrimonio era un asco.

–¿Quieres que te acompañe a la comisaría? –le preguntó Julia, ya más calmada.

Ángela, sin embargo, pareció haber oído una proposición detestable.

–¿A denunciarle? –preguntó, escandalizada.

–Pues claro que sí. ¿No irás a dejar que esto se quede así? –Julia frunció el ceño, más confundida que enfadada.

–No puedo denunciarle, Julia. Horacio... es mi marido.

–Exacto, tu marido, no tu dueño. Hay una gran diferencia, por suerte –cuando perdía la paciencia, Julia se volvía sarcástica–. No tiene derecho a gritarte, ni a tratarte con desdén. ¡Y por supuesto que no tiene derecho a levantarte la mano!

–Pero no quiero denunciarle. Lo que ha pasado no es grave, sólo ha sido una vez, y fue sin querer... Perdió el control. Necesito el consuelo de una amiga, no una orden de alejamiento.

Julia estaba boquiabierta. Se levantó del sofá y se dirigió al cuarto de baño, tomó un espejo de mano y volvió al salón.

–¿No es grave? –preguntó, haciendo que Ángela se mirase–. No, claro, el morado está muy de moda, nadie lo notará. Yo no lo noto. ¿Lo notas tú, al menos?, ¿o tampoco?

–Julia...

–¿Qué?

–Si le denuncio por una tontería, nunca me perdonará. Y esto se volverá un infierno.

–¿Te estás oyendo? ¡Es él el que tendría que ponerse de rodillas para que le perdonases!

–Julia...

–¿Qué? –gritó, perdiendo los nervios.

–No quiero que esto llegue a nada más. Quiero olvidarlo y ya está –explicó Ángela, sin ser demasiado convincente.

–¿Vas a esperar a que te vuelva a pegar?

–No lo hará más. Le conozco –aseguró Ángela.

–Hace tres horas que te encontraste con un desconocido suplantando a tu marido. ¿Es el mismo desconocido que te grita cada día?

–No digas eso –Ángela se limpió las lágrimas con los dedos–. Julia, no quiero que mi familia se rompa... No quiero acabar como mi madre. Yo quiero a Horacio. Sólo estamos pasando un bache.

Ángela siempre había criticado a su madre por no haber sido más fuerte y no haber aguantado los desaires de su ex marido -su padre-, a fin de que sus hijos viviesen con un padre y una madre bajo el mismo techo. En su cabeza no entraba que aquello podría haber sido el peor de los infiernos.

Julia podía comprender que Ángela no quisiera tener una familia rota, pero si toda la familia no eran más que Horacio y la propia Ángela...

–Los hombres que maltratan a las mujeres son unos chuchos sarnosos, con el rabo entre las piernas, que sólo saben sentirse hombres atacando a quienes creen más débiles que ellos. Muéstrale que no eres tan débil como él piensa... y no te volverá a molestar.

–Pero es que yo no quiero dejarle. Le quiero.

–Él no te quiere a ti –dijo, acercándose a su mesa, desesperada por encender un cigarrillo–. Sólo te necesita, pero no te quiere, Ángela.

–Sí me quiere.

–Si te quisiera cuidaría de ti, no te pegaría. Te está utilizando –sentenció, expulsando una nube de humo por la boca, después de una profunda calada.

–Hasta ahora ha cuidado de mí. No puedo condenarle por un error.

–Ángela, que te grite una vez puede ser un mal día; que te ponga mala cara una vez, puede ser un cabreo momentáneo... Pero que te haya maltratado psicológicamente durante tanto tiempo y haya acabado poniéndote un ojo morado... Eso no es un error, es un crimen.

–¿Por qué odias a los hombres?

–No los odio, me encantan los hombres. Adoro a los hombres. A los que los tienen bien puestos –tomó una calada con una mirada significativa–. Tu marido no es un hombre, es un perro cobarde y asqueroso que esta mañana le ha pegado a una mujer. No tendría cojones de enfrentarse a algo diferente. ¡No tendría cojones de enfrentarse a mí! –gritó Julia–. Maricón...

Ángela había dejado de llorar, miraba el suelo, llena de dolor y desencanto.

–¿Quieres darle la oportunidad de que te pegue de nuevo? –hizo que Ángela le mirase a la cara–. ¿Eso quieres?, ¿aguantarle las miradas de asco y las palabras de odio? ¿Hasta cuándo, Ángela?

No hubo respuesta. Ambas sabían que lo que decía Julia era cierto, pero el lazo que Ángela había cuidado con esmero desde que se unió a Horacio era muy valioso. Romperlo era una decisión de gigantescas magnitudes para ella.

Julia se sentó a su lado y le acarició el pelo con ternura.

–¿Quieres pasarte la vida fingiendo que quieres a tu marido mientras te parte la cara?, ¿vas a hacer lo que querías que hubiera hecho tu madre? –Julia sí que estaba a punto de llorar, pero de rabia–. ¿Vas a esperar a que te pegue otra vez, Angelita?

–No.



–¿Le vas a dar otra oportunidad?

–Julia, yo siempre soñé con una familia propia. Quería tener un marido que me quisiera y varios hijos a los que criar y cuidar. No pretendía ser la mujer más feliz del mundo, pero al menos serlo un poco –respiró con profundidad–. Y ahora que parecía tenerlo a mi alcance... ocurre esto.

–Puedes tener esa familia, Ángela. Pero busca a un hombre que sea lo bastante hombre para quererte de verdad, alguien que sepa guardarse el orgullo por amor.

–Esos hombres no existen.

–Claro que existen, cariño. Horacio no es uno de ellos, ese cabrón te ha engañado. Pero existen, créeme.

–Y si hay hombres tan buenos, ¿por qué no estás tú con uno de ellos?

Julia pensó la respuesta.

–Supongo que esa es mi naturaleza. Hay quienes necesitan estar enamorados, y hay quienes pueden esperar siempre algo mejor. Por fortuna o por desgracia, yo soy de las segundas y tú eres de las primeras.

Ángela sonrió a Julia, y se puso en pie para marcharse.

–Gracias por escucharme –dijo–. Sé que no estás de acuerdo, pero es mi marido... y siempre he pensado que una familia ha de mantenerse unida.

–Ángela...

–No volverá a pegarme. Ya lo verás.

–¿Ya te marchas?

–Tengo que hacer la comida antes de que Horacio llegue de trabajar.

Julia tragó saliva. Prefirió no responder de eso.

–En cualquier caso –le pidió a Ángela–, si tienes algún problema, llámame. Y no te preocupes por la hora.

Ángela se acercó a la puerta como un alma en pena. Julia le miraba destrozada. Ángela no solía ser tan testaruda, pero parecía no pensar fríamente. No estaba preparada para ver lo que ocurría.

–¿Eres feliz? –le preguntó Julia, incrédula ante la indulgencia de su amiga.

–Lo voy a ser –sonrió Ángela, con las fuerzas que le quedaban, y doliéndose del golpe.

Julia abrió la puerta y miró cómo Ángela se alejaba por el pasillo. Parecía un fantasma.

La escritora cerró la puerta sin dar crédito a lo que acababa de vivir.

–Le perdona –se dijo a sí misma, dándose la vuelta y andando de nuevo hasta el salón.

Era una sensación de inseguridad la que Julia sentía en aquellos momentos. No quería dejar a Ángela en manos de un energúmeno, aunque éste fuera su marido. Julia no era de las que se quedaba con los brazos cruzados cuando alguien hería a las personas a las que ella amaba. Pero esta vez, tenía que aguantarse, porque así lo quería Ángela.

–El amor... no puede ser esto –se dijo.

De pronto, tuvo una idea. Escribió esa misma frase en la pantalla de su ordenador.

Casi se abalanzó sobre el teléfono. Necesitaba hablar con Ernesto, así que llamó al despacho. Por supuesto, antes había que pasar por la secretaria, pero fue sólo un segundo.

–¿Julia? –preguntó la voz del editor.

–Ernesto, voy a escribir esa historia. No tengo nada aún, apenas una reflexión y muchas cosas sobre las que desahogarme.

–¿Desahogarte?

–Sí, eso he dicho –habló alterada–. Aunque dudo mucho que sea una historia de amor.

–Creí que tú sólo escribías sobre romances y que hacer otra cosa era arriesgado –dijo él,

irónico.

–¿Quieres no hacer caso de todo lo que digo?

Ernesto rió.

–Por mí, estupendo. Escribe lo que quieras, pero dame a una Tarántula que pique de verdad.

–Créeme, esta mañana me he vuelto más venenosa que nunca –dijo ella, sin querer hacer de la frase una broma.

Ernesto creyó intuir algo.

–¿Es que el señor Guerra te ha respondido? –quiso saber.

Julia ya ni siquiera se acordaba de aquel e-mail. Pero prefirió que Ernesto creyera que su enfado provenía del crítico antes que del marido de su mejor amiga.

–Sí, eso es.

–Lo dejo en tus manos.

–Estupendo. Ya te iré informando.

Julia se pasó el día pensando en la novela, en los personajes, esquematizando los acontecimientos... Pero eran las nueve de la noche y no había definido concretamente ninguno de ellos, ni había empezado esquema alguno. No era capaz. Apenas podía dejar de pensar en Horacio y en el ojo morado de Ángela.

Había hecho una lista de anotaciones sobre los temas a tratar, y en qué sentido abordarlos. Pero parecía que cambiar de registro le iba a costar mucho más de lo que ella creía.

Suspiró profundamente y se estiró en su silla. Miró el reloj en la pantalla del ordenador, y al ver la hora que era decidió irse a la ducha y vestirse con algo más decente para salir a la calle. Eligió unos jeans y un fino jersey negro, la noche era algo fresca en verano. Era una ropa sencilla, sólo iría a tomar algo al bar que había cerca de su casa.

En aquel bar había vivido muy buenos momentos con sus amigos de la adolescencia, hacía años, siempre a escondidas de sus padres. Había sido su punto de encuentro. El Chispa&humo tenía un pequeño escenario al que solían ir a tocar algunos grupos que iniciaban sus andadas por la capital. Años atrás, aquel bar había lucido un aspecto más clásico, muy interesante. Pero el dueño, que era amigo de Julia y el resto de los chicos, murió cuando ella entró en la universidad. Durante unos años, el bar pasó de mano en mano por varios propietarios, que lo cambiaron poco a poco... hasta convertirlo en un lugar más cutre de lo habitual en Madrid. Casi era un bar de mala muerte. Incluso el escenario, casi siempre vacío, apenas acogía la música de algún alcohólico anónimo.

A Julia no le gustaba pensar en los viejos tiempos cuando estaba allí, porque la comparación se hacía trágica.

Julia entró en el bar y observó la clientela. Cuatro gatos, todos ellos hombres, excepto Danita, que se sentía mujer y la saludaba desde su mesa con una sonrisa cansada. Julia se acercó a ella.

–Buenas noches, Danita. ¿Qué tal? –se sentó frente al travesti.

–Estoy muy cansada, cariño –le respondió, riendo al final de la frase–. Pero tengo que seguir trabajando, esta noche se me va a hacer eterna.

–Trabajas demasiado.

–Ah, mi amor, de eso se trata. Hay que pagar las facturas y vivir la vida loca –dijo, apurando el vaso de ron–. Si yo tuviera tu cultura, nena... ¡Qué mujer de mundo habría sido yo!

No sabes qué suerte tienes de ganarte la vida con tu imaginación, qué envidia.

–Si yo tuviera tu cuerpo no me haría falta tener imaginación –dijo Julia, haciéndole a Danita el que para ella era el mejor cumplido del mundo.

–Eres un encanto –le dijo, sonriendo–. ¿Y qué haces tú aquí? La noche está estupenda para salir a pasarlo bien. Yo no me quedaría mucho tiempo.

–Sólo he venido a tomar algo. Luego tengo que subir a casa y trabajar.

–A ver quién es la que trabaja demasiado...

Julia sonrió con ternura.

–Oh, oh, a ti te ha pasado algo malo –Danita tenía mejor intuición que Ernesto–. Puedes contármelo si quieres. Tengo experiencia como paño de lágrimas.

En realidad, Julia se había pasado la tarde pensando en aquello, y no le apetecía hablar de cosas tristes, pero necesitaba desahogarse.

–¿Puedo aprovecharme de que has nacido hombre? –preguntó Julia.

–Bueno, está bien –dijo, con fingido resentimiento, sonriendo al final–. A ver, dime. ¿De qué se trata?

–¿Qué se le pasa a un hombre por la cabeza para casarse con una mujer y maltratarla dos años después?, ¿en qué piensan para reventarles la cara a sus parejas?

Danita le miró con ojos serios y sintiendo mucho que Julia tuviese que preocuparse por cosas tan horribles.

–Julia –Danita lo pronunciaba incluso con acento americano–, a ningún hombre se le pasa por la cabeza pegar a una mujer. Ni siquiera los masoquistas piensan en violencia cuando follan. Los engendros que golpean a las mujeres son seres despreciables que las envidian porque la mujer está más cercana a la perfección que el hombre. Eso es todo.

–Mi mejor amiga tiene en su casa a uno de esos hijos de puta.

–Pobre criatura.

Julia asintió con la cabeza. Se acercó un camarero que dejó la cuenta de Danita sobre la mesa.

–Gracias, chato –y antes de que se marchara, le llamó–. Oye, cariño, acércate.

El camarero, que era nuevo y bastante joven, se acercó a Danita.

–Mira a mi amiga –el camarero miró a Julia–. Es guapa la jodida, ¿verdad?

Julia bajó la mirada y sonrió, el camarero estaba un poco avergonzado, pero asintió.

–Pues tiene una duda con respecto a los hombres –dijo Danita–. A ver si le sabes responder. ¿Por qué hay tíos que pegan a las mujeres que más les quieren?, ¿por qué las tratan como basura?

El camarero, con su cara de pobre estudiante universitario de segundo curso, se quedó sin saber qué decir al principio. Con un poco de inseguridad, respondió:

–Porque están frustrados, señor, señorita... señorita –corrigió como pudo.

–Están frustrados los muy mamones –dijo Danita.

–Sí –siguió el camarero–. Y les molesta que sus parejas valgan mucho más que ellos. Es pura inseguridad.

Danita afirmó con la cabeza, alzando las cejas mientras miraba a Julia.

–¿Ves? Lo que te he dicho yo –sonrió–. Muchas gracias, moreno. Quédate con el cambio.

El camarero se marchó y Danita se levantó de su silla.

–Bueno, corazón, me tengo que ir a cambiarme. Y tú querrás cenar, que para eso has venido.

–Sí... –sonrió Julia.

–Tú dile a tu amiga que se aleje de ese cerdo. Pierde el tiempo con él y además no está segura a su lado.

–Se lo diré –dijo Julia, sin muchas esperanzas.

–En fin, un beso, amor –Danita siempre se despedía con un fugaz beso en los labios–.

Ciao.

–Hasta pronto, Danita.

Julia se acercó a la barra del bar para pedir algo de beber. No cenaba nunca, pero solía beber una copa antes de medianoche cuando buscaba inspiración.

–Un Jack Daniel’s con Pepsi, por favor –pidió Julia, al tímido camarero.

–En seguida, señorita.

Era curioso como, a pesar de rozar los cuarenta años, era muy extraño que la gente tratase a Julia de señora. ¿Tanto se le notaba que no estaba casa?, ¿o era que se conservaba más joven de lo que de hecho se conservaba?

Julia probó un sorbo de su bebida. Estaba deliciosa, no muy cargada, pero con sabor.

Eran ya las diez de la noche y el Chispa&humo parecía llenarse tímidamente, poco a poco.

Uno de los clientes, que estaba sentado en una mesa desde el principio, se acercó a la barra y pidió la cuenta de su cena. Se sentó junto a Julia, pero no la miró. Ella, sin embargo, sí que le miró.

–Aquí tiene –le dijo el camarero, dándole la cuenta.

–Gracias. Póngame un vaso de ginebra, por favor –pidió aquel hombre.

Julia se fijó en el fajo de billetes que aquel caballero llevaba encima, del cual tomó cincuenta euros con el que pagó la cena y la bebida. Por supuesto, la devolución fue enorme, pero Julia no comprendía cómo alguien con tanto dinero podía elegir aquel lugar para cenar.

La escritora volvió a mirar hacia su vaso de Jack Daniel’s con Pepsi y bebió de nuevo. Entonces, el hombre la miró. Ella se sintió observada y le devolvió la mirada directamente.

–Discúlpeme –dijo el hombre, con educación–. ¿Usted es cliente habitual?

Julia quiso fruncir el ceño y preguntarle que a él que coño le importaba. Pero la primera impresión fue buena, y prefirió ser más amable.

–Suelo pasarme alguna vez –respondió, afirmando con la cabeza.

–¿Sabe si abren por la mañana?

–Sí, claro. Tienen el mejor café con leche de la ciudad –sonrió Julia, en realidad muy aliviada de que el interés de aquel hombre por sus hábitos no tuviese nada que ver con ella misma, a pesar de que era un hombre bastante guapo.

Julia sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Su vaso estaba ya por la mitad.

Notó que aquel desconocido ya no la seguía mirando, estaba ocupado, tomándose el vaso de ginebra de un trago.

–Se le subirá a la cabeza si bebe así –le advirtió Julia.

–Tomaré un taxi –sonrió el extraño–. Adiós, señorita.

Por toda despedida, Julia hizo un gesto con la cabeza. Era un tipo extraño, demasiado bien vestido, guapo y adinerado como para estar en medio de Chueca sin motivo.

–Es gay –le dijo Julia al camarero, quien rió al oírlo mientras limpiaba la barra.

Aquella noche, Julia no podía escribir. Estaba paralizada, las palabras no fluían en su mente. Desistió y se puso a ver una película sobre un héroe del FBI en los años setenta. Ya la había visto antes. Otra buena historia, sin duda, hasta que el protagonista le dio una bofetada a su

esposa. Aquello le supo a Julia diferente de las otras veces que había visto la película.

–Hijo de puta –susurró Julia, apagando la televisión.

Las películas que Julia solía ver no eran románticas, a veces veía alguna, pero era extraño. Prefería la intriga o el suspense, sin llegar al terror. ¿Por qué, sin embargo, sólo le salía escribir historias de amor acarameladas? Ni siquiera creía en ellas. ¿Qué le impedía escribir una intriga de mafias?

Tal vez no tenía tanta imaginación como Danita creía.

Se acostó e intentó descansar. Aquella noche dio muchas vueltas en la cama y nunca llegó a dormir profundamente.

A las ocho de la mañana, cansada, harta de sentirse incómoda sobre su colchón, se levantó. No solía despertarse tan temprano, pero necesitaba relajarse de alguna forma. Se duchó cambiando la temperatura del agua, de caliente a fría, y viceversa.

La escritora se puso una camiseta azul marino y los mismos jeans de la noche anterior. Decidió salir a la calle, que a esas horas ya estaba tan agitada como de costumbre. Había dos obras hasta la siguiente manzana, donde se encontraba el Chispa&humo. Los obreros, que se habían levantado a las cinco de la mañana para trabajar, siempre le dirigían impresiones sobre su aspecto... Algunos tenían gracia, y otros eran unos pervertidos. Generalmente, Julia se encontraba con los segundos. Curiosamente, aquello no le hacía sentirse mejor con su cuerpo.

Llegó al bar y se sentó en la barra. Había bastante gente, allí iban más a desayunar y a comer que a tomarse la última copa del día.

El camarero no era el mismo de la noche anterior, era un hombre adulto, con aspecto avisado.

–Buenos días –le saludó aquel hombre a Julia–. ¿Qué le pongo?

–Un café con leche y una tostada de margarina, por favor.

–En seguida, señorita.

Julia se quedó esperando allí sentada, mirando hacia el televisor que tenía sintonizada la cadena local... Cadena que a Julia no le gustaba en absoluto. Observó a la presentadora del telediario matinal. Tenía el pelo teñido de rubio, como Julia, pero estaba precioso. La escritora volvió a recordarse a sí misma que tenía que ir a la peluquería.

–Aquí tiene –le dijo el camarero, sacándola de sus pensamientos.

–Gracias.

Julia se percató de que a su lado se había sentado un hombre vestido de chaqueta, con gafas finas y con un maletín de cuero negro. Era el tipo que la noche anterior se había bebido la ginebra de un trago.

–Buenos días –le saludó Julia.

–Hola –le respondió él, con una educada sonrisa.

–Al final decidí venir por la mañana.

–Sí, me dijeron que sirven el mejor café con leche de la ciudad –sonrió.

–Quien se lo dijo no le mintió –admitió ella, siguiéndole la broma.

–Eso he venido a comprobar.

El camarero le sirvió al caballero un café con leche.

–¿No toma nada más? –preguntó ella.

–En realidad, ya he desayunado antes. Me apetecía el café.

A la escritora le pareció que la conversación ya era lo suficientemente continua como para

ser educada.

–Julia Tenorio, habitante de Chueca –le dijo, ofreciéndole su mano–. Y la jota pronunciada como la de Julia Roberts –le indicó.

El tipo rió al oír aquello, y estrechó la mano de la chica.

–Mario Velasco –dijo, sin ofrecerle dirección.

–¿Mario? –preguntó, asqueada de aquel nombre, y luego murmuró entre dientes–. Tiene que ser una plaga...

–¿Cómo dice?

–Nada, nada –esquivó ella, recordando al crítico–. Y, ¿vives en Chueca, Mario? Porque no lo aparentas.

–En absoluto –respondió–. Vivo cerca de La Moraleja, aunque no exactamente allí.

Julia se sorprendió. Aquel era un barrio exclusivo, probablemente el más caro de la ciudad. No estaba segura de que su sueldo como escritora de éxito le pudiese permitir vivir allí, nunca había tenido curiosidad por comprobarlo. Julia tenía mucho dinero, pero lo utilizaba para viajar a lo grande, no para residir en un lugar lujoso.

Aún así, le pareció extraño que alguien tan pudiente desayunase en aquel bar, que estaba tan lejos de casa y tan falto de suntuosidad.

–¿Vives cerca de La Moraleja y vienes hasta aquí para tomarte algo? Hay que estar pirado... –rió.

Mario pensó que Julia cogía confianzas muy deprisa para bromear con él así, sin apenas conocerle. Pero no se molestó en absoluto.

–Vengo de incógnito –bromeó él–. Y, realmente, sí que tienen el mejor café con leche de la ciudad.

–Ya... –sonrió Julia, que tenía clarísimo que aquel hombre iba allí porque tenía algún ligue que ocultar–. ¿Eres gay?

–No, por Dios...

Pareció demasiado escandalizado, Julia no esperaba tal rechazo. Por un segundo le pareció tierno ver a un hombre tan guapo avergonzado por la sola idea de que pudieran pensar que era homosexual. Pero tras la primera impresión, Julia reflexionó y lo encontró insultante.

–La mayoría de mis vecinos lo son –le dijo ella.

–¿Lo es usted?

–Pues, la verdad es que no –respondió ella, quitándole hierro al asunto, encogiendo sus hombros.

–Pues ya somos dos –dijo Mario, tomando un trago de café.

Sonó un teléfono móvil. Era de él. Un mensaje que leyó en seguida, y al que no le dio mucha importancia.

–Esos cacharros acabaron por hartarme –dijo Julia.

–Es por trabajo, tengo que llevar el mío siempre encima –explicó Mario, guardando el teléfono.

–Yo acabé estrellando el mío contra la pared –fue tras la última discusión que Julia tuvo con su madre.

–Será una broma...

–No, en serio. Me sentí muy liberada –sonrió Julia.

Mario apuró el vaso de café. El mensaje parecía haberle metido prisa.

–Así que no vienes a Chueca por placer –dijo Julia, recuperando la anterior conversación.

Mario rió ante aquella suposición. Negó con la cabeza.

–Vale. Seguiré pensándolo. Averiguaré por qué un empresario de La Moraleja viene hasta Chueca de incógnito. Ya te diré... –sonrió Julia.

–¿Empresario?

–Su maletín, el teléfono móvil, el traje de chaqueta... Es revelador, señor Velasco.

–Sí, el maletín siempre me traiciona –respondió él, con un toque de ironía.

Mario sacó la cartera para pagar su café, Julia hizo lo propio. Mientras esperaban a que les cobrasen, ella sacó su paquete de cigarrillos y tomó uno.

–¿Quieres? –le ofreció ella.

–No, gracias. Lo dejé hace catorce años.

–Joder, pues ya me dirás cómo lo hiciste, porque yo lo intento de todas las maneras... y nada.

Mario sonrió y afirmó sin dudar.

–Sería una agradable conversación, señorita. Quizás la tengamos algún día, pero tengo que ir a trabajar.

Julia miró su reloj. Eran las nueve de la mañana.

–Ha sido un placer tenerte en el barrio –dijo ella.

–El placer ha sido mío, Julia –Mario pronunció el nombre perfectamente, mucho mejor que Ernesto o Danita.

Mario Velasco era un hombre bastante metódico. Su rutina matinal consistía en vestirse de chaqueta, salir a desayunar por la ciudad -con el único propósito de no desconectar del mundo real-, y volver a su casa con un periódico entre las manos.

Normalmente, todo esto solía hacerlo conduciendo su coche, pero acercarse a Chueca con un Mercedes lujoso no era lo más discreto del mundo. El barrio le había cautivado desde hacía unos días, cuando necesitó realmente alejarse de La Moraleja. Velasco le había dicho a Julia que vivía cerca de la exclusiva urbanización... pero en realidad vivía justo allí.

Mario adoraba su casa, era como esas casas maravillosas que aparecen en las revistas de decoración. Como esas casas que se ven en las series norteamericanas, esas que dan envidia porque parecen gigantescas casas de muñecas.

Aquella mañana no había nadie esperándole a su vuelta de desayunar. Su familia sabía distraerse. En aquellos momentos, sus dos hijos mayores, Sonia, de quince años, e Iván, de catorce, estaban en el instituto; su hija pequeña, Estrella, que contaba cuatro años recién cumplidos, estaba en el colegio, atendiendo sus clases de parvulario; y su mujer, Leila, estaría acompañada por sus múltiples tarjetas de crédito, dedicándose, en cuerpo y alma, a la búsqueda eterna de ese bolso de ensueño que la convertiría en la persona perfecta.

–Señor –le saludó Ágata, la asistente, haciendo un gesto respetuoso con la cabeza.

Ágata iba a casa de Mario cuatro veces por semana, llevaba al servicio de la familia Velasco más de treinta años. Limpiaba la casa de arriba abajo ella sola. Era una señora chilena de unos cincuenta y siete años y noventa kilos de peso. Leila le habría insistido mucho a Mario para que contratase a alguien que se ocupara de la limpieza de la casa si Ágata no hubiese existido, porque ella no se iba a poner a limpiar ni en sus peores pesadillas. A Mario no le habría hecho ninguna gracia la idea de que una extraña tuviese todas sus cosas al alcance de la mano, aunque, finalmente, se habría hecho lo que Leila hubiese exigido, como era costumbre. Por suerte, Mario tenía a Ágata, quien contaba con la total su confianza.

Mario se quitó la chaqueta y la corbata para estar más cómodo, e intentó concentrarse en su trabajo, ignorando cuanto podía el ruido infernal que Ágata estaba haciendo con la aspiradora.

Él prefería trabajar en el salón, pero eso sólo era posible cuando su familia estaba fuera, cuando había un silencio moderado. Aquella mañana era la oportunidad de adelantar trabajo allí, hasta que fuese la hora del almuerzo, momento en el que Mario se olvidaba de sus quehaceres hasta el día siguiente. El resto del día, se debía a su familia, y, sólo a ratos, a sí mismo.

Unas dos horas después del medio día, Mario escuchó un sonido muy familiar: las llaves de Leila abriendo la puerta de la casa. No había escuchado el motor del coche, estaba demasiado metido en su trabajo. Su familia había llegado a casa, lo que le daba permiso para estirarse en su silla y dejar de trabajar.

–Hola, cariño –le saludó Leila, desde la puerta.

Mario se levantó de la silla y se dirigió hacia ella. Iba a darle un beso, pero ella prefería que hiciera otra cosa.

–Ten, coge estas bolsas, por favor, que tengo ya las manos marcadas –Leila le cedió a Mario varias bolsas hechas de papel, cuya decoración hacía referencia a marcas de ropa de precios desorbitados–. Voy a subir a la habitación, los tacones me están matando. ¡Ágata! –la llamó con voz pizpireta–. Coloca la ropa que he comprado en mis armarios.

Leila entró en la casa casi a empujones porque sus hijos mayores, Iván y Sonia, avanzaban por la puerta en tropel.

–Estos niños no saben lo que es comportarse, qué desperdicio de colegio de pago... –refunfuñó la señora de la casa, entre dientes, mientras subía las escaleras.

Los dos adolescentes gritaban exaltados porque estaban deseando ver la televisión en el salón, y claro, la gloria se la llevaría quien se hiciese antes con el mando a distancia. Tenían televisión propia en cada una de sus habitaciones, pero subir las escaleras hasta llegar a ellas era dejar atrás el salón, y, con él, los tentempiés que Ágata les servía antes del almuerzo.

–Señor, permítame –le habló Ágata a Mario, tomando las bolsas de sus manos para colocar las ropas según había ordenado Leila.

–Gracias, Ágata –Mario le habló a la asistente con la educación que su mujer parecía no tener, aunque ella se quejara de la carencia de los niños.

–Hola, papá.

Mario miró hacia abajo y vio a su pequeña Estrella, alzando los bracitos hacia él. Había sido la última en entrar en la casa, porque se había olvidado de su osito de peluche en el coche y tuvo que volver y apañárselas sola para rescatarlo del abrasador Mercedes Clase A.

La sonrisa de aquel angelito y el brillo en sus ojazos azules contagiaron a su padre. Mario sonrió y tomó a su hija pequeña en brazos. Estrella le dio un beso en la mejilla y le dijo que ya tenía hambre.

–No te preocupes, bichito, comeremos en seguida –le dijo Mario, yendo hacia el salón–. ¿Qué tal en el cole?

–Bien –fue la escueta respuesta.

–¿Sólo bien? –Mario sonrió a su hija. La pequeña se retorció en los brazos de su padre con una pícaro sonrisa–. ¿Te has aburrido?

La niña enseñó los pequeños dientes, intentando esconder una sonrisa, pero finalmente asintió.

–¿Habéis aprendido inglés? –Mario intentó hacerle cosquillas a Estrella y ella empezó a reír sólo de querer impedirselo–. ¿Es eso, no? Estás aburrída de tanto inglés, ¿verdad?

–Sí –pudo responder ella, que seguía riendo a carcajadas y agarrando la mano derecha de su padre.



–Bueno, Estrella, es que tus compañeros también quieren aprender –le dijo Mario–. Lo entiendes, ¿verdad?

La pequeña asintió y abrazó a su padre por el cuello.

–¡Papá, Iván no me deja ver la serie! –gritó Sonia, desde el sofá.

Mario resopló y se acercó a sus hijos mayores.

–Iván, ¿qué estás viendo? ¿No tendrías que organizarte para estudiar? Tus notas cada vez son más desoladoras –le preguntó, con paciencia, a su hijo.

–Son las carreras de motos, papá. Es la final –argumentó Iván, creyendo que aquella era una buena excusa–. Además, el mando lo he cogido yo primero. No pienso dárselo a Sonia para que vea la serie. Sólo la ve por el tío ese, el macarra.

–¡Calla! –le ordenó su hermana, avergonzada.

–Oíd, hay cinco televisiones en esta casa. ¿Por qué no usáis una cada uno? –Mario no veía el problema.

–Pero, ¿y la comida? –saltó Iván.

–Este gordo sólo piensa en comer –le insultó Sonia, quien poseía un cuerpo muy delgado.

–¡Tú te quieres quedar por lo mismo! –respondió su hermano.

–Sí, pero cualquiera vería que tú me llevas ventaja, ¡no sé cómo cabes en la ropa que llevas!

Entonces Mario les pidió que se calmaran.

–A ver, si el problema es ese, hoy no habrá entrantes.

–¡No, papá! –dijeron los dos hermanos al unísono.

–Ágata está ocupada ordenando el armario de vuestra madre. No va a servir nada. A las tres estará la comida en la mesa. Subid a vuestros cuartos y bajad cuando sea la hora.

–¡Es culpa tuya, pedazo de manteca! –le gritó Sonia a Iván.

–¡Que te calles, esqueleto!

–¡Envidia que me tienes!

Iván le habría propinado un golpe a su hermana, pero con su padre delante sólo se atrevió a empujarla de un hombro y gritarle que era una estúpida. Aquello sobrepasó la paciencia del comedido Mario.

–¡Iván! –gritó Mario, dejando a Estrella en el suelo y dirigiéndose hacia su hijo–. ¡Que sea la última vez que le levantas la mano a tu hermana! ¿Está claro?

Estrella se había asustado. Se escondió detrás de las piernas de Sonia, que también estaba algo nerviosa.

–¡Sube a tu habitación ahora mismo! –le ordenó, haciendo que subiese el primer escalón–. Cuando tengas lo que hay que tener para pedirle perdón a Sonia, volverás a ver la televisión.

Mario subió también las escaleras hasta el cuarto de su hijo. Ambos entraron, y mientras el chico no pudo sino sentarse en una silla sin rechistar, Mario desconectó los cables de la televisión y demás, para dejar aquel aparato sin vida.

–Aprende a ser un hombre –le dijo Mario, sin recibir respuesta–. Deberías cuidar de tus hermanas, no hacerles daño.

–Tú siempre las defiendes a ellas –se atrevió a recriminarle Iván.

–Tengo que educarte, hijo.

–¿Y quién educa a Sonia? Porque mamá, desde luego, no.

–Con tu hermana no he terminado. Aquí vais a aprender a comportaros aunque tenga que ser escarmentando.

Mario dejó a su hijo en su cuarto y volvió al salón.

–Señorita –le habló a Sonia, que veía su serie en la televisión, junto a Estrella.

Sonia giró la cabeza.

–¿Qué, papá? –pero Mario se había quedado espantado de lo que estaba viendo en la pantalla: los protagonistas eran chicos de institutos desaliñados que parecían tener mucha práctica en las relaciones pasionales.

–Pero bueno, ¿qué estás viendo? –Mario tomó en brazos a Estrella–. Ven, bichito, que tu hermana no parece de esta familia... –dijo, irónico y sorprendido.

Ágata bajaba las escaleras.

–Ah, Ágata, por favor, ten a la niña un momento, ¿quieres? –le pidió Mario.

La asistenta tomó en sus rechonchos brazos a la pequeña, que le sonrió.

–Sí, señor, cómo no. ¿Cómo está mi chiquita?... Señor, me dice la señora que no se exalte usted tanto, que los niños son sensibles –Ágata lo dijo con cariño, pero Mario no podía creer que Leila fuese tan cretina.

–Claro... –respondió, volviendo al salón y dejando que Ágata se llevase a Estrella a la cocina.

Sonia no había cambiado de canal, ni se había inmutado ante las tórridas, aunque poco censurables, escenas de su serie favorita.

–¿Qué estás viendo? –inquirió Mario.

–Una serie.

–Hija, esa serie te absorberá el cerebro hasta que pienses que la única forma de ser feliz es drogándote –lo decía con más preocupación que enfado.

–Qué exagerado...

–¿Cuánto le queda a tu serie?

–Papá, no seas pesado. Acabará en cinco minutos... Por culpa del idiota de Iván me he perdido medio capítulo –se lamentó.

–No hables así de tu hermano. En realidad, creo que lo que él estaba viendo era más inofensivo.

–Papá, él ve las carreras de motos esperando a que alguien se estrelle.

–Y tú ves esta serie para aprender buenos modales –dijo Mario, sarcástico.

–Es una serie muy real.

–¿Muy real? –Mario se sentó junto a su hija–. Sonia, está llena de adolescentes salidos y drogadictos. ¿Tú eres así? La serie no es real, lo que hace es dar ideas. Es una clarísima...

–Mala influencia –terminó la frase Sonia–. Papá...

–O a lo mejor la ves por eso que ha dicho antes tu hermano. ¿Hay algún actor que te gusta? –Mario miró la pantalla y vio a un chico de unos dieciocho años, de ojos verdes y sonrisa perfecta, de piel morena y aspecto duro–. Comprendo.

Los títulos de crédito aparecieron en la pantalla. La serie se había terminado.

–¿Ese es el tipo de...? ¿Es el tipo de chico que te gusta? –preguntó Mario, sin querer ofender a su hija, pero viendo que no compartían preferencias en cuanto a cómo debía ser su futuro yerno–. Es...

–Su personaje es atrevido. A mí me parece guapísimo –dijo Sonia, sin querer mirar del todo a su padre–. Un cambio de ropa, el pelo bien peinado... Sería ideal.

Mario se quedó sin palabras. Aquel actor sería diez años mayor que su hija. Su aspecto era de matón de instituto. ¿Cómo podía su hija fijarse en alguien así? Era la imagen de una amenaza pública. Quizás, de tanto desear que Sonia no fuese tan irremediadamente parecida en todo a su madre, Mario había dado con algo aún peor: no sólo se parecía a Leila, es que podía

tener cosas peores que ella.

Aquel padre ni siquiera podía articular un mísero *estás castigada* en condiciones, por la impresión.

Julia acababa de terminar de ver la tercera temporada de *Sexo en Nueva York*, la que era, casi sin ninguna duda, su serie favorita. Cuando necesitaba recobrar su punto desenfrenado veía algún capítulo, eso le reconfortaba e inspiraba. En realidad adoraba a Samantha.

Eran las ocho de la tarde y Julia pensó que si iba a escribir una nueva novela que tuviera cierta consistencia, en un tiempo record, ya podía ponerse a ello. Ernesto le había pedido una historia de amor realista, lo cual a ella le sonaba a drama infumable. Cerró el reproductor de video en su ordenador y abrió un documento de texto para comenzar su escritura. Pero sus dedos eran incapaces de comenzar a teclear; no había ninguna idea en su cabeza que rebosara genialidad, ni ganas de describir algo romántico y a la vez triste... Ver ese documento en blanco le daba pánico.

Creyó que tuvo suerte al oír el teléfono, que le reclamaba. Se levantó de su silla y anduvo hasta la mesita de noche. Pero al ver el número decidió que no le apetecía contestar, que antes que a esa llamada prefería enfrentarse a veinte documentos en blanco. El teléfono siguió sonando hasta que saltó el contestador. Entonces Julia escuchó la voz más irritante de las que conocía: la de su hermana Tamara.

–Julia –pronunció con la j española, sabiendo lo mucho que eso la exasperaba–. Soy Tamara... Coge el teléfono, que sé que estás en tu casa –Julia no hizo ningún ruido, se quedó inmóvil con la única intención de que su hermana colgase lo antes posible–. Julia, no me toques las narices y coge el teléfono. Vaya... Pues parece que para una vez que sales en toda tu triste existencia de esa madriguera, va tu hermana mayor y te llama. Cuando vuelvas de salir de juerga con tus amigos gays, llámame. Es urgente.

Colgó sin despedirse.

–Urgente en tu idioma sólo puede ser encontrar una excusa con la que convencer a tu marido de que no te has tirado a todo el barrio –sonrió Julia, con crueldad–. Buena suerte...

Julia dejó el ordenador encendido y se fue a la ducha. Puso la radio y escuchó las noticias mientras el agua caía sobre su cabeza. Ni una sola noticia agradable o esperanzadora.

–Este mundo se va a la mierda –murmuró.

Abrió la cortina y alargó el brazo lleno de espuma para cambiar de dial. Necesitaba música, a poder ser rock. Dio con una emisora de pop. Le valió. Hacía años que no escuchaba esas canciones que tanto le gustaban, así que dejó la música puesta y se terminó de enjabonar por completo.

Cuando salió de la ducha miró su aspecto en el espejo. Tenía la cara llena de signos de cansancio. Y el pelo le pedía a gritos esa visita urgente a la peluquería que parecía no llegar nunca. Julia se secó y empezó a peinarse. Su cabello rizado era muy difícil de doblegar cuando estaba mojado, tras la ducha estaba lleno de enredos. Tomó un peine y trató de tener paciencia para deshacer todo aquello con el menor dolor.

Entonces la voz de Celine Dion empezó a sonar con una canción que Julia conocía muy bien: *All by myself*. Al principio le encantó que sonara, era una canción que la emocionaba, pero poco a poco, se dio cuenta de que no sonaba igual que cuando la escuchaba con diecisiete años. Deseó estrellar la radio contra el suelo. Con cuarenta años a la vuelta de la esquina, y en su peculiar situación, esa canción no era la más acertada. Sus ojos se humedecieron, y ella intentó

convencerse de que era sólo el daño que le estaba haciendo el peine tirando de los enredos.

Tras salir del cuarto de baño, habiendo apagado bruscamente la radio, abrió su armario. Iba a ponerse el pijama y a intentar escribir lo que fuese, tomar una exquisita cena casera y ver su película favorita, si era lo que hacía falta para que su ánimo no se viniera abajo de forma estrepitosa. Estaba un poco alterada. Respiró hondo y pensó en frío. Su hermana se había reído en su contestador de que la canción tuviese tanto sentido para Julia. En otras palabras, todo el mundo parecía juzgarla por estar sola, y aparentemente nadie creía que fuese bueno, de hecho, si estaba sola, únicamente podía ser una mala mujer.

—Que les den por el culo —dijo Julia.

Tomó unos pantalones vaqueros, una blusa negra que se dejó por fuera, unas botas y una chaqueta. Tomó su cartera y bajó a cenar a su bar, con sus amigos gays, le gustase o no a Tamara.

Julia se sentó en una de las mesas. El bar estaba vacío. Eran tan sólo las nueve de la noche, y aún no era el momento de mayor clientela. Fue a atenderle Isidro, el dueño del bar, que trabajaba sólo de vez en cuando, él decía que para no perder las buenas costumbres.

—Buenas noches, Julia. Dichosos los ojos —sonrió al verla.

—Hola.

—Hace tiempo que no te veía por aquí.

—Últimamente vengo más que tú mismo —sonrió ella.

—¿Qué vas a cenar?

—No tengo hambre, en realidad me bastará con una Pepsi.

—¿Vas a ver el fútbol?

—No, ¿qué partido?

—Hay un Madrid-Barça a las diez. ¿En qué mundo vivirás tú, que no te has enterado de eso?

—¿Y has comprado la emisión para ponerlo esta noche en el bar?

—Para nada. No quiero partidos de ese tipo en mi bar... La cosa se puede poner muy fea. Lo malo es que no habrá muchos clientes esta noche.

—Si lo hubieses contratado...

—Tal vez la próxima vez... si esta noche gana el Barça. En el fondo soy un culé empedernido.

Julia rió y miró hacia la entrada del bar. Isidro también se giró para mirar.

Mario acababa de entrar.

—¿Está cerrado? —preguntó, viendo la desoladora estampa del local.

—Por supuesto que no, caballero —respondió Isidro.

Entonces Mario se fijó en quién era la única clienta en todo el bar. Su mirada de dudas se suavizó y entró.

—¿Me permite que la acompañe? —le preguntó a Julia.

—Claro —dijo ella, sacando un cigarrillo de su chaqueta.

—Gracias —tomó una silla y se sentó frente a ella.

—¿Qué va a tomar? —preguntó el camarero, con la libreta en la mano.

—Una ginebra, por favor. Y que esté bien fría.

—En seguida —respondió Isidro, marchándose.

Mario observó cómo Julia exhalaba el humo y suspiraba.

—¿Cómo está, señorita Julia?

—De puta madre —Mario hizo una sutil mueca. Quiso reír; aquello fue bastante inesperado—.

Por favor, tutéame –le pidió.

Mario sonrió y asintió.

–Por lo visto, vuelves a Chueca con la intención de...

–Sigo de incógnito, sí.

–Es gracioso, no llevas tu maletín. ¿No te sientes medio desnudo?

–Te reirás de mí, pero sí. Tristemente, sin él no me siento seguro.

–Bueno, apuesto a que llevas tu teléfono móvil encima –sonrió Julia, dándole una calada al cigarrillo.

–Sus bebidas –Isidro las colocó sobre la mesa.

–Dejé de fumar empezando por no beber –dijo Mario–. Hay muchas personas que empiezan a fumar cuando comienzan a beber copas siendo jóvenes. Una copa sin el cigarrillo no es lo mismo.

–Y que lo digas.

–Dejé de beber con mis amigos, y así evitaba la mayoría de los cigarrillos. Luego dejé de comprarlos, y finalmente dejé de pedírselos a mis amigos.

–¿Usaste parches de nicotina?

–Sólo al principio. Luego no me hicieron falta.

–Creí que esas mariconadas no servían para nada.

–Dejé de fumar definitivamente y luego me di cuenta de que había dejado también el alcohol... Fue curioso.

–Eso no fue definitivo, me temo –dijo Julia, señalando la copa de ginebra.

–Es lo único que bebo. Y sólo algunas noches, cuando no me siento bien.

–¿Por qué te sientes mal?

–No... No lo sé –rió Mario.

Julia pensó que tenía una sonrisa bonita, pero también un espíritu demasiado agazapado. De igual forma, era un hombre guapo, y al parecer se podía tener una conversación racional con él... Qué rareza.

–Pásate a la Pepsi –le aconsejó ella. Mario rió ante la ocurrencia.

–¿Esa es toda la terapia que me aconsejas? Lo tendré en cuenta.

–¿Vas a ver el partido?

–Podemos divagar sobre lo que se te ocurra hasta el amanecer –Julia se estremeció un poco al pensarlo–, porque no me gusta el fútbol. Para nada.

–A mí sí. ¿De verdad que no eres gay? –quiso asegurarse ella.

–Me gusta el baseball –respondió Mario, alzando las cejas.

–¿Y la fórmula uno?

–La soporto. A mi hijo Iván le encantan las carreras.

La sonrisa de Julia pasó de ser amable a ser sarcástica. Un hijo. Estupendo.

–Hola, señorita Julia –le saludó una mujer que acababa de entrar en el bar.

Era su vecina, Eli. Se acercó a ellos para saludarla más de cerca. Julia confiaba en que no fuese muy indiscreta.

–Buenas noches, Eli –respondió la escritora.

La vecina escudriñó el rostro de Julia, y luego miró de soslayo a Mario.

–Pásese cuando quiera por casa. Ya le tengo listo el encargo. Estoy segura de que le va a dejar sin habla.

–No lo dudo, Eli. Muchas gracias. Pasaré mañana por la mañana, ¿de acuerdo?

–Me parece estupendo.

Eli se dirigió hacia la barra y se puso a cuchichear con Isidro.

–Es mi vecina –dijo Julia a Mario.

–Oh –asintió él.

–Le encargué unos trajes de carnaval muy coloridos. Es que es una costurera de primera – explicó ella–. Hace unos disfraces estupendos, y la gente del barrio los luce con orgullo.

–Lentejuelas a granel, imagino...

–Exacto –sonrió ella.

–¿Y tú te vas a disfrazar?

–El encargo no es para mí –respondió Julia.

–No tienes que disimular –sonrió Mario–. Las lentejuelas son... parpadeantes. Un gran invento.

–En serio, no podría meterme en esos trajes ni aunque supusiera mi mayor fantasía. Son dos disfraces para mis sobrinos.

A Julia se le iluminó el rostro. Lo único bueno que había hecho Tamara en su vida fue parir a sus gemelos, dos niños de grandes ojos negros abrigados con largas pestañas, de piel color canela, y cuyos cabellos eran una mata de rizos morenos. Julia les adoraba, eran las personas a las que más quería en el mundo. Mario sonrió al notarlo.

–Así que eres tía.

–Así que eres padre –Julia no pudo evitarlo.

–Tres veces. Dos niñas y un niño –respondió él, con una sonrisa magnífica.

Julia dio por hecho que aquella conversación sería absolutamente infructuosa si seguía pensando que aquel tipo era atractivo. Así que se amoldó a la situación. Nada de ilusiones.

–Me encantan los críos –Julia tomó otra calada–. Al menos los críos de los demás.

–A mí mis hijos me cansan a menudo. Hoy mi hija mayor, Sonia, se ha puesto a ver una serie de televisión que me ha dejado sin saber qué cosas considera buenas y qué cosas considera malas. No sé dónde ponen el límite mis propios hijos.

–Tranquilo, las adolescentes están con las hormonas revueltas, pero son más inteligentes de lo que te puedas imaginar. Habrá algún chico que le guste en esa serie, me juego lo que quieras.

–Creo que tienes razón –dijo Mario, bajando la mirada.

–Preocúpate cuando no sea así. Si alguien ve esa basura por otro motivo que no sea ese, está mal de la cabeza. No tienen calidad ni un objetivo diferente al lucro. Pondrán toda la mierda que haga falta en pantalla por tal de ganar dinero con ello.

–Es bueno saberlo.

–No culpes a tu hija por ver series, yo también lo hago a mi edad.

–¿Ves series? –sonrió él–. ¿Como cuál?

–Sexo en Nueva York. Hoy he visto tres capítulos.

Julia rió, le parecía gracioso. Pero en seguida vio que a Mario no le resultaba fácil mezclar hormonas con la conversación. Al parecer, el sexo y el gusto de las adolescentes no eran unos temas que supiese abordar. Eso le pareció decepcionante a la escritora; un hombre con ese aspecto debería dominar esa asignatura.

–No es que todos mis hijos me den problemas –Mario intentó cambiar de tema como fuera–. La pequeña es un cielo. Son los mayores los que no están en sus cabales. Son adolescentes y no tienen dos dedos de frente.

–Mi madre sigue diciendo eso sobre mí con quienquiera que hable –Julia expulsó el humo con una mirada forzada de pocos amigos. Por supuesto fingía.

De todas formas, no estaba dispuesta a oír las penas de un hombre con hijos sin ser crítica

y dura.

–Mi madre murió –explicó él–. Pero mi padre sigue vivo, está en una residencia de ancianos que me cuesta casi dos mil euros al mes... Ambos pensaron siempre que yo era un hijo modélico.

–¿Y alguna vez te lo dijeron?

–¿Qué quieres decir?

–Que si te lo dijeron con esas mismas palabras. ¿Te dijeron que eras un hijo modélico? –si era cierto, a Julia le daría un ataque de envidia.

–Bueno, con esas palabras tal vez no, pero parecidas... Sobre todo mi madre. Ella se pasaba el día presumiendo de mí. Mi padre no lo decía tan explícitamente, pero su mirada era lo suficientemente expresiva.

Julia soltó una risita sarcástica. No era justo que sólo ella escuchara.

–Mi padre –dijo ella– debía pensar que yo dominaba el lenguaje telepático, porque todo el mundo me decía que estaba muy orgulloso de mí, pero jamás me lo dijo, y sus ojos no expresaban nada. Aun así, la gente no mentía, estaba orgulloso. Era demasiado cobarde como para admitirlo.

Mario se quedó en silencio un momento. Pero hasta Eli e Isidro se habían quedado callados. El silencio era muy incómodo.

–Vaya –acertó a decir Mario.

–Sí. Vaya –respondió Julia, sonriendo.

Mario puso una sonrisa torcida, esa mujer le agradaba, aunque fuese la más calculadora del mundo.

–Se me ha terminado la Pepsi –Julia alzó una mano, haciendo que Isidro se dirigiese hacia ellos–. Son las diez y media. Me vuelvo a casa.

–¿Tan pronto? –se sorprendió Mario.

–Tengo algo de trabajo atrasado –sonrió ella, que no quería resultarle maleducada por marcharse demasiado apresuradamente–. Es importante que me ponga al día. Más de lo que te imaginas.

–Supongo que lo de divagar hasta el amanecer podemos dejarlo para otra ocasión –dijo Mario.

Ella sólo sonrió, sin darle mucha importancia, y miró a Isidro.

–Uno con cincuenta, Julia –le dijo el camarero.

–Yo invito –respondió Mario.

–¿Qué dices? Ni de coña –ella le dio el dinero a Isidro–. Nunca dejes que me inviten. Lo siento.

–Está bien –asintió Mario–. Cóbreme lo mío, por favor –se dirigió a Isidro.

Julia esperó a que su acompañante se levantara de la silla y ambos salieron del bar.

El frío caló los huesos de la escritora, que ya agradecía lo cerca que estaba su casa.

–Espero que coincidamos más veces –dijo Mario, sonriente, al tiempo que paraba un taxi.

–No vengo tan a menudo como parece. Quizás no nos veamos más –dijo ella, quitándole importancia.

–Aún tienes que averiguar por qué vengo de incógnito, y yo tengo que invitarte a una copa. Seguro que nos vemos más –respondió él, abriendo la puerta del taxi.

–Lo que tú digas –sonrió la escritora.

–Hasta pronto, Julia.

–Adiós.

Ella saludó con la mano y observó cómo el coche se marchaba entre las calles desiertas.

Todo Madrid estaba desolado, sin un alma, porque el fútbol reclamaba a las hordas de ciudadanos.

Julia subió las escaleras de su casa. Su mente estaba tan desconcentrada que ni siquiera se le ocurrió tomar el ascensor. Llegó a su piso, aún pensando en la ridícula charla que acababa de tener. Cerró la puerta con pesadez y respiró profundamente.

Mario le caía bien, pero le hubiese caído mucho mejor si hubiese estado soltero, y preferiblemente sin hijos, porque eso demostraría que no había conexión posible con una esposa o ex esposa. De pronto le asaltó una duda... Quizás era soltero, un divorciado, o un viudo... Pero no, si tenía una hija pequeña, otros dos adolescentes, vivía cerca de La Moraleja y vestía de chaqueta, no era muy probable que estuviese soltero. Es más, seguro que su mujer lo tenía agarrado con todas sus fuerzas.

–Es que encima está bueno el muy cabrón... –pronunció Julia en la soledad de su casa.

A primera vista, Mario engañaba, no era fácil descubrir a un tipo atractivo en él. Pero dos sonrisas suyas eran suficientes para que una mujer tan exigente como Julia supiera que había mucho que descubrir.

–Aunque es un poco puritano –se recordó a sí misma.

Julia rió entre dientes.

Qué estupidez, hablar sola, pensando en un hombre que no estaba a su alcance, al que apenas conocía y que le había hecho quedar como una idiota... sin siquiera pretenderlo.

Julia lamentaba no poder llamar a Ángela para contarle todo aquello. Lo último que necesitaba su amiga era que le hablaran de hombres. Pero Julia siguió pensando para sí misma. Había sido tan ridículo haberse hecho ilusiones precisamente aquella noche, no antes, sino justo la noche que ese hombre le contó que tenía tres hijos. Julia había sentido ese incómodo hormigueo que nace en el estómago cuando una mujer cree que ha encontrado algo especial, y empieza a sopesar que ese hombre le gusta, pero de pronto se entera de que esa persona no está disponible. Es una de las peores sensaciones que existen. Julia la conocía demasiado bien.

Tenía el consuelo de que no le vería más, porque él estaba equivocado. No hacía falta que Julia descubriera por qué él iba hasta Chueca, lo sabía de sobra: para olvidarse por un rato de su vida en familia. Algo no tan extraño, al fin y al cabo. Y él ya podía desistir de su intento de invitarla a una copa. Julia sólo se dejaba invitar cuando sabía que más tarde iba a tener más que palabras con quien pagaba. Por supuesto, Mario no daba el perfil. Lo cual no era una grata noticia para Julia.

Una semana después de haber tomado su última Pepsi en el Chispa&humo, Julia se encontraba tumbada en su cama, mirando el techo. Había dormido una siesta excesivamente larga. Eran las nueve de la noche y apenas llevaba media hora despierta. Se culpaba a sí misma por desperdiciar los días de esa manera, esperando una inspiración que no llegaba, no llegaba, no llegaba...

Suspiró y se incorporó. ¿Qué iba a hacer?, ¿cenar? ¿Y luego qué?, ¿ver una película que se supiera ya de memoria? La inspiración no la iba a encontrar si no se ponía a trabajar frente a su ordenador. Encendió su portátil y dejó que cargara la pantalla de inicio mientras ella miraba, un poco embotada de sueño aún, su habitación. Sonrió con ternura al ver, colgados de los pomos del armario, los dos disfraces que tenía listos para sus sobrinos. Los niños tenían cuatro años y un espíritu vivo... Julia no sabía de quién lo habrían heredado. Su hermana era una remilgada



estirada y su cuñado era un calzonazos.

Su ordenador terminó de encenderse. Estaba listo para soportar los dedos de Julia en el teclado. Y a pesar de su determinación por escribir algo, no había ni una mísera idea en su cabeza que le ayudase a crear los cimientos de una historia. Por otro lado, su mente seguía con el empeño de hacer que aquel crítico que tanto daño supuso para su última novela se tragara sus palabras. Buscó durante un rato algún vínculo fiable mediante el que contactar con Mario Guerra. Pero estaba claro que aquel veterano no soportaba al público. Estaba absolutamente protegido.

–Hijo de perra –murmuró Julia, tras fallar en su intento de conseguir un teléfono o una dirección–. Desgraciado...

Julia dio un profundo suspiro, dejándose caer de espaldas en su silla. Tenía dos opciones: torturarse con las críticas de ese hombre, o empezar a escribir y cerrarle la boca sin perder el tiempo. Tragó saliva, y decididamente, optó por lo segundo.

–Que sea usted muy feliz, señor Guerra. Nos veremos en el infierno –dijo, eliminando de su lista de e-mails el del crítico.

Su interés por él se había acabado. Ahora tenía que ocuparse personalmente de que los lectores pensaran exactamente lo mismo. Era más complicado, pero mucho más emocionante.

Antes de que Julia pudiera enfrentarse de nuevo a sus documentos en blanco, sonó el teléfono. Ella se levantó y fue a por el aparato, pero de nuevo se encontró con el número de su hermana reflejado en el teléfono.

–Mierda –murmuró.

Cuando Tamara se ponía testaruda no tardaba mucho en cansarse si la gente le ignoraba, porque no soportaba no llamar la atención. Así que aquella insistencia no podía ser normal. Julia optó por poner manos libres y tumbarse en la cama, donde estaría más cómoda para enfrentar a su hermana.

–¿Diga? –contestó, sabiendo que podría haber sido mucho más ruda.

–¡Hombre, por fin! –dijo la colérica voz de Tamara–. Te he estado llamando toda la semana, Julia –volvió a pronunciar con la j española–. ¿Qué pasa contigo?

–No sabía que te preocuparas por mí...

–Julia, parece mentira; soy tu hermana.

Esa contestación, tan interesada, sólo denotaba una cosa: Tamara iba a pedirle algo.

–Sí, claro... –murmuró Julia.

–Mamá también me pregunta por ti.

–Mira, Tamara, ya. No me toques las narices –respondió Julia, con brusquedad.

–Te dejé mil mensajes. ¿Por qué no me has llamado?

–¿En serio quieres que te de una excusa inventada, Tamara? No pienso darte explicaciones.

–¿Cuándo crecerás...?

–Estoy a punto de colgar. ¿Qué quieres?

–No me puedo creer que tenga que pasar por esto.

–Tamara, tienes cinco segundos –Julia se puso seria.

–Necesito que cuides de tus sobrinos este fin de semana –respondió–. Supongo que con alguien de su misma edad mental estarán más cómodos.

Ni siquiera por tal de destrozar los planes de su insoportable hermana iba Julia a dejar pasar una oportunidad de ver a sus sobrinos.

–¿Me quieres de canguro? –soltó una risa sarcástica–. ¿Dónde está tu querida Irene? ¿Dónde están tus amigas de revista, Tamara? Sus edades mentales son incluso menores que la de

los gemelos, seguro que a los niños les encanta pasar un rato con ellas y sentirse superiores... Ah, no, si para eso ya tienen a sus padres.

Tamara fingió no haber explotado interiormente con esas palabras.

–Enrique y yo nos vamos con nuestros amigos a pasar el fin de semana fuera. De modo que mis amigos no pueden cuidar de mis hijos. Ya tienen bastante con dejar a los suyos con sus abuelos... Los padres de Irene se ofrecieron a cuidar de los gemelos, pero yo tengo sentido de la decencia. No iba a dejarles la carga de los niños a un matrimonio de ancianos que ya tienen que cuidar de una nieta.

–Oh, sí, muy considerado por tu parte. ¿Qué pasa con la madre que te parió? ¿Ella ha perdido ya todo el amor maternal? Pensé que eso sólo le ocurría conmigo...

–Mamá está muy ocupada.

Julia soltó una carcajada.

–Mira, Tamara, adoro a mis sobrinos. Pero hacerte un favor no me motiva. Y ahora, si no quieres que empiece a ser grosera de verdad, te pediría que lo dejaras estar.

Sin embargo, Julia sabía que acabaría cuidando de sus sobrinos, encantada, sin duda, después, eso sí, de aquel último golpe a su hermana.

–Julia, no pienso pedírtelo por favor –aseguró Tamara–. Te pagaré.

–Un fin de semana son tres días, por lo que son unos trescientos euros por día. Si a eso le sumamos que es un perfecto viaje, de perfectas parejas, perfectamente enamoradas, que yo estoy facilitando... Sí, es un total de mil euros.

–¿Qué? No puedes pedirme tanto dinero –se indignó Tamara.

–Oh, verás, tú eres la que tiene los hijos, el viaje planeado y el marido forrado. Así que... Sí, puedo pedirte ese dinero.

Tamara resopló al otro lado del teléfono. Subió el tono de su voz; estaba sufriendo en su orgullo por aquello.

–Muy bien. Mil euros. No se hable más. Llevaré a los niños a tu casa mañana por la mañana. Más te vale tratarlos como marqueses. Me estás sacando demasiado dinero –le advirtió Tamara.

–Hermanita, lo creas o no, los trataré mejor que tú –sonrió Julia, sabedora de haber ganado.

–Adiós –se despidió Tamara, con voz férrea.

–Hasta mañana –la voz de Julia, sin embargo, fue descaradamente risueña.

Después de aquella animada charla telefónica con su hermana, Julia no tenía claro si podría empezar a escribir su novela de amor realista, pero estaba segura de que el periódico para el que escribía las columnas cada lunes estaría más que satisfecho de saber su opinión sobre la cultura familiar española y los cánones tan diferentes que seguiría ella como madre en el lugar de su hermana. Antes de las doce de la noche tenía lista una columna magnífica. Eso le ayudaría a dormir sin excesivos remordimientos.

El sol apenas había salido. La mañana del viernes se presentaba tranquila, lo cual ayudaba para que Julia disfrutase con su ducha matinal. Pasó largo tiempo bajo el grifo del agua caliente, esta vez sin oír noticias desalentadoras ni canciones inoportunas. Sólo escuchaba el sonido del agua. Eligió su champú favorito y se tomó su tiempo para limpiarse el pelo. Iría a la peluquería en cuanto su hermana volviese de su fin de semana romántico, lo había decidido.

Tras relajarse con aquella ducha, dedicó algo de tiempo a peinarse. Sus cabellos terminaban como tirabuzones de un rubio gastado por su cabeza. Su melena ya empezaba a ser

excesivamente larga, no le sentaba del todo bien, pero tomándose un poco de tiempo con el cepillo y el secador, todo podía mejorar. Luego, para no escatimar en preparativos, se maquilló con colores suaves, como no lo hacía desde que Ángela y ella salían a bailar por las discotecas de Carabanchel, cuando no pasaban de los veinticinco años. Hacía bastante tiempo que no se miraba al espejo viéndose guapa, no solía preocuparle tanto su físico.

A la hora de elegir vestuario no tuvo tantos miramientos. Una bonita camisa y unos cómodos pantalones vaqueros bastaron. Su aspecto era juvenil y agradable.

Julia miró el reloj de su mesilla de noche. Aún era temprano, Tamara tardaría al menos una hora en llegar con los niños. Tenía tiempo de hacer un par de cosas fuera de casa. Para empezar, desayunar.

En el Chispa&humo había más gente de lo habitual a esas horas tan tempranas. Con las bufandas que llevaban, y que lucían el escudo de su equipo, no podían disimular que la borrachera les venía de toda una noche de fiesta. Eran todos madridistas hartos de alcohol, celebración y cansancio, que habían acudido al bar a tomar un último café antes de dormir o marcharse a trabajar. Julia sonrió al entrar y ver tan desolador e irrisorio panorama.

Isidro estaba tras la barra, sirviendo cafés y vasos de agua.

–Buenos días, capitán –saludó Julia, tomando asiento.

–Buenos días, sirenita. ¿Se puede estar más guapa a estas horas de la mañana? –observó Isidro.

–Gracias –sonrió ella–. ¿Qué ha pasado aquí?

–El partido de vuelta no nos salió tan bien como el de ida... Ganaron los blancos. Ya sabía yo que no tenía que haberlo contratado... –se lamentó Isidro, negando con la cabeza, como resignado.

–Ya veo –sonrió ella–. Pues menuda fiesta ha tenido más de uno –dijo, observando las expresiones de desorientación mayúscula en los rostros de los aficionados–. Al menos la clientela se ha dejado la pasta con los cubatas.

–Mientras me paguen, yo les sirvo los vinos, whiskys y cafés que quieran... Y, ya que estoy metido en el ajo, ¿qué te sirvo, Julia?

–Lo mismo de siempre.

–Su café y su tostada. Marchando.

En la televisión del bar, las noticias nacionales daban paso a la información del tiempo. Al parecer, todo el fin de semana iba a hacer un sol de justicia en todo el país. Julia pensó que dar una vuelta por la ciudad para airearse un poco no iba a sentarle nada mal, sobre todo si podía disfrutar de la compañía de sus sobrinos.

–Aquí tienes –le dijo Isidro, poniéndole por delante una taza de café que olía de maravilla–. La tostada ya casi está.

–Gracias –respondió ella.

–¿Qué le sirvo, caballero? –Isidro y Julia miraron a Mario, que se acababa de sentar a la diestra de ella.

–Lo mismo que haya pedido la señorita –respondió él, con una sonrisa estupenda.

–En seguida.

–Podrías no ser tan original; vas a dejar a Isidro sin recursos –se mofó ella.

–Hacía tiempo que no venías –observó Mario.

–He pasado una semana bastante ajetreada –Julia sacó su paquete de cigarrillos–. Lo he echado algo de menos, porque no sé preparar café, y las tostadas suelen acabar chamuscadas si

soy yo quien se ocupa de prepararlas.

Mario rió. Isidro les sirvió las tostadas y el café, alargando su mano con un mechero para encender el cigarrillo de Julia.

–Gracias, capitán –le dijo ella.  
–¿Puedo preguntarte por qué estás tan...? –la indecisión de Mario para soltar el adjetivo adecuado hizo que Julia perdiera la paciencia.  
–Arreglada –terminó ella.  
–Sí... –aunque él hubiese dicho *guapa*, si se hubiese atrevido.  
–Bueno, no creas que es por volver al bar después de una semana, ni porque estuviera casi segura de que un caballero enchaquetado y de incógnito fuese a desayunar conmigo –sonrió ella.  
–¿Entonces, por qué?  
Julia se quedó callada, mirándole a los ojos.  
–Lo admito, es lo que piensas... Me pueden los hombres –dijo ella, dando una calada al cigarrillo.  
A Mario le subió el rubor hasta las orejas.  
–En concreto, me he preocupado de tener mejor aspecto que nunca porque hoy vienen a casa mis dos sobrinos, a los que quiero con locura. Para ellos soy poco menos que un hada madrina... Tengo que parecerlo. Con mi aspecto habitual, pensarían que soy más bruja que la madre que los parió, es decir, mi hermana.  
Aquello hizo sonreír, más tranquilo, a Mario.  
–Intuyo que tu hermana no te cae muy bien.  
–La quiero mucho –dijo ella, sin entusiasmo–. Pero eso no quita que la compadezca por ser tan irritantemente estúpida –Julia forzó una sonrisa.  
–Entonces era verdad que te gustan los hijos de los demás.  
–Yo podría ser una buena madre, pero mi modo de vida no me lo pondría fácil. Aun así, estoy a favor de las madres solteras; me parecen mujeres excepcionales.  
–¿Estás soltera?  
–Sí, y no me digas que no se me nota –sonrió Julia, halagada por la duda de él, que le pareció demasiado sorprendido. Normalmente, la gente no dudaba con respecto a aquello.  
–Creo que deberías estar casada.  
–¿Por qué? –la sonrisa desapareció del rostro de la escritora.  
–Pareces una mujer fantástica.  
–Joder, precisamente porque me valoro a mí misma he mandado al matrimonio a tomar por el culo.  
–Hay mujeres casadas que son muy felices.  
–No tienes que jurármelo –pensó en su hermana–. ¿Sabes que el número de divorcios sería mayor que el de compromisos si eso fuese posible?  
Mario rió con ganas, Julia había sido muy irónica.  
–¿Ni siquiera se casaría con un millonario? –Mario creyó haberle mandado una bomba.  
Ella se lo tomó como una pregunta como otra cualquiera.  
–El dinero de los hombres no me interesa. Sé cuidar de mí misma.  
–¿Y si usted fuese rica?  
Julia no tuvo que imaginar demasiado, teniendo en cuenta su saneadísimo saldo bancario.  
–Las mujeres ricas pasan del matrimonio. Se casan si les apetece, pero no siguen las normas del juego. Actúan haciendo justo lo que quieren. Yo haría lo mismo, ir a mi aire, es lo mejor.  
–¿Y si está enamorada de su marido?  
–Entonces no estaría casada con él.  
Mario volvió a reír, y Julia, dando una calada profunda, sonrió con picardía.

–Tú debes de estar casado –dijo ella, seria y disimulando el hastío.

–¿Cómo lo has adivinado? –preguntó Mario, sabiendo que se había delatado a sí mismo con sus preguntas y su forma de ser.

–Intuición femenina –se burló ella, haciéndole sonreír.

–Sí, estoy casado –él respondió a esa sonrisa, pero en la cara de Julia no quedaban ya restos de ella.

–¿Y no eres tú más feliz que tu mujer?

Mario pensó entonces en Leila. Ella era una mujer casada con un hombre que le daba todo capricho porque era rico. La veía poco, hablaban poco, pero él estaba convencido de que amaba su mujer, la cual iba a su aire.

–Sí –dijo, suavemente, sin mirar otra cosa que el cigarrillo en la mano de Julia–. Sí, soy más feliz que ella –contestó, desconfiando de que eso fuese verdad.

–¿Ves? Los hombres salís ganando con el matrimonio, es el machismo hecho sacramento. Está pensado para que la mujer tenga hijos y el hombre sea el señor de su casa. Sólo folláis y mandáis, ¿qué es eso si no es machismo? Así cualquiera quiere casarse.

–¿Y el tipo rico que no tiene soberanía sobre su mujer? –Mario sonrió, disimulando perfectamente.

–Pues, además de ser un poco estúpido porque actúa más como banco particular que como marido, o peor, que como hombre... Creo que sólo le queda una opción: competir con el dinero.

–¿Qué quieres decir?

–La mujer se ha enamorado del dinero. ¿Has oído eso de que el diamante es el mejor amigo de la mujer? Amigo, esa es una de las grandes verdades que jamás oí. Te lo aseguro –Mario sonreía, pero Julia notaba que en su mirada se mezclaba el interés y la tristeza–. El marido debería reconquistarla; recordarle que supuestamente están enamorados.

–¿Supuestamente?

–Bueno, es que hay mujeres que se casan con hombres ricos sin amarlos, pero enamoradas ya de su dinero. Y también hay hombres que se casan con mujeres ricas por la protección y el dinero que ellas les ofrecen. Puede no haber existido amor nunca –esa exposición dejó a Mario sin saber qué decir.

Él tomó la taza de café y bebió, sin mirar a Julia a los ojos.

–Pero –dijo ella–, ¿qué más da lo que hagan los matrimonios felices y ricos? Bastante tengo con ocuparme de mi día a día.

Mario sonrió y volvió a mirarla a los ojos. Estaba muy guapa.

–Creo que me duele la cabeza –dijo Julia, esquivando la mirada de él–. Voy a tener que irme a casa ya. Necesito tomarme algo para el mareo. Creo que me he levantado demasiado temprano. Ojalá pudiera echarme en la cama un rato más... Dormiría tan profundamente que los muertos me tendrían envidia.

Uno de los clientes del bar, un aficionado madridista, que estaba demasiado borracho como para andar como las personas normales, se acercó a la barra y se dirigió a Julia con una voz rasposa y un aliento muy desagradable.

–Te invito a lo que hayas pedido, guapa. Si supieran los maricones del barrio lo que vale una señorita como tú... –la miró de forma irrespetuosa.

Julia dejó con algo de brusquedad el dinero del desayuno sobre la barra, mirando con desprecio a aquel hombre, y bajó del taburete donde estaba sentada.

–Que pases un buen día –alcanzó a decir Mario, antes de que ella se diese la vuelta para marcharse.

La escritora hizo un gesto dejado con la mano para despedirse sin muchos miramientos.

Isidro vio el dinero sobre la barra, después de presenciar la abrupta despedida de Julia, y alzó las cejas en un gesto bromista hacia Mario, quien con una sonrisa torcida respondió:

–Nunca deja que la inviten.

Desde que puso los pies en su piso, y hasta que llamaron a su puerta, Julia se dedicó a perfeccionar su columna, esa que había empezado la noche anterior con tan buena inspiración. Se levantó de su escritorio al oír el timbre, no sin antes apagar su ordenador.

Echó un vistazo por la mirilla de la puerta. Su mismísima hermana se había personado en Chueca para acompañar a sus hijos hasta aquella casa. Inaudito. Aunque, como siempre, era Enrique, el padre de los niños, quien solía ocuparse de los recados desagradables.

–Buenos días, Julia –saludó, con respeto y una sonrisa cálida, su cuñado, cuando ella abrió la puerta–. Estás preciosa.

–Me alegro de verte –respondió ella–. Y a vosotros os he echado muchísimo de menos –rió al ver a sus sobrinos.

Se agachó para abrazar a Raúl y Antonio. Habían crecido mucho desde la última vez que les vio, meses atrás. Los niños sonrieron ampliamente y se aferraron a ella llenándola de besos. Julia adoraba sus risas, eran absolutamente adorables. Los niños vieron la televisión encendida y se dirigieron hacia ella sin contemplaciones.

–Espero que no sea mucha molestia –dijo Enrique, mirando a Julia de una forma extraña.

–No. En absoluto, por favor, qué ocurrencia –ella sabía qué significaba esa mirada, aunque no fuera lo más correcto–. ¿Quieres pasar?

–Sabes que me encantaría. Pero tengo prisa; tu hermana me está esperando en el coche –se excusó él.

–¿Por qué no...? –Julia se quedó seria. Lo pensó, pero acabó por preguntar–. ¿Por qué no ha subido ella también?

–Está hablando por teléfono con el encargado del hotel, acabando de concretar algunas cosas... Me ha pedido que la disculpase.

Julia pensó que, con lo poco que le debía de cautivar la idea de ver a su hermana menor, Tamara había encontrado la excusa perfecta para mandar a su marido a ocuparse de los niños, mientras ella tenía una conversación de última hora con su terapeuta, cosa que no podría hacer en todo el fin de semana si iba a tener a Enrique al lado las veinticuatro horas. Tamara y ese terapeuta tenían una relación muy... cordial.

–Ya –murmuró Julia, sonriendo a su cuñado.

–Casi lo olvido...

Enrique sacó dos billetes de quinientos euros de su chaqueta.

–Ten –le dijo a Julia–. Es la cantidad acordada.

–Déjalo, Enrique. Lo del dinero era sólo para reírme un poco de tu mujer –sonrió ella.

–Quiero que te lo quedes. Si no fuera por ti, tendríamos que contratar a una canguro. No me gusta que gente extraña cuide de mis hijos.

–Está bien, pues vuelve a ofrecerme el dinero cuando volváis. Al menos así sentiré que me lo merezco –pidió Julia.

–Claro, no hay problema –accedió Enrique. Ambos se quedaron callados sin saber qué decir, aunque con sus miradas ya decían bastante–. Bueno, chicos, os dejo con vuestra tía. Haced todo lo que os diga y no la hagáis enfadar –los niños volvieron a acercarse y Enrique les dio un beso en la cabeza a cada uno.

–Se lo pasarán en grande –dijo Julia.

–No podría ponerlo en duda. Yo me quedaría, si pudiera.

–Adiós papá –dijo Antonio, mientras Raúl movía la manita en señal de despedida.

–Hasta el domingo por la noche, chicos. Adiós, Julia –de ella se despidió serio. Ella sólo hizo una mueca con la cara, no dijo palabra alguna.

Julia cerró la puerta y respiró hondo. Su cuñado usaba una colonia que la desarmaba. Era un hombre muy atractivo que, desde hacía poco tiempo, parecía disfrutar de su compañía más de lo habitual. Sin embargo, a pesar de lo mal que se llevaba con su hermana, Julia no podría traspasar esa línea.

–Bueno, ¿habéis desayunado? –les preguntó a los niños.

–Sí –respondieron al unísono.

–Genial. ¿Qué queréis hacer? –Julia se adelantó y caminó hacia el salón.

–Jugar a la Play –respondió Antonio.

–¿La Playstation? –preguntó Julia–. ¿En serio os han criado para que tengáis tanta imaginación? ¿Pero qué habéis desayunado para que vuestra adrenalina esté en coma?

–Yo un cuenco de cereales –respondió Raúl, sonriendo y haciendo reír a Julia.

–Y yo... –Antonio pareció pensárselo–. Yo otro.

–¿También cereales? –a la pregunta de Julia, ambos asintieron con la cabeza–. Es increíble que podáis procesar videojuegos enteros como si fueseis ordenadores y os cueste recordar el desayuno... –murmuró–. Bueno, a ver, ¿quién quiere que mañana vayamos al zoo?

Ambos levantaron la mano, estirándose hasta casi descoyuntarse, y mostrando sus blanquísimas sonrisas de dientes de leche.

–De acuerdo. Si queréis que mañana vayamos al zoo, hoy tenéis que portaros mejor que nunca. ¿Estáis dispuestos?

–Sí –respondió Antonio, muy decidido.

Raúl asintió, con igual energía.

–Muy bien. Lo primero que vamos a hacer es ponernos una chaqueta para ir a dar un paseo hasta llegar a un precioso parque –les dijo, para seguidamente murmurar–: Y allí ya podréis hacer el café como os apetezca.

Unos minutos después, Julia y los niños estaban en la calle, esperando un taxi que les llevara hasta el parque del Retiro.

Hacía un día espléndido, como había augurado el hombre del tiempo. Julia no soltaba las manos de sus sobrinos mientras caminaban tranquilamente, acercándose al lago. Los niños nunca habían estado allí, no podrían haberse imaginado que existía algo más allá de su casa y su colegio. Tamara adoraba a sus hijos, pero no tenía tiempo de llevarles a jugar y a mezclarse con los hijos de gente menos exclusiva que ella.

Los niños empezaron a correr entre los arbustos y los árboles, bajo la atenta mirada de su tía, que les tomaba fotos mientras compartía sus risas.

–Tía Julia, ¿qué es eso? –Raúl señaló a un pequeño teatro ambulante.

–Son guiñoles, tesoro –respondió ella, con una sonrisa–. Marionetas que cuentan cuentos.

–Yo quiero verlo –dijo Antonio, tomando la mano de Julia para que se acercaran.

–Muy bien. Dame la mano, Raúl –el pequeño obedeció, pero no las tenía todas consigo.

Cuanto más se acercaban, más pánico sentía Raúl por aquellos horrendos muñecos. Aunque a Antonio parecían entusiasmarle; tiraba de la mano de Julia con insistencia.

Llegaron delante del pequeño escenario y Raúl se escondió detrás de las piernas de su tía,



agarrándose a ella. Julia tomó en brazos a Antonio, para que pudiera ver bien, mientras que con otra mano seguía tomando a Raúl.

–¿Te gusta? –preguntó Julia, viendo la cara de fascinación de Antonio, observando embobado esos muñecos parlantes.

–Están hablando –dijo, señalando y haciendo reír a Julia.

Cuando Antonio se distrajo un momento de la historia que las marionetas contaban, y dirigió su vista a la gente, divisó un puesto de helados que le hizo perder todo interés en el guiñol.

Julia se dio cuenta de que su sobrino no le quitaba ojo a aquel puesto. Sonrió.

–¿Queréis un helado? –preguntó.

Antonio la miró con una sonrisa pícaro. Julia dirigió su mirada hacia abajo, donde Raúl seguía escondiéndose tras sus rodillas.

–¿Te apetece tomar un helado?

–Sí –sonrió el pequeño, dando saltos.

Julia dejó a Antonio en el suelo, con su hermano, y volvió a tomarle una mano a cada uno. Se dirigieron hacia el puesto y observaron un cartel con todos los helados disponibles.

–Elegid el que más os guste –les dijo.

–¿Julia?

Aquella voz le sonaba demasiado. La escritora se dio la vuelta, llevándose una sorpresa.

–Mario, ¿qué haces aquí?

–Hola. He venido a pasar la mañana con mi hija –dijo, para dirigirse al dueño del puesto de helados, entregándole dinero–. Tenga, muchas gracias.

–A usted, caballero –respondió el vendedor.

–Le prometí hace tiempo que cuando le dieran algún día libre en el colegio, vendríamos al parque –explicó Mario, tomando a su hija en brazos–. Se llama Estrella.

–Hola, Estrella –saludó Julia.

La niña sonrió como pudo, mientras tomaba su helado de chocolate, y saludó con la manita. Julia apenas pudo creer lo bellísima que era la niña.

–Es preciosa. No se parece demasiado a su padre... –bromeó Julia.

–Tía Julia –le llamó Antonio, reclamando su atención porque ya habían decidido cuál de los helados querían cada uno.

–¿Estos son tus sobrinos?

–Sí. Mis gemelos favoritos –respondió ella–. Este es Raúl, y este es Antonio. No sé por qué, tenía la corazonada de que la vainilla y el chocolate blanco serían los ganadores –rió Julia–. En eso salen a su madre... –dijo con desdén.

Julia pagó los helados y los niños los recibieron con alegría.

–Me da la sensación de que en su casa no toman estas cosas. Mi hermana es un poco... estricta –Julia tuvo que respirar antes de soltar un eufemismo de ese calado–. El desarrollo de la imaginación no es algo que la motive demasiado. Prefiere inculcarles el gusto por la moda –sonrió sarcástica–. No sabes lo que es una *fashion victim* hasta que conoces a mi hermana.

Mario pensó en su mujer, pero prefirió ser discreto y no decir lo que estaba pensando.

–¿No parecen de la misma edad? Estrella tiene cuatro años –dijo Mario.

–Ellos te lo pueden decir –sonrió Julia, mirando a sus sobrinos–. ¿Cuántos años tenéis?

–Cuatro –saltó Raúl, mientras Antonio intentaba enseñar cuatro dedos algo manchados de chocolate blanco.

–Bueno, ahí lo tienes. Sí que son del mismo año –respondió Julia, mirando a Estrella.

–Papá... Mira, son iguales –señaló la pequeña, sin siquiera pestañear.

Mario rió ante la observación de su hija.

Durante toda la mañana, Julia y Mario estuvieron dando un largo y tranquilo paseo por el parque con los niños. El ver a Mario vestido con vaqueros y camiseta, sin su habitual traje de chaqueta negro no era nada a lo que Julia no pudiese acostumbrarse; le resultaba agradable. Por otro lado, Julia nunca había estado tan guapa, tan relajada y tan alegre. Estar con los niños le sentaba muy bien... No había tomado ni un cigarrillo en horas, era como si no lo echara de menos. A pesar de todo, seguía siendo la misma, sin perder un ápice de su chispa.

Mario tomó el periódico que llevaba bajo el brazo y lo ojeó cuando llegaron a un banco donde se sentaron a observar a los niños.

–Otra vez elecciones... –murmuró él.

–Sí, dentro de poco estaremos invadidos de carteles electorales.

–A mí no me compran con esas cosas –aseguró Mario.

–Ni a mí. No me convence ningún partido, siempre voto aquello que me parezca el mal menor. Voto en blanco, casi siempre.

–Yo siempre voto al mismo partido.

–¿Y si algún año te convence más otro?

–Eso nunca ocurre.

–¿Y si ocurriese alguna vez?

–No ocurre –respondió Mario, con una débil sonrisa.

–Debes de ser un tipo de voto familiar –rió ella.

–¿Qué es eso?

–Alguien que vota lo que votaban sus padres porque así se ha criado y de eso no sale – bromeó ella–. Esas personas creen que votar algo distinto de lo que votaban sus predecesores es alta traición.

Mario pareció molesto.

–Mi voto coincide con el de mis padres, sí. Pero no es ese mi único parámetro.

Julia notó que la política era una fibra sensible para Mario. Su sonrisa se esfumó.

–Vale, tranquilo –soltó una risa fugaz y sarcástica.

–Lo siento –susurró.

–Ya...

–Lamento haber sido tan rudo. Quizás te parezca que soy un inflexible.

–Inflexible me suena a hermético, palabra que me lleva a pensar... ¿Eres conservador?

–Podría decirse que sí. Aunque, no radical...

–¿Por qué pretendes excusarte?

–Supongo que, siendo una mujer como tú, tan libre e independiente... el hecho de que un hombre sea conservador no debe sonarte nada bien.

–Bueno, ya sé por qué partido votas siempre. Los conservadores moderados no existen en este país, y los que existen no tienen representantes políticos.

–¿Eso piensas?

–Sí. Y lo más ridículo es que ese extremismo se mezcla con las creencias religiosas de la gente, y eso sí me jode. Hay creyentes y ateos en todas partes, la política tendría que separarse de eso.

–¿No vas mucho a misa, verdad?

–Vivo en Chueca, ¿recuerdas? Soy una atea de pura cepa.

–Creo que ya sé a qué partido votas tú.

–Error, caballero. No tienes ni idea de lo que yo voto... porque yo sí que no soy extremista. Tengo criterio, no parámetros. Ni mezclo emoción, machismo y superstición con la política.

–Al menos puedo hacerme una idea de qué pie cojeas –Mario alzó las cejas, sonriendo, casi disculpándose por haber creado discusión.

–Muy observador –rió ella, arrebatándole el periódico–. Obviamente no podías ser lector de otro diario que no fuera este... –murmuró, buscando en seguida las páginas de críticas literarias–. ¿Te gusta leer?

–¿Que sí me gusta leer?

–Sí, me refiero a la literatura. Novelas, en concreto –siguió buscando ella.

–Pues sí. Bueno, leo lo que puedo. Aunque soy muy especial para los libros.

–Ya, como todos...

–A ratos prefiero el cine. Lo disfruto más.

–A mí también me gusta mucho el cine, sobre todo desde el salón de mi casa.

–¿No prefieres la butaca, la pantalla gigante y las palomitas?

Julia rió de buena gana.

–Hace años que no voy a una sala de cine –seguía riendo, pensando que era algo raro–. Cuando era adolescente me encantaba ir con mis amigas. Pero esa época pasó...

–El cine es un pasatiempo para todas las edades.

–Oh, bueno, es que... Pagar para sufrir nunca ha sido algo que me parezca rentable.

–¿Para sufrir?

–Sí –rió ella–. Verás, siempre que salía del cine me sentía igual. Timada. Llegaba a casa habiendo sufrido con una película de terror, sin volver a pegar ojo en una semana; o desolada por una historia llena de faltas de respeto hacia el espectador; o asqueada por haber pagado para ver un bodrio; o terriblemente frustrada tras enamorarme de algún inalcanzable protagonista... Eso último era lo peor, tardaba en recuperarme –sonrió.

–Ya veo –él respondió a esa sonrisa–. De modo que sigues una terapia de cine en casa desde hace unos...

–Dieciséis años –respondió ella, con una risa clara.

–Oh, Dios mío...

–Lo sé. Raro, ¿verdad?

–Ya lo creo –respondió él–. A mí, entrar en esas salas oscuras me ayuda a escapar del estrés. Aunque, nunca he probado a estrellar mi teléfono móvil contra una pared.

–Eso es muy eficaz –sonrió ella–. A mí me encanta viajar. Cuando tengo vacaciones es lo que más me gusta. Tomar un avión, un barco..., cualquier cosa menos un autobús, y marcharme a ver mundo.

–¿Has viajado mucho?

–Sí, me encanta. La última vez que tomé un avión pase dos semanas en Buenos Aires. Quiero hacer un viaje a gran escala, uno de los que impresionan... A Sudáfrica, durante... no sé, ¡un mes!

–A mí me bastaría con visitar Andalucía y pasarme unos días en la playa.

–Mierda, eso sí que lo hecho de menos, una tarde en la playa.

–¿Por qué no vas? Barcelona queda cerca en tren.

–Odio que la gente me vea en bikini. En realidad odio que me vean semidesnuda, sea cual sea la excusa.

–¿Por qué?

–Mi cuerpo es espeluznantemente horrible. No tengo los abdominales marcados, no me salvo de las estrías, tengo celulitis... Necesito cirugía plástica urgentemente.

–Qué tontería. Creí que te daba igual lo que pensarán los demás.

–Es a mí a quien no gusto.

–Yo no creo que sea para tanto.

–Ya. Dime que no me merezco los complejos que tengo... ¿Me vas a decir que tú no te ves ningún defecto? ¿Te crees perfecto?

–No... Pero no me martirizo por ellos.

–Ah, pues déjame a mí quejarme de los míos, es lo único que puedo hacer. Así, cuando me opere para acabar con ellos, seré más feliz que si los trago y los acepto ahora –bromeó ella, con sarcasmo.

–Espero que no te ofendas, pero... definitivamente, no entiendo a las mujeres.

–No me sorprende, hay que ser muy orgulloso para decir lo contrario. Somos demasiado complejas, lo cual me parece interesantísimo y hermoso. Lo cierto es que no existe un hombre que entienda a las mujeres, no llegáis a ese nivel.

–Hay una frase muy buena para excusarme, en realidad... Cada mujer es un mundo, y los hombres somos demasiado vagos como para explorar tanto.

Julia respondió muy sarcástica.

–Si sabes entender a una mujer lo entenderás todo, pero ni siquiera Dios sabe tanto.

Mario rió, encantado de tener aquella conversación. De pronto, sonó su teléfono móvil. Leyó el número en la pantalla y supo quién era.

–Dime –respondió, directamente.

Julia se quedó mirándole. Definitivamente era un hombre estupendo también fuera del bar.

–Estoy en el Retiro, con Estrella –parecía dar explicaciones sin tener ganas de ello–. No te preocupes, no tardaremos nada... Adiós.

Mirando su reloj, Julia advirtió que era un poco tarde.

–Debería llevar a los niños a comer ya –dijo.

–Sí, eso parece. Yo tengo que marcharme ya.

–¿Era tu mujer? –preguntó Julia.

Mario asintió.

–¡Estrella! –la niña miró hacia el banco–. ¡Ven!, ¡nos vamos a casa!

Los tres niños se acercaron hacia los adultos, pero ninguno de ellos parecía muy dispuesto.

–Yo no quiero irme, papá –dijo Estrella.

–Mamá está esperándonos para comer, bichito. Tenemos que ir ya.

–¿Por qué se va Estrella, tía Julia? –preguntó Antonio.

–Oh, porque come como todo el mundo, cariño. Nosotros también nos vamos a almorzar –les dijo, colocándoles las chaquetas a ambos.

–Tengo hambre –dijo Raúl.

–¿Ves, Antonio? Tu hermano quiere comer. Y yo también. Así que dadme la mano, que nos vamos.

Los niños obedecieron y se despidieron de Estrella.

–Ha sido estupendo encontrarnos con vosotros, chicos –dijo Mario a los niños–. Hasta pronto, Julia.

–Ya nos veremos. Adiós, Estrella –se despidió ella, ofreciendo una sonrisa que disimulaba bien lo poco que le gustaba que ese hombre estuviese casado.

Julia almorzó con sus sobrinos en un lugar cercano, un restaurante de comida rápida norteamericana. No era el lugar donde Julia pensaba encontrar comida deliciosa ni de alta calidad, pero había pocos sitios que gustaban tanto a los niños.

–Si vuestra madre supiera que os traigo aquí, me denunciaría –sonrió, mientras veía a los niños comer.

Era un espectáculo observar a esos dos pequeños comerse las hamburguesas como si fuesen lo más delicioso que había pasado por sus paladares. Quizás lo fuese, increíblemente, pues Tama era una falsa vegetariana, de esas que adoran comer carne, y obligaba a toda la familia a comer lo que comía ella. Era una alimentación exenta de grasas, pobre en azúcar y casi siempre insípida. Tamara no soportaba seguir una dieta a base de tofu mientras veía cómo su marido era libre para comer carne, la cual parecía gustar tanto a sus hijos. Era radical, Tamara se encargaba siempre de la compra del hogar para evitar inmigrantes ilegales en su nevera o su despensa. Por ese motivo, todos en la casa, Tamara también, disfrutaban los días de fiesta más de lo normal, pues era la única vez que podían comer lo que les apetecías.

Al acabar de almorzar, Julia pidió un taxi que les llevara a casa. Era obvio que los niños necesitaban dormir una siesta.

Mientras ambos descansaban en la cómoda cama de matrimonio de su tía, Julia se dedicó a escribir su nueva novela en el salón. Empezó a escribir y pasó un buen rato sin levantarse de su asiento, concentrada y muy cómoda con todo lo que en ese mismo instante era su vida.

Algo más de una hora después, escuchó por el pasillo a uno de los niños arrastrando los zapatos en dirección a ella. Julia se levantó y reconoció a Raúl, con cara soñolienta y con los cordones de sus zapatillas de deporte desatados.

–Ven, cariño, que tienes todas las papeletas para que te toque un viaje de boca al suelo –le tomó en brazos y lo sentó con ella frente al ordenador.

Al tener la pantalla y el teclado a mano, Raúl casi no pudo evitar la tentación de darle a la barra espaciadora. Sus ojos se abrieron como platos.

–Ey, espera, sinvergüenza –le dijo Julia, con un tono muy cariñoso y apartando las manitas de su sobrino.

La escritora guardó el trabajo realizado, asegurándose de que estaba tal como ella lo había dejado. Luego abrió un documento de texto totalmente en blanco.

–Ahí tienes –dijo–. Escribe lo que quieras.

Mientras que su tía se ocupaba de ponerle los cordones, Raúl mantuvo pulsada la letra *d* hasta que llenó media hoja con esa grafía. Estaba fascinado.

–Vaya, tienes la escritura más locuaz que recuerdo haber leído en toda mi vida –rió Julia–. Apuesto a que desbancarías a Shakespeare.

–¿Qué pone? –preguntó Raúl, con la esperanza de haber escrito algo.

–Pues... –Julia observó con interés la sucesión de letras *d* en la pantalla y suspiró–. Ahí dice que Antonio es un dormilón.

Raúl rió con ganas y siguió toqueteando teclas al azar.

–Tiene madera, ya lo creo –murmuró Julia–. Vivir con una madre tan acojonante como la señorita Rottenmeier tiene sus cosas buenas a la hora de escribir, pequeño. Aprovéchalo –le dijo, dándole un beso en la cabeza.

Raúl soltó un enorme bostezo y se estiró en los brazos de Julia.

–Ya tienes los cordones atados –le dijo ella, sonriendo y bajándole de su regazo, comprobando que ya no andaba tan tambaleante como antes.

La escritora sacó unos folios de su impresora, buscó unos lápices de colores y luego lo

colocó todo sobre la mesa baja del salón. Era una mesita que estaba a la altura de las rodillas de Raúl, cercana a los sofás.

–Mientras esperamos a que Antonio decida que ya a dormido suficiente, ¿qué te parece si me montas un museo en el salón? –dijo Julia, permitiendo que Raúl cogiera el lápiz de color que más le llamó la atención–. ¿Te gusta dibujar?

El pequeño sonrió, encantado, pero algo tímido.

–¿Qué pasa? –preguntó ella.

–Mamá no me deja pintar en el salón –sonrió, con cierta malicia divertida.

–¿Dónde te deja?

–En el colegio con mi profesora –respondió él.

–¿No te deja pintar en casa? –se sorprendió Julia, observando la sonrisa de su sobrino. Se dijo a sí misma que eso no podía ser verdad–. ¿Qué haces en tu casa cuando te aburres?

Raúl comenzó a pintar sobre el folio blanco algunas líneas de color morado, parecía concentrarse cada vez más en su creación, por lo que intentaba responder pero perdía el hilo de lo que estaba diciendo.

–Mmmm... –Raúl intentaba pensar la respuesta, pronunciarla y al mismo tiempo pintar.

–¿Ves la televisión? –le ayudó Julia.

–Sí –dijo Raúl, alzando el lápiz, desconcentrándose de pronto–. Y Juego con Georgette.

Julia soltó una risa disimulada.

Era increíble cómo su hermana jamás pronunciaba la inicial de su nombre como a ella le gustaba, y sin embargo tenía una triste perra de veinte centímetros con nombre de pija millonaria de la Quinta Avenida. Nombre que, por supuesto, Tamara pronunciaba con toda su pomposidad.

Con lo diablillos que podían ser Raúl y Antonio, esa perra escuchimizada debía estar sobreprotegida por Tamara, o acabaría sufriendo un ataque de pánico y ansiedad.

–Qué duro... –murmuró Julia, riendo.

–Mira, tía Julia, voy a dibujarte.

–¿Me vas a dibujar? –ella fingió estar desbordada de honor–. Muchas gracias, será mi dibujo favorito para siempre.

–¡Tía Julia! –se escuchó desde el dormitorio.

–Oh, vaya –dijo ella, levantándose–. Sigue dibujando, tesoro. Me parece que tu hermano tiene un S.O.S.

Cuando llegó a su habitación, Julia vio a Antonio a medio resbalar del colchón, agarrado a las mantas sin dejarse caer al suelo. Él creía que se iba a caer, pero en realidad no había peligro, porque sus pies llegaban al suelo, sólo que él no lo sabía.

–Pon los pies en el suelo, Antonio –le dijo ella, sonriéndole.

–No puedo, me voy a caer –aseguró él.

Julia puso sus manos agarrando la cintura del pequeño.

–No te caerás, yo estoy aquí. Vamos, despacio, pon los pies en el suelo.

El niño hizo un movimiento muy lento e inseguro. Estiró sus pies y sintió el suelo, entonces se relajó.

–¿Lo ves? –sonrió Julia–. Eres mucho mayor de lo que crees. Llegabas desde el colchón al suelo con un saltito de nada.

Antonio se abrazó a su tía, un poco avergonzado. Julia rió.

–No pasa nada, la próxima vez lo harás tú solo, ¿verdad?

Él asintió. Julia volvió a sentarlo al filo del colchón.

–Voy a ponerte los zapatos. A ver dónde los has metido...

Antonio bostezó y se restregó los ojos. Julia empezó a ponerle el zapato del pié derecho.

–¿Dónde está Raúl? –preguntó él, con voz cansada.

–Está en el salón, se levantó hace un rato.

Julia entendió entonces que, viéndose solo, Antonio había sentido una angustia que le había llevado a intentar bajar de la cama sin ayuda y sin estar seguro de poder hacerlo. Esa inseguridad le había dejado a medio camino.

–Zapatos listos –dijo Julia, poniéndose en pie–. A ver, baja de la cama.

Antonio se dejó caer con firmeza y notó el suelo antes de lo que se hubiera imaginado.

–Muy bien –sonrió Julia–. Vamos, Raúl te está esperando.

Cuando Antonio vio lo que su hermano estaba haciendo se quedó boquiabierto. Señaló a Raúl con incredulidad.

–Ven, Antonio –le llamó él–. Ven a dibujar.

El pequeño no estaba tan confiado como su hermano. Miró a Julia, casi pidiéndole permiso.

–¿Quieres dibujar con Raúl? –le preguntó Julia.

–Pero mamá no nos deja... –respondió él, inseguro.

–Pero la tía sí –saltó Raúl, que ya estaba más que hecho a su nueva libertad artística.

–Adelante –le animó ella, viendo su sonrisa.

El teléfono sonó. Mientras los niños continuaban con su distracción, Julia se sentó en el sofá que estaba junto a ellos y respondió a la llamada.

–¿Dígame?

–Hola, Julia –sonó la voz de Ernesto.

–Hola –respondió ella, con una sonrisa que el editor supo captar.

–¿Qué tal estás hoy?

–Muy bien, con mis sobrinos en casa. Me los tengo que quedar este fin de semana.

–¿Tamara te ha dejado al cuidado de sus hijos? Es inaudito.

–¿Qué estás insinuando? Puedo cuidarlos perfectamente –sonrió Julia.

–Lo que insinúo es que tu hermana tiene un problema de prioridades. Jamás hubiese creído que fuese capaz de dejártelos, con el aprecio que te tiene...

–Ahora sólo quiero disfrutarlo, no me hables de mi hermana, por favor. ¿Sabes que acabo de descubrir que no les deja dibujar? ¡Es de locos! Tiene tanto miedo a que dejen volar su imaginación... Esa mujer es una dictadora que prohíbe la desinhibición.

Ernesto rompió a carcajadas.

–En serio, le aterra que puedan parecerse a mí lo más mínimo –rió ella, pensando que eso era inútil–. Hoy les he comprado un helado, creo que no probaban uno desde hace milenios. Luego les he llevado a comer a uno de esos sitios insanos que tanto les gustan a los críos.

–Una dieta equilibrada...

–No, bastante inapropiada. Pero para ellos es hoy o nunca.

–Los niños te ablandan el corazón, nunca habías sido compasiva con nadie.

–No creas que se va a convertir en costumbre.

–Oh, desde luego que no me dejaré llevar por la emoción hasta creer ridiculez semejante –rió él.

–Mi hermana cree que soy una amargada aburrida e insípida –dijo Julia, de repente seria.

–¿Y tú crees que tiene razón?

–Mi vida es menos acelerada que la suya, me gusta la tranquilidad... Pero no me veo como una amargada. ¿Lo soy?

–Los niños y los borrachos nunca mienten. Pregúntales a ellos.  
Julia sonrió y expulsó aire con fuerza.  
–Bueno, ¿y a usted qué se le ofrece, señor Ernesto? –se burló.  
–Quería revisar mi inversión, claro está. ¿Cómo llevas la novela?, ¿has tenido alguna idea brillante?  
–Alguna...  
–Bien. Muy bien.  
–Hoy he empezado a escribir con bastante ahínco. Mientras mis sobrinos dormían he escrito dos capítulos. Ya me voy centrando –aseguró Julia.  
–Ve pasándome lo que vayas escribiendo. Quiero estar bien informado.  
–Lo que usted mande –volvió a mofarse ella–. Le pasaré los fascículos según me vayan llegando por inspiración divina...  
Ernesto rió al otro lado del teléfono.  
–Eres imposible, querida.  
–Lo sé –sonrió ella.  
–Quiero esas entregas, ¿de acuerdo? –insistió él.  
–Sí. No te preocupes, en seguida te mando lo que he escrito hoy.  
–Gracias, Tarántula. Espero que continúes con esa inspiración. Hasta luego.  
–Adiós, Ernesto.  
Julia colgó el teléfono. En seguida, Raúl se acercó a ella mostrándole su dibujo.  
–Esta eres tú –dijo Raúl.  
–Oh, es genial –respondió riendo, observando el gran garabato de mil colores, abrupto y sin sentido–. Tienes una visión explosivamente moderna sobre mí.  
Raúl sonrió, halagado.  
–Es toda una obra de arte. Preciosa –le dijo, devolviéndosela con cuidado y dándole un beso.  
–Yo también voy a dibujarte, tía Julia –anunció Antonio, con entusiasmo.  
–Bien, así ampliaremos la colección –celebró ella.  
Julia se sentó en el suelo para estar a la altura de la mesa.  
–¿Me dejáis un papel y un lápiz? El de color azul marino –Raúl se lo pasó–. Gracias, cielo.  
–¿Qué vas a dibujar? –preguntó Antonio, con mucha curiosidad.  
Hacia años que Julia no se enfrentaba a aquello. Dibujar le encantaba, aunque no era brillante, se le daba bien, sin que ello la hubiese hecho destacar nunca tanto por su maña como por su empeño.  
–Una rosa –respondió ella.  
–¿Te gustan las flores? –preguntó Raúl.  
–Supongo que sí –dijo ella–. Las rosas son muy bonitas... ¿Habéis visto lo feos que son los girasoles? –los niños sonrieron–. En realidad también son flores. Y todas las flores tienen algo bonito, ¿verdad?  
Antonio asintió, absorto, observando cómo su tía deslizaba el lápiz por el papel dibujando una rosa en flor que él creía imposible igualar.  
–Pero las rosas son rojas, no azules –dijo Raúl, confuso.  
–Oh, ¿no lo sabías? Hay rosas de muchísimos colores diferentes. Blancas, azules, amarillas..., incluso negras –aquello dejó a su pequeño sobrino sin palabras–. Bueno, ya está –dijo ella, mostrándoles el resultado.



Antonio se puso en seguida a intentar pintar algo parecido en su folio, lo cual hizo reír a Julia.

–¿Os lo estáis pasando bien? –preguntó ella.

–Sí, porque yo en mi casa no tengo lápices de colores –respondió Antonio.

–¡Sí! –le siguió Raúl, alzando el retrato de su tía, al tiempo que levantaba los dos brazos.

–¿Creéis que soy aburrida?

–No –se escandalizó Raúl, bajando los brazos en seguida.

Antonio negó con la cabeza tantas veces en tan poco tiempo que parecía que se iba a hacer daño.

Julia no pudo evitar soltar una carcajada, viendo la sonrisa blanquísima de los niños.

–¿Merendamos, chicos?

–¡Sí! –saltaron los dos, deseosos de que su tía les diese alguna cosa deliciosa.

–Muy bien, vamos a saquear la cocina.

Al anoecer, Julia se ocupó de duchar a los niños y de darles de cenar. Mientras comían, vieron una de esas películas clásicas de animación, que Julia no veía desde hacía años. Después de la sesión de cine, la escritora, asombrada por que ninguno de los dos pareciese tener sueño, acostó a los niños en la habitación de invitados y les arropó. Ambos hermanos cayeron rendidos en seguida. Dormían juntos en una cama de matrimonio que Julia siempre tenía lista para cualquier visita.

Ella se fue a dormir también, no sin antes darse una buena ducha. Estaba tranquila y se sentía razonablemente feliz. Hacía mucho tiempo que no se iba a la cama con una sonrisa en los labios por lo bien que había ido el día.

A la mañana siguiente, mientras los niños desayunaban viendo dibujos animados, Julia tomó los disfraces de vivos colores que Eli había creado para los niños. No tenían un diseño concreto, los trajes eran fantasías.

–Mirad, os traigo un regalo –les dijo Julia.

Los niños se quedaron atónitos. No supieron qué decir.

–Estos disfraces son para vosotros –les sonrió.

Con lo educados que estaban en moda, los niños notaron lo extravagante del vestuario, pero eran tantos los colores y tan raras las telas, que ambos quedaron fascinados por los disfraces. Su propia imaginación dictaría de qué estaban vestidos, una vez los llevaran puestos.

–Espero haber acertado con la talla, estáis mucho más grandes de lo que me hubiese imaginado...

Raúl se bajó de la silla y anduvo hasta Julia, con una sonrisa.

–Yo quiero ponérmelo –alzó las manos hacia el disfraz, queriendo tocarlo.

Un rato después, ambos niños andaban por la casa disfrazados de lo que les apetecía ser en cada momento. A veces eran animales salvajes con poderes mágicos, otras veces superhéroes, magos...

Julia les permitía jugar por los pasillos de la casa, siempre que ella les pudiera echar un ojo con apenas mover la cabeza. Su novela estaba yendo viento en popa gracias a lo bien que las risas de esos niños le hacían sentir. Le daban fuerza para ser ella misma. Ellos la adoraban, la llenaban de confianza para pelear por demostrar lo que valía. Así pues, aquella mañana de sábado parecía ser perfecta para que su creación creciera sin límites mientras los niños se divertían dejando volar su imaginación como nunca.

Julia se estiró en su asiento. Había pasado tres horas escribiendo sin parar y todavía podía con más. Pero antes de que sus manos volvieran al teclado, llamaron a la puerta. Suspiró. No sabía quién podía ser.

No miró por la mirilla de la puerta, abrió directamente, sin más. La sonrisa que lucía esa mañana se esfumó, dando paso a una expresión de pánico.

–Julia...

Ángela, con el labio partido y la cara destrozada a golpes, se dejó caer, sin fuerzas, en los brazos de su amiga.

–¡Ángela! Joder... –murmuró, soportando su peso.

Julia, espantada, hizo el esfuerzo de no decir nada, para no asustar a los niños, que seguían jugando en el pasillo, ajenos al espectáculo, y arrastró a Ángela hasta un sofá del salón.

–No te muevas –le dijo a Ángela–. Mis sobrinos están en casa, no quiero que te vean así. Vengo en seguida –tomó varios folios en blanco, pues aún estaban todos sobre la mesa, y los lápices de colores.

Julia se dirigió al pasillo, disimulando su preocupación.

–Chicos, venid –se metió en su dormitorio, seguida de los niños, que esperaban que hubiese alguna sorpresa más allí–. Tomad –les dijo, poniendo los papeles y los lápices en el suelo–. Necesito que me hagáis un dibujo de lo que hicimos ayer en el parque, porque no me acuerdo de nada. Se me ha borrado la memoria.

–¿No te acuerdas de nada, tía? –preguntó Antonio, muy sorprendido.

–De nada –aseguró ella, sin disimular su preocupación.

–¿Ni de Estrella? –preguntó Raúl.

–No. Necesito que me lo dibujéis, para que me acuerde, ¿vale?

Ambos asintieron, muy dispuestos a ayudarle, porque parecía muy dolorida por su amnesia. Estaban preocupados por ella. En seguida se pusieron a elegir los colores y a llenar los folios de dibujos sobre el parque. Julia cerró la puerta de su dormitorio, dejándoles solos y ocupados.

Volvió al salón y se dirigió rápidamente al teléfono. Marcó, nerviosa, los números para pedir ayuda. Miró a Ángela, que apenas podía moverse, observando cómo la sangre dejaba manchas en el sofá, sintiendo que aquello era lo más macabro que había visto nunca.

–¿Cómo ha podido hacerte eso? –murmuró Julia, esperando con el teléfono en la oreja. Una voz le respondió desde el otro lado. La escritora habló muy nerviosa–. Por favor, necesitamos una ambulancia, es muy urgente... A mi amiga le han dado una paliza, está sangrando por todas partes y tiene... Creo que tiene una pierna rota. ¡Por favor, vengan pronto, no puede respirar!

Tras facilitar la dirección de la casa, Julia se acercó a Ángela y notó que, ciertamente, respirar le estaba costando demasiado. No podía mover la boca y apenas conseguía ver con los ojos llenos de moretones y lágrimas... Tenía el pelo muy alborotado y toda la ropa mal colocada.

–Es un hijo de puta, ¿me oyes? –murmuró, con las lágrimas saltadas–. ¿Por qué te hace esto? ¿Por qué?... Respira, por favor...

–Julia...

–Calla, no hables ahora.

Ángela hizo grandes esfuerzos por no desfallecer. La ambulancia no tardó en llegar. Los médicos subieron una camilla hasta la casa, para trasladar a Ángela.

–Voy contigo al hospital. Tomaré un taxi y seguiré a la ambulancia –dijo Julia.

–Los niños –murmuró la malherida, recordándole que tenía que tenerles en cuenta.

–Ellos se vienen conmigo –respondió ella.

Los médicos se marcharon, llevándose a Ángela.

Julia cerró la puerta de su casa y se quedó apoyando la espalda contra ella. Dos lágrimas de furia y tristeza recorrieron sus mejillas mientras ella mantenía los ojos cerrados.

–Mierda... –murmuró, con desprecio–. Hijo de puta... Eres un maldito hijo de puta –se derrumbó, dejándose caer y quedándose en cuclillas.

Respiró profundamente y se limpió los ojos. Secó sus lágrimas y recompuso su sonrisa, forzada, para volver a hablar con sus sobrinos.

–Chicos, tengo buenas noticias –dijo, abriendo la puerta–. Ya lo recuerdo todo. De pronto, ya sé lo que hicimos en el parque.

Los niños quedaron muy aliviados tras oír aquello, a pesar de que estaban esmerándose mucho en sus creaciones, llenándolas de detalles imprescindibles que su tía tenía que recordar, como los helados.

A sus sobrinos les habría encantado hacerle una exposición sobre los dibujos que acababan de realizar, pero no había tiempo. Julia tenía que coger el taxi en seguida.

–¿Queréis hacer algo muy divertido? –preguntó ella, abriendo su armario y recibiendo una afirmación de la cara de expectación de sus sobrinos–. Pues nos vamos a dar un paseo. Os voy a llevar a un sitio genial.

Julia se puso su chaqueta y tomó a sus sobrinos de las manos. En cinco minutos estaban pidiendo un taxi.

La entrada del hospital no estaba muy concurrida. Julia se acercó a la recepción, respirando con mucho nerviosismo.

–Disculpe –le dijo al muchacho que estaba encargado de atender a los visitantes.

–Sí, ¿en qué puedo ayudarle?

–Tía Julia, ¿dónde estamos? –preguntó Antonio.

–En el hospital, cariño –respondió rápidamente, para mirar al encargado–. Escuche, mi amiga acaba de ingresar en Urgencias y necesito estar a su lado.

–Cálmese –le pidió, viendo lo acelerada que estaba Julia–. Ahora ella está en manos de nuestros médicos, harán lo que puedan. Tranquila.

–Sí, lo siento –Julia tragó saliva y respiró.

–¿Por qué estamos aquí? –siguió preguntando Antonio.

–Necesito que alguien se ocupe de los niños mientras yo estoy en Urgencias. No quiero que vean nada desagradable. Por favor, necesito que los cuiden.

El muchacho echó un vistazo y vio a los gemelos.

–Son muy pequeños –murmuró.

–Sí, lo sé... ¿Hay algún problema? –preguntó ella, preocupada.

–No creo que haya ninguno. Voy a contactar con una de mis compañeras, ¿de acuerdo? Espéreme aquí e intente relajarse.

Julia asintió mientras vio que el muchacho se alejaba.

–¿Por qué estamos aquí? –volvió a preguntar Antonio.

–Oh, pues... porque este es un lugar muy divertido al que seguro que vuestra madre no os ha traído nunca –respondió Julia, sabiendo que los niños nunca habían pisado ese edificio, pues Tamara contrataba sanidad privada.

El recepcionista volvió a su puesto de trabajo acompañado por una jovencísima enfermera.

–Hola –saludó la joven, con una sonrisa–. Me llamo Paz, soy enfermera en la zona infantil.

Julia estrechó su mano.

–Mi nombre es Julia Tenorio. Mi mejor amiga está siendo atendida en Urgencias. Necesito ir con ella en seguida, pero tengo a los niños a mi cuidado... No me gustaría que vieran lo que voy a presenciar yo. No quiero que estén conmigo allí.

–No se preocupe, señora, tenemos por costumbre atender este tipo de peticiones cuando se trata de visitas con niños pequeños –respondió la enfermera–. Yo me ocuparé de ellos, estarán rodeados de niños a los que en breve se les dará el alta. Le aseguro que sus hijos no presenciarán nada desagradable.

–Gracias –dijo Julia, quien, muy nerviosa, reaccionó tarde–. Oh, no son mis hijos –sonrió–. Son mis sobrinos.

–¿Cómo se llaman? –preguntó la enfermera.

–Raúl y Antonio. ¿Verdad, chicos?

Ambos niños asintieron.

–Mirad, ella es Paz. Es amiga mía –les explicó Julia–. Os va a llevar a dar un paseo hasta donde están los demás niños que han venido a pasar el día como vosotros. Quiero que os portéis muy bien y que le hagáis caso en todo.

–Los niños juegan juntos, no se aburrirán –le aseguró la enfermera, que se dirigió a los niños–. Todos los niños que vais a conocer están jugando a un concurso, ¿sabéis?

–¿Sí? –preguntó Raúl–. ¿De qué?

–El que se porte mejor tendrá un regalo espectacular al final del día –les sonrió–. ¿Queréis participar?

Los niños no lo pensaron, desde luego que querían.

–Gracias –murmuró Julia a la enfermera.

–No hay de qué, señora. Descuide, puede ir con su amiga.

–Hasta luego chicos –les dijo, dándoles un beso a cada uno–. Espero que alguno de los dos gane el primer premio, no me defraudéis.

–Adiós, tía Julia –se despidieron, absolutamente decididos a seguir a Paz y conseguir el regalo al que estuvieran destinados, enfundados en sus trajes de fantasía.

Julia se dirigió a toda prisa a la zona de urgencias y preguntó por Ángela. Estaba siendo intervenida en un quirófano, pues su pierna derecha, que estaba destrozada, necesitaba que le pusieran unos hierros y dos de sus costillas se habían roto, provocando una enorme hemorragia que le impedía respirar.

La espera desesperaba a Julia. Durante horas, se quedó esperando fuera de la sala de operaciones, teniendo muchísima más paciencia de la que jamás hubiese imaginado que podía tener. A veces, en medio de aquella soledad, desesperación e ignorancia de lo que ocurría al otro lado de la puerta, se echaba a temblar pensando lo peor y no podía evadir sus lágrimas. Estaba aterrada por la idea de que Ángela no saliera adelante después de haber recibido semejante paliza.

El cirujano, el doctor Suárez, y su equipo salieron de la sala. Julia les abordó para que la informaran. El doctor le dijo que las operaciones habían salido bien, aunque se lo dijo con una expresión bastante lúgubre.

Ángela saldría de esa sala en un par de horas, cuando se estabilizara del todo y pudieran llevarla a una habitación desde donde los médicos pudieran controlar su evolución.

Se hizo de noche cuando Paz, la enfermera que la había atendido por la mañana, se acercó a Julia. Ella tenía la cabeza agachada entre sus manos y no la vio venir.

–Señora Tenorio –le habló con suavidad, entendiendo sus ojos rojos, una vez que los vio.

–Señorita, si no te importa, cariño –sonrió sin fuerzas.

–Desde luego –respondió la enfermera, asombrada de que Julia tuviese fuerzas para bromear, sonriéndole también–. Tenga, le ayudará.

Julia tomó el vaso de café, que aceptó con una triste sonrisa.

–¿Cómo están los niños? –quiso saber.

–Se lo están pasando en grande –rió la enfermera.

–Seguro que te tienen dando vueltas, son unos pillos –sonrió Julia.

–Sí, pero me encantan los niños. ¿Sabe que sus sobrinos tienen muchísima imaginación? Se les ocurren cosas realmente originales.

Aquello era un halago para Julia, que agradeció que Tamara no estuviera allí para enfrentarse verbalmente con la dulce enfermera hasta hacerle retirar lo dicho.

–¿Sabe algo de su amiga? –preguntó Paz.

–Está reposando. Al parecer las operaciones han salido bien... Aunque el doctor que la ha intervenido no ha sido muy entusiasta cuando me lo ha dicho.

–El doctor Suárez es el mayor especialista en este hospital. En sus manos es difícil correr peligro –aseguró Paz.

–No sabe cuánto deseo que eso sea verdad.

–Bueno, voy a seguir trabajando. No se preocupe por los niños, nunca se quedan solos. Mi compañero, Federico, está con ellos –se excusó la enfermera–. Cuidaremos de los niños, se lo aseguro. Esta noche tenemos guardia, así que, si quiere pasarse por la zona infantil, no hay ningún problema.

–Lo haré, muchas gracias. Adiós.

–De nada –le sonrió, marchándose.

Un rato después, tres enfermeras entraron en la sala de operaciones para trasladar a Ángela a su habitación. Julia vio cómo sacaban a su amiga en la camilla. Las sábanas dejaban visibles únicamente su cara. Estaba llena de vendas por la cabeza y de suturas por toda la cara. Julia se estremeció al verla así.

Durante la tarde, Julia acompañó a Ángela en su descanso, observándola en todo momento, derramando lágrimas furtivas y silenciosas. Se quedó sentada junto a la cama, a veces inmersa en seguir la señal que dejaba el latido del corazón de Ángela en el pulsímetro, otras veces observándose las manos en busca de respuestas que no tenía ni concebía...

Una enfermera entró en la habitación a la una y media de la madrugada. Se dedicó a comprobar parámetros y a cambiar el gotero.

–Perdone –le habló Julia.

–¿Sí? –respondió la enfermera, sin retirar la mirada de sus asuntos.

–¿El doctor Suárez está en el hospital?

–Sí, hoy tiene guardia. Suele estar por aquí, por los pasillos –respondió ella.

–Gracias –dijo Julia, suspirando al final de la frase.

Pasada una hora, Julia comenzó a notar algo de cansancio, pero aún lo dominaba sin muchos problemas. Sus lágrimas seguían hiriéndole los ojos de vez en cuando. Entonces, cuando aún la oscuridad de la noche era profunda, Ángela entreabrió los ojos y su ritmo cardíaco cobró algo de vida.

–Julia...

–Hola –pronunció ella, suavemente, con una sonrisa y secándose las lágrimas–. Hola...

–¿Qué hora es? –Ángela hablaba con dificultad.

–Las dos y media de la madrugada. Llevas horas inconsciente –Julia pasó su mano por el cabello castaño de Ángela–. Los médicos me dijeron que despertarías en cualquier momento, así que preferí quedarme.

–Has llorado.

–No, que va –trató de disimular.

–Lo siento mucho, Julia –Ángela comenzó a derramar lágrimas.

–Shhh –pidió su amiga, suavemente–. Ya está. Tranquila.

–Haces bien en estar soltera si no estás enamorada –Ángela trató de sonreír, pero las heridas le dolían demasiado–. Ya es difícil estar acompañada del hombre al que se ama...

Julia apretó los labios, mirando el rostro destrozado de Ángela, y más lágrimas cayeron por sus mejillas.

–Oye, respóndeme a algo, ¿quieres? –pidió Ángela.

Julia asintió.

–Cuando éramos adolescentes siempre te sentías atraída por los chicos malos. Y sin embargo, ninguno consiguió que te enamoraras –recordó Ángela–. Ahora tienes tantos amigos cultos, inteligentes, que sabrían cuidar de ti..., y ninguno te atrae. Es curioso cómo esas dos clases de hombre no son capaces de fundirse en uno.

Julia sonrió, ya que eso sería casi perfecto.

–¿A qué estás esperando, Julia? –fue la pregunta–. ¿A qué esperas para decantarte por uno de ellos?

Bajando la mirada, Julia lo pensó. Ángela siempre había sido enamoradiza y siempre había sentido curiosidad en cuanto a los criterios de Julia para fijarse en uno u otro hombre. Después de haberse equivocado tan terriblemente con su marido, quería saber qué buscaba su mejor amiga realmente.

–Supongo que espero la excepción –respondió Julia–. Un hombre legal, inteligente, cariñoso y muy atractivo. Admito que la lista de exigencias es mucho más extensa, pero eso es lo esencial.

–El hombre que buscas no existe, Julia –Ángela quiso hacer una broma sarcástica de un drama.

–Lo sé –afirmó Julia–. Pero si todos los demás no me valen, no tengo por qué dejarme caer en los brazos de alguien como Horacio, y mucho menos por no verme sola. ¿No crees?

–Yo sigo pensando que tendrías que bajar el listón –ambas sonrieron, aunque a Ángela las heridas del labio le impedían ser muy expresiva.

La convaleciente intentó incorporarse, a pesar de que sus brazos le mataban del dolor. Julia le ayudó.

–Quiero decirte una cosa, Julia... Pero, prométeme que no te vas a enfadar conmigo.

Julia notó que las heridas en sus labios apenas le dejaban moverlos.

–Sea lo que sea, te prometo que no me enfadaré –dijo–. Pero cuéntamelo cuando descanses, estás...

–No. Quiero contártelo ahora.

–De acuerdo, pero no hagas esfuerzos –Julia se acercó más a la cama, para que Ángela no tuviera que alzar la voz.

Ángela tragó saliva. Sus lágrimas aparecían lentamente por sus ojos y recorrían sus mejillas sin casi alterar su rostro herido.

–¿Recuerdas que te dije que yo no permitiría que me pegase de nuevo? Te dije que le conocía, que sabía que no me volvería a tratar así.

Julia asintió, sin voz para responder.

–Fue porque confiaba en que Horacio fuese un ser humano, a pesar de todo. Creí que si algo le importaba de verdad, lo cuidaría.

–Pero, te acababa de pegar cuando me dijiste eso.

–No me estaba refiriendo a mí.

Ángela miró a Julia a los ojos. Parecía una mirada vacía, porque los músculos de su cara estaban más quietos que el mármol de una estatua. Sin embargo, Julia supo leer esas pupilas.

–¿Estás...? –Julia acercó su mano al vientre de Ángela.

La escritora cerró los ojos y una tristeza profundísima le hizo llorar más vivamente de lo que había llorado hasta entonces.

–Al menos, lo estaba hasta esta tarde –dijo Ángela–. Ahora mismo, no lo sé.

Julia se levantó rápidamente, un poco desorientada al principio, y salió de la sala, en busca de un médico.

En mitad del pasillo vio al doctor Suárez.

–Doctor –le llamó, alterada.

–¿Sí, señorita Tenorio?

–Mi amiga, la mujer que está en esa habitación, ¿está embarazada? –Julia iba a perder los nervios.

El doctor la miró muy serio. Julia comprendió entonces por qué había sido tan escueta la alegría del doctor cuando por la tarde le dijo que todo había salido bien.

–¿Se ha despertado? –preguntó él.

–Sí. Responda a mi pregunta –exigió ella.

–Acompañeme, por favor.

El doctor indicó a Julia el camino hasta una sala vacía, donde los médicos solían parar para descansar.

–Permítame que le ofrezca un café. Sé que está nerviosa, pero también estará cansada – Suárez le puso un vaso de café con leche por delante.

–Con perdón, doctor, hoy voy de cafeína hasta el culo –Julia aceptó el vaso, muy seria, mostrándole a Suárez lo directa que podía llegar a ser.

El doctor se sentó en una de las sillas de la sala.

–Quiero saberlo –le dijo Julia, sentándose también.

Suárez habló con voz tranquila y sosegada.

–Sí, señorita –admitió–. Su amiga está embarazada. De tres meses, exactamente.

Julia se llevó las manos a la boca.

–¿Y el bebé?, ¿está...?

El doctor parecía no querer contestar.

–Es más oportuno que esa información la reciba antes la madre.

Julia sintió que el alma se le caía a los pies.

–¿Ha perdido el bebé? –murmuró ella, a punto de llorar.

–Insisto en que esa información debe llegar antes a la madre.

–A la mierda con los protocolos –Julia empezó a llorar y a alzar la voz–. Su madre y yo somos como hermanas. ¡Responda a la puta pregunta!

Suárez agarró los brazos de Julia, que ya no podía más.

–Tranquilícese, señorita –un momento de silencio por parte del doctor sirvió para que los

sollozos de Julia se hiciesen más que evidentes.

–Doctor, por favor...

–Esta información debería ser confidencial en el más estricto sentido. Confío en que usted comprenda que por esto me pueden amonestar –explicó el doctor.

Julia afirmó con la cabeza, respirando profundamente e intentando guardar silencio.

–El bebé seguirá creciendo, y nacerá en su momento, si todo va bien. Pero lo que ha ocurrido hoy, sin duda, le condicionará para siempre –Julia abrió los ojos lacrimosos con una expresión de gran preocupación–. El desarrollo de su cerebro y de su espina dorsal, se ha visto dañado.

Julia se tapó la cara con las dos manos y dejó su rostro oculto.

–Ese pequeño, si es que consigue nacer, pasará la vida en una silla de ruedas, y sus capacidades físicas y psíquicas serán mínimas –el doctor era muy consciente de que la noticia no podía ser más devastadora.

Julia apartó las manos de su cara y se secó las lágrimas, que brotaban sin cesar. Sentía como si se estuviera hundiendo en medio del mar.

–¿Se puede abortar? –preguntó ella, con frialdad pero pensando más en el bebé que en otra cosa.

–El límite legal en estos casos es de tres meses de gestación. La madre no corre peligro físico... Sin embargo, el pequeño puede que sí. Y en cualquier caso, el riesgo psicológico es bastante alto. Para ambos, claro.

Julia, con la mirada hacia el suelo, negó con la cabeza, incrédula ante la situación.

–Si la madre decidiese abortar, sería bastante difícil que pudiera hacerlo fuera de una clínica privada, dada la situación –explicó el doctor.

–¿Dada la situación? –preguntó Julia–. La situación es nefasta, tanto para ella como para el bebé. ¿Cómo ha de ser de terrible la situación para que no haga falta pagar por que ayuden a las mujeres?

Suárez entendía la desesperación, el enfado y el miedo que se fundían en Julia. Pero él no podía hacer nada.

–Ha de ser mucho peor, señorita –bajó la mirada–. Lo siento, de verdad.

–¿Sabe que no me lo había contado? –le dijo Julia, tomando al doctor como un confidente improvisado al que mostrarle su incredulidad–. Tres meses y yo no sabía nada.

El doctor guardó silencio.

–Siempre me lo contaba todo. Hasta que su marido empezó a pegarle –aquí el doctor prestó atención. Julia seguía con la mirada hacia el suelo–. No supe que todo iba mal hasta hace unos días... cuando ya él llevaba meses tratándola como basura.

El doctor habló serio.

–Contarle a alguien que se está viviendo un infierno, decirlo en voz alta, es aceptarlo. Hay mujeres que no pueden contar algo así ni a sus mejores amigas, porque eso es como admitir que su particular cuento de hadas, finalmente, no se ha hecho realidad.

Julia sabía que Ángela era de ese tipo de mujeres.

–Su amiga es joven y fuerte. Debería alejarse de ese hombre.

–No es un hombre, es un monstruo.

–Razón de más para que se aleje de él –respondió el doctor.

Julia salió de aquella habitación y no se vio con fuerzas para ver a Ángela después de aquello. Comenzó un solitario y silencioso paseo por los pasillos del hospital, que olían a suero y



a mercurio. Anduvo abstraída, razonando consigo misma, sopesando el dolor y la incredulidad, asumiendo la terrible situación...

Sus pasos la alejaban de la zona de urgencias y la acercaban a sus sobrinos. Sus lágrimas eran como cuchillas de hielo. Se secó con las mangas de su camisa antes de entrar en la zona infantil. Respiró profundamente hasta calmarse y controlar sus emociones.

En aquel lugar, las hileras de camas con niños pequeños se sucedían. Algunos adultos dormían a la vera de aquellas criaturas, esperando que les dieran pronto el alta médica. Julia caminó un par de pasos y en seguida vio a Paz. Torció los labios, en lo que pretendía ser una sonrisa, para saludarla sin hacer ruido.

–Hola –le saludó Paz, susurrando.

–¿Cómo están Raúl y Antonio? –preguntó Julia, sin poder evitar que la enfermera notase el nudo de su garganta.

–Sígueme –le indicó ella.

Julia suspiró al ver a sus dos sobrinos durmiendo juntos en una de esas camitas, aún luciendo sus disfraces.

–Les dijimos que podíamos darles unos pijamas más cómodos, pero, al parecer, sin esos disfraces no tienen superpoderes –rió Paz–. Han estado jugando hasta las doce de la noche. Luego han caído rendidos –dijo, intentando ser lo más cordial posible.

Julia sonrió con ternura, acariciando la cabecita de Antonio. La enfermera no podía evitar sentir lo triste que estaba aquella mujer.

–¿Cómo está su amiga?

–Se pondrá bien –respondió la escritora, tragando saliva–. ¿Han cenado?

–Sí, junto con el resto de los pequeños. No se preocupe, mi compañero y yo hemos cuidado bien de ellos.

Un enfermero se acercó entonces, con una manta más para los gemelos. Julia le ayudó a taparles.

Notando algo extraño, el pequeño Raúl abrió los ojos. Estaba muy cansado, pero vio a su tía y sonrió con las pocas fuerzas que tenía.

–¿Tía Julia? –la llamó en voz baja, buscándola.

–Estoy aquí, tesoro –respondió ella, sonriéndole.

–¿Por qué dormimos en el hospital? –preguntó con inocencia.

–Porque quería que hicieseis nuevos amigos, cielo. Y hay que dormir una noche aquí para pasar la prueba final.

Julia se acercó a él y le arropó.

–Tía Julia, ¿por qué lloras?

Raúl acercó su manita a las mejillas de Julia. Ella ni siquiera podía evitarlo, de modo que no notó que las lágrimas habían dejado marca en su rostro.

–Son lágrimas de alegría –mintió–. Porque sé que el premio lo vais a ganar vosotros y estoy muy contenta.

Raúl sonrió.

–¿Cuándo nos vamos de aquí, tía?

–Mañana nos iremos, mi amor.

–Dijiste que íbamos a ver el zoo. ¿Nos llevarás mañana?

Julia lo había olvidado por completo, les había prometido pasar la tarde del sábado en el zoológico. No podía cumplir su promesa, no sólo porque no sabía qué haría al día siguiente, sino porque los domingos aquel lugar maravilloso cerraba sus puertas al público.

–Bueno, verás... Resulta que uno de los cocodrilos se ha puesto enfermo de tanto tomar el sol, así que han cerrado el zoo hasta que se recupere. Todos tienen que cuidarle, así que no podemos ir a molestar.

–Por que si vamos se pone peor.

–Exacto, cielo.

–¿Entonces vamos a jugar en tu casa?

–Sí, claro. Hasta que llegue mamá, ¿vale?

Raúl asintió, casi sin fuerzas, y dio un gran bostezo. Julia vio que el pequeño cerraba los ojos, y le besó en la frente, antes de que las lágrimas volvieran a derramarse por su cara. Ella adoraba a esos dos niños. Saber que el bebé de Ángela jamás llegaría a ser lo que eran sus sobrinos era algo demasiado triste.

–Gracias por todo –les dijo Julia a Paz y a Federico.

–Le avisaremos cuando se despierten mañana –le aseguró él–. Puede estar tranquila.

Julia salió de allí, de vuelta a la habitación de Ángela.

La malherida mujer estaba dormida de nuevo. Julia se quedó sentada junto a la cama, observando cómo respiraba su amiga. Ya las lágrimas no caían por su rostro, más bien se arrepentía de haber llorado tan inútilmente... Empezó a indignarse. ¿Cómo era posible que Ángela se dejara pisotear de esa manera? ¿Cómo estaba tan ciega? ¿Cómo había puesto en peligro a su bebé de esa manera tan inmadura? No podía creer que Ángela pudiera ser tan egoísta y cobarde.

El sol comenzó a asomar por las ventanas del hospital. Julia había echado una leve cabezada, pero los primeros rayos la despertaron de nuevo. Miró su reloj de pulsera. Eran las nueve de la mañana. Ángela seguía dormida.

El sueño había alejado a Julia de la realidad, pero con el nuevo día volvieron los recuerdos a su memoria. Un feto, con su futura vida destrozada, estaba en el vientre de su amiga... y ella le había puesto al alcance de los golpes de Horacio.

Un rato después, Ángela despertó, cuando Julia se encontraba asomada a las rendijas de la ventana.

–¿Qué hora es? –preguntó Ángela, como la vez anterior.

–Las nueve y media de la mañana –la voz de Julia le reveló a Ángela que las lágrimas habían cesado y que la rabia ya se había apoderado de ella.

–Deberías irte a casa, Julia. Tus sobrinos...

–Están perfectamente. No pienso dejarte sola hasta que no me digan que estarás bien.

Ángela notó que Julia estaba tensa. Respiró para poder hablar con voz alta, porque su amiga no parecía ir a acercarse más a la cama.

–El doctor Suárez vino a hablar conmigo anoche. Cuando bajaste a ver a tus sobrinos.

Julia siguió mirando hacia la ventana. El sol empezaba a brillar con fuerza y a colarse por todo el hospital. La luz le molestaba muchísimo, estando sus ojos tan irritados.

–Me ha contado que fuiste a buscarle –siguió Ángela.

–Sí.

–Y me lo ha dicho todo –respiró–. Mi bebé está a salvo, Julia.

–¿A salvo? –preguntó la escritora, con un poco de repugnancia en sus palabras–. Es curioso que no digas que está sano y salvo, sino que está sólo a salvo. Está a salvo de estar sano...

Ángela estaba aún demasiado embotada como para seguir el cruel juego de palabras de

Julia. Aun así, sabía que se engañaba a sí misma pensando lo contrario que ella.

–¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada? –preguntó Julia, furiosa.

–No lo sé.

–Tres meses. Llevas embarazada tres meses y no me dijiste nada. ¿Estás loca? –Julia le miró a los ojos–. Sí que sabes por qué no me lo has dicho. Porque está claro que si me llevo a enterar de que estás en cinta, no te hubiera permitido volver a tu casa. No hubiese dejado que te pusieras al alcance de ese hijo de la gran puta.

Ángela escuchaba sin poder llevar la contraria.

–Te hubiera sacado a rastras de tu casa. Por eso no me dijiste nada cuando fuiste a verme.

–Julia, me prometiste que no te enfadarías si te lo contaba.

–No seas infantil.

–Me haces daño hablando así.

–¿Y Horacio no te ha estado haciendo daño durante meses?, ¿no te ha estado despreciando? ¿Es que eso no te hacía daño?

–Pues claro, pero...

–Pero en vez de alejarte, prefieres quedarte embarazada, unirte aún más a él, a ver si así cambiaba... ¿Ángela, cómo es posible? –gritó Julia, sin poder controlarse.

–Yo no decidí quedarme embarazada. Ocurrió sin esperarlo, no formaba parte de ningún plan.

–Pero pensaste en aprovecharlo. Y es decepcionante. ¿Creías que con un bebé en tu interior, te iba a dejar en paz?

–Cuando fui a tu casa, ya sabía que estaba embarazada, pero Horacio no lo sabía –recordó Ángela–. Te dije que no me pegaría más porque pensé que cuando él lo supiera, por amor a su bebé, no volvería a pegarme.

–¿Y te escudarías en un hijo para protegerte de Horacio? ¿Esa fue la gran idea que se te ocurrió?, ¿decirle que estabas embarazada? –Julia estaba decepcionada y enfadada, pero sólo podía demostrarlo con preguntas sin respuesta–. ¿Y después qué?, ¿te ampararías en tu hijo para que fuese la excusa por la que dejarte apalear por tu marido?

–Hay hombres que están enamorados de sus hijos; ser padres les cambia la vida. Pensé que Horacio sería de esos.

Julia estaba harta de tanta conversación absurda. Aún seria, suspiró y habló a Ángela, con la mirada perdida a través de la ventana.

–¿Piensas dar a luz? –preguntó seria.

–¿Qué otra cosa puedo hacer? –respondió Ángela, con la voz quebrada–. Si aborto, tendría que ser ya, sin tiempo para pensarlo. Y Horacio no me lo perdonaría.

–¿Quieres olvidarte de ese cabrón? Lo que piense él no importa.

–Es el padre.

–Sí, y sabiendo que estás embarazada, te ha dado una paliza. El niño le importa una mierda, y tú también.

Ángela pareció dudar antes de debatir aquello, pero finalmente, respondió.

–Pero él quería el bebé. Quería que me quedase embarazada.

–Pues no lo parece.

–Julia, él quería que tuviéramos un hijo –afirmó Ángela–. Insistía mucho en ello.

–Acabas de decirme que no fuisteis a por el bebé.

–Yo no. Él fue a por el bebé.

Julia volvió a su asiento, pensativa. Se arrimó a la cama y miró la cara herida de Ángela.

La escritora frunció el ceño, estaba confundida.

–¿Qué quieres decir con que él fue a por el bebé?, ¿qué estás diciendo?

–¿No acabas de decirme que mi embarazo es de tres meses?

–Sí. ¿Por qué?

–Porque hace más de cinco meses que me niego a tener relaciones con mi marido –Ángela esperaba que su amiga llegase sola a una conclusión que le parecía de locos–. Me violó, Julia. Yo no quería hacerlo, pero él es más fuerte que yo, y no...

A Julia, aquello le pareció el colmo.

–Calla –le pidió, respirando–. Ángela... tu marido te desprecia, te pega, te viola y te deja embarazada. Y tú tardas cinco meses en decirme algo de todo esto, para luego contármelo todo de seguido. No puedo digerirlo. ¿Hay algo más que no me hayas dicho?

–Eso es todo, en realidad.

–Tengo serias dudas sobre quién es la persona con la que hablo. Y no me gusta esa sensación –confesó Julia–. No te reconozco. Mi mejor amiga jamás habría dejado que las cosas llegaran tan lejos.

–Julia, ¿puedo pedirte un favor? –preguntó Ángela–. Estoy asustada.

–Dime, ¿qué quieres?

–Yo tampoco me reconozco, y me da miedo pensarlo, pero no sé dónde estoy, ni qué ha sido de tu mejor amiga. Necesito que me ayudes.

–¿Qué quieres que haga?

–Quiero... Quiero abortar –Julia sintió un escalofrío–. Pero necesito que me digas si eso es lo que tu mejor amiga haría. Porque yo ya no lo sé –Ángela rompió a llorar.

El doctor Suárez pasó a la habitación en ese momento.

–Señorita Tenorio –llamó a Julia–. Tengo que hablar con usted.

–Vuelvo en seguida –le dijo a Ángela, mientras se acercaba al doctor.

Suárez cerró la puerta de la habitación y le habló a Julia en el pasillo.

–¿Qué ocurre?

–Hace un momento el marido de su amiga ha llamado al hospital preguntando por ella. Parecía dispuesto a venir a verla.

–Si tiene cojones, que ponga un pie en este edificio.

–Tranquilícese, señorita. He avisado a los guardias. Ese hombre no pasará de la entrada. Sólo quería avisarla de que está en libertad.

–Lo sé. Ángela nunca le ha denunciado.

–Pues, por la paliza que le ha dado, no parece que fuese la primera vez.

–No la ha sido –Julia tragó saliva–. Gracias por avisarme, doctor.

Julia volvió a la habitación.

La escritora se sentó junto a Ángela y le tomó una mano. Su amiga entreabrió los ojos.

–Ángela –habló con voz suave–. Deberías pensar bien si de verdad quieres o no abortar. Sin embargo, creo que algo que deberías hacer ya es pedir el divorcio.

La quietud de su amiga le estaba impacientando.

–Di algo, Ángela. ¿Qué vas a hacer?

–Si me divorcio y tengo un hijo enfermo, nadie querrá casarse de nuevo conmigo.

–No sabes si eso es verdad.

–No quiero arriesgarme.

–Es mejor estar sola que mal acompañada, Ángela.

–Entonces estaré completamente sola. Sin marido y sin hijos. No quiero tener ese niño, no

puedo.

–Ángela... aunque no sea una persona normal, sigue siendo tu hijo.

–Julia, no lo entiendes. Yo siempre he querido una familia. Un marido que me quiera y unos hijos dulces y sanos a los que criar. Quería enseñarles a leer y a jugar al baloncesto... –Ángela dejó que Julia le limpiara las lágrimas–. Puedo empezar de cero, olvidar que alguna vez conocí a un hombre cruel... Y enamorarme de nuevo, de otra persona, con la que tener hijos preciosos.

Julia no quería influir en la decisión de Ángela, pero algo tenía que decir.

–¿Y vas a abortar porque ese hijo que esperas no es el que deseabas? –Julia pensó un momento–. Apuesto a que yo no soy la clase de hija que mi madre deseaba, pero aquí me tienes.

Ángela sonrió.

–Si me quedo con el niño, no habrá hombre que se me acerque.

–Ellos se lo pierden –sonrió Julia.

–Eso no me consuela –respondió Ángela, realista–. Yo quiero una familia.

Julia asintió, y bajó la mirada.

–Voy a abortar. Y me voy a divorciar, Julia –afirmó, con tristeza–. Y si alguna vez vuelvo a enamorarme, no seré tan estúpida como para soñar que todo puede ser perfecto.

Julia suspiró dolida. Se levantó del asiento.

–No te vayas –le pidió Ángela.

–Descuida. Tengo que hacer una llamada. Volveré en seguida.

Bajando las escaleras hasta la zona de recepción, Julia volvió a mirar su reloj. Eran las diez de la mañana. Necesitaba hacer una llamada de teléfono. Encontró una cabina telefónica frente a la cantina del hospital. Bostezó mientras marcaba el número de Ernesto y cerró los ojos, que se le caían del cansancio.

–¡Julia! ¿Dónde estás? –habló él, exaltado y muy preocupado–. Me he pasado preocupado la noche entera, he dormido fatal. Llevo llamando a tu casa desde ayer por la tarde.

–Estoy en el hospital, Ernesto.

–¿Qué? ¿Qué ha pasado?

–Estoy bien, no es por mí. Tranquilo –Julia tenía que contárselo esta vez–. Es Ángela.

–¿Ángela? –Ernesto sabía de sobra quién era la mejor amiga de Julia–. ¿Qué le pasa?

–Su marido casi la mata de una paliza y está entubada en una camilla; eso es lo que le pasa.

Ernesto entendió que su noche no podía haber sido peor. Pareció relajarse un poco. Escuchaba con atención.

–Ayer, Ángela se presentó en mi casa y casi no se tenía en pie. Estaba sangrando y le costaba respirar... Así que, llamé a una ambulancia, y, sin pensarlo dos veces, metí a mis sobrinos en un taxi y vinimos hasta el hospital –suspiró.

–¿Habéis pasado la noche allí? –preguntó él, con tranquilidad pero preocupado.

–Sí. Los niños están bien, no creo que se hayan enterado de lo que realmente ha pasado. Intenté que no vieran a Ángela, creo que eso lo he conseguido.

–¿Y tú cómo estás?

–Como si me hubieran apaleado a mí. Rendida, cansada y muy, muy cabreada.

–Sin fuerzas para demostrármelo por teléfono, al parecer –dijo Ernesto, que hubiera esperado oírla alterada e histérica.

–Se me caen los ojos del sueño, Ernesto. Ten compasión.

–¿Quieres que me pase por el hospital?

–No hace falta –le agradeció Julia–. Esperaré a que el doctor traiga el último informe médico y entonces me marcharé. Necesito dormir. Me he pasado la noche llorando y dándole vueltas a la cabeza...

–Te entiendo.

–Yo jamás dejaría que algo así me pasara a mí, Ernesto. Y me siento tan impotente...

–Bueno, no se puede cambiar lo que ya ha ocurrido –le dijo el editor.

–Ya... Pero es que intenté prevenirle y no me hizo caso.

–Ángela siempre hace lo que quiere, tú lo sabes.

Julia suspiró, estando más que de acuerdo con Ernesto en esa observación.

–Oye, ha llamado Tamara –le informó su editor–. Me ha dicho que ha ido a tu casa a eso de las ocho de la mañana, y, por supuesto, al no encontrarte allí, se ha puesto hecha una fiera. Llamó para preguntarme por la zorra de su hermana, cito palabras textuales. Está preocupada, no sabe dónde están sus hijos.

–Ha llegado antes de lo previsto –pensó Julia, en voz alta–. Se suponía que tomaría el avión de vuelta esta tarde. Después de esto no volveré a ver a mis sobrinos hasta el día de sus bodas...

Julia se puso la mano en la frente, como masajeándose ante la que le esperaba.

–Pues me dijo que le avisara en cuanto te localizara. Con tu permiso, la llamaré para que vaya a buscar a sus hijos al hospital.

–Oh, no... Montará un drama aquí mismo.

–Sí, pero son sus hijos.

–Bueno, mira, da igual. Llámala y que venga a por ellos. Volveré a casa y me tumbaré a dormir durante un mes.

–Muy bien. Entonces, ya hablaremos.

–Sí.

–Una cosa más...

–¿Qué?

–¿Te importaría tener la bondad de comprarte un maldito teléfono móvil de una puñetera vez? Mi salud depende de ello –increíblemente, Julia sonrió al otro lado del teléfono.

La escritora se enfrentó al eterno pasillo hasta la habitación de Ángela. Aún no había demasiado movimiento por allí, todo estaba muy tranquilo. De hecho, había un silencio que se quebraba en lo profundo del hospital, de forma que a Julia le parecía estar oyendo sonidos de ultratumba. A pesar de la suave luz del nuevo día, que comenzaba a inundar tímidamente todo el edificio, aquello le parecía el hotel de los horrores.

Ángela seguía quieta y silenciosa en su camilla, con los ojos clavados en Julia, como esperando a que su amiga explotara de un momento a otro con algún sermón. No la culpaba, sabía que Julia era mucho más práctica que ella. Sin embargo, la escritora era incapaz de decir nada, pues estaba muy cansada, había intentado hacer entrar en razón a Ángela demasiadas veces. Había hecho todo cuanto estaba en su mano. Quizás, si Ángela hubiese respondido a sus consejos tomándoselos en serio, Julia habría ofrecido más aún de sí misma... pero todo le parecía tan inútil, que ¿para qué dar más?

Julia tomó asiento junto a la cama de Ángela, pero no hizo ademán de arrimarse a ella o de pronunciar ni una sola palabra. Aunque intentaba disimularlo, Ángela se sentía culpable por decepcionar a su amiga. Le hubiese gustado haber sido lo suficientemente fuerte como para haberle hecho caso antes de que todo aquello ocurriese. Si hubiese tenido fuerzas para ello, habría

llorado por sí misma, lamentándose de lo ciega que había estado. En apenas unas horas, el tiempo que había pasado en el hospital, había pasado de amar a odiar a la misma persona.

–Hola –saludó el doctor Suárez, entrando en la habitación–. ¿Cómo se encuentra, Ángela?

–Aún me siento bastante mal –pudo pronunciar ella.

–Es lógico –respondió él, mirando a Julia, notando el absoluto cansancio en su rostro–. Le traigo el último parte médico. Usted se encuentra estable, de momento. Esperemos que la recuperación se empiece a notar muy pronto. No hay peligro de hemorragias o de que pueda perder el conocimiento. Ha superado una primera fase bastante dura.

–¿Se recuperará, entonces? –preguntó Julia, quien no pudo disimular del todo su entusiasmo.

–Sí, eso parece –sonrió el doctor–. Aquí estará en reposo absoluto.

–Bueno, y... si ella está bien –habló Julia–, ¿qué tal el bebé?

Las miradas del médico y de la convaleciente se cruzaron con expresión seria.

–Cabe la posibilidad de que ocurra un aborto natural, pero es muy raro que eso se dé si el feto sobrevive las primeras veinticuatro horas tras una paliza como esa... Les vuelvo a decir lo que les dije anoche; el feto vivirá y se desarrollará, pero no de forma correcta. De hecho, lo normal es que este tipo de enfermos no viva muchos años...

–Quiero abortar, doctor –dijo Ángela, intentando incorporarse.

–Me temo que, tras tres meses, este hospital sólo puede considerar que su deseo de acabar con el embarazo se debe únicamente a que no quiere la carga que supondría este niño... cuando quien lo ha puesto en riesgo ha sido usted.

–¡Fue mi marido quien me pegó! –se defendió Ángela, escandalizada y sintiendo un fuerte dolor en el labio.

Julia se quedó callada. Sí, el que había hecho aquello fue Horacio, pero Ángela nunca debió exponer a su bebé, ni dejarlo al alcance de un hombre al que ella sabía violento.

–Tiene usted todo el derecho a abortar si considera que su salud corre peligro, señora Ángela... pero no en este hospital, porque aquí no lo creemos. Busque una clínica privada, si lo desea –Suárez hablaba de forma amable, pero la realidad era muy cruel para la paciente.

Ángela empezó a respirar con dificultad y muy aceleradamente. Estaba muy nerviosa.

–¿Y qué pasa si no tengo dinero para pagar una clínica privada? –preguntó ella.

Julia se levantó y se acercó a ella. Le puso una mano en el hombro para que se calmara un poco.

–Las leyes son claras –respondió el doctor–. En los hospitales públicos se da un margen de tres meses para el aborto si la madre corre peligro o si el embarazo es fruto de una violación. En cualquier caso, los tres meses se han cumplido, y...

–La violó –respondió Julia, serena pero lúgubre.

El doctor se quedó callado un momento, observando a ambas mujeres.

–¿Es eso cierto? –preguntó el doctor a la paciente, quien asintió–. Si alega que la forzaron y que el nacimiento del niño será un peligro para su salud, no le pondrán pegas en una clínica privada.

–¿Y aquí no pueden tener en cuenta la pésima salud que tendrá el niño durante toda su vida? –preguntó Ángela, desesperada.

–Lo haríamos, señora, si no se hubiese cumplido el plazo establecido por la Ley.

–Antes de ese plazo todo iba bien –respondió ella, destrozada.

–Debió cuidarse las espaldas –el doctor fue muy duro al pronunciar esas palabras, tanto que Julia se sintió culpable por haber pensado lo mismo sin atreverse a decirlo–. Aquí tienen el

informe completo.

Julia tomó el folio escrito. Estaba claro que tanto Ángela como el niño podrían salir adelante.

–Yo me retiro ahora. Tengo dos días libres en los que le atenderá mi compañera, la doctora Ramírez –dijo él–. Volveré a verla pasado mañana, señora Ángela. Que descanse.

Tras aquellas palabras, el doctor se marchó, dejándolas solas. Julia secó las gotas de sudor de la frente de Ángela.

–Julia, estoy asustada –confesó con voz vacilante.

–Me tienes aquí –le respondió ella.

–No quiero tener a este niño. Tiene que haber algún sitio, algún hospital donde puedan sacármelo –Ángela estaba muy nerviosa.

–Tranquilízate.

La paciente tomó la mano de Julia y la apretó con fuerza, mirándole a los ojos.

–Tú... Dime, ¿qué harías tú?

–Habría tenido el detalle de alejar a mi hijo de ese salvaje –murmuró Julia.

Ángela mantuvo su mirada congelada, como si no hubiese oído nada, pero de pronto empezó a llorar desconsoladamente.

–Por Dios, no puedo más... –sollozó.

Julia no sabía qué consideraban los hospitales privados que era un peligro para la salud de una futura madre primeriza, pero aquella situación no era más sana que la de una tortura psicológica. Ángela estaba derrumbada, desesperada y hundida.

–Puedes tomar muchos caminos –dijo Julia–. Si yo supiera que mi bebé está enfermo y que su padre es el hombre que más me ama en el mundo, lo tendría con todas las consecuencias; si supiese que está enfermo y que su padre es mi peor pesadilla, tendría dos opciones... abortar o darlo en adopción. ¿Tan difícil te resulta la segunda opción?

–Le traspasaría el problema a otra persona...

–¿Ves? Lo haces por ti y no por el bebé. Lo ves como un problema –le acusó Julia, que estaba demasiado agotada.

–¡Es que lo es! –gritó Ángela–. ¡Es un problema, Julia! Es una persona a la que tendré que estar atada el resto de mi vida y que no tendrá las facultades que siempre he querido que tuviesen mis hijos. ¡Sufriré toda la vida si tengo que cargar con él!

–Ángela...

–¡Quizás haya gente muy compasiva que tenga voluntad suficiente para criar a alguien así, pero no es mi caso! ¡Quiero un hijo normal!

El rostro de Julia estaba desencajado. Jamás había oído a Ángela exhalar sus miedos de una manera tan violenta.

–No te ponías así cuando notabas que tu marido no era normal –fue lo que acertó a decir la escritora–. Haz lo que quieras. Si lo tienes y lo das en adopción, tendrás todo mi apoyo, te lo aseguro.

–Creí que estabas a favor del aborto –dijo Ángela, decepcionada.

–En este caso no es necesario llegar a ese extremo.

–Mí hijo no va a ser feliz, sufrirá dolores inhumanos todos los días, no podrá hablar, ni respirar con normalidad, ni jugar, ni aprender, ni llegar a nada que no sea una silla de ruedas... ¿Eso es vida?

Julia suspiró. No podía ignorar que lo que Ángela decía era verdad.

–Estoy a favor del aborto; eso es cierto –dijo Julia, con voz rendida. Estaba resignada y



bailándole el agua a Ángela, para que no se alterase más—. No te mereces esa carga, y yo no soy nadie para imponértela. Al parecer, tampoco soy nadie para pedirte que le cedas la carga a otra persona. Yo quiero verte feliz, así que, si crees que esto sólo te va a traer sufrimiento, acaba con todo, aborta y sigue tu propio criterio.

Ángela se tranquilizó, aunque sabía que Julia estaba siendo condescendiente, que no se creía del todo sus propias palabras.

—Ahora sé que tú, hagas lo que hagas, estarás bien —siguió Julia—. Creo que ya puedo irme a casa.

—Julia, yo... Gracias por haberte quedado conmigo —respondió Ángela, un tanto avergonzada sin razón aparente.

—Por favor, aléjate de tu marido... Y luego, ya veremos si eres feliz.

Ángela no hizo gesto alguno. Julia se despidió con la mano, con la intención de salir de allí, pero la voz de Ángela le paró los pies.

—Julia.

—¿Qué?

—Necesito tu ayuda —las lágrimas caían lentamente por su rostro.

—No te entiendo. ¿Qué es lo que quieres?

—Yo soy ama de casa... No trabajo.

—Lo sé, ¿y qué?

—Las clínicas privadas son caras y Horacio no me dará dinero para abortar...

Julia sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo entero.

—Espera —dijo la escritora, respirando y sopesando las palabras de Ángela—. ¿No me estarás pidiendo que te pague la operación? —su sarcasmo natural brotó de repente—. No... No creo que estés haciendo eso, ¿verdad?

—Julia...

—Ángela —le cortó—, por si toda esta charla no te ha servido para captarlo, lee mis labios: ni de puta coña.

—Por favor, Julia...

Entonces, realmente alterada, pero tomándose lo con diplomacia, negando rotundamente con la cabeza, Julia explotó.

—¿Sabes? Nunca quisiste a tu madre como se merecía que la quisieras. Aplícate un poco, sé cariñosa, quizás ella te deje el dinero... Se pasó la vida cuidando de ti, sola, sin la ayuda del muy bestia de tu padre, alejándote de él, para sacarte adelante. Y tú sólo sabías reprocharle su falta de aguante ante sus golpes; jamás le perdonaste que se divorciara. Pues mira, seguro que ella nunca soñó con una hija desagradecida, quizás ella jamás soñó con tener un marido que le pegase, pero jamás dejó de luchar por ti, jamás dejó de quererte con todo su corazón... Y tú no has aprendido nada. Ojalá hubieses sido tan rápida como ella en quitarte a ese cabrón de encima, ahora serías una feliz madre soltera.

Julia salió rápidamente de la habitación. No quería oír más, y ya había dicho todo lo que tenía que decir. Entendía que Ángela quisiera abortar, entendía lo perdida que estaba, pero le enfurecía tanto saber que se podría haber evitado...

Por el pasillo se cruzó con Federico, el enfermero de los niños que por la noche acompañó a Paz.

—Aquí está —dijo él, aliviado, pues estaba buscando a Julia.

—¿Qué ocurre? —Julia se preocupó por los niños.

—Su hermana está en el hospital. Pregunta por usted.

Con la discusión que había tenido con Ángela, Julia había olvidado por un momento que Ernesto iba a desatar una tempestad diciéndole a Tamara dónde estaban sus hijos.

–¿Está con los niños? –preguntó ella, andando a paso ligero hacia allá.

–Sí, señorita –respondió él, siguiéndola.

Julia llegó, algo acalorada, a la zona infantil, ante la mirada fría y vengativa de su hermana, que estaba haciendo grandes esfuerzos para mantener la compostura en aquel lugar lleno de gente. Hacía bastante tiempo que ambas no se veían. Julia no lo había planeado, por lo que presentaba un aspecto bastante desdeñable del que su hermana en seguida se avergonzó en su fuero interno. Tamara iba tan perfectamente arreglada como siempre, luciendo su aspecto de estrella de cine incluso estando a punto de echar chispas por los ojos. Iba vestida con esa ropa tan carísima y que tanto estilizaba su envidiable figura, y lucía ese peinado de peluquería reciente y ese rostro que se llevaba cinco mil euros al año en cuidados y maquillaje. Mostraba ese aspecto inmejorable que tanto valoraban sus múltiples admiradores. Al ver a su hermana, Julia pensó que debía ir a la peluquería de una vez si quería tener un pelo tan estupendo como el de Tamara... Aquel no fue un pensamiento muy útil para sopesar la situación.

Raúl y Antonio estaban cada uno a un lado de su madre, temblando como flanés porque sabían que estaba enfadada por algo que ellos no habían hecho. Junto a los niños estaba Enrique, que, sin imponerse, le pedía a su mujer que actuara con calma.

–Hola –saludó Julia, medio asfxiada, parando frente a aquella estampa familiar que le resultó tan entrañable...

–¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? –murmuró Tamara, con voz amenazante y furiosa.

–¿Qué tal el viaje? –preguntó Julia, sarcástica, pues no estaba dispuesta a soportar los desaires de su hermana.

–Mal nacida –susurró ella, entre dientes.

–Tamara, por favor... –le pidió su marido.

–Cállate –le ordenó ella, sin delicadeza, sin dejar de mirar a Julia, amenazante-. Te dejo a mis hijos un fin de semana y tú les haces dormir solos en un hospital mientras estás a lo tuyo –dijo Tamara, controlándose pero sin evitar su tono furioso.

–Han pasado cosas que no había previsto –respondió Julia, tranquila, seria y sin desesperar.

–Sí, algunas cosas... Por ejemplo, que tienes cuarenta años y ni idea de cuidar a unos niños un fin de semana. Pero tranquila, que la culpa es mía, por dejártelos –respondió, con crudeza, Tamara-. Ya hablaremos tú yo.

Diciendo aquello, tomó con fuerza una mano de cada uno de los niños, y, negando con la cabeza, sin creer lo irresponsable que había sido su hermana pequeña, les hizo a ambos andar a su paso. Tamara salió del hospital, llena de furia y muy frustrada por no haber podido decirle a Julia todo lo que le habría gustado reprocharle.

Enrique se quedó allí, frente a Julia, sin moverse. Cuando Tamara desapareció, él respiró profundamente, lamentando el espectáculo.

–Lo siento –dijo.

–Para nada –respondió Julia-. Soy la primera que lamenta que los niños hayan pasado tanto tiempo aquí. Si lo hubiera podido evitar, lo habría hecho, pero yo tenía que estar aquí. Prefería tenerlos cerca que dejárselos a la vecina.

–Lo comprendo, Julia –aseguró Enrique-. ¿Qué hacéis en el hospital?

–Mí mejor amiga está ingresada. Su... marido le dio una paliza horrible. En realidad casi la mata.

–¿Está bien?

Julia prefirió ahorrarle los detalles a su cuñado.

–Sí, está bien.

–¿Y tú?

–También. No te preocupes por mí, sólo necesito dormir un poco –alzó las cejas, dando a entender que aquello era obvio.

–Disculpa a tu hermana, no es que esté muy dispuesta a ser amable con nadie ahora mismo.

–Tengo treinta y nueve años, por mucho que le joda que sea más joven que ella –respondió Julia, haciendo reír a Enrique–. ¿Qué ha pasado en el viaje? ¿Por qué habéis vuelto tan pronto?

–Cuando Tamara me pone los cuernos no sabe ser discreta –sonrió Enrique–. No le gusta reconocer que le he pillado de pleno, una vez más. Es tan orgullosa, que ese tipo de deslices es algo que no puede permitirse, la exasperan... Decidió acabar el fin de semana romántico antes de tiempo.

Julia tragó saliva antes de responder a eso.

–Supongo que necesitará una sesión doble en el psicólogo para sobreponerse. Su autoestima no soportaría cargar con algo así –dijo, muy sarcástica.

–Si por lo menos eso de que mi mujer eche un polvo con el psicólogo no me saliese tan caro...

Julia no sabía si compadecer a Enrique o admitir que tener fuerzas para sonreír con esa ironía era admirable.

–Si sigues haciéndola esperar y no vas pronto al coche, su cabreo va a ser tan monumental que el psicólogo va a tener que echar horas extras...

–Bueno, Tamara siempre podrá contar con el fisioterapeuta y con algunos más. No será por suplentes... –siguió sonriendo Enrique–. Hemos venido en coches separados. Yo la he seguido a ella, no tenía ni idea de lo que iba a pasar.

–¿Decepcionado?

–En absoluto, sabía que estaba hecha un ogro. Yo tampoco he pegado ojo con las prisas de Tamara por regresar. Como tú, necesito dormir.

Aquello hizo reír a Julia.

–Si yo fuera tú, iría al despacho de ese psicólogo y me tiraría a su secretaria –pensó Julia, en voz alta.

Enrique rió con suavidad, asintiendo tímidamente.

–Prefiero a las escritoras –respondió, haciendo que la sonrisa en el rostro de Julia se esfumara. Al verlo, Enrique suavizó sus indirectas–. Es una pena que no conozcas a ninguna.

Ella asintió, un tanto avergonzada por aquello.

–En fin, me marchó –dijo él–. Hasta pronto, espero.

–Enrique... –le paró ella, sin mirarle directamente a los ojos.

–¿Qué?

–Dices que Tamara lleva su propio coche.

–Sí.

–Así que tú vas solo.

–Claro.

Entonces, Julia le miró a los ojos.

–¿Puedo pedirte que me lleves a mi casa? –Julia tragó saliva, entendiendo que él no se habría esperado aquello–. Para ahorrarme el taxi –aclaró.

–Desde luego –hizo un gesto con la mano, para tomar la de Julia–. Las damas primero.

Mientras Julia se dirigía hacia el flamante coche personal de su cuñado, pensó que hacía muchísimo tiempo que nadie le trataba como a una dama con esa misma palabra. Se sintió menos presionada tras aquello, no sentía tan violentas cada una de las miradas que le dirigía Enrique.

El rugido del motor era profundo y limpio. Aquel coche era un Jaguar magnífico. Julia se puso el cinturón de seguridad, imitando a Enrique, y se sintió protegida y muy cómoda. Sentía que estaba junto a una persona que le consideraba una mujer valiosa e interesante, cosa que en pocas ocasiones conseguía percibir. No estaba a la defensiva.

–¿Sigues escribiendo? –preguntó él, sin quitar la vista de la carretera.

–Hago lo que puedo.

–¿Cuándo me dejarás leer algo de lo que has escrito?

–Creía que Tamara ya había descubierto mi pseudónimo, que compraba mis novelas y que podrías leerlas a escondidas –sonrió ella.

–Tu hermana no lee ni por equivocación, Julia. Y yo sólo cogeré uno de tus libros cuando tú me des permiso para hacerlo.

–No quiero que descubras que soy una romántica, sería el fin de mi reputación –Julia rebuscó entre sus bolsillos, oyendo la risa suave de Enrique.

–¿Qué buscas? –preguntó él.

–Tabaco –dijo, sacando una cajetilla de cigarrillos del bolsillo trasero de sus pantalones vaqueros–. ¿Puedo?

–No hay problema –dijo él, bajando las ventanillas.

–¿Sabes que no he fumado en todo el fin de semana? –Julia encendió el cigarrillo–. Y sin darme cuenta. Han sido los niños, me preocupaba que respirasen el humo... Bueno, también he andado tan distraída que no me he acordado.

–Podrías aprovechar la racha y dejarlo para siempre –le sugirió él.

–Ojalá me importara una mierda mi salud, así fumaría sin remordimientos y disfrutaría de mis vicios igual que sufro mis complejos.

–A mí me vas a hablar de remordimientos... Espero que tu salud no te importe tanto como a mí mi reputación. Eso sí que me quita el sueño.

–Desde luego que no. Jamás me habría casado con mi hermana, créeme.

Enrique lo imaginó literalmente.

–Yo habría envidiado demasiado a Tamara –rió.

Entendiendo que aquello era un halago, y aprovechando un atasco horrible en la carretera, que les tenía absolutamente parados, Julia se dejó llevar por la situación. Dio una calada profunda y pensó bien lo que iba a decir.

–Si ella supiera cómo eres en realidad, no te sería infiel.

Enrique frunció el ceño, con gesto de poner eso en duda, y sonrió con ironía.

–Estoy casi convencida –admitió ella, ante aquel gesto–. No puedo poner mi mano en el fuego por ella... Pero sé que yo tampoco podría estar con un hombre tan complaciente, tan falto de iniciativa y tan cabizbajo como ese personaje al que interpretas desde hace tanto tiempo. Es un aburrido que no sabe lo que es la emoción... no inspira nada interesante.

Enrique perdió la mirada hacia el frente, aquello le parecía una opinión razonable.

–Tu hermana no me dio la oportunidad de mostrarle nada, Julia –sonrió–. Me casé con ella hace diez años... El mismo tiempo que llevo sin dirigirle la palabra al que era mi mejor amigo, porque se tiró a mi mujer el día de nuestra boda –la escritora había oído algo de eso, pero nunca se lo habían confirmado de primera mano. Se quedó sin saber qué decir–. Se me quitaron las ganas de ser un marido interesante.

–¿Y tu maldito gusto por las apariencias impidió que te divorciaras? No lo comprendo – dijo ella, con asco en su voz.

–No lo puedo evitar, supongo –la mirada que le dirigió entonces a Julia pudo derretir el iceberg que hundió el Titanic.

Julia miró hacia delante, volviendo a dar una fuerte calada a su cigarrillo. Estaba sintiendo algo demasiado extraño. Aquel no le parecía el lugar adecuado, ni la situación más oportuna, ni el día más idílico... Sin embargo, su conciencia había decidido ese momento para no reprocharle lo que de costumbre le reprochaba cuando Enrique la buscaba de esa manera. No se sentía culpable de merecerse esas miradas. Le encantaba que lo hiciera, y deseaba corresponderle. Por primera vez, no se reprimía huyendo de esa mirada, sino que jugaba atrayéndola.

El barrio de Chueca. Ya habían llegado, apenas quedaban unos metros hasta el portal de su bloque de pisos.

Julia respiró profundamente y arrojó el cigarrillo acabado a la carretera.

La escritora escuchó el motor del coche. Imaginó por un momento que Tamara no existía, y no es que aquella sensación fuese agradable, pero sí cómoda. ¿No sería maravilloso tener un amante como aquel? Cuando Enrique era él mismo, se convertía en un hombre absolutamente deseable, atractivo, de modales exquisitos, y complaciente sin reservas. Eso, sumado a que tenía una reputación intachable y que era un hombre rico, dispuesto a cumplir con todos sus deseos... ¿Dónde iba Julia a encontrar mejor amante? Eso si es que un amante le valía a ella para no pedir nada más.

La escritora respiró, cerrando los ojos para alejar esos pensamientos, mientras notaba que Enrique estaba aparcando frente a su casa.

–Hemos llegado, señorita Tenorio –dijo él, apagando el motor del coche y quitándose el cinturón de seguridad.

–¿Te has molestado en aparcar? –observó Julia, liberándose también del cinturón–. No era necesario.

–La mayoría de las cosas que hago no lo son.

–Ya –sonrió ella, débilmente, aceptando su amabilidad.

–Perdona que te cuente todas estas cosas, lo hago sin darme cuenta. Tú no tienes por qué soportar...

–Da igual, no me importa –respondió Julia, recibiendo de nuevo aquella mirada hechizante de parte de esos ojos, lamentando realmente que aquel hombre estuviese casado con su única hermana–. Gracias por traerme.

–De nada, Julia –respondió él, sin más.

Ella fue a abrir la puerta para salir, pero algo se lo impidió. Aún quedaban cosas que decir. Miró a Enrique y le habló seria pero con una presión agradable en el pecho, con un nudo en la garganta, producto del deseo.

–Si mi hermana tuviera dos dedos de frente para ver con quién está casada... no pasaría tanto tiempo libre en la peluquería, eso te lo puedo asegurar –Julia respiró, clavando su mirada en la de él–. Hasta el muy inocente de mi padre sabe ahora lo que yo daría por meterte en mi cama y echarte el polvo de tu vida... Pero eres el marido de mi hermana mayor. Yo no puedo hacer eso.

Enrique agarró a Julia antes de que ella pudiese salir del coche y besó su boca con una vehemencia deliciosa. Durante el tiempo que pudo sentir los labios de ese hombre poseyendo los suyos, Julia vio devastadas todas las ideas claras que tenía hasta el momento. Disfrutó, hasta que sintió que volvía a suspirar.

–Dios mío... –murmuró ella, al fin. Entonces ríó suavemente–. Mierda, hacía años que no le dirigía la palabra a ese tío.

–Mea culpa –sonrió él.

–Desde luego.

Enrique hizo ademán de besarla de nuevo, pero ella se echó hacia atrás.

–¿Qué te parece si utilizas este calentón para demostrarle a mi hermana quién eres, cariño? Quizás algún día se entere de lo que tiene –Julia abrió la puerta del coche y salió de allí con una sonrisa de satisfacción.

Unas horas después de haber llegado al piso, Julia se despertó en su cama. Deseaba seguir durmiendo al menos una o dos horas más; lo necesitaba después de todo el trajín de la noche y el día anterior. Pero el insistente timbre en la puerta la obligó a reaccionar.

–¿Por qué coño tiene nadie que venir a despertarme? –murmuró, incorporándose con parsimonia.

Se puso torpemente en pie y miró el reloj de su mesita de noche. Eran las cinco de la tarde. Entonces entendió.

–Genial.

Aunque Julia sabía de sobra quién llamaba, abrió la puerta del piso sin estar en guardia. El cansancio aún le podría un momento más, hasta que volviese a ser ella misma.

La cara de Tamara mostraba, sin lugar a dudas, que el enfado de aquella mujer no iba a tardar en devolver a su hermana de vuelta al mundo real.

–Hola –saludó Julia, con desgana.

Tamara respondió alargando el brazo y lanzando al suelo los dos disfraces que Julia les había regalado a los niños. La respiración de Tamara estaba demasiado acelerada.

–Eres una desgraciada –dijo, al fin–. Puede que tus vecinos sean un puñado de maricones, pero mis hijos no se visten de drag queens. ¿Me has oído? –se sulfuró.

–Te ha oído hasta el vecino de la última planta –respondió, con ojos cansados–. Tendré que explicarle que no eres una homófoba, y que sólo tienes un mal día.

–Vengo a devolverte esa basura y a decirte que te olvides de mi familia y de mí. Eres despreciable, Julia –le dijo, con voz seria y gestos hirientes–. De no ser por el respeto que le tengo a la memoria de papá...

–Di más bien por el amor que siempre le has procesado a las apariencias. No me jodas.

–No necesito aparentar. Todo el mundo sabe que soy una mujer intachable. Es ridículo que seas tú quien lo ponga en duda... Tú, que ya quisieras saber lo que es tener algo de clase.

Aquel insulto sí que hizo que Julia despertara. Y despertó de muy mal humor.

–Ah, sí... Casi olvido que doña perfecta no lo es sólo para sí misma, sino para toda la jodida peña. ¿Qué, sigues siendo la que tiene el ego que da más vértigo de todas tus amigas? No mires hacia abajo, Tamara. Como pierdas el equilibrio, te matas.

–Yo tengo lo que me he ganado.

–Si eso fuese así, yo no debería dirigirte la palabra. Hubieras dado mucho por ser hija única. Eras demasiado genial para tener una hermana pequeña que se salía de los cánones...

–Espero que lo que escribes no sea tan aburrido como tú... Aunque eso explicaría por qué papá se murió cuando decidió empezar a leerle.

Aquello le sentó a Julia como si le hubiesen clavado una puñalada en el corazón. Iba a cerrarle la puerta en las narices a Tamara, pero pensó que era el momento de aprovechar la oportunidad.

–¿Qué te importará lo que yo escriba? Para ti un libro es parte de la decoración... Tus libros sí que tienen polvo encima, y no tú.

–¿Estás resentida porque perdí mi virginidad antes que tú? –sonrió Tamara, de forma cruel–. A veces ocurre que, al nacer unos años antes, una va algo por delante. Aunque, en realidad, te saqué bastante ventaja, ¿no es eso?

–Tamara... te estrenaste con un cerdo drogadicto impresentable. Sentí lástima, no envidia.

–No era drogadicto, era como todos.

–Un subnormal que no te merecía, pedazo de imbécil.

–Desde luego tú esperaste algo mejor, ¿no?... ¿Llegó tu príncipe azul, hermanita?

–No era azul, pero sí llegó. Gracias por preguntar –respondió sarcástica.

–Sigue impresionándome la envidia que siempre me has tenido.

–No, Tamara, ya te gustaría... –resopló Julia, con sinceridad y más tranquila, pues no sabía de qué otra forma hacerle comprender, cansada de aquello.

–Lo que más envidia te daba era que yo fuera deseada, que disfrutara de ello y que mamá

no lo sospechara.

–Qué infantil eres, por favor... ¿Cómo se te ocurre dar por hecho algo así? –suspiró Julia–. No me puedo creer que con la edad que tienes me saques este tema... Me repugnaba que te dejaras manosear por esos desgraciados, con tal de igualarte a las cerdas de tus amigas. Una diferencia evidente, en cualquiera de ellas, suponía que quedara desplazada. Te convertiste en una tirana y acabó gustándote... Por desgracia, tus intereses eran carne de cárcel o de internado para subnormales. Siempre has tenido el gusto en el puto culo.

–Al menos mi gusto se ajustaba a la realidad. No sueño con héroes imposibles.

–Prefieres al primero que pasa, ya lo sé. Pero algunas mujeres tenemos principios.

–Principios de monja.

–¿Ves? Eso sí me jode. Si no me tratases siempre como si fuera una ignorante que... No me importaría en absoluto que te pavoneases como si fueras toda una eminencia en las pasiones masculinas, aunque no hayas pasado del gilipollas analfabeto.

–No me hagas reír, ¿acaso no has visto a mi marido? –Julia ignoró aquello–. Qué suerte que no te plantees el matrimonio. Ni Dios se casaría contigo.

–Tal vez tú no lo entiendas... Pero era una mierda ser la hermana pequeña de alguien a quien se supone que debía idolatrar con cariño, mientras veía cada día lo zorra que eras siempre, vistiendo como esas amigas tuyas, peinándote como ellas, hablando como ellas... Menuda mierda de personalidad la tuya. Y en lugar de ver los esfuerzos que yo hacía por engañarme a mí misma creyendo que eras especial, me machacabas constantemente llamándome bicho raro. Pues a este bicho raro le das pena, porque eres una persona vacía, envuelta en billetes y en pretensiones. No hace falta decir que tu marido ya lo sabe. Menos mal que le da igual.

–Él es afortunado. Yo era, y soy, muy deseada, y él fue quien se casó conmigo. Tuvo suerte.

–Le cayó el purgatorio en vida.

–A mí me encantó en cuanto le vi. Es guapísimo, pero muy aburrido, y muy inocente... Un tonto de manual.

–Yo que creía que te gustaban todos los hombres del planeta...

–A las monjas os vendría bien acercaros a un hombre de vez en cuando, para liberar tensiones –le dijo Tamara, sonriendo con muchísimo desdén.

–¿Por qué te tengo que hablar de mi vida sexual para que me olvides? No has sido tú la que ha estado en Cuba, ni en Brasil, ni en Italia...

–Seguro que tú sí, experta en letras y amores en papel.

–Sí, y en todos los países en los que he estado he conocido pasiones que jamás podrías imaginar. Aunque menos se lo imagina tu marido.

–¿Qué coño dices? –aquello fue insultante para Tamara.

–Lo que oyes, Tamara. Apuesto a que Enrique se dio cuenta hace tiempo de que una furcia como su mujer no es lo que más le pone.

–Que te jodan.

–A eso sí que se me ha ofrecido tu marido alguna vez.

–¡Zorra!

–¿Qué ha sido de la monja?

–¡Eres una amargada infeliz con su mierda de vida! ¡Te jode que yo sea feliz! –gritó Tamara, colérica.

–No he sido yo la que ha acudido a la puerta de tu casa presumiendo. Eso que tú dices es lo mismo que pienso yo de mamá, por cierto. A lo mejor sí que nos parecemos en algo –se burló Julia–. Yo no creo que seas feliz. Nunca has tenido valor para ser tú misma, estás hecha a modo



del grupo, te han moldeado tus amigas, tus hombres de mierda y tu madre retrógrada. Si no eras perfecta para ellos, no lo eras para nadie. A saber cómo eres tú misma, seguramente ya ni te acuerdas.

–Hija de puta.

–En eso no te pienso llevar la contraria, pero te recuerdo que mi puta madre es también la tuya –Julia rió cruel.

–Ríete. Cuando cierres esta maldita puerta y te veas sola, llorarás.

–Me gusta la soledad, no me hace sufrir. Mejor estar sola que mal acompañada. A lo mejor eres tú la que necesita sentirse superior para ser feliz, pero lo siento, conmigo ni lo intentes. No puedo envidiar a quien no lee.

Julia cerró la puerta, dejando a Tamara con la palabra en la boca. Suspiró profundamente y se quedó callada sin moverse. Un momento después estaba relajada. Tragó saliva, pensando en todo lo que acababa de decir. No se arrepentía de nada.

Arrastró los pies al caminar hacia su habitación. Se dejó caer sobre la cama y siguió durmiendo.

Julia volvió a despertarse a las nueve, escuchando que las horas nocturnas se adueñaban del barrio. Su horario vital estaba tan cambiado que ya pensó en lo mucho que iba a escribir esa noche. Su columna sobre la familia se publicaría para el amanecer, así que sobre eso, incluso dada la situación, no podía echarse atrás. Aquella noche se desahogaría totalmente continuando esa historia de amor que tanto necesitaba publicar Ernesto.

Las luces de la ciudad ya se encendían, al tiempo que el sol se ocultaba completamente. Julia sintió entonces que le apetecía cenar, tomarse una Pepsi y fumarse algún cigarrillo. No lo dudó. Se puso en pie, registró su armario para vestirse y se lavó la cara para sentir que todo el sufrimiento se desprendía de su rostro. Se miró al espejo; no tenía mal aspecto después de todo. Sonrió débilmente.

Volvió a su habitación, para asegurarse de que no se dejaba las llaves, que estaban en su mesilla de noche. Se acercó a por ellas, y entonces vio que en el suelo seguían los dibujos de sus sobrinos, los que habían hecho con la intención de devolverle la memoria, cuando ella quiso alejarles de la imagen torturada de Ángela. Los tomó con delicadeza, sentándose en la cama. Observó con detenimiento aquellos folios llenos de colores, al tiempo que una sonrisa tierna y verdadera brotaba en su rostro, junto con el brillo que en sus ojos anunciaba lágrimas de tristeza. Le emocionaba que esos niños la quisieran tanto, pero le dolía en el alma el tener clarísimo que no volvería a verles en mucho tiempo. Empezó a derramar lágrimas, apretando sus labios mientras pasaba los folios dibujados. El último mostraba una imagen demasiado reveladora... Uno de los niños, no estaba segura de cuál de ellos, había dibujado la escena en la que se habían encontrado en el parque con Estrella y Mario. En concreto, el momento en el que los niños jugaban y ella charlaba sentada en un banco con el padre de la niña. Lo significativo era que en aquel dibujo Julia y Mario se veían rodeados de corazones. Julia suspiró y rió suavemente ante la ocurrencia...

Julia se puso en pie, dejando los dibujos sobre la cama. Se secó las lágrimas y abrió la puerta de su casa para marcharse.

Isidro no estaba en el Chispa&humo esa noche, en su lugar volvía a estar aquel joven estudiante que Julia conoció el día que supo que Horacio pegaba a Ángela. Él parecía reconocerla, lo cual no sabía si tomarse como un halago o como un aviso de que su cara no podía mostrar el buen aspecto que ella creía haber visto en el espejo. Julia miró a su alrededor,

percatándose de que esa noche había bastante clientela, toda ella muy homosexual. Suspiró y tomó asiento en una mesa vacía, alejada de la barra. Lo cierto era que prefería sentirse sola en esos momentos. El joven camarero la atendió en seguida.

—¿Qué desea tomar, señorita?

Ella le ofreció una sonrisa y no pensó demasiado.

—Lo que recomiende la casa para cenar, una Pepsi bien fría y un cenicero limpio, por favor.

El camarero rió suavemente y asintió.

—En seguida, señorita.

Julia volvió a suspirar, sin fuerza. Se fijó en la televisión encendida y perdió su mirada en la teletienda a la que nadie prestaba atención. Sus pensamientos le hicieron volver a repasar cada momento de las últimas setenta y dos horas. Había una mezcla de total alegría y devastadora impotencia en su interior.

Al fin trajeron su cena, un plato italiano con una pinta deliciosa. La mirada de Julia volvió en sí. La escritora tomó un trago de la Pepsi y comenzó a comer tranquilamente, pensando en el momento presente. ¿Le resultaba agradable? Se preguntó a sí misma si estar en aquel bar, más concurrido que de costumbre, tomando una rica cena italiana, con la teletienda puesta, era algo que le gustaba. Podría vivir de forma diferente, tenía dinero para hacerlo, de modo que algo que no se parecía en nada a la vanidad la mantenía allí. Julia tenía cierta idea de lo que era... Aquel barrio, su casa, le resultaba un lugar perfecto para escribir, aunque sus miserias diarias se vivieran sin lujos y en un lugar, a ratos, tan oscuro.

Había terminado su plato italiano y apuraba su lata de Pepsi, para empezar a fumar, cuando Mario asomó por la puerta del bar, haciendo que muchos de los presentes con gusto por los hombres le mirasen sin mucha discreción. Mario era un hombre atractivo, cualquiera parecía poder verlo. Sus ojos intentaron ignorar en la medida de lo posible al resto de hombres. Buscaba a una mujer.

Julia alzó las cejas cuando Mario dio con ella. Él sonrió y se sentó a su mesa para acompañarla.

—Buenas noches, Julia —le saludó, con una sonrisa estupenda.

—Hola —sonrió ella, con un halo de tristeza que aún no había conseguido quitar de su mirada por completo.

—¿Qué tomará, caballero? —preguntó el joven camarero, acercándose de nuevo a la mesa.

—Sólo un vaso de agua, por favor.

—Ponme otra Pepsi —aprovechó Julia.

—En seguida —respondió el camarero, marchándose.

—¿Sólo agua? —preguntó ella, algo sorprendida.

—Llevo un día un poco pesado. Prefiero no arriesgarme demasiado —sonrió él.

Julia alzó una ceja. No acababa de creerse nada.

—En serio, he pasado todo el día con un fuerte dolor de cabeza. He tomado pastillas, no creo que sea bueno mezclarlo con alcohol —se excusó él.

—¿Dolor de cabeza? —Julia soltó una risita, mientras encendía su cigarrillo—. Ah, bueno, eso no es nada, a mí me duele cada célula de mi cuerpo. Hasta el pelo y las uñas me duelen...

El camarero les puso por delante la Pepsi y el vaso de agua.

—¿Tan duro ha sido cuidar de los niños? —rió él.

Julia asintió, con una sonrisa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mario, a quien aquel gesto no engañó en absoluto.

–Nada –dijo ella, disimulando con poca maestría.

–Vamos, te pasa algo...

Julia se sorprendió de que un hombre con el que apenas había compartido algunos ratos fuese capaz de vislumbrar su pensamiento y sus emociones más allá de sus máscaras, aunque tenía que admitir que era una pésima actriz y que mentir a Mario no era algo que le motivara demasiado.

–Llevo una mala racha encima –dijo ella, al fin.

–¿En sólo dos días?

–Tú lo has dicho, en dos putos días me he llevado palos de todos los colores.

–¿Los críos están bien?

–Todo lo bien que pueden estar en manos de la estirada de su madre. Mi hermana es la mujer más infeliz e insatisfecha del mundo... ¿Qué culpa tienen los niños de eso? –Julia suspiró profundamente.

–Antes o después tenían que volver con su madre, eso seguro que lo sopesaste cuando accediste a cuidar de ellos...

–Sí, pero nada ha ocurrido como planeé.

Mario frunció el ceño como interesado, intentado entender algo.

–Ayer por la mañana ocurrió algo que destrozó mis planes.

–¿Qué pasó? Si no es indiscreción por mi parte...

Julia negó con la cabeza, en realidad quería contárselo a alguien y, hasta el momento, su única confidente real era una mujer que en esos momentos ocupaba una camilla de hospital.

–Mi mejor amiga se presentó en mi casa, sin previo aviso. Su marido le había dado una paliza tremenda. Sangraba por todas partes, apenas respiraba. Necesitaba ir al hospital... Me llevé a mis sobrinos conmigo, no quería dejarles con un vecino –Julia dio una calada a su cigarrillo, pero Mario ni siquiera pensó en pronunciar una palabra–. Pasé todo el día allí, en Urgencias. Odio tener que hacer tiempo, me desespera. Dejé a los niños con una enfermera, para que estuvieran distraídos con los otros críos, pero nunca pensé que tuviéramos que quedarnos tanto tiempo. La noche se nos echó encima... Al menos técnicamente, porque yo no dormí un carajo –Mario mostró una sonrisa torcida porque Julia le había dado un tono irrisorio a esa expresión–. Para colmo, cuando Ángela se despertó, me enteré de que está embarazada, de que su hijo nacerá con secuelas irreversibles y de que ella no va a permitir tal cosa porque piensa abortar. A todo esto, el embarazo es producto de una violación.

Mario tragó saliva, aquello le parecía realmente duro, y podía ver el dolor escondido en el rostro de Julia.

–No habiendo sido todo eso suficiente, cuando salió el sol, apareció mi hermana en el hospital, bastante cabreada, en busca de los niños. Su marido y ella llegaron antes de tiempo. Yo no estaba preparada para eso. Tengo suerte de que mi cuñado esté loco por mí, realmente ayuda a hacer que su mujer se controle –Mario carraspeó al oír eso y notar que Julia hablaba en serio–. Sí estoy mal –admitió ella–. Mi mejor amiga está casada con un cobarde hijo de puta, mi hermana es una zorra sin sentimientos que me ha apartado de mis sobrinos de por vida, mi cuñado está demasiado cohibido por su estatus social como para dejar a mi hermana y follar conmigo, sin olvidar que mi mejor amiga está en Cuidados Intensivos con la intención de someterse a un aborto.

Mario se quedó en silencio total.

–Por supuesto que esos no eran mis planes... –terminó ella, exhalando una fina nube de humo.

–Lo siento mucho, la verdad –dijo él, al fin–. Nunca he vivido nada parecido a eso. No

sé... Estoy seguro de que nunca le pondría una mano encima a mi mujer, ni la forzaría, es algo que no se me pasaría jamás por la cabeza. Y en la vida me perdonaría dañar a alguno de mis hijos.

–Supongo que esa parte te ha impactado más, es el morbo de la sangre.

–Bueno, piénsalo un poco, si tan bien le caes a tu cuñado seguro que vuelves a ver a los niños –bromeó él, tragando saliva y arrancándole una sonrisa a Julia–. Lo importante es que tu amiga se recupere y que se aleje de su marido.

–Le he sugerido el divorcio. ¿Qué opina de eso un hombre como tú, que se muestra tan conservador? –preguntó Julia, volviendo a poner una sonrisa torcida en el rostro de Mario.

–Me parece bien. No estoy de acuerdo con que las mujeres se casen con los cerdos. Ese matrimonio es un escándalo, ¿no crees?

–La zoofilia siempre me ha dado un asco tremendo, es absolutamente vomitiva. Estoy totalmente de acuerdo contigo.

–¿Qué piensa del aborto una mujer que se muestra tan liberal?

Aquel era el tema que Julia prefería no sacar.

–Si yo estuviese embarazada y no quisiese tener un hijo... sopesaría mis opciones. Un niño sano podría ser una alegría para una pareja que no pudiera tener hijos, así que la adopción es mejor que el aborto en ese caso. O eso creo. Pero esto es más complicado...

–¿Lo es?

–No es un niño sano.

–Eso ya me lo has dicho.

–Yo no tendría valor para cargar con algo así. Lo siento, no soy tan fuerte. Y darlo en adopción no me parece...

–Te comprendo. Mi hermano mayor no era como tu hermana... Se llamaba Darío y tenía un grado muy alto de síndrome de Down –Julia se sorprendió muchísimo, alzó las cejas sin poder evitarlo–. Murió cuando yo acabé la universidad. No suelo hablar de eso.

–Entonces tú sabes lo que es tener un familiar con discapacidad.

–Verás, yo... apenas conocí a mi hermano, en realidad. Mis padres lo enviaron desde muy niño a un centro especializado. Allí se ocupaban muy bien de él. Mis padres le visitaban a menudo, pero a mí preferían mantenerme al margen. Nunca llegué a tenerle cariño verdadero, sabía que era mi hermano, mi familia... pero no compartí nada con él. El día de su muerte no lloré, simplemente era algo que tenía que pasar, así me habían educado mis padres. Sé que suena cruel, pero en cierto modo me alegro de que mis padres me ahorraran el sufrir de manera profunda por su estado. Supongo que me hubiera dolido muchísimo de no haber sido por su protección, porque en este mundo lo que más quiero es a mi familia.

Julia asintió en silencio.

–Hablemos de otra cosa –pidió Mario, suspirando y dando a entender que, sinceramente, quería evitar el tema.

–Si pudiera pensar en algo diferente, aunque fuese sólo por un rato, sería genial –admitió ella–. Pero es tan...

–Por favor, inténtalo. Comprendo que es difícil, pero vengo aquí con toda la intención de olvidarme de los problemas –sonrió con dulzura, confundiendo a Julia, quien entrecerró los ojos por un segundo.

–Así que por eso vienes de incógnito –dijo ella, con una sonrisa traviesa–. Para olvidar tus miserias. Vaya, no puedo imaginar que sean muchas...

–No huyo de mis problemas. Sólo los aparco un rato –sonrió de nuevo–. Claro que tengo problemas, o pequeñas decepciones diarias, como cualquiera, supongo.

–Sorpréndeme.

–Hago lo que puedo por no... perder los nervios. La vida en familia no siempre es fácil. Adoro a mis hijos, pero casi todos los días me exasperan sin contemplaciones –Mario habló serio, negando con la cabeza, como si fuese difícil de explicar–. Y mi mujer... es estupenda, aunque a veces pienso que no compartimos prioridades –tuvo que elegir bien las palabras para creérselas–. Me gusta alejarme de casa y meterme en este mundo, me siento como si estuviese en otra dimensión. Esto me ayuda a comprender lo que quiero.

Tras oír aquello, Julia tuvo ganas de vomitar. Se sintió idiota, y odiaba eso. ¿Tenía ella que soportar aquella exposición de sentimientos familiares?

–No parece tan duro –dijo, con algo de brusquedad, acabándose el cigarrillo.

–Un día tras otro... La situación acaba por desgastar a cualquiera.

–Ellos lo aguantan, ¿no? –Julia entendió que estaba siendo demasiado dura cuando vio a Mario agachando la mirada y tragando saliva–. Bueno, tu familia es lo primero, ¿verdad? –preguntó, con tono tranquilo y conciliador–. Tienes suerte. Ojalá pudiera decir yo lo mismo.

Mario rió de forma irónica, sin abrir los labios, alzando una ceja.

–¿Por qué decidiste ser una mujer soltera e independiente?

–Lo preguntas como si eso no fuese concebible en tu cabeza.

–En tu caso me cuesta entenderlo. Eres fuerte, se nota, pero también interesante.

Julia tragó saliva, no siguió por ahí. Decidió responder lo que fuera.

–Vaya, pues... No sé, jamás hubiera dicho que lo decidí. Las cosas son así, simplemente. Yo nunca soñé con ser una madre de familia, ni con ser una habitante de Chueca –rió con suavidad–. Sólo quería ser yo misma, y es muy difícil serlo cuando vives rodeada de gente que te juzga por todo lo que haces, dices o decides sin plantearse tus motivos –Julia miró a Mario con mucha seriedad–. Eso es una putada.

–Ya...

–Pensé que viviendo sola me conocería interiormente, y así sabría cómo ser feliz. El caso es que soy tan sincera conmigo misma que no tardé en comprender qué quería.

–¿Qué querías?

–Ser libre. Vivir por y para mí misma –respondió ella, segura–. Y ahora que ya me conozco y que tengo mi independencia... tengo muchísimo tiempo libre –sonrió con tristeza.

–Y tu cuñado te ayuda a llenarlo sin que tu hermana se entere... –dijo él, en un tono extraño.

–No. Ya le gustaría a ella que yo me ocupara de distraerlo y a él que me ofreciera a hacerlo. Enrique es un hombre muy atractivo, pero... me revientan los hombres pretenciosos. Sólo le importa aparentar que todo a su alrededor es perfecto, cuando en realidad nada lo es. Le aterra el qué dirán. Eso es de lo que yo he conseguido separarme al fin, y no pienso volver a caer.

Mario se quedó mirándola, sin decir nada. Julia estuvo dirigiendo su vista a los ojos marrones de aquel hombre, hasta que aquel silencio la superó y tuvo que agachar la mirada.

–Ese tío es un maricón –dijo ella, al fin, notando que varios de los comensales se giraban para mirarla a modo de censura–. Un hombre acojonado, eso es lo que es. Eso acaba con todo su atractivo, la verdad. Además, ¡qué coño! Está casado con mi hermana... Ella es una zorra, pero yo soy una persona con algunos principios.

–¿Sólo algunos? –Mario volvió a reír sin abrir los labios, con ironía, y mirándola a los ojos con una expresión que Julia habría descrito como de fascinación.

–No es bueno abusar de nada –respondió ella.

Julia suspiró y alzó la mano para llamar al camarero.

–¿Ya te vas? –preguntó Mario, haciendo ver que la idea no le entusiasmaba en absoluto.

–Sí, tengo cosas que hacer en casa y ya es tarde.

–Quédate un rato más, por favor...

–Aquí tiene la cuenta, señorita –habló el camarero, interrumpiendo a Mario.

–Gracias –le dijo ella.

El camarero se volvió hacia otro cliente, dejándoles solos de nuevo.

–No puedo quedarme, en serio –se excusó ella–. Mañana madrugo, tengo que ir al hospital a ver a Ángela y los horarios de visita son un infierno.

Mario observó cómo Julia buscaba su cartera en el bolsillo del pantalón.

–Deja que te invite –dijo él.

–Sabes que no...

–Julia, has descubierto por qué vengo de incógnito, es justo que me dejes invitarte.

Ella le miró, no estaba segura...

–No me gusta deberle cosas a la gente –dijo ella, negando con la cabeza–. Y menos dinero. La pasta sólo trae problemas.

Julia dejó un billete de veinte euros encima de una pequeña bandejita plateada, sin siquiera mirar el precio reflejado en la cuenta. Había pagado más de lo que debía, siempre dejaba buenas propinas cuando los camareros eran jóvenes.

Mario se dio cuenta de aquello, pero no dijo nada. Él se levantó de la silla cuando ella se puso en pie, dispuesto a acompañarla.

–No has comido nada –observó Julia.

–Ya había cenado. Vine sólo a estar un rato por aquí.

Julia puso una expresión de divertida extrañeza.

–Siempre supe que verme cenar era un espectáculo impagable –bromeó ella–. ¿Esperas un taxi?

Mario la miró con una sonrisa ausente y asintió. Julia estaba un poco incómoda.

–Siento haber sido tan ruda, es que... Joder, no sé, no estoy acostumbrada a ciertas cosas.

–No. No te preocupes.

–¿De verdad? Es que a veces, no es mi intención, pero no me doy cuenta de lo desagradecida que puedo llegar a ser.

–Un poco sí –respondió él, haciéndola reír, al tiempo que un taxi paraba ante ellos–. Que descanses, Julia. Espero que tu amiga se recupere.

La sonrisa de Mario era sincera, no se había molestado, y si lo había hecho ya se le había pasado.

–Hasta pronto –se despidió él, entrando en el coche.

Julia alzó un poco la barbilla y sonrió de forma imperceptible como único gesto de despedida. Se quedó mirando el taxi hasta que desapareció entre las calles del barrio. Cuando comenzó a andar hacia su piso, se dio cuenta de que tenía mucho frío.

Subió a su casa en el ascensor, mirándose en el enorme espejo que era una de sus paredes. Quería hacerle muchas preguntas a esa mujer que le devolvía el reflejo, pero apenas se atrevía a imaginarlas. Era incapaz de plantearse esas preguntas sin pensar que estaba cometiendo un error de los graves.

Abrió con sigilo la puerta de su casa y encendió la luz de la entrada. Le gustaba ese piso, era pequeño y coqueto a su manera, aunque parecía que sólo a ella le resultaba perfecto. ¿Quién querría una mansión en la Moraleja teniendo ese pequeño lugar que era como su palacio? Julia no.

Se dirigió al salón, encendió su ordenador portátil y tomó su cenicero. Estaba dispuesta a

escribir hasta el amanecer. Esa idea le hizo pensar en la excusa que le había puesto a Mario para abandonar el bar... No iría a ver a Ángela por la mañana, sino a primera hora de la tarde, por lo que no le era necesario marcharse tan pronto. Quería irse del bar porque una extraña sensación la estaba agobiando, se sentía frágil.

–Vamos, Julia, espabila –se dijo a sí misma, intentando no pensar en ello.

Recogió sus cabellos, cada día más largos y menos rubios, en una coleta, y encendió un cigarrillo. La imagen de Mario volvió a su cabeza, de nuevo esa sonrisa única, esa piel morena, esos brillantes ojos color miel y esa voz tan masculina, cauta y educada. Pronunciaba tan bien su nombre...

–Mierda –dijo, levantándose de la silla y dirigiéndose a la cocina.

Tomó un vaso de café y lo calentó en el microondas mientras su cabeza daba vueltas. Sus sobrinos la habían dibujado junto a ese hombre rodeada de corazones, cada vez que iba a ese bar esperaba verle y cada vez se le complicaba más mantener su mirada hacia aquellos ojos. No podía ser verdad, no era oportuno, no era adecuado...

Julia tomó el café y se lo bebió con rapidez. Respiró profundamente y volvió al escritorio del salón. Pretendía continuar con su novela, estaba muy cerca de acabarla, sin embargo no podía concentrarse. De pronto, los personajes no eran como ella quería que fueran, ni el tono de la novela era el adecuado... Y el título era de todo menos acertado.

–¿Qué coño te pasa, Julia? –se reprochó a sí misma–. Está casado, y con una mujer estupenda, ya lo has oído –echó de menos poder hablar con Ángela–. No seas idiota, por favor, no le sigas el juego a ese hombre. No seas su refugio.

Empezó a escribir, borrando a cada minuto la mitad de lo que había conseguido crear. Para cuando Tarántula apareció, librándole de su estado de desconcierto, la madrugada ya estaba muy avanzada. Por suerte, ordenó sus ideas y empezó a desarrollarlas con un entusiasmo que escondía miedo y ganas de huir. Tanto escribió que ya no pudo fumar ni un solo cigarrillo más, sus manos estaban ocupadas bailando sobre el teclado. Las páginas se sucedían y la historia crecía con el cansancio de Julia.

A las cinco de la mañana decidió parar. Jamás hubiese imaginado que aquella historia que escribía iba a dar un giro tan brusco e inesperado... Quizás el factor sorpresa ayudase a que fuese una mejor historia.

Julia apagó su portátil y se dirigió a la cama. Se descalzó y se dejó caer en el enorme colchón de matrimonio que tenía para ella sola. Se acurrucó entre las sábanas y las mantas, pues el frío de la mañana le estaba calando los huesos. Miró hacia el techo de su habitación y apagó las luces. Se quedó mirando hacia el mismo lugar en la oscuridad. La euforia de tener a Tarántula en sus manos ya se había calmado, volvía a pensar en Mario. Empezaba a enfurecerle que aquel hombre robase tanto de su tiempo libre y que ella no pudiera hacer nada por evitarlo.

–Me niego –murmuró, cerrando los ojos y cayendo rendida ante el sueño.

Julia se despertó a la una de la tarde. Se dio una buena ducha, se peinó y se maquilló con suavidad para ocultar los efectos que su desajustado horario causaba en su rostro. Curiosamente, se miró en el espejo de su cuarto de baño y sintió que estaba muy guapa, sobre todo si sonreía. Únicamente había una cosa que no aportaba belleza: su cabello. Harta de aquello, Julia se dirigió en albornoz al salón, tomó el teléfono y reservó cita en su peluquería de siempre para esa misma tarde.

Terminó de vestirse y comió algo antes de salir. Últimamente había adelgazado un poco, ya que con tantas angustia, apenas le dedicaba tiempo a comer bien.

Eran las dos de la tarde cuando Julia se personó en la habitación de hospital de Ángela. La paciente estaba despierta, viendo en la televisión las noticias. Ya no tenía tantos tubos por el cuerpo. Nada de sondas, y sólo un gotero. Aunque, eso sí, parecía que se había quedado con todas las vendas del hospital. Cuando Ángela se percató de que su mejor amiga estaba en la puerta no pudo evitar sonreír, a pesar de que la última despedida había sido muy dura.

–Hola, Julia –pronunció como pudo.

–Hola, Ángela. ¿Cómo estás?

–Mejor.

Julia pasó al interior de la habitación.

–¿No me has traído flores? –sonrió la convaleciente.

–Eres alérgica –respondió Julia, sonriendo–. Y, además, nunca se me habría ocurrido.

–Qué detalle que lo confieses.

Ambas rieron, suavizando del todo la última despedida.

–Ángela, ¿te has parado a considerar lo de...?

–Voy a abortar, en una clínica privada. Es una decisión firme.

Julia apretó los labios y asintió, pretendiendo que aquello le parecía correcto y que no tenía intención alguna de protestar.

–Bien, y... ¿quién corre con los gastos?

–Mi madre.

Nada podría haber sorprendido más a Julia, pero era algo obvio.

–Ya veo.

–Julia, lo siento mucho.

–¿Que lo sientes? –Julia no quería enfadarse. Probó con la ironía–. Sí, el cuerpo entero te debe de doler mucho.

–Digo que lo siento por ti –aquello desconcertó a la escritora.

–¿Qué?

–Ernesto vino a verme esta mañana y me contó lo que pasó con los gemelos. Ha sido mi culpa, creo que mereces que te pida perdón.

A Julia le pareció algo ridículo.

–Para nada, nena. La culpa la tienen Tamara y sus berrinches. No tiene cerebro como para comprender que una situación de emergencia no siempre se arregla con una manicura francesa.

Ángela rompió a carcajadas, aunque aquello fuese doloroso para sus costillas.

–Tu hermana siempre ha sido así –pudo decir al fin–. No te tortures.

–Es estúpida.

–Ya, déjalo –le pidió, sonriendo–. Cuidaste muy bien de tus sobrinos y de mí al mismo tiempo. Tamara no puede decir que no has sabido cuidar de sus hijos. No puedes negar que te encantan los niños, siempre te han gustado. Serías una madre maravillosa, Julia –Ángela tragó saliva–. Creo que por eso te duele tanto que yo vaya a abortar.

Julia tomó la mano izquierda de su amiga, notando que se sentía culpable por decepcionarla. Ángela estaba triste.

–Tranquilízate. Esa decisión es tuya, no mía. Es tu cuerpo y tu vida. Sea cual sea mi opinión, son tus prioridades las que cuentan.

–Julia, tengo algo que decirte. Algo que pensé cuando creí que no llegaría viva a la puerta de tu casa...

–No me acojones más, por favor, no puede haber nada peor que esto.



–Es sobre ti, no sobre mí.

Julia alzó las cejas.

–Oh, vaya, eso me deja mucho más tranquila –respondió con sarcasmo.

–Tú crees en el amor, ¿verdad? –preguntó Ángela, con una voz dulce y muy temerosa. Julia pareció tomarse una eternidad para pensar la respuesta, hasta poner a su amiga nerviosa–. ¿Verdad?

–Horacio no te ama, si es eso lo que quieres saber.

–No pienses en él ni en mí. Piensa en ti.

–Sí, creo en el amor, claro que sí –respondió, aparentemente convencida.

–¿Te han roto el corazón alguna vez?

–Sabes que no... –Julia estaba muy confundida, no sabía a dónde quería llegar Ángela–. No, no que yo recuerde.

–Porque jamás te has enamorado de verdad.

Julia no se esperaba una sentencia tan severa. Aquello le dolió.

–Eso tú no lo sabes. Claro que me he enamorado, no hace falta que a una le partan el corazón para dejar de amar... A veces el amor se esfuma con el tiempo, sin que tenga sentido alguno, sin que se sufra –Julia estaba alterada, pero necesitaba que Ángela lo entendiera.

–Perdona si te he molestado. Yo... Cuando creí que no podría volver a hablar contigo, sólo pensé que quería decirte que eres una mujer maravillosa que nunca se ha dejado conquistar. Julia... Es cierto, Horacio no me ama, he tenido muy mala suerte, pero si no se arriesga no se puede ganar.

–¿Qué estás diciendo?

–Déjate amar, Julia, lo necesitas. Es lo que te falta.

–Ángela, no mezcles el amor con la necesidad, eso es lo que te ha llevado a estar ahora en este hospital –Julia respiró antes de seguir hablando, porque los nervios estaban a punto de traicionarla–. Mira, y lo que dices... Estoy deseosa de que me conquisten, desde hace muchos años, pero jamás he conocido al hombre de mi vida. ¿Tan difícil es de entender que no me voy a conformar con menos? Prefiero viajar y conocer mundo hasta que ese hombre aparezca ante mí, antes que fingir que tengo una relación estable con un desgraciado que ni siquiera me pone.

–¿Estás deseosa de que te conquisten? –se sorprendió Ángela–. No me puedo creer que hayas dicho eso.

–Resulta que nunca ha ocurrido, simplemente, no es que yo lo evite.

–¿Ahora, por ejemplo?

–¿Qué quieres decir?

–No te hagas la tonta conmigo, que eres bien lista –sonrió Ángela–. ¿Hay alguien que te gusta?

Julia negó con la cabeza, agachando la mirada, cansada de esa conversación.

–Escucha, estoy inmovilizada en esta asquerosa habitación de hospital, sin poder hacer otra cosa que pensar en la gente que me importa y en que quizás el amor no exista. Si tú eres capaz de enamorarte, entonces mis dudas se irán...

–No soy una casta princesa que espera a su príncipe azul, rechazando al resto de caballeros del reino. ¿He mencionado alguna vez que adoro a los hombres? Porque quizás se me ha pasado...

–Eso ya lo sé. Quiero saber si serías capaz de confiar tanto en uno de ellos como para poner tu corazón en sus manos.

Esa sí era la forma adecuada de preguntarle a Julia ese tipo de cuestiones. La escritora se

vio absolutamente acorralada. Se podía sentir atraída por muchos hombres, pero ¿confiar su corazón a uno de ellos? La idea no sólo le aterraba sino que le cabreaba.

–Ningún hombre con el que me haya acostado es digno de tanta confianza por mi parte, la verdad –respondió al fin.

–Reconozco algo extraño en tu voz y en tu mirada. Vamos, Julia, que te conozco mejor que nadie... ¿Qué te ocurre?

–Está bien –Julia cerró los ojos, muy seria–. De acuerdo, creo que sé qué me ocurre, pero quiero que comprendas que no es algo trascendental.

–Puedo entenderlo, pero cuéntamelo.

Julia suspiró, ya con los ojos abiertos.

–En el Chispa&humo conocí a un hombre un tanto especial –mientras Julia hablaba, Ángela tenía que hacer esfuerzos para parecer seria cuando en realidad quería sonreír de alegría–. Hablo con él cuando nos encontramos allí, sobre lo que sea. Es bastante reconfortante poder hablar de varias cosas con un mismo hombre... En fin, está casado y tiene hijos. Esto es muy ridículo, ya sé que no va a ninguna parte.

–¿A ti te gusta ese hombre?

–No es perfecto, desde luego. Nuestras concepciones del mundo son algo diferentes, en realidad. Pero me siento bien cuando estoy con él, y sé que eso en mí es algo muy raro. Todo esto quizás tendría un poquito de sentido si no estuviera casado –Julia quiso zanjar el tema.

–No me has contestado. ¿Te gusta ese hombre o no?

Julia tragó saliva.

–Si lo admito en voz alta, luego será más difícil convencerme a mí misma de lo contrario, ¿sabes? –dijo Julia, con un hilo de voz–. Tiene unos ojos preciosos, una sonrisa estupenda, una disposición al diálogo que me deja sin palabras y un aspecto, en general, que quita el aliento.

–¿En serio? –sonrió Ángela.

–Para mi tortura.

–¿Por qué os veis en el bar?

–El va allí para relajarse y desconectar. Pero en el fondo es un hombre feliz, sólo anda un poco agobiado. No le intereso, créeme. Además, puedo imaginarme a su mujer, seguro que es una de esas Barbies de la alta sociedad que se pavonean por donde van. Seguro que es estupenda en todo, seguro que es guapísima y que está mucho más buena que yo.

–Has descrito a tu hermana.

–No. Bueno, sólo en parte. Creo que su mujer sí le quiere... No me imagino estar casada con alguien así y no estar loca por él.

–¡Julia! ¿Te acabas de oír? –sonrió Ángela.

–Déjame. Quizás ando encaprichada del señor casado y con tres hijos, pero ya se me pasará.

–Tengo que admitir que no me gusta la idea de romper matrimonios. Es una pena. Pero tengo que alegrarme, hacía tiempo que no te escuchaba en este plan.

–Será mejor que lo olvide pronto, o que empiece a apreciarle como compañero de charlas.

–Claro, no hace falta que te alejes de él si no te hace daño.

–Lo sé...

Ángela se quedó en silencio un momento, sopesando lo que iba a decir.

–Hablando de controlar las distancias y del daño...

–¿Qué?

–En unos días me darán el alta –susurró Ángela.

–Me alegro, estoy deseando que salgas de este hospital.  
–Voy a ir a casa, a enfrentarme con él.  
–¿Estás loca, Ángela? –se alteró Julia–. ¡No te vuelvas a acercar a ese animal!  
–Quiero decirle que voy a abortar y que quiero el divorcio.  
–Eso se lo puedes decir por un mensaje de teléfono móvil.  
–No quiero ser cobarde.  
–Podrías intentar no ser imbécil.  
–Saldrá bien.  
–Ángela... Me aterra que te pongas de nuevo al alcance de ese hijo de la gran puta. ¿Me estás escuchando?

Ángela asintió, pero no cedió.

–Lo sé, yo también tengo miedo. Pero siento que si no me enfrento a él cara a cara, nunca me dejará en paz. Quiero acabar con esto por completo.

Un rato después, aún sin creerse lo que había escuchado, Julia abandonó el hospital. Tomó un taxi en dirección a la peluquería. Estaba más preocupada que el día anterior. La visita no le había reconfortado mucho. No comprendía cómo era posible que Ángela fuera a jugarse el pellejo de nuevo poniéndose frente a Horacio. Quizás su amiga había acabado por perder el juicio a causa de los golpes.

Mientras que Julia le dedicaba el tiempo que desde hacía meses le debía a su imagen, Mario terminaba de leer una novela en su sofá.

Estaba a solas en aquel iluminado salón, tomándose un café que Ágata le había preparado, esperando a que Leila llegase a casa. Estrella estaba en su cuarto con Judith, una vecina, de su misma edad, que había congeniado muy bien con ella. Estarían viendo una película de dibujos animados o jugando con sus muñecas, que, como no podía ser de otro modo, siempre lucían impecables. Sonia estaba estudiando, o eso había dejado dicho antes de subir a su habitación. Por último, Iván estaría vagueando como de costumbre.

Mario estaba a gusto en su sofá preferido, pero tenía que ponerse a trabajar. Tomó su ordenador portátil y, en lugar de sentarse en su escritorio, se lo llevó al sofá para trabajar allí.

–¿Le apetece otro café, señor? –le preguntó Ágata, siempre servicial.

–Si te sirves tú otro y te sientas un rato. Llevas todo el día trabajando sin descanso –le ofreció Mario.

–Bueno, señor, es que tener a dos pequeñas princesas en casa es doble responsabilidad –dijo ella, refiriéndose a Estrella y Judith–. Pero son un encanto.

Ágata sirvió dos tazas de café con leche y se sentó en un butacón, al lado de Mario.

–Si la señora me viera... –sonrió ella.

–Yo temería más que tú, si eso ocurriera –rió Mario–. No se lo tengas en cuenta, por favor. Estoy convencido de que Leila no se percata de lo mucho que te exige sin necesidad.

–Pero, don Mario, si lo comprendo. Ella es la señora de la casa, ¿qué menos que me indique si le parece bien o mal lo que hago? –respondió ella, risueña.

–Ojalá tuviera yo tu paciencia para aguantar a mis jefes.

–Sus jefes saben que a usted se le puede pedir lo que sea, señor –rió ella–. ¿Qué no hace usted por ser el más renombrado de sus colegas? Saber que usted es un hombre honrado y trabajador me ayuda a tener paciencia, se lo aseguro.

Mario sonrió con sinceridad y tomó un poco de café. De pronto, un estruendo musical llegó desde el piso de arriba.

–¿Qué es eso? –preguntó Mario.

–Su hijo. Iván está desarrollando un acérrimo gusto por la música más odiosa, si me permite la observación –le dijo Ágata–. En dos minutos no más va a ver usted cómo la niña Sonia viene a pedir que alguien haga enmudecer el equipo de música de su hermano.

–¡Papá! –se escuchó a Sonia, gritando encolerizada, desde la escalera–. ¡Así es imposible estudiar!

Mario miró a Ágata, quien alzó las cejas, orgullosa de su acertada premonición.

–Ya ve, señor...

–Es la edad –bromeó él, levantándose del sofá.

Mario subió las escaleras, notando que el ruido allí arriba era insoportable. Sonia se había vuelto a encerrar en su habitación, antes de que él pudiera siquiera verla y comprobar su enfado. Estrella y Judith estaban asomadas a la puerta de la habitación de la pequeña, asustadas por aquel ruido. Cuando las niñas vieron a Mario se sintieron seguras; en un momento habría de parar el escándalo.

Mario llamó a la puerta de Iván con tres fuertes golpes. La música paró en seco. Entonces, abrió la puerta de la habitación de su hijo y entró.

–Si tu madre viera que vives en esta pocilga...

–Despediría a Ágata –dijo Iván, con un devaneo insolente que no gustó nada a Mario.

–No, te enviaría a un reformatorio en Suecia –respondió su padre.

–Venga ya, papá –respondió, con desprecio, Iván, dejándose caer en la cama.

–Ágata dejó tu habitación impecable esta mañana. Es increíble que la hayas dejado así desde que llegaste del instituto.

–Bueno, ya he quitado la música... ¿Te puedes ir ya?

Aquello exasperó a Mario.

–¿Con quién te crees que estás hablando? –le dijo muy serio–. No soy uno de tus amigos, soy tu padre. ¿Sabes qué necesitas tú? Alejarte de esos inútiles sinvergüenzas que te suben tanto el ego –Mario se dirigió hacia donde estaba el teléfono móvil de su hijo y lo tomó–. Esto queda confiscado. No volverás a salir con tus amigos hasta nuevo aviso y ahora mismo voy a cambiar la clave de Internet, así aprovecharás el mejor el tiempo que dedicas a chatear... Podrías leer un buen libro, no te haría mucho daño. Ni se te ocurra subir el volumen de la música más del medio.

–Papá, vamos a ver... ¿Qué haces?

–¡Educarte! –saltó Mario–. ¿No te das cuenta de que estás tan consentido que te crees que el mundo está a tus pies y que no tienes que hacer nada que no sea respirar? ¿Qué haces tú, Iván? A parte de dormir y ocuparte de recibir halagos de tus cuatro amigos inservibles... No haces nada más que infravalorar a los demás. Lo siento, pero no pienso dejar que un hijo mío sea una persona tan lamentable. Arregla tu cuarto.

Mario cerró de un portazo y volvió al salón.

–¿Qué tal fue? –preguntó Ágata.

–Ese chico se cree que me puede tratar como a un felpudo. Pues se le van a quitar las ganas de faltarme al respeto –sentenció Mario–. No permitiré que se convierta en un impresentable, ¿qué se habrá creído?

–Si quiere yo me ocupo de arreglarle la habitación de nuevo.

–Ágata, no quiero que pises esa habitación. Lo tienes prohibido, ¿entiendes?

–Señor...

–Yo me ocupo de mi mujer –dijo él, sabiendo que hacía dudar a la asistenta–. Leila lo entenderá. Ese niño tiene que aprender la lección... Sólo es un paramecio de catorce años.

Ágata no pudo evitarlo, soltó una risotada.  
–Pues como usted mande, señor. Así sea el cuarto más sucio y desordenado en la casa, no pondré un pie dentro hasta que usted me lo indique.  
–Muy bien.  
Mario volvió a acomodarse en el sofá, dispuesto a empezar con su trabajo.  
–Bueno, le dejo con sus cosas, señor. Yo me voy a la cocina, a ver qué hago para la cena.  
–Quiero que te sientes y descanses un rato. No hay prisa –insistió él.  
–Es usted muy generoso, don Mario.  
Él sonrió, con sus ojos ya clavados en la pantalla de su ordenador.  
–¿Qué libro leyó? –preguntó Ágata, tomando la novela que Mario había dejado sobre la mesa.  
–Es un best-seller.  
–Como de costumbre –respondió ella.  
–Hecho de menos tener tiempo para leer alguno de mis clásicos –dijo él, con nostalgia.  
–Ay, sí, no me extraña que lo añore. Como hace años, cuando estaba usted en la universidad y me leía en voz alta a Thackeray y a Dickens, sólo por el placer de discutir consigo mismo hasta decidirse por el que demostraba ser más oportuno... Y, mientras, yo cocinaba para sus padres. Lo recuerdo bien, señor.  
–Fui muy pesado, lo sé.  
–En absoluto.  
–Ahora volvería a leer *La feria de las vanidades*... Seguro que me parecería una novela diferente.  
–Si lo dice por su estilo de vida, no debe culparse.  
–¿Mi estilo de vida? –Mario lo pensó–. No, no creo que vivir con lujos sea frívolo... si se tiene un motivo para ello. ¿Son adecuados mis motivos?  
–¿Qué quiere decir?  
–Pues... –Mario suspiró–. ¿Es esto lo que quiero?  
–Señor, a mí esas preguntas no me asustan, sé a lo que se refiere... Pero, si quiere un consejo, ni se le ocurra hablarle así a su mujer. La señora es muy impresionable.  
Mario soltó una risa sarcástica.  
–Tranquila. Jamás se me ocurriría.  
–¡Devuélvemela! –se oyó gritar a Sonia en lo alto de la escalera.  
Iván bajaba aceleradamente al salón, provocando aquel alboroto, huyendo de su hermana. Llevaba en la mano la cámara de fotos de Sonia.  
–¡Que me la des! –Sonia apareció, acelerada, en el salón.  
–¡Sonia! –saltó Mario, al ver a su hija ataviada con una minifalda, cubierta sólo por un sujetador y llevando la cara muy pintada.  
Ágata se había quedado sin palabras.  
–¡Papá, dile que me devuelva la cámara! –exigió ella.  
–Ve ahora mismo al baño y límpiate la cara –dijo Mario, sólo tan calmado como fue capaz.  
–¡Me iré cuando él me de mi cámara! –respondió ella, muy alterada.  
–Ya veremos si papá quiere devolvértela cuando vea las fotos que te has hecho –le amenazó su hermano.  
–¡Eres un idiota! –gritó ella, abalanzándose contra él de forma muy violenta, propinándole golpes con tal de que soltase la cámara.  
Mario se puso en pie y les separó a la fuerza.

–¡Basta! –ordenó–. Dame eso –le arrebató la cámara a Iván de las manos.

El chico mostró una mirada de satisfacción. Aquello era la venganza contra su hermana, por haberse quejado del volumen de su música y haber desencadenado los castigos que se le habían impuesto.

Cuando Mario tuvo la máquina en sus manos se la pasó directamente a Ágata. No quería ver esas imágenes.

–A tu cuarto, ahora –le ordenó tajantemente a Iván, borrando su mirada de deleite–. Saldrás de allí cuando esté perfectamente limpio y recogido.

La mirada de asqueo de Iván no pareció ser suficiente justicia para Sonia, que seguía allí con los brazos cruzados en gesto defensivo.

–Alma de Dios, ¿cómo se te ocurre estar así, a medio vestir? –dijo Ágata con cierto lamento, dirigiéndose a la chica–. Te vas a enfermar.

–Estaba a punto de ducharme –quiso excusarse ella, con mucha brusquedad, sintiendo que no tenía por qué darle explicaciones y que su paciencia le estaba abandonando–. ¿Me devuelves la cámara ya, por favor? –preguntó, extendiendo la mano con decisión.

–Ágata, mira las fotografías –le pidió Mario, ignorando a su hija.

Sonia chaqueó la lengua, mirando al techo y resopló maleducadamente.

Ágata hizo lo que Mario le había indicado y, aunque no pronunciaba palabras, sus ojos expresaban espanto como poco. Mario suspiró.

–Sonia, vete a la ducha –le dijo su padre–. Límpiame la cara de una vez. Luego te devolveré la cámara.

–No borreís ninguna –ordenó ella, con orgullo.

–Haré lo que me parezca conveniente –respondió él–. Si en alguna fotografía apareces con esa cara de prostituta callejera, puedes olvidarte de que ha existido.

–¿Cómo me has llamado? –se exasperó ella.

–Sonia, por favor, haz caso a tu padre –le suplicó Ágata.

La niña cerró la boca, aunque quería explotar con todo lo que se le pasaba por la cabeza para soltárselo a esos dos adultos en esos momentos. Se puso muy furiosa.

–¡Vives en el pasado! –le gritó a su padre.

Mario se contuvo y pretendió ignorarla. Aquello acabó con la paciencia de la niña y la llevó a subir las escaleras hacia su cuarto de baño, echando chispas.

Ágata suspiró, lamentando lo ocurrido.

–¿Tan horribles son? –preguntó Mario, acercando su mano de forma vacilante.

–No creo que usted deba verlas, señor. Por su bien, permita que yo misma las borre –le aconsejó ella.

Mario asintió, apartando la mano.

A las diez de la noche, Julia bajó de su casa para ir al Chispa&humo. La sesión de peluquería le había dejado impecable. Su melena se mostraba rubia, voluminosa y rizada, aunque algo más corta. Se había vestido de forma muy informal, con camisa fina, chaqueta vaquera y jeans ajustados. De buenas a primeras todo le quedaba de escándalo, pero su ropa no podía quitarle protagonismo a su rostro. Estaba guapísima, con rubor sano en las mejillas, una sonrisa verdadera, unas pestañas contundentes y un brillo en los ojos que le había nacido al verse en el espejo tras llegar a casa y notar que hacía mucho tiempo que no se gustaba a sí misma como entonces.

–¡Qué demonios! Soy muy joven –sonrió Julia, al mirarse en el espejo del ascensor y no encontrar arrugas–. Y sonará creído, pero ya quisieran otras estar como yo.

Se sentía bella, y lo era. Ya se le había olvidado lo que era aquello.

Había algunas personas en el Chispa&humo, ninguna demasiado llamativa. Todo estaba bastante tranquilo. Cuando Julia puso sus tacones en aquel local no pretendía distraer a nadie, aun así, un tipo la miró con mucho descaro y con algo de desprecio. Cenaba con otro hombre, uno muy delgado, de pelo corto teñido de rubio platino, que vestía ajustada ropa de color verde limón. El hombre que miraba a la escritora era mucho más discreto. Julia se fijó en aquel cliente durante un segundo, notando que era incapaz de distinguir si era homosexual o no. Se sintió intimidada por la violencia de esa mirada acusadora, y apartó sus ojos de él.

Isidro se sorprendió al verla entrar en el bar con aquel aspecto envidiable.

–*Mamma mia!* –sonrió al tenerla en frente–. Julia, estás preciosa.

–Gracias, capitán –respondió ella, tomando asiento en un taburete de la barra.

–¿A qué se debe?

–A que estoy harta de sufrir, llevo una racha de perros.

–Pues sonríe, todo se ve más fácil así –Isidro le puso un vaso de cristal por delante–. ¿Me equivoco si apuesto a que te apetece una Pepsi?

Julia sonrió con un toque pícaro.

–Que esté bien fría –respondió.

–Desde luego que sí.

Mientras Isidro servía el refresco con maestría, Julia miró de soslayo al hombre que la había observado. Él no le quitaba los ojos de encima, y su expresión no parecía más amable que antes.

–Isidro, quiero preguntarte algo –murmuró Julia, con cautela.

–Dime –él también murmuró, sabiendo que esa conversación sólo podía llevarles al morbo del cotilleo.

–Ese tipo que está sentado en la mesa de atrás, el que está acompañado por el clon de Campanilla –especificó, haciendo que Isidro tuviese que aguantar la risa–. ¿Quién es?

–¿Por qué te interesa saberlo? –preguntó Isidro, travieso.

–Me está mirando con cara de asco desde que llegué.

–No sé...

–No me jodas, Isidro. Te encantan los cotilleos. ¿Quién es? –insistió ella–. Si no me lo dices, pienso levantarme y montar un escándalo.

Isidro sabía que esa amenaza no fue hecha en vano.

–Bueno, bueno, está bien –se decidió a hablar–. Su nombre es Genaro. Genaro Lobato. Trabaja en telecomunicaciones, creo.

–¿Es gay? ¿Por qué me mira de esa manera?

–Digamos que le molestas. Eli y yo lo hemos comentado muchas veces –Isidro habló como si la parte interesante llegase a continuación–. Genaro siempre reacciona así cuando ve aparecer por el bar a una mujer guapa. Incluso le ocurre con Danita... Oh, vaya, hablando del rey de Roma.

Julia se giró en su asiento y vio a Danita aparecer por la puerta del bar. Estaba despampanante y con un nuevo aspecto, mucho más elegante que de costumbre, pero tan sexy como siempre.

–Os habéis puesto de acuerdo para venir más guapas que nunca –alzó la voz Isidro, haciendo brotar una sonrisa en Danita, que se acercó a la barra.

Julia se fijó en que el cliente acompañado por Campanilla acosaba a Danita con la mirada, aunque de forma menos descarada. No entendía nada.

–Julia, mi amor, ¿cómo estás? –Danita le dio dos besos–. Divina, en una palabra. Estás

hecha un bombón.

–Tú también –respondió ella–. ¿Qué ha sido del cuero y las lentejuelas?

Danita llevaba unos jeans que realzaban su escultural figura y una blusa blanca que resaltaba su tez recientemente bronceada. Su melena, que solía cubrir con alguna peluca rubia, se mostraba rizada y de un color negro azabache muy natural.

–He estado dando vueltas por la ciudad, buscando un trabajo diferente. Ser vedette es muy sacrificado, sobre todo en este barrio, querida –suspiró–. Creo que ha llegado el momento de abandonar el mundo de la noche.

–Qué pena –dijo Julia–. Los que no te hayan visto actuar... jamás sabrán el magnífico espectáculo que se han perdido.

–Ah, bendita ignorancia –le sonrió Isidro.

–Al principio me dio mucha lástima, porque está clarísimo que soy una persona nocturna desde el día que me parieron –admitió Danita–. Pero todo llega a su fin. Así que he desempolvado mis títulos, mi currículum y mi vestuario más aburrido... ¡Y qué suerte la mía! Adivinen qué...

–¿Qué? –preguntó Isidro, nervioso.

–Tengo un trabajo muy pero que muy bien pagado, en un sitio de lujo, de esos exclusivos. ¡Voy a ser la cantante principal del hotel más famoso de Madrid! –Danita estaba del todo emocionada.

–¿En serio? –preguntó Julia, boquiabierta.

–Sí, mi amor. Mi currículum no les entusiasmó al principio, la verdad. Pero fue escucharme cantar y caer a mis pies. Voy a amenizar los almuerzos y las cenas. Todo jazz y blues, una cosa tranquila. Justo lo que yo buscaba –contó, entusiasmada, Danita–. Y a las doce de la noche acaba mi jornada laboral. Es perfecto.

–Desde luego que lo es –respondió Julia, con una amplia sonrisa.

–Espero que Isidro se ponga mañana las pilas y me prepare el escenario del bar para mí solita. ¿Lo harías por mí, papi?

–¿En serio quieres que ese rincón vuelva a la vida? Hace casi un año que nadie viene a cantar –dijo Isidro–. El micrófono acabó en el almacén, lleno de telarañas.

–Me haría mucha ilusión cantar aquí –aseguró Danita–. Invitaré a mis amigos, a ver si eso de los pequeños conciertos en directo vuelve a ser algo común en este local. Aún recuerdo cuando cada día era una sorpresa...

–Sí, qué buena fue esa época –dijo Isidro, con sentida nostalgia hacia esos años en los que él aún no era el dueño, sino un cliente habitual.

–Volverá a ser así, ya verás. El Chispa&humo tiene que volver a brillar tarde o temprano –sonrió Danita–. Todas las modas son cíclicas.

De pronto, la escritora notó que la alegría de Danita desaparecía con una mirada muy fría hacia el tipo que las miraba.

–Ese maricón otra vez –murmuró la cantante.

–Vamos, Danita, no seas tan indiscreta, deja de mirarle –le pidió Isidro, con discreción.

–Es que me toca el coño, y no me lo puse para eso –dijo ella, siendo muy brusca, pero en voz baja–. Que mire a su jodida madre.

Julia le daba la espalda al extraño y apenas podía ocultar su risa. Danita se expresaba con tal garbo que ella no podía quedarse indiferente, tenía que reír.

–Estábamos hablando de él cuando has llegado –le dijo Julia–. Isidro no me quería contar quién es.

–Ah, ¿es que a ti también te ha mirado con esa cara de cabrón amargado? –se indignó



Danita—. Pues mira, si aquí el amigo no te quiere contar quién es ese gilipollas, te lo digo yo. ¿Ves lo discreto que es? Pues todo es una tapadera. Un cobarde sin remedio, eso es lo que es.

—Anda, toma un poco de agua y relájate —le ofreció Isidro.

—¿Qué dices, moreno? —rechazó ella—. Ponme un tequila, que tengo que celebrar.

Isidro alzó las cejas y se volvió a por el tequila mientras Danita continuaba con su explicación, teniendo a Julia muy interesada.

—Ese tipo es un *gay in the closet*. Está más al fondo del armario que las polillas y las termitas juntas.

Julia sonrió pero frunció el ceño.

—No pienso soportar que me mire con esa mala hostia cada vez que entro en el bar sólo porque yo follo con tíos y soy feliz —dijo Danita, indignada—. Resulta que las mujeres guapas le repatean. No las soporta. Las odia. Supongo que será porque seducen a los hombres con tremenda facilidad, cosa que ya quisiera conseguir él... —Danita soltó una risa sarcástica—. ¡Ja! ¿A quién se cree que está mirando ese tío? Con esa cara que tiene de alcalde corrupto... Que es un triste y un desgraciado. ¿Qué culpa tendré yo de que ese maricón tenga el sex-appeal de un puerco de corral? ¡Envidia es lo que nos tiene el mamón ese! ¡Purita, purita envidia de este par de tetas! —dijo Danita, tocándose los pechos con las manos de forma poco decorosa.

Julia rió todo lo discretamente que pudo. Aunque los gestos y las expresiones de Danita fuesen los más bastos del mundo, Julia tenía que admitir que sus excesos le hacían reír y que estaba de acuerdo con que aquel hombre no tenía derecho a mirarles así.

—Cálmate, Danita —le pidió Isidro, colocando el vaso de tequila en las manos de la mujer.

—Me calmo, me calmo —prometió ella—. Pero es que... Isidro, querido, podrías decirle que es de mala educación mirar así a las señoritas.

Isidro sonrió y asintió.

—Fíjate —le indicó Danita a Julia—. Ahora está sentado frente a un tipo que, probablemente, le pone a cien... Pero jamás se atreverá a dar el primer paso.

—En fin, da igual —respondió la escritora, queriendo zanjar el tema y tomando su vaso de Pepsi—. Por las mujeres.

Danita alzó la pequeña copa de tequila y, con absoluto orgullo, respondió chocándola delicadamente con el vaso de Julia.

—Por nosotras, cariño.

Ambas bebieron de un trago todo cuanto tenían para tomar. Cuando acabó con su tequila, Danita le dirigió un corte de mangas al tipo que aún las miraba, haciendo que éste bajara la vista para siempre.

Julia soltó un bostezo que llamó la atención de su compañía femenina. Danita alzó una ceja.

—¿Aburrida? —preguntó—. No me digas que te has puesto así de estupenda porque esperas a alguien... —Danita se tapó la boca con una mano, en un gesto de agradable sorpresa.

—No exactamente —respondió Julia, con una sonrisa que en absoluto fue tímida—. Quería recordarme a mí misma lo buena que estoy.

—Pero, cariño, si tú hasta sin arreglar estás sexy. Eres una mujer muy atractiva. ¿A quién esperas?

—A nadie, en serio.

—Ay, que no me lo quieres decir. Pues yo tengo mis recursos, encanto —sonrió Danita, inclinándose en la barra—. Isidro, guapo, tú que te pasas la vida observando... ¿Quién es la afortunada cita de nuestra Julia?

El barman se quedó sin saber qué decir, pues aunque podía intuir a quién esperaba Julia, no tenía porqué decirlo si ella misma no lo hacía. Miró a la escritora y sopesó su respuesta.

–Danita... Tú sabes que Julia se sobra y basta a sí misma. No necesita lucirse ante nadie.

–¡Bueno! Estáis compinchados, cabrones –rió Danita, resignada–. Sea como sea, mucha suerte con tu cita, Julia –dijo, levantándose de la silla–. Me marcho, que mis amigos me tienen una fiesta preparada. Se lo han tomado con más emoción que yo misma, ¿os lo podéis creer?

–Pues que la disfrutes –le deseó Julia, sonriendo.

–Un beso, amor –como siempre, Danita se despidió con un fugaz y recatado beso en los labios de la escritora–. *Ciao!*

Pasó un rato cuando Julia pidió otra Pepsi e Isidro notó la decepción en el rostro de la muchacha.

–¿Qué hora es? –preguntó ella.

–Las una menos veinte de la madrugada –respondió él, observando la puerta del bar–. Cada vez hay más gente aquí dentro –Isidro notó el suspiro de aburrimiento que Julia exhaló–. Julia, seguro que viene. Lleva una buena racha, viene todas las noches, sería muy raro que faltara a la cita.

–No hay ninguna cita –respondió ella.

–Tú ya me entiendes.

–No suele venir más tarde de las once –negó ella con la cabeza–. A tomar por culo.

Julia se levantó y dejó el dinero de los refrescos encima de la barra, con toda la intención de marcharse.

–Espera un momento, mujer –le pidió el barman.

–Déjalo, Isidro. Sé por qué no está aquí –la expresión del camarero fue de absoluta sorpresa.

–¿Qué dices?

–No ha venido porque ayer fui muy ruda con él –dijo ella.

–Julia...

–Hasta otra, capitán.

Julia se giró y se dirigió a la salida, pero antes miró al tal Genaro Lobato y observó cómo le lanzaba una expresión de odio. Julia paró en seco, le miró directamente hasta hacerle sentirse amenazado.

–¿Qué coño miras? –le gritó, a punto de romper a llorar.

El tipo bajó la mirada y carraspeó, fue su acompañante el que miró a Julia con gesto sorprendido.

–Si no tienes cojones para decirle a tu amigo que quieres estar con él, ese es tu problema –siguió gritando ella–. ¡Maricón!

Julia se dio la vuelta y salió del bar echando chispas y dejando a más de uno con la palabra en la boca.

Su piso estaba a oscuras, y así se quedó. Julia cerró la puerta de un golpe seco y se dirigió al salón. Encendió su ordenador portátil y dejó que la luz de la pantalla fuese la única que brillara en toda la casa. Su próxima columna estaba a punto de ver la luz, el tema estaba claro para Julia: el virulento machismo social, el odio hacia el sexo femenino por parte de hombres y mujeres. Estaba harta de justificarse por todo, sólo porque era mujer. Pero sobre todo estaba decepcionada consigo misma, porque ni toda la belleza que estaba dispuesta a mostrar esa tarde le satisfacía, al

no haber tenido al testigo que deseaba... ¿Acaso no se amaba más a sí misma que a nadie más? ¿Por qué necesitar de los halagos de un hombre para sentirse radiante? La idea de que se había puesto así de guapa sólo para que Mario la viera empezaba a ser una confesión a sí misma que Julia no quería oír.

–Es un orgulloso de mierda –murmuró, abriendo un paquete de cigarrillos–. Seguro que anoche le molestó que no le dejara invitarme... Me valgo por mí misma, ¿es tan difícil de entender?

Encendió un cigarro y empezó a fumar de forma compulsiva.

Antes de empezar a escribir, vio un mensaje en su ordenador. Tenía un e-mail.

Hacía años que no sabía nada de su prima Victoria, a la cual quería muchísimo. De pequeñas habían sido inseparables, llegando a tener una amistad más fuerte que la que Julia hubiese podido llegar a tener nunca con nadie más. Durante la adolescencia se vieron menos a menudo y dejaron de compartir cada una de sus experiencias, aunque el cariño se mantenía intacto. Con el paso de los años, Victoria se había convertido en una prestigiosa cirujana. Ejercía en un hospital privado de Barcelona, trabajando pocas horas y cobrando sumas desorbitadas.

Julia abrió el e-mail con muchísima curiosidad.

–No me jodas... –murmuró nada más leer el comienzo.

*Hola Julia,*

*¡Qué de tiempo sin saber nada de ti! Tengo una noticia bomba: voy a casarme. Después de pasar mucho tiempo pensándomelo, he decidido dar el paso. Sé que el matrimonio no es una idea que te entusiasme, sabes que tampoco a mí, pero... Siempre dije que no me casaría y basta con asegurar una cosa para acabar haciendo lo contrario, ¿verdad?*

*Supongo que casarme con él es un gesto hermoso. Son ya muchos años al lado de Manuel y no tengo motivos para negarme. Más bien al contrario, tengo muchas razones para alegrarme de casarme con el hombre de mi vida, ¿no crees?*

*Pronto te enviaré la invitación a la boda, la planeamos para dentro de un año. Estoy deseando verte... En realidad todo esto de la boda sólo es una excusa de peso para que yo pueda ver de nuevo a mi prima favorita.*

*Muchos besos.*

*Victoria.*

Al terminar de leer, Julia pensó que aquella carta era más un justificante que una buena noticia. Victoria parecía rogar porque Julia no se decepcionara al saber que se iba a casar con el tipo más raro del mundo después de veinte años de noviazgo. Parecía que Victoria se hubiese puesto a convencerse a sí misma en voz alta de que hacía lo correcto. Ella sabía de sobra lo que Julia pensaba de Manuel...

–Con valiente personaje te has ido a juntar tú, Victoria –murmuró.

Manuel era un tipo callado, poco comunicativo y de rostro de fémina poco agraciada, con permiso de la barba de cinco días. Tenía pinta de raquítrico guitarrista heavy falto de talento. Pero su lamentable físico no era lo peor. Manuel creía ser la persona más culta y elocuente del planeta, sin necesidad alguna de intercambiar palabras con los demás seres humanos, que jamás alcanzarían su nivel intelectual ni su nivel de absorción de cada minúsculo retazo de esencia valiosa en la vida. A su lado, un monje tibetano era un estudiante pasota dedicado al desenfreno.

Todas las personas le parecían estúpidas, mundanas, llenas de basura y sin interés por lo metafísico de la vida. A veces, Julia pensaba que ese tío se creía un semidios o algo por el estilo. Victoria era muy dulce, callada, inocente, culta aunque fácilmente impresionable, y tenía un buen par de tetas... Julia no sabía cuál de esas cosas había hecho que semejante esperpento se hubiese fijado en ella. Aunque más dudas le suscitaba el hecho de que Victoria se hubiese fijado en él.

Cuando Manuel hacía un chiste, en alguna de las fiestas familiares a las que Victoria había tenido valor de llevarle, siempre lo hacía en voz baja, por suerte. Sus esporádicas ocurrencias, con las que sólo él se divertía, desmerecían a los miembros de la familia, con indirectas para evitar que ellos se dieran cuenta... Julia siempre manejó bien ese campo, y jamás tragó a Manuel. Ese tipo solía ser demasiado cortante para andar en un ambiente familiar. Si alguien le gastaba una broma no era capaz de mostrar una sonrisa, ni siquiera de poner mala cara... simplemente se quedaba mirando serio a quien hubiese tenido la idea de proponerle unas risas. Victoria se reía con él, tal vez no le hiciera gracia, pero se reía igual. Puede que sólo fuera porque estaba irracional e incomprensiblemente enamorada y creía que las ocurrencias de Manuel eran dignas de los mejores monologuistas humorísticos del país. El resto de la familia tenía la expresión *capullo integral* en sus cabezas, porque, eso sí, por mucho que Manuel confiara en las indirectas, de tontos no tenían un pelo.

Julia disfrutaba haciendo que Manuel quedara asqueado. Cada vez que veía a Victoria con ese tipo al lado, Julia se proponía aparentar ser la persona más soez y escandalosa del mundo. Actuaba cual analfabeta y chillona maruja de barrio, escondía su calculador modo de expresarse, su afiladísima lengua y su gusto por el sarcasmo. Perdía toda la clase de la que pudiera presumir. Se volvía vulgar para hacer reventar a aquel hombre. Victoria se reía mucho con aquello, pero Manuel, que no sabía que Julia actuaba, enfermaba al ver que su novia tenía una familia llena de palurdos.

Por si todo aquello fuera poco, Manuel no era un tipo con clase, por mucho que criticara la falta de compostura ajena. Vestía siempre con ropas anchas que rara vez eran acertadas para fiestas familiares. Nunca se arreglaba.

Hacía cosas muy raras, no sólo las decía y las pensaba. Tenía arranques de extravagancia insana. Aunque después de veinte años no había demostrado ser nadie especialmente dotado con alguna faceta artística o sobresaliente en nada en particular, se permitía extraños comportamientos espontáneos, que dejaban a todos con la duda de si advertir a Victoria de su paranoia era adecuado, porque se consideraba superior...

—Ni Salvador Dalí, amigo mío —dijo Julia, sonriendo al exhalar el humo de su tabaco y pensar en su artista favorito—. Te vas a casar con un friki frustrado, feo y esmirriado, Victoria. Un bufón impresentable... Ojalá nunca abras los ojos y te des cuenta, porque el espanto podría matarte.

Julia cerró el e-mail sin contestarlo, ya que no tenía ganas de fingir alegría, no aquella noche. Por cariño, no quería contarle a Victoria la cruda realidad, la cual era la única opción posible para Julia, así que decidió no herir los sentimientos de su prima y reservarse su opinión.

Volvió a centrarse en su columna. Escribió con furia, siendo corrosiva, sin piedad alguna. Criticó de igual manera tanto a los hombres que odian y someten a las mujeres como a las féminas que insultan duramente a las que no responden al canon de casta, paciente, servicial y puritana ama de casa. Estaba realmente cansada de todo aquello. Comenzó a revisar lo escrito una vez que lo tuvo acabado, a las dos en punto de la madrugada... Estaba perfecto, a su entender, y se prometió a sí misma no retractarse de nada antes de publicarlo, por más duro que fuese el mensaje.

No tenía sueño, pero quería dormir y olvidarse de todo, así que hizo un esfuerzo y se dirigió a su cama para obligarse a descansar. Se tumbó mirando al techo y vio el reflejo de las luces de la calle por las paredes. El ruido sordo que llegaba por la ventana era el del paseo de los madrileños en aquel barrio tan maldito como hechizante... También, desde uno de los pisos superiores, se escuchaba una música muy suave. Eran las cuerdas de una guitarra acústica. Julia sabía que uno de sus vecinos, no tenía ni idea de cuál, era músico, pues muy de vez en cuando sonaba un saxo tenor durante el atardecer, y parecían ensayos. No estaba segura de que el sonido de la guitarra llegase desde la casa de aquel músico sin rostro, pero quiso pensar que sí. Lo que sonaba no era sino una grabación, a pesar de todo. La canción no le era desconocida: *Love theme* de *Cinema Paradiso*. Las hermosas notas se colaban por la ventana de Julia, invitándola a atender con melancolía, acariciando sus sentidos hasta hacerla llorar. Al oír esa música, sintió que su vida, a pesar de estar llena de pequeños momentos para atesorar, de sentimientos poderosos que quizás otras personas pasarían por alto, llena de altibajos que le daban sabor..., estaba incompleta. Antes quizás no fuera absolutamente perfecta, pero era plenamente satisfactoria. Ya no, y Julia sólo podía llorar y reprocharse su insufrible capricho.

Mario estaba acurrucado entre sus sábanas, sin poder pegar ojo, intentando no moverse demasiado para no incomodar a Leila, que dormía a su izquierda. No paraba de darle vueltas a la cabeza, preocupado por sus hijos y arrepentido de no haber sacado un rato para visitar Chueca. Salir de aquella lujosa casa le habría venido muy bien para desconectar. Lo habría hecho, habría ido a Chueca, de no haber sido porque en el momento de prepararse para salir, Leila llegó a casa. Había pasado la tarde de compras con su amiga Master Card. Mario juzgó inoportuno dejar la casa en aquel momento, pues en todo el día no había visto a su mujer.

Apenas habían hablado, pero al menos compartieron la cena con los niños. Mario pensó que aquello no sería nada peligroso, hasta que Iván y Sonia se pusieron a discutir en la mesa, poniendo a Leila al tanto de lo que había ocurrido en su ausencia. La cena había acabado de forma muy fría, con los dos niños en sus habitaciones. Sólo Estrella se quedó a terminar de cenar con sus padres. Leila se había quedado bastante sorprendida del comportamiento de sus hijos, pero en ningún momento dio su opinión de la situación, ya que su marido se había ocupado como buenamente había podido.

A oscuras en su habitación, Mario seguía pensando que las cosas no iban bien. Suspiró. Sintió las caricias de Leila en su nuca y se giró para mirarla.

—¿Estás despierta? —preguntó él, en un susurro.

—Me acabo de desvelar —respondió ella, sin dejar de acariciarle—. ¿Y tú qué haces despierto? Son las dos de la madrugada. ¿Qué te pasa?, ¿por qué no duermes?

—No lo sé, mi cabeza sigue trabajando. No paro de pensar. Soy incapaz de relajarme.

—¿En qué piensas?

—En mí, la verdad —sonrió.

—Estamos egocéntricos —rió ella, acercando sus labios a los de Mario y besándole con suavidad.

Mario suspiró, haciendo que Leila notase su agobio.

—Estás un poco... obtuso, ¿no? —sonrió ella.

—Bastante —respondió él, con su magnífica sonrisa.

Leila volvió a besarle y se inclinó sobre él. Al principio, Mario le devolvió el beso, pero aquello no duró mucho. Cuando Leila empezó a pasar sus manos por el cuerpo de su marido, él la paró.

–No es un buen momento –murmuró, sin ser rudo.  
–Déjame intentarlo –insistió ella–. Te sentirás mejor.  
–Gracias, Leila, pero no estoy para...  
–¿Qué te pasa?  
–Ahora mismo no estoy inspirado. Dejémoslo ahí.  
–No digas tonterías, siempre he sabido inspirarte –al tiempo que ella hablaba, la sonrisa de Leila se esfumaba–. ¿Estás enfadado conmigo?  
Mario la miró confundido.  
–No...  
Ella suspiró, sin saber qué otra cosa hacer.  
–¿Me vas a contar lo que te pasa? –preguntó, ya seria.  
–Hoy he tenido un mal día. No le des más importancia –dijo él, con calma.  
–¿Que no le de importancia? –ella se alteró un poco–. Nunca nada había sido impedimento para que me desearas.  
–No sigas por ahí. No es eso –Mario se incorporó–. No es culpa tuya, ni mía. Son sólo las circunstancias.  
–¿Qué circunstancias?  
–Las peleas con los niños –dijo él, al fin.  
–Sólo son niños.  
–Se hacen mayores –respondió Mario–. Y siento que apenas les prestamos atención. Lo que ha ocurrido hoy no me ha gustado nada.  
–¿Qué dices? Sólo ha sido una pelea de hermanos, a todos nos ha pasado... –Leila no terminó la frase, notando en los ojos de Mario que era muy desafortunada.  
–No soporto que se lleven tan mal. Y me preocupa su actitud. Iván no hace nada por colaborar, ni siquiera hace algo por su futuro, no tiene intereses más allá de su videoconsola... – Mario tragó saliva, hablaba en voz baja–. Y Sonia se comporta como si su físico fuese lo único por lo que la juzgan todos, lo expone al resto del mundo sin pensar dos veces.  
–¿Qué? Creí que Iván estaba sacando una de las calificaciones más altas de su curso.  
–Eso fue el año pasado, y ojalá supiera qué le pasa ahora... Apenas podemos hablar sin chocar, es demasiado orgulloso.  
–Pues ponle en su sitio –respondió ella, como si fuese tan obvio que le resultaba una estupidez enorme tener que decirlo en voz alta.  
Mario frunció el ceño y respiró antes de decirle a Leila lo que se le acababa de pasar por la cabeza, porque seguramente era algo muy duro para ella, aunque se lo mereciera. Ella conocía ese gesto de autocensura y se sintió insultada.  
–¿Qué? –le preguntó, ya con claro enfado en la voz–. ¿Qué, Mario?  
–Nada –intentó forzar una sonrisa sarcástica, pero eso no suavizó su rostro.  
–¿Te estás riendo de mí? –Leila encendió la luz de su mesilla de noche–. No tengas valor de reírte de mí.  
–¿Es una amenaza?  
–¡Mario!  
–Leila, no me río de ti. Me pregunto quién eres.  
–¿Qué estás diciendo?  
–Quiero saber dónde está la chica que conocí en la universidad. Esa Leila que iba a luchar por sus sueños, por ser una periodista reivindicativa, que sabía mirar más allá de su vestuario. La Leila que fue madre primeriza y que mostró ilusión por sus hijos hace más de quince años.

–¿Cómo te atreves? –murmuró ella, en tono desafiante.

–No puedes exigirme que controle todas las situaciones que enfrente como padre dejándome solo. Es muy fácil criticar la falta de orden en casa cuando tú te pasas las horas entre las burbujas del jacuzzi, o te vas todo el día a comprarte zapatos de Dolce&Gabbana.

Leila se tapó la boca, absolutamente escandalizada. No sólo era inconcebible que alguien le reprochase su ociosa vida de mujer guapa y rica, sino que era imperdonable que un hombre como Mario, que presumía de discreto y respetuoso, fuese quien la hiciera avergonzarse de esa manera.

–Pensaba que eras un caballero –dijo ella, indignada, con los ojos llorosos–. Creí que te enorgullecías de tenerme entre algodones. Nunca pensé que tuviera que disimular sobre lo que me gusta hacer.

–Puedes hacer lo que quieras, ¡adoro hacerte feliz, Leila! El dinero no me importa, en absoluto, es todo tuyo, lo sabes, me siento bien pudiéndote ofrecer eso y más –sonrió él, sarcástico–. Es que... ¿Tanto te cuesta recompensarlo? Ya sé que amar es dar sin esperar nada a cambio, pero parece que no vives conmigo. ¿No puedes dedicarle a tu familia al menos un poco de ti?

–No piensas lo que dices.

–Me siento como si fuese tu criado, no tu marido. He de estar disponible para ti en todo momento, con ánimo de responder a todo cuanto pidas. Eso me haría incluso feliz si no fuera porque me preocupa la educación de mis hijos.

–¿Crees que soy una mala influencia para los niños porque mis pasatiempos son caros? ¡No soy una terrorista por comprar zapatos!

–No son los zapatos, Leila, eres tú. La ropa de marca, la peluquería, las sesiones de estética... nada de eso te hace mejor mujer. La señora de esta casa no tiene que ser una estrella de la pasarela, basta con que se pueda contar con ella.

–Puedes contar conmigo.

–En teoría, porque apenas te veo en casa. Las peleas con los niños las enfrente yo, los castigos los impongo yo... Soy el malo de la película porque tú nunca apareces en escena. Incluso Ágata conoce a los niños mejor que tú.

–Mario, cállate de una vez. Estás siendo infantil. Si lo que te molesta es que los niños te odien, es mejor que sepas que están en la adolescencia y no pueden evitarlo. Haces bien en castigarles, ya te lo agradecerán.

–¿Y mientras no podrías echarme una mano para sobrellevar la situación?

–Si no te tomaras todo tan a pecho conseguirías dormir.

–¿Cómo quieres que me tome el hecho de que mi hijo es un inútil de manual y mi hija mayor una calentapollas sin criterio?

–¡Mario! –Leila se tomó aquello casi como si le hubiesen insultado a ella.

–Si no hubiese sido por mí, ahora habría fotos casi pornográficas de tu hija dando vueltas por Internet. Está desequilibrada. ¿Te costaría mucho hablar con ella? Eso sí me ayudaría a dormir.

Leila miró a Mario con una expresión de espanto, no por la información que él le estaba dando sobre Sonia, sino porque no se creía que su marido pudiese perder los estribos de esa manera que ella juzgaba indecorosa para un hombre que debía destacar por su elegancia.

–Mañana llamaré a tu jefe –dijo Leila, tumbándose–. Necesitas vacaciones.

Ella apagó la luz de su mesilla de noche, se acostó de nuevo y no dijo nada más. Mario resopló, se giró sobre sí mismo, pero no consiguió dormir hasta después de unas horas.

El día pasó lento y pesado para Julia, pero al menos se distrajo como pudo, echando imaginación y tiempo en su trabajo. Avanzaba en su novela a pasos de gigante y siempre retrocedía a revisar lo anterior, por si le faltaba chispa. Estaba en dudosa compañía; el señor Jack Daniel's no paraba de hacer acto de presencia entre cigarrillo y cigarrillo.

A las ocho de la tarde, Julia se echó a dormir, después de haber comido un cuenco de cereales que le supo a basura, no porque estuviesen en mal estado sino porque ella no podía sino rechazar todo tipo de sabores y emociones. Al despertar, a las diez de la noche, no supo en qué día vivía.

Mientras se duchaba para acabar con los rastros de sueño en su rostro y su cabeza, recordó que Danita le propuso a Isidro cantar en el Chispa&humo aquella noche. No le apetecía volver allí, estaba muy asqueada. Sin embargo, quedarse en su piso le parecía una opción incluso peor. Decidió no arreglarse y bajar al Chispa&humo vestida de manera informal, sin maquillaje alguno en el rostro y con un peinado tan sencillo como dejarse la melena suelta. Cerró el grifo de la ducha y salió con cuidado para secarse. La toalla blanca estaba limpia, olía muy bien a suavizante. Julia se quedó con la toalla enrollada por el cuerpo, mirando el empañado espejo del baño. Pasó su mano por el cristal a la altura de su reflejo. Vio su cara un poco distorsionada por las gotas de agua y notó que aún quedaban restos de rimel por sus ojos, restos del maquillaje que se puso la tarde anterior, cuando se quedó sola en el bar. Se enjabonó la cara, insistiendo en limpiar sus párpados para que sus ojos no tuvieran el tono oscuro e incluso mortuorio que le dejaba el maquillaje mal quitado. Parecía un alma en pena... ¡Y pensar que un día antes lució un aspecto envidiable!

Se vistió sin prisas, como si no tuviera nada en el mundo que perder. Iba bien vestida, pero no arreglada, simplemente vestía de forma elemental y práctica. Se acercaba un verano abrasador. El mes de junio tocaba a su fin en unos días, y en las calles de Madrid el calor empezaba a ser realmente insoportable. Por suerte, las noches seguían siendo muy frescas, aunque no lo suficiente como para que Julia dejara de ponerse unos jeans cortos que combinar con una camiseta blanca de tirantes y unas sandalias. Puede que no derrochara belleza, pero sí naturalidad. Al menos su cabello seguía tan precioso como el día anterior. Se sentía satisfecha, a duras penas, con lo que le devolvía el espejo... como si pedir más fuese una locura.

El Chispa&humo estaba lleno de gente. Danita había avisado a muchísimos de sus amigos y se había creado una cadena de mensajes por teléfonos móviles que había llevado a medio barrio al bar. En la barra, Isidro estaba con dos camareros más, los que le sustituían más a menudo. Las mesas estaban adornadas con velas, llevaban manteles de tela nuevos; no se había escatimado en gastos para la ocasión.

Julia entró despacio, como si aquel fuese un lugar muy diferente al triste bar que había debajo de su casa, observando la afluencia de público. Aquel era el Chispa&humo que había vuelto a la vida. Todos los presentes vestían derrochando estilo. Julia no veía a Danita por ninguna parte, pero aparecería pronto porque había muchas sillas de madera, totalmente nuevas, puestas en dirección al pequeño escenario. Isidro se había lucido arreglándolo todo, y el local le había quedado perfecto. Estaba de vuelta en el escenario incluso el micrófono de metal, estilo años 30, que tanto le gustaba a Julia. Al lado del micrófono había un taburete alto y plateado, rodeado de altavoces. Una furtiva sonrisa se atisbó en los labios de Julia porque aquel ambiente le gustaba. Hacía mucho tiempo que no escuchaba cantar a Danita, desde que una vez la cantante la



llevó a verla en uno de sus trabajos, haciendo de vedette en el escenario de un local para gente rica y de mala reputación. Cantaba realmente bien, pero su público no había dado la talla.

–¡Julia! –la llamó Isidro desde la barra.

–Buenas noches, capitán –le dijo ella, aún con un gesto muy apagado, una vez que estuvo sentada frente a él.

–No te sientes aún, tienes hecha una reserva –le informó Isidro.

A Julia no pudieron extrañarle más esas palabras. El barman pudo ver el desconcierto en los ojos de la escritora, así que alzó las cejas, sonrió divertido y señaló hacia la espalda de Julia. Ella, sin decir nada, miró hacia atrás, girándose despacio.

–Por fin has llegado –Mario estaba allí, a su lado, sonriéndole–. ¿Tienes hambre?

Julia no sabía qué decir, se había sorprendido hasta temblar, estaba acelerada.

–El caballero ha sido muy persuasivo para conseguir la reserva –aseguró Isidro, divertido–. Esta noche no cabe aquí ni un alfiler y ha habido auténticas bofetadas...

–Es muy considerado –dijo Julia, con un tono que ninguno de los dos supo interpretar–. Pero sí que tengo hambre –sonrió ella.

Mario hizo un gesto y le indicó que le acompañara a su mesa. Julia no lamentó ir menos arreglada que el día anterior, no lamentó su falta de maquillaje, no lamentó sus sencillas ropas, lo único que lamentó fue haber pensado mal y haber creído que Mario le guardaba rencor por no haberle dejado pagar aquella noche. ¿Por qué le había juzgado con tanta dureza? Ya no importaba, tenía un asiento junto a él en una mesa estupenda desde la que se veía el escenario perfectamente y que esperaba con dos platos vacíos.

–Permíteme –le dijo Mario, apartándole la silla para que pudiera tomar asiento.

Aquel gesto era educado, pero Julia seguía un poco suspicaz... Ella podía sentarse sola.

–¿Por qué haces eso? –le preguntó ella, aunque con una sonrisa amable.

–Porque eres una dama. Una princesa.

Julia hubiese soltado una carcajada de no haber sido porque Mario parecía estar muy convencido de aquello.

–Incluso las princesas saben sentarse solas.

–Pero yo no sería un caballero si dejase que lo hicieras –respondió él, que sonreía ante la cabezonería de Julia–. No es que crea que no puedes sentarte sin mi ayuda, es que nada me resultará cómodo a mí si antes no me aseguro de que todo te resulta cómodo a ti. Lo hago por mí, es egoísmo en estado puro –bromeó.

–Me vale –sonrió Julia.

–¿La cantante es amiga tuya, verdad? –preguntó Mario, abriendo la carta del bar.

–Sí, fue de las primeras personas a las que conocí cuando llegué al barrio hace unos años. ¿Cómo lo sabes?

–Isidro es un libro abierto –rió Mario–. Cuando vine a desayunar esta mañana, leí un cartel que informaba de que estaba cerrado por reformas, pero Isidro me vio a mí. Salió para explicarme que el local estaría listo para esta noche porque una buena amiga actuaría en directo.

–Es famosa en todo el barrio, y que vaya a trabajar fuera de Chueca por primera vez es algo importante para ella –explicó Julia.

–Eso me dijo Isidro. Me contó muchas cosas, hasta que tú apareciste en la conversación.

–¿Yo?

Julia miró a Mario, quien sonrió, levantó la vista de la carta y dirigió sus ojos directamente hacia los de ella. Estaba guapísimo.

–Me dijo que ayer estuviste en el bar apenas durante un cuarto de hora, que tenías prisa

por trabajar y que estabas deseando ver la actuación de Danita esta noche –Julia agradeció la mentira sobre el tiempo de espera–. Así que le pedí que me reservara una mesa para dos... Menos mal que has venido.

–¿Y si no hubiera venido? Porque, en realidad, he estado a punto de quedarme en casa – ella alzó las cejas, sorprendida.

–Supongo que Isidro habría ido a buscarte de mi parte, porque... no, no sé dónde vives – Mario carraspeó un poco, no quería forzar a Julia a decirle su dirección exacta.

–Podrías haber gritado mi nombre desde la calle, frente al zaguán de mi bloque –rió ella–. Habría salido a mi balcón.

–Ahora eres tú la que quiere ser princesa.

–Siempre que yo lo decida, está bien serlo.

La sonrisa de Mario entonces fue muy tierna, como si Julia le pareciera una criatura tan libre, dulce y alocada al mismo tiempo, que no pudiera expresar lo bien que estaba en su compañía de ninguna otra manera que mirándola y sonriendo.

Un camarero rompió aquella magia.

–¿Qué desean tomar?

En ese momento, las luces se suavizaron, las velas de las mesas ganaron protagonismo, los amigos de Danita enloquecieron y la figura en sombras de la cantante apareció en el escenario.

Mario le hizo un gesto al camarero para que volviese después, sin siquiera mirarle. No podía. Sólo podía mirarla a ella. Observó la sonrisa de Julia, cuyos ojos ya estaban clavados en el escenario.

–Hola a todos –saludó Danita, que iba con un precioso vestido corto de color blanco que realzaba su piel bronceada–. Me siento muy bien acompañada. Yo no pensé que fuera a venir tanta gente –el público rió–. Estoy viendo a amigos a los que no veía desde hacía años. Esto es precioso. Quiero darle las gracias a mi querido Isidro, por haberme sorprendido con su dedicación en tiempo récord a preparar mi actuación de hoy... Espero que lo aproveches durante mucho tiempo, este escenario tiene potencial, encanto –dijo, dirigiéndose a él y haciéndole sonreír con gratitud–. Muchas gracias por venir, y disfruten de su cena. Espero que les guste el recital... ¡Oh, Julia, mi amor, has venido! –Danita saludó y todo el mundo miró hacia ella.

Mario se sintió bastante cohibido. Julia no tuvo vergüenza por que le mirase todo el bar, apenas se sintió un poco observada, pero saludó a Danita discretamente con la mano y con una sonrisa.

–Ella también canta divino –dijo Danita, haciendo reír a Julia–. Disfruten de la noche, damas y caballeros.

La música comenzó a sonar y a acariciar los sentidos del público.

–Lo siento –murmuró Julia a Mario–. No debe de ser muy cómodo que a uno le mire todo el mundo si viene de incógnito.

–No importa. Soy un poco tímido, pero es ridículo... porque sólo te miraban a ti.

Mario pronunció eso último como si las palabras se derritiesen en su boca.

–¿Es verdad que cantas?

–No, claro que no –rió Julia–. Bueno, sí, cuando me emborracho demasiado. Hoy podría haber cantado la Traviata antes de echarme la siesta.

Mario rió entre dientes y mantuvo de nuevo una mirada de atención incondicional a cada movimiento que hiciese Julia. Ella disimuló que no le importaba en absoluto y dirigió su mirada hacia Danita. Mientras el camarero volvía a atender a Mario, quien pidió por los dos, Julia empezaba a quedarse embelesada con aquella canción. *Crazy* era una de sus favoritas, y aunque no

fuera Patsy Cline quien cantaba, no importaba mientras la magia de la música trasladara a Julia hasta los años 50. En poco tiempo, olvidó incluso quién era. Sólo podía sentirse hipnotizada por aquel bellissimo sonido.

El público aplaudió al final de la canción. Julia suspiró. Danita tomó un poco de agua y se acercó al micrófono con una sonrisa traviesa.

–Esta te la dedico, Julia –le guiñó, haciendo sonreír a la escritora. Julia alzó la copa de vino blanco que Mario había pedido para ella, en agradecimiento.

Cuando la música comenzó a sonar, Julia reconoció *The thrill is gone*, otro de sus clásicos preferidos. En la voz de una mujer, esa canción podía ser dinamita. Julia pasó como un minuto y medio absolutamente hipnotizada.

–Ya casi había olvidado lo bien que canta –murmuró Julia, volviendo a la realidad por un momento y mirando a Mario.

–No sabía que pudieras ser así de sentimental –respondió él, son una sonrisa traviesa y el ceño fruncido.

–Hace falta un poco de misterio para que exista la seducción, y no conozco muchas cosas más misteriosas que la música.

Mario entrecerró los ojos por un segundo, luego volvió a mirarla con rendida fascinación.

–Estás preciosa cuando escuchas blues.

La velada se desarrolló tranquila, con buena música y una comida deliciosa. Julia creía estar en otro sitio muy diferente al bar de siempre, y no es que la idea le disgustara, pues era imposible sentir nostalgia sabiendo que su camarero favorito seguía tras la barra, su piso seguía estando junto al local y su inesperada cita era tan bienvenida como cada vez e incluso más.

El hecho de que fuesen más de la una de la madrugada y que Mario no sintiese prisa alguna por irse le llamó bastante la atención a Julia. No se preocupó porque pensó que no era problema de ella, pero no pudo evitar preguntarse por un momento qué libraba a aquel hombre de hacer acto de presencia en su casa a esas horas.

–Creo que la idea del pequeño recital ha sido muy buena –dijo Mario, apurando su vaso de vino mientras Danita saludaba a su público por última vez.

–Antes, hace unos años, era muy normal que cantautores de la zona tocaran en directo aquí. Pero la costumbre se perdió –Julia se encogió de hombros, sin saber cómo justificar aquello.

–Yo no venía aquí en su época de éxito, pero por lo que veo... si las noches del Chispa&humo se pusiesen de moda otra vez, sería estupendo, ¿no te parece?

–Bueno, no sé –sonrió Julia–. Hay quien sube al escenario con mucha ilusión pero ningún oído... –Mario rió, negando con la cabeza–. En serio, he asistido al asesinato de grandes canciones en este bar.

–Aún así.

–¿Aún así qué?

–Escucharía todos los desastres musicales del mundo con tal de seguir viniendo aquí.

Julia tragó saliva sin que fuese descarado.

–Cuando deshonran a John Lennon en directo llega a doler –dijo ella, quien se mostró desconfiada–. Tendrías que cambiar tu horario. Los conciertos son muy tarde –le advirtió ella, ya sin la sonrisa y un poco nerviosa.

–Sí –dijo él, bajando la mirada, sabiendo que Julia se preguntaba sobre si debía o no volver a casa antes de que su mujer preguntara–. Podría adaptarme a la situación, tampoco soy hombre de costumbres inamovibles.

–A mí me parece que sí lo eres.

–Pues quizás lo era hasta hace poco –admitió.

Julia suspiró y negó con la cabeza, mirando su copa de vino. Pensó que tenía que irse a casa aunque no quisiera. Mario supo leer en sus ojos que estaba un poco incómoda.

–Deberíamos venir más a menudo a esta hora –sonrió él.

Julia sólo respondió con otra sonrisa no muy amplia, sin entusiasmo. No se permitiría a sí misma tener ningún tipo de esperanza o deseo.

–Estoy cansada. Creo que me voy a casa –dijo Julia–. Mañana tengo muchas cosas que hacer.

Mario alzó una mano, haciendo que el camarero acudiese a la mesa llevando la cuenta. Mientras sacaba lentamente la tarjeta con la que pensaba pagar, miró a Julia y sin dejar de mostrarle su bella sonrisa bromeó.

–Estoy haciendo tiempo para ver si me impides invitar...

Julia rió y negó con la cabeza.

–Adelante.

Tras despedirse de Mario, Julia se dirigió a su piso, para descansar. Lo había pasado bien, a pesar de resistirse a creer que nada de aquello fuera realmente probable. No tardó nada en dormirse, por raro que fuera. Hacía tiempo que no dormía tan profundamente...

Soñó que acompañaba a una niña pequeña a una feria ambulante en la que había un gran parque de atracciones. Estaban en un país diferente. La niña era ella misma de pequeña, tenía sus mismos ojos y lucía una brillante melena color azabache llena de rizos, ese color que Julia intentaba ocultar con cada visita a la peluquería.

Walt Disney, quien estaba encantado de verlas por allí, les recibió en la puerta de la feria. Vestía ropas llenas de color, ejerciendo de maestro de ceremonias y regalándole a la pequeña Julia un algodón de azúcar de un tono rosa muy brillante. Mientras ambas caminaban entre los puestos y escenarios, se escuchaba una música de fondo, una música magnífica que Julia adoraba pero que no pudo recordar al despertar.

En una jaula, expuesto como una atracción de rarezas, estaba el padre de Julia, con postura de momia inexpresiva, pero vivo, con un cartel sobre su cabeza que rezaba: *Las últimas maravillas del mundo*. Al padre de Julia le daba conversación el Hombre Elefante, y a los pies de ambos estaba sentada Marilyn Monroe con aspecto de haber perdido la noción de sí misma, mirando al vacío... “¿Qué está haciendo?”, preguntó la Julia niña a la adulta. “Espera a Arthur Miller”, respondió Julia, sonriendo a su pequeña versión de sí misma. La niña pareció apenada. “¿Y va a tardar mucho?”, inquirió, con su vocecita preocupada. “Sí”, respondió Julia, segura de su respuesta, consultando una Biblia que había aparecido en sus manos. “Tardará siete años”. La pequeña se dirigió hacia el Mito y le entregó su algodón de azúcar, para que le sirviera de consuelo. La diva lo aceptó sonriendo a la niña. La Julia adulta le dedicó una última mirada a su padre, notando que su rostro era ese, pero su esencia no estaba en aquel zombi.

Ambas Julias siguieron caminando hasta encontrarse con Salvador Dalí en plena creación. Pintaba a una mujer de espaldas, mirando por una ventana. De repente, la chica del lienzo se dio la vuelta y Julia pudo ver que también era ella la retratada por el pintor. Julia miró a los ojos al artista y le notó desquiciado pero seguro de lo que veía... Con dos rápidas pinceladas, el maestro cambió en la pintura el cabello negro por una melena rubia, borró la sonrisa de la chica y llenó el lienzo de lágrimas negras. Aquello asustó un poco a la Julia adulta, que decidió tirar del brazo de

la pequeña para avanzar en su camino.

A pocos metros encontraron un cadalso donde había una horca, pero nadie colgando de ella. Sobre el patíbulo había una silla en la que un hombre estaba a punto de dejarse afeitar por un barbero lleno de restos de sangre, cuyo rostro estaba invadido de sadismo. La Julia adulta observó aterrorizada cómo la pequeña salía corriendo hacia aquella silla y atraía la atención del barbero sanguinario. La niña agarró la mano del cliente y éste la miró. Era Mario. La pequeña Julia le instó a que se alejara del barbero, dándole tirones, pero no había forma de mover a Mario de la silla. Él estaba como hipnotizado, no reconocía a la niña ni tampoco a la adulta, quien se había quedado sin saber qué decir o hacer. De repente, el sádico barbero sacó una caja pequeña de uno de sus bolsillos y la abrió. De ella salió una mujer bellísima de despampanante sensualidad y vestida con una especie de bikini. La odalisca apartó bruscamente a la niña del lado de Mario y se sentó sobre él con la intención de seducirle y hacerle todo lo que se le ocurriera ante los ojos de Julia. La niña pequeña se quedó mirando a aquella mujer; reconocía a su hermana mayor: Tamara. Volvió junto a la Julia adulta y le pidió que la tomara en brazos, que la protegiera del bochorno que sentía al ver aquella escena. Julia besó en la frente a su pequeña acompañante y miró por última vez la desfogada escena, mientras los ojos del barbero se dirigían a los suyos, sonriéndole satisfecho de haberle aplastado como a una cucaracha. Parecía que supiera lo mucho que ella deseaba a Mario. Era una clara invitación a que se marchara de allí. Herida en su orgullo y en su corazón, la Julia adulta empezó a andar para buscar una salida, mientras sostenía en sus brazos a la pequeña. Por su parte, la niña empezó a entonar una nana alegre que alejase sus miedos.

Julia vio a Ángela en medio del camino, levitando a diez centímetros del suelo. Sonreía sujetando en sus brazos a un bebé precioso y sano que reía haciendo los ruidos más enternecedores del mundo. La pequeña Julia paró de cantar y sonrió al bebé, miró a la Julia adulta y le dijo “¡Mira! El hijo de Ángela está riéndose”. El niño era precioso, y los ojos de la madre brillaban de felicidad, sin dar la sensación de tener miedo por si su marido aparecía de repente para hacerles daño. “Ángela”, dijo Julia, sonriendo a su amiga, que se mostraba tan radiante, “¿hacia dónde está la salida? Queremos marcharnos de aquí”. Con un gesto tranquilo y una sonrisa delicada, Ángela señaló. El camino se bifurcaba en dos. Uno de los caminos estaba iluminado, formado con baldosas doradas y limpias; un camino de cielo soleado. El otro, de cielo nocturno, tenía aspecto de callejón peligroso, en cuya entrada estaba el tipo que miraba mal a las mujeres en el Chispa&humo. Estaba sentado en una mesa muy arreglada, mirando fijamente a la Julia adulta. A su lado, en pie, estaba el Joker más laureado del cine, con la cara pintada y su traje impecable, jugueteando con una baraja de cartas y observando también a Julia con esa macabra sonrisa. Por suerte, Ángela señaló el camino que se parecía al que Dorothy seguía en *El Mago de Oz*, lo que, por cierto, hizo que Julia se mirase los pies en busca de tacones mágicos. No había tacones, de hecho iba descalza. Pisar baldosas calientes por el sol, sin llevar zapatos, iba a doler un poco.

Dejaron a Ángela atrás.

Al inicio del camino había un espantapájaros muy delgado y rodeado de cuervos. Las chicas tiraron unas piedras y los pájaros salieron volando. Al parecer, aquel espantapájaros no les daba ningún miedo. Julia y su pequeña acompañante se acercaron a él. En vez de llevar sombrero, el espantapájaros lucía una exquisita corona de oro y diamantes engastados. “Es un rey”, murmuró la pequeña Julia. En lugar de cubrir sus manos con dos guantes viejos, el espantapájaros llevaba sólo uno, de color blanco, lleno de brillantes. Julia decidió quitarle los zapatos para ponérselos ella. Eran unas viejas zapatillas que ni siquiera hacían pareja, era marrón una y negra la otra. Se las probó y notó una sensación de poder, como si se sintiese capaz de hacer cualquier cosa. Pensó

que caminaría cargando con su pequeño alter-ego hasta el final del camino sin cansarse, por muy duro que se presentara. El rostro del espantapájaros era tierno y amigable. El tiempo y el sol habían pintado de negro su tez y ni siquiera aquella corona podía vencer el brillo de sus ojos de carey oscuro. Julia acercó su mano a aquel rostro y lo acarició por un momento. Sintió que aquel muñeco quería decirle algo, pero las costuras de sus labios se lo impedían. No habló, y ambas Julias continuaron caminando.

El final de la feria se divisaba a pocos metros. El soleado día acababa con el camino de baldosas amarillas, pero no había cabida para la penumbra. El cielo se llenaba de brillantes estrellas a medida que las chicas avanzaban, y una gran luna llena se alzó sobre sus cabezas. Era precioso. Una estrella fugaz pasó volando ante sus ojos, dejándolas fascinadas. Julia se fijó en que al final del camino, donde las baldosas se acababan, había un niño. Era un niño de raza negra, con el pelo a lo afro, vestido de vaquero. A Julia le sonaba aquel niño, pero no tenía ni idea de qué. “Hola”, les saludó el pequeño a ambas. “¿Me devuelves mis zapatos, por favor?”, le pidió muy educadamente a Julia. Dejando a su versión en miniatura en el suelo tras haber cargado con ella todo el camino, Julia frunció el ceño, confundida, ante la petición del niño. La pequeña Julia lo miraba con curiosidad pero sin decir nada. La adulta se agachó y empezó a quitarse los cordones para darle las zapatillas al niño, que iba descalzo. Vio entonces que, encadenada a uno de sus tobillos, el pequeño arrastraba una pesada bola negra de recluso... Julia le miró a la cara y vio que en la boca tenía heridas como de haberse liberado de los hilos que tenía el espantapájaros. Volvió a ponerse en pie tras despojarse del calzado y observó cómo el niño metía sus pies en las zapatillas. Al contacto con él, se transformaron en brillantes mocasines negros. De repente, Julia supo por qué le sonaba esa cara. En cuestión de segundos, las ropas de vaquero se convirtieron en pantalones negros, calcetines blancos, unas gafas negras de aviador y una chaqueta roja. El niño había pasado a ser un joven de veinticinco años, y con ello, su peinado afro se había convertido en una hermosa cabellera de rizos negros, y su rostro de niño se había enderezado. Por su parte, la bola de presidiario seguía estando allí, encadenándole, aunque quizás había engordado más que considerablemente. “Gracias, Julia”, le dijo él, sonriéndole. “Joder...”, acertó a decir ella, observando detenidamente al onírico Michael Jackson que se había aparecido ante ellas. “¿Quién es?”, preguntó la pequeña, a quien la adulta acomodó entre sus brazos de nuevo. “Es un amigo de la familia”, respondió Julia, sin estar muy segura. “¿Sabes algo de mi madre?”, quiso saber la adulta, mirando a aquella joven celebridad a la cara. Él se quitó las gafas de sol, tomó la mano con la que Julia no estaba agarrando a la niña y la besó. “Es el final del camino, Julia”, dijo él. “Esto es todo”. Entonces, ante el desconcierto de ella, él sonrió y le habló de nuevo. “Tu madre te está llamando, Julia. Deberías responder al teléfono”. “¿Qué?”, preguntó ella, sin entender. A lo que él repitió: “Tú madre te está llamando, Julia. Deberías responder al teléfono”.

De un sobresalto, la nebulosa de sus sueños trajo a Julia de nuevo al mundo real. Respiraba aceleradamente, aunque sin la sensación de haber tenido una pesadilla, sintiendo que el sonido del teléfono tañía como las campanas de una catedral. Para cuando se hubo despertado y fue consciente de que estaban llamando, el teléfono dejó de sonar. Era demasiado tarde para contestar.

Julia miró las llamadas perdidas mientras bostezaba.

—Esto es una broma... —se dijo a sí misma.

Había llamado su madre.

Aquello la dejó descolocada... Era increíble el poder de los sueños y del subconsciente. Se echó a reír con una risa floja. No sabía si creía o no en eso de que los sueños abrían puertas

astrales, pero eran surrealistas a más no poder y tremendamente oportunos. ¿Su madre le llamaba después de más de diez años sin hablarse y encima un sueño le avisaba de ello?

–Hay que joderse –murmuró Julia.

Eran las nueve de la mañana, así que decidió no seguir durmiendo. Desayunó escuchando la radio. En las noticias no había nada interesante aquel día, excepto que la Feria del libro de Madrid ya tenía fecha de apertura para ese año. Los detalles se estaban ultimando; estaba previsto que en tres meses diera comienzo.

–Para feria la de mi sueño –susurró Julia, untando margarina en una tostada caliente–. Qué paranoia...

Julia pensó que si aceleraba su ritmo de trabajo podría entregarle a Ernesto una buena novela para antes de la feria. Aunque debería trabajar día y noche, sin descanso. Ese no era su ritmo habitual. Solía escribir más tranquilamente, cuando se sentía más cómoda para hacerlo, no por obligación. Esa feria le sería mucho más rentable si se pusiera detrás de una mesa y firmara libros, pero eso chocaba con su interés de ocultar su identidad. Tendría que esforzarse en avanzar con la novela y procurar que fuese realmente buena.

Cuando terminó su desayuno, apagó la radio y se dirigió a su escritorio. Comenzó a escribir y dejó su mirada perdida un momento, recordando su extraño sueño. Recordó a la pequeña Julia y sonrió.

–Bueno, vamos a ver... –hizo crujir sus dedos y los paseó sobre el teclado de su ordenador.

Llamaron a la puerta.

–Genial –murmuró con sarcasmo.

Se levantó de la silla, esperando que sólo fuera un vendedor de enciclopedias al que pudiera cerrarle la puerta en las narices. Echó un vistazo por la mirilla.

–Mierda –murmuró, fastidiada, al ver a su madre en la puerta.

La señora insistió con el timbre y golpeó la puerta con los nudillos de los dedos.

–¿Qué hace esta aquí? –se preguntó a sí misma por lo bajo, deseando que se fuera.

–¿Julia? –preguntó Teresa, con voz de llevar bastante más tiempo despierta que su hija pequeña–. No te molestes en esconderte, sé que estás ahí. Te he visto desde la calle, a través de tu ventada, paseándote por tu salón –habló con tranquilidad–. Si no abres, me tendrás aquí toda la mañana tocando el timbre –dijo, con toda serenidad, como si supiese perfectamente cómo enfrentar la situación.

Sonrió victoriosa, con cierta malicia, al notar que las cerraduras se abrían y el pomo de la puerta giraba.

–Creí que te alegrarías de verme –dijo, hipócrita, al tener a su hija delante.

–¿Qué quieres, Teresa? –preguntó Julia, directamente.

–¿Puedo pasar?

Julia suspiró. No le gustaban los números de teatro de su madre. Abrió la puerta y le cedió el paso.

–Hablé con Ernesto hace unos días –le informó su madre–. Según él, te encontrabas mucho mejor de lo que a mí me lo parece viéndote ahora.

–Bueno, no esperaba que me echaras flores, habría sido digno de ver –respondió Julia, cerrando la puerta.

–¿Por qué serás tan orgullosa?

–Puede que en eso salga a mi madre.

Teresa no respondió. Sacó unos papeles de entre sus ropas.

–Es el testamento de tu padre –dijo–. Al parecer, quería repartir el dinero a partes iguales cuando se vendieran las propiedades.

–Lo sé –dijo Julia, recordando a su padre en forma de momia.

–Bueno, como depositaria, te informo de que ya hemos vendido la última parte.

Julia alzó la mirada. No se podía creer que de verdad su madre hubiese ido a su casa sólo para hablar de la herencia.

–Ya he procedido al ingreso de la tercera parte del patrimonio en tu cuenta bancaria. Las otras dos partes quedan repartidas entre tu hermana y yo misma.

La escritora empezaba a sentir que tenía ganas de vomitar.

–Muy bien –pudo pronunciar a duras penas.

–También traigo mi testamento. Quiero que tanto tú como tu hermana tengáis una copia. Mi patrimonio estará dividido también en tres partes –eso sorprendió a Julia sólo durante un segundo.

–A ver si lo adivino... ¿Dos partes para Tamara y una para mí? –sonrió con sarcasmo.

–Más o menos –respondió Teresa, dirigiendo una mirada muy fría a Julia.

–Ya... Puedes desheredarme si cuando la palmes vas a meterte en mis pesadillas para decirme que te debo más aún. Gracias.

–Una parte para Tamara, otra para ti y la última para mis nietos.

–No seas inocente, Teresa. Tu hija mayor es una víbora, ve asumiendo que tus nietos no verán un céntimo en su vida.

–Es mi decisión.

–¿Disfrutas con las decepciones?

–Si lo hiciera no estaría aquí, sería masoquismo puro.

Julia siempre había sabido que su madre la consideraba la razón primordial en el mundo para sentir decepción. No le pillaba por sorpresa.

–Bueno –suspiró Julia–, ¿eso es todo?

–Necesito que firmes esto para mí –le dijo, extendiéndole un papel–. Mi abogado prefiere que aseguréis vuestra conformidad con mi testamento, para que todo sea más fácil.

Julia no leyó nada, no le importaba. Si su madre la hubiese desheredado tampoco le habría importado. Firmó rápido, deseando que aquello se acabase cuanto antes.

–Ernesto también me habló de Ángela –saltó Teresa, mientras observaba a Julia firmando.

Julia profirió una mirada fulminante al papel que firmaba, por tal de no hacerlo contra los ojos de su madre. *Ya empezamos*, pensó.

–Esa sólo es amiga tuya porque le gustaba tu padre a la muy zorra –dijo Teresa–. Como a él no podía tenerle, se conformó con la hija.

–¿Te importaría hablar con más respeto? –pidió Julia–. Mi padre está muerto.

–Sí, y, por lo que he oído, a ella le falta poco para estarlo.

–Vete a la mierda, Teresa –Julia empezó a perder los estribos, ofreciéndole violentamente el papel firmado.

–No estoy más cerca de la mierda porque no puedo respirarte –respondió su madre, tomándolo.

–Es gracioso que digas que se fijó en mí por mi padre. Acabaste por insinuar que yo era lesbiana sólo porque confiaba en ella. Tengo mis criterios para escoger a la gente, y tú no respondes a ellos.

–Espero que si algún día te dignas a fijarte en un hombre, aunque dudo que sean ellos los que te gustan, no sigas los criterios que tuviste para escoger a tus amistades. Dan pena.

–Si papá te oyera se avergonzaría de lo poco que crees en mí.



–Él no creía en ti. No te habría apoyado nunca.

–Nunca me habría apoyado, cierto. Pero sí habría estado muy orgulloso, porque te equivocas cuando dices que no creía en mí. Sí que lo hacía, pero le daba miedo decírmelo a la cara. Era tan cobarde como tú. Pero mucho más justo.

–¿Justo?, ¿dejarte en manos de Ernesto es justo? Ese hombre sólo sabe reírte las gracias y contarte lo buena escritora que eres, cuando no vales una lágrima de cocodrilo. Eres una pésima escritora.

–¿Qué sabrás tú de libros? A parte del manual de la esposa perfecta... Puedes tener el consuelo de no ser la única amargada de la familia.

–Tu hermana no está amargada, y es la esposa ideal.

–Y una mierda.

–Lo es.

–Díselo a tu yerno.

–Enrique es un santo. Qué más quisieras tú que encontrar un hombre como él.

–Y tus nietos... Más que una madre tienen a un sargento en su casa.

–Mis nietos duermen con sábanas limpias.

–Pero tiene pesadillas.

–Eres una desagradecida.

–Sí, te encanta recordarme todo lo que te debo. Hasta mi padre estaba hasta los cojones de estar casado con una bruja inmadura.

Teresa se escandalizó.

–¡Retira lo que acabas de decir!

–Que tú estuvieras ciega era tu problema. Nunca supiste hacerle feliz.

–Pues él tampoco era brillante haciéndome feliz a mí...

–No sé qué carajo vio en ti. No le admiraba, pero habría esperado más de él.

–¿Con qué derecho hablas así a tu madre? ¡Muestra más respeto!

Eso era todo lo que se le ocurrió, después de las hirientes palabras de Julia. Teresa envidió el modo en que su hija encontraba infinitas palabras para criticarle, cuando ella era incapaz de hablar.

–¿Con qué derecho? Pues con el del ojo por ojo y diente por diente. Toda mi vida te la pasaste humillándome, tratándome como si sólo por haberme parido ya te pudieras permitir hacerme daño gratuitamente. Pues ahora te jodes, Teresa, porque mi padre está muerto, y él era el único que te protegía de que yo te devolviera cada golpe que me dabas. Él me mandaba a callar cuando yo tenía todos los argumentos del mundo para dejarte por los suelos. Y ahora que no está, no pienso dejar que me pongas el pie encima ni una sola vez más. ¿Respeto para ti?... Ni mi tiempo para odiarte te mereces, Teresa.

–Qué humillación, por Dios... –la mujer estaba escandalizada, y sus ojos lacrimógenos–. Una persona tan cruel como tú se pasará la vida sola. Qué lástima de mujer estás hecha, Julia.

–Sí, una lástima de mujer a la sombra de un hombre invisible –ella no se permitió llorar, por más ganas que tenía, nunca lloraría delante de su madre–. Durante toda mi vida me habéis valorado según el hombre que me acompañaba... Y si no hay nadie a mi lado, ¿cómo voy a valer nada? No, Teresa, no estoy desesperada por encontrar un hombre. Estoy desesperada por encontrar un poco de respeto, de cariño, de admiración por parte de mi propia familia, y no sois capaces de darme nada de eso, ya que para vosotros no valgo nada porque no soy esposa, ni madre, ni siquiera amante. Sí, qué lástima de mujer. Papá era el único que entendía mi soltería sin criticarla, porque no podía imaginar a un hombre a mi lado... ¡No le entraba en la cabeza que

existiese un hombre que pudiese siquiera merecerme! ¡Nadie era suficientemente bueno para mí!  
¿Lo entiendes, Teresa?

Julia abrió con fuerza la puerta de entrada.

–Lárgate de mi casa. Porque esta es *mi* casa, y si hay algo que me enseñó mi madre es que los animales se quedan fuera.

–Jamás volveré a dirigirte la palabra.

–Genial. Hacía diez años que no te hablaba y hasta ahora lo he llevado de perlas.

–Eres una mujer desgraciada –dijo, marchándose, dándole la espalda.

–¡Y tú una zorra que se ha pasado la vida amargándome la existencia! No me tengas tanta envidia.

Julia cerró la puerta con delicadeza, lo cual no gustó a su madre. Su hija no parecía arrepentirse de la conversación, ni de los años de silencio... y, tranquilamente, había cerrado la puerta para continuar con su vida, siempre al margen de la de su madre. No la necesitaba y no la quería. Teresa sí la necesitaba a ella, y, para su desgracia, seguía recordando a una niña pequeña, de cabellos morenos, sin muestras de personalidad rebelde, a la que quería... Ya era muy tarde para recuperarla.

La escritora respiró profundamente ante la puerta de la entrada, ya cerrada a cal y canto. Algo le había aterrado más que ninguna de las palabras. Su madre estaba raquílica, delgadísima, anoréxica. ¿Cómo podía estar tan enferma? Su cabeza no regía bien, alimentada como estaba de su ración de revistas de cotilleo llenas de chicas supuestamente perfectas con cuerpos demasiado delgados. Siempre había tenido obsesión por la delgadez, de ahí que a Julia no parara de llamarla *gorda* cuando vivía en su casa. Estaba enferma, totalmente enferma, y probablemente fuese incapaz de verlo o de admitirlo. Era tan superficial que estaba destruyendo su propio cuerpo.

–Mi madre es un fantasma...

Julia se vistió y salió de su piso llevando una carpeta bajo el brazo, con la intención de pasarse el día fuera, relajándose después de aquel desagradable encuentro matutino. Acababa asqueada con cada conversación agitada que tenía con sus familiares más cercanos. ¿Era necesario? ¿Tanto disfrutaban restregándole sus miserias? ¿No podían admitir que buscase la felicidad por otros caminos? Ni su madre ni su hermana llevaban una vida plenamente satisfactoria, al fin y al cabo... La estabilidad no era indiscutiblemente la felicidad. Eso pensaba Julia. De modo que ellas no tenían derecho a dar lecciones.

Anduvo por la ciudad, tomó el metro y llegó hasta la Puerta del Sol, donde se vio rodeada de una sinfonía de personas diferentes y a la vez iguales. Diferente colores, razas, lenguas, aspecto..., y la misma intención: pasar una mañana agradable por el centro de la ciudad. Julia no era una excepción. Tomó asiento en una terraza de bar, bajo una de las sombrillas de propaganda de carísimo helado de importación. Una camarera joven y muy guapa le atendió.

–Buenos días. ¿Qué desea tomar? –preguntó, servicial y dispuesta a apuntar lo que fuera en una libretita.

–Un té helado, por favor –respondió Julia, sin pensarlo mucho.

–¿Alguna cosa más?

–Nada. Gracias.

–En seguida, señorita.

Julia miró extrañada a la chica, que ya estaba de espaldas en dirección a la puerta del bar. Era increíble que estando a punto de cumplir cuarenta años aún hubiese desconocidos que le llamaran *señorita*.

Abrió la carpeta. Llevaba folios en blanco. Rara vez escribía fuera de casa, pero a veces tenía arrebatos esporádicos. Aquella mañana casi había sido una situación provocada, porque escribir en el piso le habría sido imposible después de la escena con su madre. Tomó un bolígrafo de color negro y posó la punta sobre el papel. Antes de escribir nada tuvo un flash. Recordó su sueño, la parte del barbero, Mario y esa mujer tan atractiva que le recordó a Tamara. Tragó saliva.

–Aquí tiene su té –le sacó de sus pensamientos la risueña camarera.

–Gracias.

–A usted –dijo, volviéndose para seguir trabajando.

–Espera un segundo –le pidió Julia.

–Dígame –le respondió la camarera, volviendo su sonrisa hacia ella.

–¿Puedo preguntarte algo?

La cara de la camarera mostró su confusión y sorpresa por un momento, pero se encogió de hombros y asintió.

–¿Qué edad me echas?

La camarera sonrió divertida y relajada. La pregunta no era nada habitual, pero se lo tomó con humor.

–Yo diría que ronda los treinta y cuatro... –dijo, analizando el aspecto de Julia–. No sé, ¿es más joven?

Julia rió suavemente y negó con la cabeza.

–Voy a cumplir cuarenta.

–Pues no los aparenta para nada. Aunque, cuarenta años es aún una edad joven, a mi entender –respondió la camarera, siendo sincera.

–Ya... La gente suele acertar cuando le pregunto por mi edad –sonrió Julia–. Pero hace algunos meses que todo el mundo ha perdido la habilidad de reconocerla.

La camarera sonrió entendiendo que eso debía de ser bueno.

–Quiero pagarte ya, si no te importa. ¿Cuánto es el té? –preguntó Julia.

–Son dos euros, señorita.

Julia le dio un billete de cinco y le dijo que se quedara con el cambio.

–Disfrute de la mañana –le deseó la camarera antes de marcharse para seguir trabajando.

El folio en blanco empezó a ser rellenado por un pequeño esquema que Julia iba escribiendo a medida que las ideas salían de su cabeza. Una vez tuvo claros los derroteros que debía seguir su novela, se dedicó a continuarla por donde la había dejado en el ordenador. Se pasó la mañana escribiendo, sentada en aquella terraza, viendo pasar a la gente y observando de vez en cuando a algún curioso que la miraba al escribir. Pidió otro té helado antes del final de la mañana. Al terminar de escribir había acabado con diez folios escritos por delante y por detrás. Se sentía bien consigo misma por aquello. No estaba segura de que sus nervios la fueran a dejar trabajar.

De vuelta en Chueca, Julia pasó por el Chispa&humo. Había bastante gente comiendo allí, y el olor que salía de la cocina era delicioso.

–Hola –le saludó un camarero.

–Hola. ¿Está Isidro? –preguntó ella.

–Se tomó el día libre.

–Bueno, no importa. Ponme el menú del día, pero para llevar. Me apetece comer en casa.

–Marchando.

El camarero se metió en la cocina y dejó a Julia sola entre los comensales.

Tardaba demasiado. Julia miró su reloj. Sí, había bastante gente en el bar y la cocina estaba al rojo vivo, pero no podía ser para tanto. Habían pasado veinte minutos, era demasiado.

–No me lo puedo creer –murmuró para sí misma al ver que Mario cruzaba la puerta del bar.

–Hola, Julia –le saludó él.

–¿Qué haces aquí? –no fue muy sutil.

–Venía a almorzar –respondió confundido–. ¿Y tú?

–¿Es la primera vez que vienes a esta hora? Mario, no puedes haber sido tan inoportuno.

–No... –se quedó anonadado al oír su nombre salir de la boca de Julia. No recordaba que lo hubiese pronunciado antes–. ¿Qué te pasa?

–Nada.

Mario sonrió con sarcasmo.

–Lo último que pretendo es molestarte. No he venido por ti, ya he estado aquí antes a esta hora de la tarde sin ti... ¿Qué te pasa? Anoche estabas muy tranquila.

Julia asumió que había sido demasiado brusca.

–Anoche tuve un sueño muy extraño, esta mañana he tenido una monumental bronca con mi querida madre y he tenido que trabajar fuera de casa porque dentro me asfixiaba... ¡En mi propio piso me faltaba el aire!

–¿Y?

Aquello hizo que Julia soltara las riendas de su discreción, si es que tenía...

–Y ahora apareces tú –respondió, llena de rabia pero susurrando para no montar una escena–, pillándome desprevenida, cuando aún no he terminado de digerir el ridículo jueguito de seducción que te marcaste ayer, dejándome como una imbécil.

Mario frunció el ceño, su sonrisa se le había borrado de la cara.

–¿No has dormido bien? –preguntó.

–He dormido genial, hasta soñé contigo.

Mario se puso colorado.

–¿En serio? –titubeó.

–Oh, sí, ya lo creo –respondió ella, aún con rabia y susurrando–. Primero estuvieron a punto de asesinarte de un tajo en el cuello y después vi cómo te follabas a mi hermana. Fue muy reconfortante.

–Si tuvieras un teléfono móvil podrías haberme llamado para recriminármelo justo tras levantarte.

–¿Estás burlándote de mí? –preguntó Julia en voz baja e indignada.

Julia vio al camarero, quien por fin llegaba con su pedido.

–Aquí tiene –le dijo, ofreciéndole la bolsa donde iba su almuerzo.

–Ha sido realmente rápido, podría participar en las Olimpiadas –dijo Julia, sarcástica, poniendo el dinero sobre el mostrador.

–Julia –habló Mario–, anoche quise que te sintieras cómoda y atendida, no pretendía... No me reía de ti.

–Más te vale. Puede que nunca te hayas encontrado con una persona más orgullosa. No eres nadie para jugar conmigo.

Julia se marchó de allí sin mirar atrás, echando humo.

Subió a su piso sin esperar el ascensor, huyendo de sí misma por las escaleras. Abrió la puerta y cerró con fuerza, provocando un estruendo que a sus vecinos no les gustó nada. Se dirigió a la cocina y tiró la bolsa que llevaba en las manos a la basura, sin contemplaciones. Había

perdido el apetito.

Se tumbó boca arriba en el sofá más grande del salón y se quedó mirando al techo mientras esperaba que su respiración acelerada se viniera abajo.

Llamaron a la puerta. Era el sonido de unos nudillos golpeando la madera.

–Como sea el cabrón del vecino de arriba y venga para quejarse, le cierro la puerta en las narices –murmuró, poniéndose en pie y dirigiéndose a la puerta.

Con el cabreo que llevaba encima no se paró a echar un vistazo por la mirilla. Al abrir la puerta se encontró con Mario.

Julia se quedó desconcertada, sin saber qué hacer.

–¿Cómo has...?

–Perdona que te haya seguido –dijo él–. No tenía ni idea de cuál era tu puerta.

–Eres un poco mayorcito para estas tonterías –le reprochó ella, seria.

–Lo sé.

–Genial, entonces... ¿por qué no me dejas en paz de una vez?

–Quiero aclarar las cosas, si me dejas –respondió prudentemente.

–¡De puta madre! –se alteró–. Hoy estoy aclarando las cosas con todo el mundo. Habla.

–¿Puedo...? –pidió con respeto.

–Ah, sí... ese rollo tuyo de pasar desapercibido –Julia abrió del todo la puerta, con bastante brusquedad–. No sirve eso de quedarse en el pasillo.

Mario entró en el piso. Julia cerró la puerta, esta vez con más suavidad. Estaba a punto de romper a llorar de rabia, pero intentó por todos los medios controlarse.

–¡Habla de una vez! –le exigió, sin mirarle a la cara, con los brazos cruzados y en voz tensa pero baja.

–Supongo que hoy no estás teniendo un buen día...

–Es un día de mierda. Gracias por tu interés –dijo, con una sonrisa hirientemente sarcástica.

–A todos nos pasa. No estoy molesto contigo por... no sé, por desahogarte. Supongo.

–Ya...

–Nunca te había visto tan alterada. No es justo que te juzgue, por más que me cueste.

–Tú no me conoces –los ojos de Julia se humedecieron mientras su mandíbula se tensaba–.

Aclara lo que tengas que aclarar y vete.

Mario suspiró y sopesó las palabras a elegir.

–Anoche no pretendí reírme de ti, ni utilizarte, ni hacerte sentir mal. Era lo último que quería, Julia. Tienes que creerme –dijo, sereno y con cautela.

–¿Y qué querías?

Aquella pregunta era complicada de responder. Mario tragó saliva.

–Ni siquiera lo pensé. Me gustaba la idea de cenar contigo escuchando esa música –respondió.

–Entérate bien –respondió ella, furiosa–, porque no lo voy a repetir. Yo no soy el segundo plato de nadie y no estoy dispuesta a cambiar para ponerme a la altura de una Barbie pija de treinta kilos. Si quieres llevar una vida paralela y tener amantes, trabaja de gigoló, pero no cuentes con mi compañía.

Mario pensó que había sido una declaración muy dura, pero quizás se la merecía...

–Si te he confundido, te pido perdón –fue lo único que consiguió decir.

–Estuviste apunto. Pero no. Eres tú el que se confunde si piensa que puede tenerme de discreta y clandestina acompañante. Yo no soy la sombra de nadie –aquello sí que le hizo gracia a Julia, quien soltó una risa fugaz e irónica–. No sabes con quién estás hablando.

Mario respiró profundamente, como intentando silenciar una respuesta muy directa.

–Julia, tengo miedo –confesó, haciendo que ella le mirase a los ojos–. Toda mi vida me la he pasado creando un enorme pedestal entre toda la gente que me conoce. Ahora el pedestal está tan alto que un sólo resbalón es un riesgo demasiado grande. Puedo perderlo todo si no voy con cautela.

–Tus pretensiones me repugnan –dijo ella, negando con la cabeza–. Jugar conmigo es lo más arriesgado que puedes hacer. No sabes de lo que soy capaz... ¿Un pedestal? Claro, no pierdas tu puesto en él. A mí que me jodan si cada vez caigo más bajo por seguirte el cuento.

Mario se puso nervioso al notar que Julia se derrumbaba, sus lágrimas empezaron a escaparse.

–Si te parece tan patético estar a gusto conmigo –dijo él–, ¿por qué lo haces en lugar de ignorarme o rechazarme?

–Por arriesgarme –respondió ella–. Pero no sabes lo que quieres.

–¿Qué dices? –sonrió él, inseguro–. Claro que sé lo que quiero –titubeó.

Julia se secó las lágrimas, respiró más serena y habló con voz suave.

–¿Y por qué no me besas, imbécil?

Mario se quedó mudo, sin saber qué decir. Se sentía perdido e indeciso, tanto que la mente se le quedó en blanco. Estaba paralizado. Dudó, no podía hablar... Sin romper el silencio se dio la vuelta y anduvo hacia la puerta, para marcharse. Ver aquella reacción dejó a Julia completamente rota. Mario se quedó frente a la puerta de la casa, dándole la espalda a ella. Julia caminó lentamente, con pasos pesados, hasta estar al lado de Mario, entendiendo que todo aquello era lamentable.

–Quería decirte todo lo que te he dicho, aunque sé que no debí hacerlo por respeto a lo que sientes por tu familia –dijo ella, volviendo a un tono duro–. Supongo que te he escandalizado. No lo siento. Márchate, por favor –le pidió, esperando a que abriese la puerta.

Mario suspiró profundamente, sin poder evitar que aquel gesto vacilara al final. Tragó saliva y se dio la vuelta. No soportaba ver a esa mujer sufriendo, de nuevo a punto de llorar, sin sentir el deseo de abrazarla y protegerla.

Julia no le miraba a la cara. Estaba tensa, furiosa y esquiva.

–Vete de una vez –pidió, engañándose a sí misma, apenas sin voz y cerrando los ojos, como suplicando que una tortura se acabase por compasión, ya que el final no era el que ella deseaba.

Ella mantuvo la mirada cerrada para no dejar escapar las lágrimas y para no ver la inminente marcha de él. En pocos segundos, escuchó cómo la puerta se abría y se cerraba.

Abrió los ojos lentamente, dejando que las lágrimas se escaparan. Al ver a Mario aún frente a ella pensó que se iba a desvanecer. Él no dijo una palabra; se acercó a ella y la besó en los labios. Separó su boca de la de Julia y la miró a los ojos, secándole las lágrimas con los

dedos. Volvió a besarla, notando que ella le abrazaba con miedo... Mario tomó la cintura de Julia, y la tomó con ímpetu, para que ella se sintiese segura y dejase todas sus dudas atrás.

Quizás por primera vez en su vida, Julia sintió que el hombre que la besaba le había conquistado de verdad. Hacía años que no se sentía tan deseada. Había echado de menos la sensación de poder que le regalaban las manos de ese hombre. No podía, ni quería, mirar atrás.

Al llegar la noche, ya en su casa, Mario estuvo trabajando hasta muy tarde, mientras que Leila se acostó temprano. A medianoche, Mario llamó por teléfono a su abogado, su hombre de confianza. Había ciertos cabos sueltos que anudar.

Mario despertó al amanecer, con el ruido de sus hijos bajando las escaleras de la casa, en pijama, dispuestos a arrasar con el desayuno. Se había quedado dormido, leyendo en el sofá del salón.

–Mario, ¿qué haces ahí? –le preguntó Leila, disgustada–. Me he asustado al no verte en la cama. ¿Qué haces en el sofá?

–¿Vas a llevar tú a los niños al colegio? –preguntó él, ignorando a Leila.

–Sí, claro –respondió ella, viéndolo como algo normal.

–Pues hoy no te distraigas ni te vayas de compras después, mi amor –le dijo Mario, con un tono un poco sarcástico.

–¿Por qué has dormido aquí? –preguntó ella, ignorándole esta vez a él.

–Para dejarte espacio, Leila.

–Si no te conociera diría que estás borracho.

Leila se dirigió a la cocina, a desayunar con los niños, aunque comían cosas muy diferentes. En menos de diez minutos estaban todos montados en el coche en dirección al colegio de los niños.

Mario subió las escaleras y decidió ducharse tranquilamente en el cuarto de baño contiguo a su dormitorio. Sentía el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, pero lo llevaba con seguridad. Escuchó que la puerta se abría, señal de que Ágata acababa de llegar para acicalar la casa y poner las cosas en orden.

Tomado ropas impolutas, Mario volvió a vestirse. Usó un vestuario adecuado como para recibir visita en casa. Pronto llamaron a la puerta, y Mario, con ayuda de la asistente, ejerció de anfitrión.

–Nicolás Expósito –recibió Mario a su abogado, con un abrazo–. Me alegro de verte.

–Te confieso, Mario, que rara vez me dicen eso cuando voy a trabajar.

–No te puedes imaginar cómo me siento.

–Por lo que me contaste anoche, estás a punto de sentirte bastante liberado –Mario notó que a Nicolás no parecían encajarle bien las piezas–. Seguro que esa mujer a la que has conocido es estúpida, siempre has tenido un gusto excelente para todo... Pero, Mario, ¿has pensado en tus hijos?

–Quiero a mis hijos, eso no cambia. El problema es que estoy casado con alguien que no me aporta nada.

–Aporta el cemento que une tu familia.

–No, eso es palabrería. No conoces a Leila. Cuando estudiabas en el colegio de abogados y te presenté a mi novia... Te aseguro que aquella era otra persona. No reconozco a mi mujer. La persona en la que se ha convertido no me agrada, y creo que yo tampoco le agrado a ella. Es un sinsentido que siga siendo así.

–No sé, Mario... Leila se va a llevar un buen disgusto.

–He aguantado cuanto he podido, no puedo hacer más. Esta vida me ahoga, necesito cambiarla.

–A mí me da la impresión de que lo has decidido de la noche a la mañana...

–Me hubiera gustado que fuese así.

–Mario, por Dios...

–No, en serio. Me habría ahorrado muchos quebraderos de cabeza.

El motor del coche de Leila se escuchó al otro lado del jardín.

–Ha vuelto –dijo Mario.

–¿Estás seguro de lo que vas a hacer? –preguntó Nicolás–. Puede que no conozca a Leila, y que ella haya cambiado mucho, pero no me niegues que es una mujer terca y rencorosa. Si le haces esto no te servirá de nada pedirle perdón.

–Estoy decidido a hacer esto. Estoy más seguro de lo que nunca lo he estado por ninguna otra cosa –afirmó, rotundo, Mario.

–Muy bien.

Ágata salió de la cocina para abrir la puerta de la casa y permitir que Leila entrase sin hacer el mínimo esfuerzo.

–Buenos días, señora –le saludó.

–Buenos días, Ágata. ¿A qué se ha debido su retraso? –preguntó con soberbia.

–El tráfico, señora. Hoy se formó un auténtico colapso.

–Ya van dos colapsos este mes, Ágata. Te agradecería que no se repitiese más.

–Sí, señora –respondió la asistenta, con un gesto de respeto–. Permítame avisarle de que el señor está atendiendo una visita en el living.

Leila alzó las cejas en un gesto de sorpresa. Sin decir nada más, se dirigió al salón. Al encontrarse allí a Nicolás, al que no veía desde hacía casi un año, se sintió realmente confusa.

–Hola, Leila –le saludó él.

–Encantada de verte, Nicolás –respondió ella, muy precavida, al notar la sutil sonrisa de Mario–. ¿Qué te trae por aquí?

–Trabajo –fue la escueta respuesta.

–¿Alguien me lo explica, por favor? –preguntó ella, quitándose las gafas de sol y dejándolas sobre la mesa.

–Mario me llamó anoche para hacerme redactar esto.

Leila tomó los papeles que Nicolás le extendió. Apenas con una mirada por encima, intuyó el contenido y tuvo que tomar asiento. Mario hizo un gesto a su abogado para que se fuera al jardín y les dejara solos.

Leila tragó saliva, empezó a respirar con fuerza. La decepción y, sobre todo, la indignación, cubrían su rostro.

–¿Qué payasada es esta? –preguntó con profundísima seriedad.

–Es una demanda de divorcio –respondió Mario, ya sin la sonrisa.

–Eso ya lo veo, cretino. ¿Se puede saber a qué viene esto?

–Quiero el divorcio.

–¡Me insultas poniéndome estos papeles por delante, Mario! –se escandalizó, furiosa, Leila.

Mario se levantó del sofá, caminó hacia ella, se agachó en el suelo y tomó sus manos.

–Estoy harto de fingir, Leila. No soy feliz con la vida que llevo desde hace más de un año. Si aún te quisiera, mi estilo de vida no sería ningún problema. Pero ya no te quiero –ella apartó sus manos de las de él–. No quiero hacerte más daño, ni mentirte. Te digo lo que siento y lo que



quiero, para que no creas que te tomo por una estúpida.

–Si crees que voy a firmar estos papeles, vas listo, Mario.

–Tienes que hacerlo, Leila...

–¿Estás sordo? No pienso firmarlos. Yo soy tu mujer y hace casi veinte años que mantengo este matrimonio desde el día que pisamos juntos la iglesia, así que ni siquiera sueñes con que te voy a conceder nada.

–No me hagas reír, por favor –Mario se puso en pie–. No eres la chica con la que me casé, y la vida en familia no es tu fuerte. Estoy harto de que desaparezcas todo el día, yendo de compras, a la peluquería cada dos días, cuchicheando en los clubs de golf con tus amigas, recibiendo masajes de quinientos euros cada día en el spa... ¿Desde cuándo no vamos juntos a dar un paseo?

–No soy yo la que le niega a mi pareja una noche cuando se me insinúa.

–¿Pretendes comprarme con dos arrumacos al mes? –Mario no podía creerlo.

–No me puedo creer que todo esto sea por el dinero. Dime que no te has vuelto tan imbécil.

–El dinero no sería ningún problema si no lo disfrutaras más que la compañía de tu familia. Pasas más tiempo acariciando la Visa que almorzando con nosotros. Nos ignoras a los niños y a mí. Llevarles al colegio y recogerlos no es hacer de madre, ¿sabes?, lo podría hacer un chófer. Te desentendes de cada uno de los problemas que tienen los niños, me dejas a cargo de todo, tengo que lidiar solo con nuestros hijos. Leila, son adolescentes, me supera la situación y nunca pones de tu parte –Mario suspiró–. Apenas te veo. Y cuando estoy contigo me siento como si estuviese al lado de una extraña a la que no me apetece bailarle el agua.

La mujer apenas podía apretar los labios para no proferir los peores insultos.

–Hace tiempo que me planteo si esto es lo que quiero o no... Lamento que suene cruel, pero estar contigo en la cama no es algo que me entusiasme a estas alturas, Leila.

Entonces ella alzó la mirada.

–Hay otra mujer –afirmó Leila, sin necesitar nada más para averiguarlo.

Al quedarse Mario callado, ella supo perfectamente que estaba en lo cierto.

–No me puedo creer que hayas sido tan cerdo –murmuró.

–¿Quieres que te sea sincero?

–¿A caso lo has sido alguna vez? –preguntó ella, indignada como nunca.

–Nuestros problemas vienen de lejos, Leila. A ella la conocí hace dos meses. No puedo escudarme en eso.

–Ella, ella, ella... –pronunció Leila, con sarcasmo y odio–. ¡No consiento que haya otra mujer en medio de mi matrimonio! ¡Eres un hijo de puta!

Mario sabía que iba a tener que soportar aquello y muchas cosas más.

–Me hubiese gustado no tener que huir de lo que me rodeaba, Leila. Yo te quería, pero antes no eras así. Es lamentable que no puedas volver a ser la misma. Durante años he visto cómo cambiabas, hasta que ya empecé a echar de menos a mi Leila. Está muerta, ya no existe.

–No me puedo creer lo que estoy oyendo.

–Ni yo que te hayas convertido en semejante desperdicio. ¿Qué eres tú sin mí, Leila? Antes yo pensaba que no era nada sin ti, que tú lo eras todo... Ojalá supieras lo mal que me siento al pensar que contigo soy peor persona y que sin mí no eres nada. Es un sentimiento que me repugna.

Ella respiró aceleradamente, se puso en pie de forma brusca y le propinó un fortísimo guantazo a su marido.

–Te odio –le dijo, con la voz quebrada y con los ojos cristalinos–. No pienso firmar esos papeles. Vete haciendo a la idea, hijo de la gran puta.

Leila subió al dormitorio y cerró la puerta con brusquedad.

Nicolás, que había mantenido la oreja puesta en la discusión, entró de nuevo en el salón.

–Ya está hecho –dijo Mario.

–No puedes obligarla a firmar. Tendrías que llevarla a juicio...

–Firmará –aseguró Mario–. Yo voy a disfrutar de una vida nueva. Si no quiere ser el punto de mira de La Moraleja, me dejará ir.

–Tú mismo, Mario.

En su piso, Julia se había pasado la tarde escribiendo. No había comido, ni siquiera se había acordado de mirar el reloj. Lo único que podía hacer era dejar su novela plasmada en la pantalla de su ordenador; sus dedos trabajaban solos. Ni siquiera había parado para fumar, no había tenido un sólo segundo de relajación. Estaba más que dispuesta a acabar con su mala imagen, a sorprender a sus lectores, y aquel día se sentía más fuerte que nunca. El libro que, calculaba, le entregaría a Ernesto en algo menos de una semana, era realmente bueno. Le faltaba poco para llegar a la única parte de la novela que aún no tenía clara. Tendría que decidir un final. Un final perfecto. Lo más importante de la historia.

El sol ya se ocultaba cuando Julia se levantó de su silla y se dirigió a la cocina a cenar. Por el momento, ya era suficiente. Había adelantado lo que no había escrito en un mes. Para refrescarse, tomó una Pepsi y esperó a que sus pensamientos volviesen a la realidad después de haber estado hundidos en la historia. Suspiró tranquila y encendió la radio, no para oír las noticias, sino música.

–Cuánto tiempo sin oírte, viejo rockero –sonrió al encontrarse con la profunda voz de The Boss. Subió el volumen.

Julia siguió bebiendo Pepsi, tarareando la canción y pronunciando lo único que reconocía: el estribillo.

*–I want it all or nothin' at all; I want it all or nothin' at all.*

Buscó en su alacena. Tenía ganas de tomar algo dulce, algo con chocolate. Encontró unas galletas que estaban sin abrir.

–¿Una merienda tardía? –se intentó convencer a sí misma–. No sé...

Antes de que Julia se hubiera decidido, en la radio había acabado la canción, y había aparecido en su lugar la voz a medio pulir de alguno de esos jóvenes sin talento que en realidad ni siquiera habían tenido tiempo de aprender quién era Springsteen, pero que tenían la desfachatez de sucederle en la radio.

–Vale, ya se me ha cerrado el apetito –Julia no lo dudó. Apagó el aparato.

Llamaron a la puerta mientras Julia volvía a colocar las galletas en la alacena. Se observó a sí misma. Llevaba unos pantalones vaqueros cortos y una blusa sin planchar que iba por fuera de los jeans; estaba descalza y su peinado era un improvisado recogido... Su visita tendría que aceptarla de esa guisa, no tenía ganas de cambiarse.

Contestó al telefonillo.

–¿Quién es?

–Soy yo, Mario.

Julia apretó el interruptor para dejarle entrar. Volvió a mirar sus ropas.

–Bueno... da igual.

Abrió la puerta de la entrada y se encontró con Mario, quien mostraba una amplia sonrisa.

–Adelante –le indicó ella–. Pasa al salón.

–¿A dónde vas tú?

–A ponerme zapatos. Vuelvo en seguida.

Mario rió y se dirigió al salón, como ella le había indicado. Se quedó mirando todo aquello. Le gustaba aquel piso. No se parecía a su enorme casa, pero tenía un ambiente acogedor, hogareño. Julia era una persona más sensible y con mejor gusto del que aparentaba. Tenía láminas de Salvador Dalí y de Renoir decorando el salón, y libros en las estanterías... Muchísimos. Había muchos best-sellers y grandes clásicos. Mario sintió curiosidad por las cosas que leía Julia, y miró los autores. Se encontró con uno en particular del que estaban todos los títulos sin excepción.

–Ya estoy –dijo ella, mostrando su calzado y acercándose a Mario.

Él la besó y ella le abrazó.

–¿Sabes qué he sentido hoy? –preguntó Julia–. Que te echaba de menos.

Mario rió sin poder evitarlo y negó con la cabeza, sin creérselo.

–Oye, no te rías –sonrió ella–. Es una putada, en serio.

–Sí que eres fría, Julia... cuando quieres.

–Un poco –rió ella–. ¿Qué mirabas? –le preguntó, ya que le había encontrado observando directamente su biblioteca.

–Tienes muchos libros –observó él, encantado.

–Me gusta leer –respondió ella, sonriendo.

–¿Te gusta Tarántula?

–Sí –dudó ella–. Bueno, no está mal. Me distrae.

Mario rió de nuevo.

–A mí también. Por fin tenemos algo en común –le dijo con ironía.

Julia no sabía si alegrarse por ello o si hubiera preferido que Mario no conociese sus libros.

–Estupendo –disimuló, dirigiéndose al sofá y tomando asiento.

Mario se sentó a su lado.

–¿Quieres tomar algo? –le ofreció ella.

–Acabo de tomarme algo en el bar, no te preocupes –dijo él, como queriendo responder rápido porque tenía algo importante que decir–. Tengo noticias.

–¿Qué...?

–Me vas a decir que estoy loco y que he perdido la cabeza, pero me da igual.

Julia se cruzó de brazos, sonrió y alzó las cejas.

–Te escucho –dijo ella.

–He hablado con mi mujer esta mañana y le he pedido el divorcio.

El silencio se hizo en aquella habitación.

–Ella no quiere firmar los papeles, pero lo hará antes o después –siguió Mario–. El caso es que ya lo hemos hablado y mi decisión está tomada.

Julia seguía sin dar crédito.

–Esta tarde me he dedicado a llevar algunas de mis cosas a una suite de mi hotel favorito. Voy a buscar una casa nueva sólo para mí y para mis hijos... –el silencio de Julia empezó a preocuparle–. ¿Qué te parece?

–Sí que has perdido la cabeza. ¿Quién eres y qué has hecho con Mario?

Él sonrió.

–Nunca creí de verdad que fueses capaz de dar ese paso –confesó ella–. Pero, ¿y ella?, ¿y

tus niños?

–Ella estará bien, se lleva un buen cheque y tiene la vida resuelta –aseguró Mario–. Y a mis hijos los adoro. Sé que esto puede dolerles, pero a la larga es lo mejor para todos. A ellos no les faltará de nada, siempre me he ocupado de ello.

Julia le miró a los ojos. Ella no se sentía culpable, no tenía por qué, y le agradaba saber que Mario se había liberado de ciertos lazos, pero no podía evitar sentir lástima por esos niños.

–Eres un buen padre, ¿verdad? –preguntó, con voz calma.

–Eso creo, sí.

–Van a juzgarte duro por esto –le advirtió–. Mi mejor amiga, Ángela, sufrió el divorcio de sus padres. Ella fue la que se llevó la paliza de su marido.

–Lo recuerdo.

–Está tan dolida por aquel divorcio, que se deja maltratar por tal de mantener el matrimonio en pie –le explicó Julia.

–Intentas decirme algo...

–No hables de tu mujer ante ellos. Si lo haces les hará daño –le aconsejó–. Ángela siempre venía llorando a contarme lo mal que lo pasaba cuando oía a su madre criticar a su padre día tras día.

–Entiendo.

–Lo dudo –dijo ella–. Para tus hijos no hay, ni habrá, mujer más adecuada para ti que tu mujer. Hazte a la idea.

–Eso debería preocuparte más a ti, ¿no te parece?

–¿Cómo dices?

Mario se acercó a ella y la besó con cariño. Había notado que era Julia la que estaba asustada.

–Yo fui a buscarte, Julia, no fue al revés. Tardé algo más de un año, pero al final dí contigo. Ya he sopesado lo que eso conlleva. Tú no tienes que preocuparte. Yo me encargo de los niños –le dijo, con tranquilidad, llenándola de confianza–. Todo va a salir bien. Lo sé. Estoy enamorado de ti.

Hacía años que Julia no escuchaba eso, y la última vez supo al tiempo que lo oía que no era más que una burda mentira. Aquellas palabras eran sinceras. Recordó la voz que había oído hacía un rato en la radio.

–¿Sabías que una canción de Bruce Springsteen dice que un buen hombre es difícil de encontrar? –preguntó ella.

Mario sonrió, le pareció una ocurrencia.

–La verdad es que no lo sabía –rió–. Soy más de Miguel Ríos.

–Pues es una de mis canciones favoritas.

Mario negó con la cabeza y volvió a besar a Julia.

–¿Tienes la habitación del hotel preparada? –quiso saber Julia.

–Sí, claro. ¿Quieres venir?

–Oh, no. Me quedo aquí, me cuesta dormir si no es en mi cama –se excusó–. Lo decía por si te quedabas tú...

A la mañana siguiente, Julia se despertó con la luz que entraba por las rendijas de la persiana. Apartó con delicadeza la mano de Mario, que estaba posada en su cintura. Le miró y sonrió. Salió de la cama y se puso una bata. Sin hacer ruido, abrió la puerta de la habitación y se dirigió al salón.

Julia encendió el ordenador y fue a la cocina para prepararse un café. Regresó a su escritorio y dejando que el café se enfriase un poco, empezó a teclear. Su trabajo iba viento en popa.

Una hora después, Mario despertó y, al ver que Julia había salido de la cama, se levantó, se visitó sin arreglarse, y fue al salón. Ella estaba tan concentrada que no le escuchó.

–Hola –le saludó Mario, mirándola a ella y a la pantalla del ordenador.

Julia se puso nerviosa e intentó cerrar todo antes de que él pudiese leer nada.

–¿Escribes? –sonrió él–. Tranquila, no voy a hacerte un plagio.

–Son tonterías sin valor –mintió ella–. No suelo escribir, ha sido un arrebato esporádico.

–Lo que tú digas –dijo, besándola en la mejilla–. Si alguna vez escribes algo contundente, me encantará leerlo.

–Sí, claro... –disimuló Julia.

–¿Te importa que ponga la radio?

–Adelante. Estás en tu casa –rió ella–. Sí, ya sé que el piso es un millón de veces más pequeño que tu casa, ¿y qué? La radio suena igual.

Mario tomó el aparato y buscó un dial de noticias.

–¡A despertarse! –dijo, dejando la radio sobre la mesa del salón–. Me voy a la ducha, ¿de acuerdo?

–Vale –respondió ella, apagando del todo el ordenador.

–En seguida vuelvo.

Julia se quedó en silencio, escuchando las noticias en aquel dial que ella jamás habría elegido para tal finalidad. Tomó el segundo café de la mañana entre sus manos y bebió pequeños sorbos mientras escuchaba la voz del periodista. Le encantaban las voces de esas personas, y le divertía no conocer sus rostros. Supuso que era parecido a lo que ella pretendía usando pseudónimo... Que cada lector se imaginase a la escritora como prefiriera, que la hiciera tan perfecta como quisiera. Igual que ella se imaginaba los rostros de los periodistas.

De pronto, hubo una noticia, la última que incluyó el presentador del noticiario. Un suceso que había ocurrido unas horas antes y del que Julia no tenía conocimiento alguno.

–Julia, ¿puedes dejarme una toalla? –preguntó Mario, que había vuelto al salón antes de entrar en la ducha–. ¿Julia?

Sin saber lo que ella acababa de oír, Mario observó paralizado cómo el rostro de Julia se había desencajado y reflejaba la más torturadora de las incertidumbres. Buscaba aterrada un número de teléfono.

–Julia, ¿qué ocurre?

Ella no respondió, no hacía otra cosa que buscar ese número.

Mario se acercó a la radio y lo entendió... La noticia hablaba del asesinato de una mujer a manos de su marido; una mujer embarazada que, curiosamente, residía en el barrio de Ángela.

–Oh, Dios mío –susurró Mario, mirando de nuevo a Julia.

–Mierda –murmuró ella, colgando bruscamente–. No responden al teléfono en su casa –su voz temblaba y sus ojos no podían pestañear.

Julia optó por llamar a la madre de Ángela, pero tampoco respondían al teléfono.

–¡Joder! –gritó, marcando un último número.

Mario esperó casi tan impaciente como ella misma.

–Buenos días, señorita Tenorio –le saludó la secretaria de Ernesto al otro lado del teléfono.

–Necesito hablar con Ernesto. Es muy urgente.

–Ahora mismo está reunido...

–Lo asumo. Dígale que se ponga al teléfono ahora mismo –exigió Julia.

–Muy bien.

Los segundos de espera fueron eternos.

–Julia –dijo la profunda voz de Ernesto al otro lado de la línea–. Por fin eres tú.

–Ese hijo de puta la ha matado –le costó decir.

–Iba a llamarte, pero creí que te habrías enterado antes que yo... ¿Qué sabes?

–Nada. Acabo de poner la radio y he oído la noticia –Julia se llevó una mano a la boca para no acabar llorando.

–Fue de madrugada –le informó Ernesto, con un tono calmado aunque muy dolido–. Aún no conozco detalles, pero sé que Horacio está detenido y que Ángela... –no sabía cómo decir aquello.

–¿Qué, Ernesto?

–Su cadáver sigue aún en el hospital. Su madre está allí, puedes ir si quieres.

Ernesto oyó los sollozos, duros aunque sordos, de Julia.

–Yo... No sabes cuánto lo lamento. Sé lo mucho que la querías.

Ella no podía decir nada.

–Si quieres que vaya a verte a casa, puedo ir después de la reunión. No me parece bien que estés sola. Tu padre no hubiese querido que estuvieras sola.

Julia suspiró pesadamente y se secó las lágrimas. Observó a Mario sentándose a su lado.

–No te preocupes, Ernesto –dijo, al fin–. No pienso pisar el hospital. Me quedaré en casa, porque si salgo a la calle buscaré a ese malnacido y lo mataré –dijo, con una voz tan seria que Ernesto temió que aquello no fuese una exageración.

Mario tomó la mano que Julia tenía libre, y notó que estaba temblando.

–Tengo que volver a la reunión –se excusó Ernesto–. Te llamaré cuando llegue a casa, ¿de acuerdo?

–Gracias –respondió ella.

–Lo siento muchísimo.

–Y yo.

–Sé fuerte, Julia –le animó–. Hasta luego.

–Adiós –dijo, antes de colgar.

Mario miró a Julia a los ojos, sabiendo que ella estaba con la cabeza en otra parte.

–¿Quieres que me quede aquí? –le preguntó él.

Ella sólo pudo asentir con la cabeza. Estaba desvalida como nunca, así que Mario le ayudó a tumbarse en el sofá y se quedó a su lado.

–Si quieres algo, pídemelo, ¿de acuerdo? –se ofreció él–. No sé cómo ayudarte. No...

–Era mi mejor amiga, desde que teníamos catorce años –susurró ella.

Mario entendió que lo único que tenía que hacer era escuchar. Sus amigos solían hacer bromas sobre lo duro que es para un hombre escuchar a una mujer. Pero Mario no le veía la gracia, pues no escuchar a Julia en aquel momento le parecía imposible y cruel.

–Debí alejarla de ese cabrón por la fuerza –se lamentó Julia.

–Tú no tienes la culpa de nada –se apresuró a decir Mario.

–Sabía que esto pasaría. Intenté avisarle, aunque en realidad nunca... escuchaba.

Julia sintió que se le formaba un nudo en la garganta al hablar de Ángela en pasado. Aquello no podía ser real.

–Estaba embarazada –murmuró–. Me dijo que pensaba abortar. Habría sido lo más

cómodo... pero supongo que ella no hubiese tenido valor para hacerlo finalmente. No era valiente, simplemente actuaba sin pensar.

–Hay muchas personas que no ven la diferencia entre una cosa y la otra –confirmó Mario, acariciando el rostro compungido de Julia.

Durante toda la mañana, ambos estuvieron hablando juntos, sin levantarse de aquel sofá. Hablaron de la adolescencia, la amistad tan especial que puede producirse a esa edad, y sobre todo de los riesgos que cada persona decide asumir cuando juega con fuego. Teniendo a Mario a su lado, Julia no se sintió sola; comprendió que siempre hay más de un camino para elegir. Ella eligió siempre estar sola antes que mal acompañada, y nunca había tenido que lamentarlo. Esperar a Mario no le había valido ni palizas, ni vejaciones, ni abortos. Lo que tenía ante ella no era un descubrimiento, era simplemente su elección. ¿Por qué el camino de Ángela tuvo que ser tan precipitado y cruel?

Dos días después, Julia fue al cementerio. No había asistido a la misa por la salvación del alma de Ángela, acto que le habría revuelto las tripas hasta hacerle vomitar, más que nada porque su asesino estaba en primera fila, desafiando la mirada de incluso la madre de la difunta.

Únicamente acompañada por Ernesto, Julia esperaba en el camposanto, frente a las verjas ya abiertas, a la espera de que llegase el cortejo fúnebre. El editor, nada aficionado a las novelas negras, se sentía realmente incómodo en los cementerios, pero quizás habría estado más molesto que Julia en una misa. Ambos optaron por ser testigos única y exclusivamente del entierro.

Era muy de mañana, y hacía un frío inusitado para la época del año. Julia vestía un abrigo negro, y no se había aplicado ni un gramo de maquillaje. El cielo estaba nublado y aun así, Julia llevaba puestas unas gafas de sol de color negro que escondían su mirada triste, sus ojos rojos y sus profundísimas ojeras. Lo que no podían disimular eran las quemaduras que en sus mejillas habían provocado el roce de las lágrimas y los clínex, que durante dos días se habían deslizado por sus pómulos.

–Cuando alguien se muere y el día del entierro está nublado, me sienta como si alguien se estuviera riendo de mí –dijo Ernesto, que mantenía a Julia agarrada con un brazo que le pasaba por los hombros–. Luego la gente piensa que exageran en las películas... pero es que siempre pasa igual.

–Cómo esté el cielo es lo de menos –respondió Julia, sacando un paquete de tabaco de uno de sus bolsillos.

–Recuerdo que el día que enterramos a tu padre incluso amenazaba lluvia.

–Sí, y al final calló un diluvio –respondió Julia, dándole una corta calada al cigarrillo–. A ver si cuando entierren a mi madre hace un buen día y me puedo ir a la playa de Barcelona.

–Qué hija de puta –murmuró Ernesto, saltándose su famosa compostura.

–Sí, de una puta de las malas –Julia suspiró–. ¿Cómo murió?

–¿Tu padre? –se sorprendió Ernesto.

–Sé cómo murió mi padre. Me refería a Ángela. No he tenido fuerzas para hablar con nadie.

–Pues te interesará saber que Horacio está en la calle.

–¿Qué? –Julia se escandalizó, indignada.

–No había denuncias contra él, y las pruebas que la policía ha encontrado no cierran el asesinato.

–¿Cómo que no?

–Es sospechoso. En el fondo todo el mundo sabe que ha sido él. Pero sin pruebas, la policía no puede hacer nada. Le retuvieron unas horas y luego le tuvieron que soltar.

–¿Y dónde está ahora?

Ernesto se encogió de hombros, sin tener ni idea de la respuesta.

–¿Cómo la mató? No me lo has dicho.

–Es desagradable, Julia.

–No me jodas...

–Lo dijeron en las noticias –explicó Ernesto–. La encontraron en un charco de sangre. Estaba degollada.

En un acto reflejo, Julia se llevó una mano al cuello.

–Se merece que lo empalen –murmuró ella.

–Antes o después, la policía encontrará algo que delate al culpable. Horacio acabará en la cárcel.

–¿Por cuánto tiempo? ¿Cinco años?, ¿o quizás menos? –preguntó Julia, con mucho sarcasmo.

–No lo sé.

–Seguro que se ha dado a la fuga a estas alturas. Los policías son imbéciles –dijo Julia, lanzando la colilla del cigarrillo al suelo–. ¿Sabes cuál es la parte de esta historia que me da más escalofríos?

–¿Cuál?

–El sabía que iba a ser padre –dijo, con voz firme y lúgubre–. Horacio era perfectamente consciente de que Ángela estaba embarazada.

Ernesto se quedó mirando a Julia a los ojos, mirando los oscurísimos cristales de aquellas gafas de sol. Su rostro se mostraba tétrico.

–Ahí está la comitiva –dijo Julia, señalando los coches negros que se acercaban.

–¿Estás bien? –preguntó Ernesto, para asegurarse de que Julia podría soportar ver ese ataúd.

–Creo que sí.

Avanzaron tras el coche fúnebre, que iba seguido de dos coches más, hasta donde estaba preparada la tumba de Ángela. Julia recordó que a su padre lo habían enterrado en un nicho, y que en el funeral le dijo a Ángela que no había cosa más horrible que ser enterrado en una especie de lata de sardinas con forma de pared. Ambas tuvieron una conversación bastante macabra sobre los entierros, llegando a la conclusión de que ser incineradas o enterradas en la tierra era mucho más digno que ser afinadas en un muro propiedad de cincuenta cuerpos más. Les parecía una fosa común ordenada. A Julia le pareció bien que el cuerpo de Ángela reposara en la tierra, junto a su feto nonato, en lugar de sobre otros muertos, junto a otros muertos y bajo otros muertos. Aquello era lo más considerado.

Algunos familiares bajaron el féretro del coche fúnebre. Cuando Julia vio el ataúd, empezó a derramar lágrimas en silencio, y se agarró fuertemente a Ernesto, que la tenía abrazada en todo momento.

Julia vio que de uno de los otros coches bajaban la madre y los tíos de Ángela. El dolor reflejado en el rostro de esa madre era inmenso. Estaba completamente rota. Julia pensó en su propia madre, que lloró más o menos así el día que murió su padre. No creyó que fuese igual si fuese su hija pequeña la que perdiese la vida. Aunque seguro que si Tamara fallecía, su madre se suicidaría.

Lo que hizo hervir la sangre de Julia fue ver que del segundo coche bajaba Horacio. Iba



vestido de riguroso negro, no lloraba, aunque estaba muy, muy serio. Iba solo y no hablaba con nadie, ni nadie parecía querer hablar con él. Más de uno sentía lo que estaba sintiendo Julia: deseos de empalarle.

Cuando Ernesto se dio cuenta de la escena, sujetó con fuerza a Julia y le hizo un gesto significativo para que se tranquilizara, pues ella estuvo a punto de separarse de él para enfrentar bruscamente a Horacio. Intentó controlar la situación, a pesar de que él estaba igualmente escandalizado.

–Ahora no, Julia –susurró–. Ignórale.

–No debería estar aquí, ¿qué coño hace aquí? –dijo, perdiendo los estribos–. Es un desgraciado y un sinvergüenza.

–Tranquila, Julia –pidió Ernesto, sabiendo que cuando esa mujer se desbocaba no había quien la parase.

Por suerte para Horacio, Julia se contuvo y se centró en atender el entierro de su amiga. Cuando se dio por zanjado todo, Julia pudo sentir cómo sus piernas le temblaban de pura ira. Los familiares se fueron retirando, marchándose poco a poco, dejando la tumba tan sola como quizás Ángela estuvo en vida.

–Julia, vamos –le indicó Ernesto.

–No me moveré de aquí hasta que ese cabrón no se vaya –respondió ella, mirando con muchísimo odio a Horacio, que seguía en pie junto a la lápida, muy serio.

–Por favor –insistió Ernesto, viendo que se quedaban solos los tres.

Julia se apartó de su editor, despertando los nervios y la intranquilidad de éste. Se dirigió hacia Horacio, impasible. Se quitó las gafas de sol para que él tuviese que enfrentarse a la crudeza de su mirada.

–¡Tú! –le llamó Julia, haciendo que el supuesto doliente se diera la vuelta.

Cuando Horacio le miró, Julia le propinó tal bofetada que apunto estuvo de tirarle al suelo.

–¿Cómo te atreves a pasear tu asqueroso culo delante de la familia de Ángela? –le preguntó a gritos.

–Yo también me alegro de verte, Julia –le respondió, con chulería, tras comprobar que su mandíbula seguía en su sitio, y pronunciando su nombre con jota española.

–¡Eres un maldito impresentable! –le gritó–. ¡Asesino!

–Si soy un asesino, ¿por qué no estoy en la cárcel? Ángela era una mujer muy torpe y pudo hacerse daño ella misma. ¿Olvidas la presunción de inocencia?

–¡No tengas cojones de insultarle delante de mí, Horacio! ¡No te atrevas! –se sulfuró–. ¿Inocente tú? –preguntó con sarcasmo–. Sí, y yo nací ayer.

–No hay pruebas contra mí.

–Seguro que las buscó un inútil retrasado incapaz de ver sus propias narices –Julia empezaba a perder los papeles–. Yo vi cómo acabó la última vez que le pegaste, maldito cabrón. Yo la llevé sangrando al hospital, yo la vi ahogándose, yo estuve a su lado cuando tú la destrozaste... Yo intenté persuadirla para que se alejase de ti porque sabía que esto pasaría –Julia sintió que le faltaba el aire–. Al final la has matado... a ella y a tu propio hijo.

–Ese despojo no era mi hijo –dijo él, con desprecio.

–Oh, claro que sí –respondió ella–. La violaste y luego la trataste como pura basura. La cárcel te está esperando, jodido hijo de la gran puta.

–Julia, Julia... Mira que estás buena –observó como lamentándose–, pero sigues siendo tan malhablada como siempre. Vamos a tener que lavarte la boca con lejía –le dijo él, mofándose.

Ernesto llegó justo a tiempo para agarrar a Julia y evitar que se lanzara a arañazos contra Horacio. Le agarró fuertemente de la cintura con un brazo y le tapó la boca con la otra mano, en un intento de evitar que cada uno de los descarnados insultos que le profirió a Ernesto, con gritos y llanto arrebatados, no despertaran a los muertos.

–¡Márchese de aquí! –le dijo Ernesto a Horacio, más como amenaza que como petición, mientras la sujetaba.

–Hasta otra, Julia –dijo Horacio, aunque casi no se le escuchó con el berrinche de ella.

Julia se sacudía en los brazos del editor, llorando destrozada, deseosa de gritarle a ese desgraciado que no pararía hasta verle en la cárcel. Sólo cuando Horacio se hubo marchado, Ernesto aflojó sus manos y permitió que ella llorase abrazada a él.

Cuando Julia se calmó, Ernesto la tomó del brazo y la acompañó a la salida del cementerio.

–Mírame –le pidió, recibiendo de ella un gesto sereno pero demacrado–. Sonríe... por favor, inténtalo –le pidió, tomando dulcemente la barbilla de Julia con sus dedos.

–Lo intentaré –respondió ella, haciendo un ademán de sonrisa.

–Ángela no hubiese querido verte triste. ¿Lo sabes, verdad?

Julia asintió con la cabeza y bajó la mirada. Suspiró profundamente y volvió a colocarse las gafas de sol.

–¿Quieres que te lleve a algún sitio? –preguntó Ernesto.

–No hace falta, gracias.

–¿Seguro?

–Seguro, seguro. He quedado con alguien que estará a punto de llegar –aseguró ella, que notó cómo Ernesto intentaba disimular su sorpresa.

–Julia tiene una cita que consigue que le brillen los ojos. Inaudito –dijo Ernesto en voz alta, muy paternal–. Qué rápido creces, pequeña arañita.

–Cumpló cuarenta años en menos de un mes... ya era hora de que una de mis citas fuese presentable.

La sonrisa que brotó en los labios de Julia contagió a Ernesto. Se alegró de hacerla sonreír, aunque sólo fuese un momento.

Se acercó a ellos un coche negro, al parecer nuevo, que rezumaba clase y buen gusto por todas partes. Sonó el claxon y Julia supo que era Mario.

–Te veré pronto, Ernesto. Ya casi tengo la novela acabada –le dijo Julia, dándole un beso en la mejilla–. Me voy.

–¿Tu cita conduce un BMW de lujo? –preguntó Ernesto, alzando la voz porque ella se alejaba.

–Tendrás que perdonarle, es excesivo en muchas cosas...

–No me lo puedo creer –bromeó Ernesto–. Ten cuidado, pequeña –le advirtió él, sonriendo.

–Lo tendré –respondió ella, abriendo la puerta del copiloto del coche.

–De acuerdo... –murmuró, observando cómo el coche se alejaba.

Mario sabía que Julia necesitaba estar distraída para no pensar en Ángela, así que la llevó a comer al Paseo del Prado, donde había mucha gente y no se sentiría tan nostálgica como a solas y en su propia casa. De cualquier forma, apenas hablaron de otra cosa. Julia le contó a Mario la brillante aparición estelar de Horacio y lo mucho que Ernesto la había ayudado a pasar el mal trago.

–A veces, siento que el mundo es una horrible masa deforme en la que los colores bonitos son invadidos por la suciedad... Un mundo en el que todo lo que buscamos se nos escapa y lo que nos persigue nos repugna –dijo Julia, al acabar de comer y empezar a fumar su cigarrillo reglamentario.

–¿Como si nada tuviera sentido?

–Como si la Ley de Murphy fuera jodidamente inexorable y estuviera en cada cosa que hacemos –respondió Julia.

–Las láminas que hay en tu casa son pinturas surrealistas. Se diría que dominas el tema –recordó Mario.

–Tengo debilidad por Dalí. Hace poco soñé que iba caminando por una feria y le veía haciéndome un retrato –recordó Julia.

–¿La misma feria donde estuvieron a punto de...? –Mario prefirió callarse–. Lo siento, no he querido... No he pensado lo que decía.

–La misma feria donde estuvieron a punto de degollarte. Sí –afirmó Julia–. Ángela también aparecía en el sueño.

–¿Y qué hacía?

–Flotaba, como los ángeles o los fantasmas. Estaba muy guapa y muy tranquila, en paz. Llevaba en los brazos a un niño precioso... Los sueños siempre me han parecido interesantes. Los surrealistas los tenían muy presentes.

Mario sonrió y afirmó con la cabeza.

–Seguro que ahora Ángela está en paz, con su hijo. Y ese hombre, pagará por lo que ha hecho.

–Olvidaba que eres creyente –sonrió, a duras penas, Julia.

–Yo pienso que es muy positivo pensar que ella es feliz, donde quiera que esté, con esa personita. Seguro que cuidará también de ti.

Julia no creía nada de eso, pero le parecía bonito. Dudó en responder, hasta que decidió que Mario estaba siendo realmente gentil con ella, y valiente porque se atrevía a decirle aquello aun a riesgo de que Julia le llamase loco.

–Gracias –consiguió decir.

–Gracias a ti –le miró a los ojos y limpió una indisciplinada lágrima que caía por las mejillas de Julia–. Tengo una sorpresa, a ver si te animas.

–¿De verdad? –sonrió ella.

–Después de ver aquellas láminas en tu salón, pensé que quizás querrías ver los cuadros en directo.

Mario rebuscó en su cartera y le enseñó a Julia dos entradas de museo.

–En el Reina Sofía tienen varias obras de tu admirado Dalí –sonrió Mario–. ¿Me harías el honor de acompañarme a verlas? A mí, personalmente, me dan un poco de miedo –confesó, escuchando a Julia reír por primera vez desde hacía varios días.

–Será un placer –respondió ella.

Lo mejor de pasar la tarde junto a Mario fue la sensación de que no se estaban escondiendo. Julia había sido testigo muchas veces de lo discreto que él pretendía ser a toda costa, y aquello contrastaba con el hecho de que la acompañase a dar vueltas por el centro de Madrid, la llevase a museos y comiese con ella en la calle. Si a Mario le daba igual lo que la gente pensara, si le daba igual que alguno de sus amigos le viera con una mujer que no era con la que estaba casado, a ella le importaba menos que nada.

Por la noche, Mario la llevó a casa y se despidió en el zaguán del bloque de pisos.

–Espero que te hayas divertido –dijo él.

–Sí, desde luego. Gracias.

–¿Una última buena noticia para acabar el día?

–Sorpréndeme –accedió Julia, sin mostrar un entusiasmo excesivo.

–Mañana por la mañana voy a ir con mi abogado al juzgado. Mi mujer se ha dado cuenta de que no estoy de broma y ha accedido a firmar los papeles del divorcio.

Julia abrió los ojos como platos.

–¿Y no me lo cuentas hasta ahora?

–Quería que lo supieras antes de dormir, para que tengas la cabeza ocupada con cosas poco dañinas.

–Me... alegre de que te dejen seguir tu camino como tú quieres –dijo Julia.

–Ahora queda que me dejen estar con mis hijos... Supongo que no será complicado.

–¿Tú crees? –preguntó ella, un poco preocupada.

–Vamos, soy un buen padre –sonrió él–. Hasta ahora les he cuidado mejor que mi mujer.

Me lo he ganado a pulso.

Julia se acercó a Mario y le besó.

–Buenas noches –le dijo, sacando las llaves de su bolso.

–Que duermas bien –se despidió él, con una sonrisa–. Pasaré por el bar mañana a la hora de cenar, ¿de acuerdo?

–Muy bien –respondió ella, despidiéndose con la mano.

–Adiós.

El coche negro y lujoso arrancó y desapareció entre las calles nocturnas de Madrid. Hasta entonces, Julia no se había percatado de que el barrio estaba muy animado y de que había bastante más ruido del habitual a esa hora de la noche. Parecía música árabe lo que sonaba a lo lejos, con un tono muy sordo. Aquel barrio era una coctelera de sabores.

El sonido del teléfono despertó a Julia. Miró el reloj de su mesilla de noche y vio que eran las once de la mañana. Los ruidos raciales de la noche apenas le habían dejado dormir al principio, aún estaba cansada. Vio que era Ernesto quien llamaba.

–¿Diga? –respondió, con la voz cargada.

–No me puedo creer que aún estuvieses durmiendo... –le reprochó con suavidad.

–¿Y tú cómo puedes trabajar tanto? –le respondió ella.

–Tenemos que hablar –la voz de Ernesto sonó muy seria.

–Estamos... hablando... por teléfono –Julia no entendía nada.

–No. Quiero que te espables, te pongas en marcha y vengas a la editorial.

–Ernesto... acabo de despertarme –quiso excusarse. El silencio de él no ayudó–. Está bien, pesado –dijo–. Iré a la editorial en seguida. Pero que conste que la novela aún no está acabada, y no pienso entregártela.

–Eso no importa. Tú sólo ven.

–Muy bien.

–Te espero aquí.

–Muy bien.

–Adiós –se despidió con voz inexplicablemente risueña.

Julia se quedó con el auricular en la mano y escuchó cómo Ernesto colgaba al otro lado.

–Muy bien –pudo pronunciar, a pesar del gran bostezo que salió de su boca.

Tanteó el suelo en busca de sus zapatillas de andar por casa. Como de costumbre, estarían tan profundamente ocultas bajo la cama, que Julia desistió y se dirigió descalza al cuarto de baño. Se duchó, peinó y vistió. Un rato después, se encontraba en la boca del metro, camino de la editorial.

Sabía que debía de tener un aspecto horrible, pero poco le importaba. Si los extranjeros la miraban y se sorprendían de su mala cara de recién levantada sólo tenían que asumir que el rostro de Julia no estaba incluido entre los atractivos turísticos de la ciudad. Tenía todo el derecho del mundo a tener cara de cansada... Bastante estaba aguantando.

En media hora estaba subiendo las eternas escaleras de la sede de la editorial. Su amiga, la Ley de Murphy, había aparecido como en las grandes ocasiones: apenas había dormido, estaba cansada moral y físicamente y era el día perfecto para que el ascensor no funcionara, cuando ella tenía que llegar a la planta veinte.

–De puta madre –murmuró, haciendo un acto de fe y comenzando a subir.

Ver la puerta del despacho de Ernesto fue como ver la luz al final de un túnel.

–¿Era necesario? –preguntó Julia, casi asfixiada, al abrir la puerta del despacho y encontrarse a Ernesto sentado en su sillón.

–Creí que no vendrías, has tardado tanto... –dijo él.

–Qué gracioso –respondió ella, tomando asiento.

–En serio, incluso pensé en llamarte a ver si te había pasado algo. Pero claro, caí en la cuenta de... ¿Te importaría comprarte un teléfono móvil, por favor? En serio, no es tan terriblemente dañino como lo pintan.

–Sólo es cancerígeno –respondió ella–. Nada que una copa de Jack Daniel's no pueda solucionar...

Ernesto rió ante la ironía de Julia. Se levantó de su sillón y buscó algo en su estantería más ordenada.

–¿Puedo saber qué era tan importante? –preguntó Julia–. ¿De verdad no podías contármelo por teléfono?

–Tú conoces a mi mujer, no se le escapa una –dijo Ernesto, como si aquello tuviese algún sentido.

–Gema es una mujer sagaz, sin duda –le otorgó Julia–. ¿Qué hay de nuevo en ello?

–Ayer estuve trabajando hasta muy tarde. Cuando llegué a casa, Gema estaba dormida, de modo que no pude hablar con ella –Ernesto dejó de rebuscar, había tomado unos papeles y se volvió a sentar–. Esta mañana, al llegar a la editorial, abrí mi correo electrónico y vi un mensaje que Gema me había enviado a las nueve de la noche, a sabiendas de que no me vería hasta hoy a la hora de comer.

–¿Y?

–En el e-mail me decía que ayer fue a dar un paseo con una de sus amigas y que te vio.

A Julia le dio un poco de vergüenza, o más bien estúpido pudor, porque Gema era como una tía para ella. Aún así, seguía sin entender por qué tanta molestia...

–Supongo que me vio con mi cita –dijo Julia–. ¿Eso la escandalizó o incomodó?

–Digamos que le extrañó –respondió Ernesto, mirando a Julia como acusándola de algo.

–¿Qué pasa? –quiso saber ella.

Ernesto la miró como si él supiera que ambos sabían lo que estaba pasando, pero Julia no podía estar más perdida.

–En el e-mail me avisaba de tus compañías, y adjuntaba una foto de tu cita –le informó Ernesto.

–¿Qué? –se enfadó Julia–. ¿Nos hizo una foto?

–No hizo falta, Julia –dijo Ernesto, un poco desconcertado–. Es obvio que bastaba con buscar en Internet para ver una foto de él.

–Ernesto, mira... ¡No me estoy enterando de nada, joder! A ver si me explicas de qué va esto, porque estoy perdiendo los nervios –le advirtió ella, molesta.

Ernesto extendió el folio que aún tenía en la mano. Era el e-mail de Gema, impreso. Había una fotografía de Mario, una que ella no había visto nunca.

–No entiendo... –dijo ella.

–¿Te ves regularmente con él?

–¿Esa pregunta va en serio? –Julia se quedó sin saber qué pensar–. No eres mi padre, Ernesto, y aunque lo fueras... Tengo casi cuarenta años, ¿lo sabías?

–Julia...

–Sí, ¿vale? –respondió ella, violentada–. Nos vemos a menudo, salimos juntos por ahí, charlamos mucho y hacemos cosas que tu inocencia no debería conocer. ¿Satisfecho?

–¿Me tomas el pelo, o es que realmente no sabes quién es? –la mirada de Ernesto cambió radicalmente–. Julia...

–¿Qué? ¿Qué pasa? –preguntó ella, casi suplicando por una explicación.

–Es el tío que destrozó tu último trabajo con esa crítica que tanto te dolió. Ese tipo que, según tú, no ha leído algo bueno en su vida –dijo con ironía–. No tengo nada en contra de que expandas tus horizontes, pero tampoco le bailes el agua para que sea más compasivo.

Julia se quedó en silencio. Aquello le había resultado demasiado chocante como para digerirlo así como así. Estaba convencida de que tenía que haber un error muy grave.

–Ernesto, eso no puede ser de ninguna manera –dijo al fin.

–No hay ningún error.

–Sí lo hay. No son la misma persona. Para empezar, el tipo que me fusiló en el periódico se llamaba Mario Guerra y el apellido de Mario es...

–¿Velasco? –le interrumpió Ernesto.

–Sí, ¿cómo lo sabes?

–Es su segundo apellido.

–Yo no conseguí encontrar fotografías de Mario Guerra en Internet, ¿cómo puedes probar que es él? –preguntó Julia, sintiéndose insultada–. Se supone que el tal Guerra era un hombre veterano, mayor...

–Julia, no le des más vueltas. Él es Mario Guerra Velasco. Quizás si lo buscas con el nombre completo, y no tienes prejuicios sobre lo mayor que supones que debe ser ese hombre, te des cuenta de que le has tenido delante de tus narices –explicó Ernesto–. Seguro que ya habías visto esta fotografía antes y ni siquiera la recuerdas, porque la ignoraste; buscabas a alguien con aspecto más anciano.

Julia empezaba a tener sus dudas, y esa sensación le daba cien patadas.

–Supongo que el Mario con el que te has estado viendo no te ha comentado a qué se dedica... –dijo Ernesto, esperando que ella cayese en la cuenta de todo–. Es un crítico muy famoso; un hombre rico. ¿Nada de esto te cuadra?

–Vino a mi casa y vio los libros de Tarántula puestos en la estantería de mi salón. Se fijó en ellos y me preguntó si me gustaba –dijo Julia, a quien empezaba a temblarle la voz–. Cuando le dije que me distraía, fue irónico al decirme que teníamos algo en común.

–Leerte es parte de su trabajo, Julia.

La escritora no podía estar más decepcionada con el mundo y consigo misma. Se llevó las

manos a la cabeza, preguntándose cómo era posible que todo en la vida fuesen problemas y, sobre todo, grandes decepciones.

–Me dijiste que se había pasado diez años trabajando para el New York Times, ¿verdad? – recordó Julia.

–Sí.

–¿Cuánto hace que volvió a España?

–Pues no estoy seguro... Unos dos o tres años, creo –Ernesto no le veía la utilidad a esa pregunta.

–Voy a averiguar si lo que me dices es verdad. Y espero que te equivoques, porque si estás en lo cierto significa que me he vuelto loca y que morir tendría mucho sentido –Julia no le dio un tono divertido a esas palabras, más bien las había pronunciado con tal seriedad que parecía que la razón ya la había abandonado.

Al anochecer, Mario esperaba a Julia en el Chispa&humo. Había pedido una Pepsi para ella y esperaba una ginebra para él, con algo de comer. Lo único que hizo que Julia se retrasase un poco fue su indecisión, su miedo a comprobar que las palabras de Ernesto eran ciertas. No le dio más vueltas y apareció por la puerta del bar, mostrando una expresión de sutil terror.

Julia se dirigió hacia Mario con un paso casi eléctrico y seco. Apenas miraba a otro lado que uno fuese el suelo y su rostro era inexpresivo. Respiró hondo antes de llegar frente a él y mirarle a los ojos.

–Hola –le saludó Mario, con su preciosa sonrisa y poniéndose en pie para besarla.

Julia no le devolvió el beso con muchas ganas, pero él ni lo notó porque al tomar el brazo de ella había sentido lo tensa que estaba y eso se había llevado toda su atención.

–¿Qué te pasa? –se mostró preocupado él.

–Tengo un poco de frío –respondió ella, sentándose en seguida.

–Si quieres puedo pedir alcohol para ti, así entras en calor.

–No, no –ella le quitó importancia, tomando el vaso de refresco–. Así está bien, no te preocupes.

–De acuerdo... –titubeó él, sentándose también–. Bueno, tengo buenas noticias. El divorcio ya está en proceso de ser oficial, y en una semana estaré en el juzgado para el tema de la custodia de los niños.

Julia miró su vaso y bebió un poco para no tener que decir nada. Aun así, el silencio de Mario, que pedía una opinión, la obligó a hablar.

–¿Qué dicen tus hijos?

–Los mayores se han enfadado bastante.

–Era predecible –dijo Julia, mirando el vaso–. ¿Y la pequeña?

Mario suspiró, sintiéndose culpable.

–No ha parado de llorar y de hacer preguntas desde que su madre le explicó lo que pasaba. Es difícil que una niña de cuatro años entienda algo así. Estrella cree que ya no les quiero.

–¿Esto es lo que quieres?

Mario alzó las cejas y dejó la mirada perdida un segundo, como si se lo preguntase a sí mismo.

–Sé que no quiero seguir como hasta ahora.

–A veces yo deseo lo mismo, pero no sé qué hacer para salir de mi modo de vida. No hay ningún divorcio del que me pueda valer.

Mario no quería parecer grosero, pero a Julia le pasaba algo y no se sentía cómodo

intuyéndolo sin decirle nada.

–Julia, dime qué te pasa.

–¿Cuántos idiomas habla Estrella, Mario? –preguntó ella, desconcertando a Mario.

–¿Cuántos...? ¿A qué viene esa pregunta?

–¿Cuántos, Mario?

–Pues dos –respondió Mario, disimulando que dudaba.

–Español e inglés –asintió Julia, afirmando lo que sospechaba–. Habla dos idiomas con cuatro años...

–Sí... –Mario frunció el ceño porque no tenía ni idea de por dónde iba Julia.

–¿Has vivido en el extranjero?

Mario se sorprendió muchísimo cuando notó que los ojos de Julia empezaban a humedecerse y sus ojos le miraban con decepción, como si aquello fuese algo malo.

–Estuve viviendo en Estados Unidos por un tiempo, pero cuando Estrella cumplió dos años pensamos en volver a España. Julia, ¿por qué me preguntas eso? ¿Qué quieres saber?

–Me lo has ocultado.

–No ha sido mi intención –Mario se puso nervioso al ver que Julia se mostraba realmente decepcionada–. Simplemente no te he hablado de ello, pero no te preocupes, puedes preguntarme lo que quieras... ¿Qué te pasa?

Julia dejó escapar una lágrima, aunque hubiese querido evitarlo. Se secó los ojos rápidamente.

–¿A qué te dedicas, Mario? –hacer esa pregunta le costó bastante. Él ya estaba mudo ante aquella situación que no tenía ni pies ni cabeza–. ¿Por qué firmas lo que escribes como Mario Guerra y te presentas como Mario Velasco?

–¿Te molesta que sea quien soy? –después de aquello él creyó entender algo–. Quizás debí decírtelo, pero no creí que fuese importante. Sí, soy un crítico más o menos conocido... No tiene importancia –Mario mostró una temerosa sonrisa que revelaba su inseguridad.

–Claro que no.

Julia se levantó de la silla y dejó a Mario con la palabra en la boca, abriéndose paso ágilmente entre los clientes del bar, acabando de romper en llanto.

\*\*\*

Un mes había pasado desde que Mario y Julia se vieron por última vez. Hacía mucho frío en Madrid, sobre todo por la mañana, por lo que Julia no salía del piso para nada. Se pasaba las horas y los días escribiendo sin parar, a veces sobre folios que luego rompía, otras veces sobre las teclas de su ordenador para luego destruir documentos enteros. En un mes, su novela que estaba casi acaba había sido remodelada desde la raíz. En su salón quedaban serias y observantes las botellas vacías de alcohol, quietas sobre las mesas o tumbadas en el suelo.

El teléfono estaba constantemente desconectado, las persianas echadas, la televisión encendida sin voz, la radio desenchufada... La cocina acumulaba noches de lágrimas y platos por fregar. En el suelo, junto al cubo de la basura, varios cartones de comida rápida esperando a que alguien los lanzase al contenedor.

Eran las seis y media de la tarde. Julia llevaba una bata rota y estaba tumbada en el sofá grande del salón, sin tener fuerzas para seguir llorando. Escuchaba bandas sonoras de cine, con un volumen muy bajo, en su equipo de música. Apenas percibía las canciones. Estaba sobria aunque arrastraba una fortísima resaca. Pensaba en Mario, en que ya estaría estrenando su nueva



independencia, si es que realmente había terminado el proceso de divorcio, y ya probablemente estaría disfrutando de la compañía de sus hijos una vez por semana en alguna casa preciosa. ¿Quién iba a echar de menos a alguien que se encierra durante un mes, esperando a que el tiempo y el trabajo la consuman? Mario no había ido a buscarla, seguro que por el simple hecho de que la reacción de Julia no había sido comprensible para él. La creería una loca.

Julia se sentó erguida, respiró profundamente y echó un vistazo a su piso. Esa no era ella. En aquello la había convertido el exterior... pero su interior era más hermoso que todo aquello. Tenía que tener fuerza suficiente para salir de ese agujero.

Golpes de nudillos finos en la puerta sacaron a Julia de sus pensamientos. Se preguntó quién sería, pensando que tal vez se lo había imaginado. Fue descalza, y sin recolocarse la desastrosa bata, hasta la puerta. Sin siquiera echar un vistazo por la mirilla, quitó los cerrojos y abrió.

Julia se encontró con Danita, que estaba de brazos cruzados y cuyo rostro pasó de estar sereno a mostrar terror.

–Pero bueno, ¿qué cara es esa, mi amor? –preguntó, llevándose una mano al pecho.

Danita se había asustado muchísimo al ver la delgadez repentina de Julia. En el tiempo que habían pasado sin verse, la escritora debía de haber comido poco, muy poco, si sus pómulos y sus ojeras se marcaban tanto en su rostro.

–Pero, Julia... ¿Qué te has hecho? –preguntó, sintiendo escalofríos.

–No te espantes –respondió ella–. Me viene de familia. Mi madre es un puto esqueleto andante.

Dania no lo sabía. De todas formas, Julia estaba muy delgada, demasiado.

–No me digas estupideces, ¡qué iba a ser eso genético! –respondió Danita–. Tú no puedes dejar que tu cuerpo sufra así. Si lo que dices es verdad, no puedes acabar como tu madre, cariño.

Julia no dijo una palabra más, pero hizo una mueca con la que mostró que la voz de Danita le molestaba, como cualquier ruido un poco alto. Le dolía muchísimo la cabeza.

La cantante se dio permiso a sí misma para pasar al interior de la casa. Julia la observó sin decir nada, con cara de pasmada, y cerró la puerta con delicadeza para no notar el tronar de una gran campana en su cabeza despeinada. Danita llevaba tacones, lo cual ya era bastante molesto para Julia, y caminaba lentamente, sopesando a cada paso el desastre que la rodeaba. Estaba boquiabierta y horrorizada.

–Isidro me dijo que no te había visto en bastante tiempo y yo... –Danita abrió las persianas del salón y las ventanas para que entrase el aire nuevo y se llevase el ambiente cargado–. Yo... bueno, recordé que hoy es tu cumpleaños. Supuse que no habías ido al bar porque estarías ocupada, qué sé yo con qué... Pero veo que no.

Julia se tumbó con cuidado en el sofá, sin decir nada. Se quedó con los ojos entreabiertos, molestos por la luz, y mirando al techo.

–Cariño –siguió hablando Danita–, ¿cuánto hace que no sales de aquí? Dios mío, pero si esto parece una prisión medieval. Y tú estás tan demacrada...

Julia le dirigió la mirada, pero su rostro seguía siendo inexpresivo.

–¡Julia, espabila!

–No grites, por favor –murmuró, al fin, la dueña de la prisión medieval.

–Ah, no, no, no. No pienso dejar que te pudras en esta pocilga. Con lo precioso que es tu piso, ¿cómo se te ocurre tenerlo en este estado?

–El piso me importa una mierda –murmuró, cerrando los ojos.

Danita puso gesto triste y se acercó a Julia.

–Julia, mi amor, es tu cumpleaños...

–No tengo nada que celebrar.

–¿Quieres que hablemos de algo?

–Quiero que te vayas.

–¡Ay, eres una testaruda! –Danita se puso en cuclillas junto al sofá y acarició la frente de Julia–. No puedo dejarte así, ¿lo entiendes?

Julia giró su rostro hacia el sofá, dejando a Danita acariciando el aire.

–Muy bien –Danita se puso en pie–. ¡Tú lo has querido, pequeña grosera!

Se quitó los tacones y los dejó en el salón junto con todo abalorio que le molestara. Se dirigió al cuarto de baño, estuvo allí un rato y luego salió cargando con ropa sucia y dejando correr el agua. Echó la ropa a la lavadora, recogió todas las prendas que se encontró tiradas por la casa y las echó a lavar también, hasta que la lavadora estuvo llena y pudo ponerla en marcha.

–Vamos, Julia –le dijo, tomándola del brazo y levantándola sin que ella se opusiera–. Te he preparado un baño estupendo, para que te alivies mientras yo me ocupo de este antro.

Danita ayudó a Julia a meterse en la bañera, que rebosaba de espuma blanca y exhalaba un delicioso aroma a frutas exóticas.

–Eso es, mi niña –sonrió Danita–. ¿Cuánto hace que no te dabas un baño como este?

–Bastante –respondió Julia–. Ahorro duchándome sin más.

–Yo me tomo baños de estos cuando estoy deprimida, porque así me siento como si fuera la Taylor en *Cleopatra* –Julia sonrió–. En serio, es mi terapia favorita. Sobre todo cuando me pasa como a ti.

–¿A sí? ¿Y qué me pasa a mí, según tú? –preguntó Julia, cerrando los ojos y dejándose seducir por el agua caliente y el olor.

–Venga, *amore mio*... ¿Incomunicada, inamovible y con una pila de platos por fregar? A ti te decepcionó un tío. Por eso no quieres saber nada ni de ti misma ni de nadie, y por eso te importa una mierda quedarte escuálida por no probar bocado y dejar que tu casa se convierta en un repugnante vertedero.

Julia habría querido reír, pero no tenía fuerzas y lo que decía Danita, aunque irónico, era real.

–Me odio a mí misma –murmuró Julia.

Danita, que se estaba mirando en el espejo del baño, dejó de lado sus retoques y observó a Julia.

–¿Por qué te odias?

–En cuarenta años no he conseguido que nadie me quiera como soy. Y las personas que me quieren... se mueren. Siento que estoy sola, que nadie quiere tomarse la molestia de entenderme.

Danita suspiró y se sentó en el retrete, que tenía la tapa bajada.

–Si no te gustas, cambia. No podrás querer a nadie si antes no te quieres a ti misma... Lo digo por experiencia –sonrió Danita–. Además, el descontento con una misma nos resta atractivo.

–No pensaba en cambiarme de sexo... –bromeó Julia.

–Lo sé, lo sé. Siempre creí que te sentías bien contigo misma y que lo que los demás pensarán te daba igual, lo cual me parecía genial. Pero es muy distinto si no te gustas tú misma... Julia, eso es lo primero.

Danita observó cómo su desastrosa anfitriona metía la cabeza en el agua y la sacaba con todo el cabello mojado.

–Eso te sienta bien, ¿verdad? –preguntó, con voz suave. Julia asintió–. Voy a ver si consigo arreglar un poco el destrozo que presenta tu casa.

–No, Danita, por favor. No tienes por qué.

–Permite que te ignore, mamita –dijo ella, poniéndose en pie–. Toma el baño con tranquilidad. Vendré en un momento. Mientras tanto, puedes estrujar ese cerebritito lindo que tienes y pensar en si hay algo más que pueda hacer por ti.

Una media hora después, Danita abrió la puerta del cuarto de baño y sonrió al ver a Julia recién enrollada en sus toallas.

–No he podido dejarlo todo como los chorros del oro –se excusó–. Pero al menos ya no tienes botellas repartidas por las mesas y el piso, y toda la basura está en bolsas listas para que las bajemos. También fregué los platos... Lo único que no me atreví a tocar fueron unos papeles que hay sobre el sofá. No sé qué son, pero ahí los dejé.

–Joder, muchas gracias, Danita.

–No se merecen, mi amor. ¿Quién habría dicho que fuera a ser yo tan apañada habiendo nacido hombre, verdad?

Julia sonrió.

–He pensado en lo que me has dicho, y creo que sabes lo que dices. Me parece que sé qué más puedes hacer por mí –dijo Julia, con la mirada perdida.

–Dime.

–Sobre mi mesilla de noche encontrarás dinero. Compra una botella de Jack Daniel's – Danita suspiró–. Quiero que me lleves al cementerio, Danita. Y luego quiero emborracharme por última vez.

–¿Al cementerio?

Aún con la mirada en blanco, Julia asintió de forma casi macabra.

El cementerio presentaba un aspecto realmente lúgubre cuando Danita aparcó su coche frente a la puerta y esperó a Julia, que se adentró entre las tumbas en busca de Ángela. Eran las ocho de la tarde, soplaba una brisa suave y fría, y el sol ya estaba por ocultarse. Los cipreses estaban preciosos balanceándose con el viento, parecía que tuvieran ojos y hablasen entre ellos, comentando lo poco que había tardado Julia en regresar allí. Al fin, Julia llegó ante la sepultura de Ángela.

Estuvo un momento mirando la lápida... Era increíble que hubiese muerto tan joven, claro que no murió, fue asesinada.

–Hola, Ángela –dijo Julia, sintiendo que tenía un nudo en la garganta que debía deshacer–. No sé qué coño hago aquí hablándole a un pedazo de piedra que lleva tu nombre... pero ya sabes que hacer tonterías es lo que mejor se nos ha dado siempre, ¿verdad? No sé quién es más tonta de las dos... Llevo un mes emborrachándome a solas en casa, sin salir para nada y abusando de mi salud. He fumado lo suficiente como para que el dueño del estanco que hay bajo mi casa se jubile y mantenga a cuatro generaciones –Julia suspiró y soltó una risa fugaz y sarcástica–. Y a estas alturas no sé cómo no me ha dado un coma etílico –dijo, mostrándose debidamente severa consigo misma–. ¿Recuerdas cuando te dije que Horacio era un hombre del que tenías que alejarte? Pues debiste hacerme caso... Sí, debiste hacerlo. Si me hubieras escuchado a la primera, ahora estarías consolándome, evitando que me emborrachara hasta perder mi dignidad, paseando tu enorme barriga de embarazada por mi piso. Estarías esperando un niño sano al que no le habrían puesto una mano encima... Más te vale estar en un lugar mejor, porque si no... –Julia le dio la espalda a la lápida, haciendo un esfuerzo por no derrumbarse–. Me has dejado sola, por no escucharme. Ojalá hubieses pensado dos veces antes de hacer la imbécil. Ojalá no hubieses sido tan permisiva

y cobarde. ¿Cómo podías estar enamorada de semejante basura? –le recriminó Julia, volviendo a mirar la lápida, con lágrimas en los ojos–. ¿Sabes que hace un mes que no veo al único hombre por el que he sentido amor real? No le he vuelto a ver porque en realidad también es el hombre al que más odio le he procesado. No sabe quién soy, y me desprecia aunque no tiene ni idea de que lo hace. Considera que soy una pésima y repetitiva escritora. No me encuentra interesante... y ni siquiera lo sabe. Ángela, ahora te necesito yo a ti, ¡y no te tengo para que me des un consejo brillante! ¿Por qué no escuchaste el mío cuando tenías que hacerlo? –Julia se alteró, chillándole a la tumba–. ¡No podías estar tan ciega, Ángela! –intentó calmarse, llevándose una temblorosa mano a la frente y cerrando los ojos, que derramaron dos lágrimas hirvientes por sus mejillas–. Ya da igual, porque tú estás muerta y yo soy un espectro. Me parezco más a ti que a mí misma...

Julia se quedó en silencio, mirando la lápida casi absolutamente convencida de que merecía una explicación por parte de la difunta. Sintió en su corazón que el silencio profundo de Ángela, la ausencia absoluta de cualquier tipo de estímulo, le resultaba insoportablemente hiriente. El rostro de Julia dibujó una mueca de dolor, sus ojos se llenaron de lágrimas y los sollozos se escaparon de su boca sin que ella pudiera remediarlo. Se tapó la cara con las manos y se desahogó llorando, cediendo poco a poco a su propio peso y su decepción, posando con suavidad pero con intención sus rodillas ante la tumba. Agachada en sí misma, lloró y recogió entre sus manos los gemidos de tristeza que escapaban de sus labios. El pecho le dolía de la presión que el llanto depositaba en él. Sus manos quedaron empapadas por las lágrimas. Al secar sus mejillas y sus ojos enrojecidos con las palmas de sus manos, respiró profundamente y sintió que el nudo de su garganta ya no estaba ahí...

Danita llevó a Julia al Chispa&humo. Estaba todo bastante tranquilo, pero se respiraba un ambiente acogedor. No había tanta gente como para que resultase un agobio estar allí, pero sí la suficiente como para que hubiese vida en el local. Después de haber pasado por el cementerio, aquello era brillantemente mediocre. Perfecto.

El escenario recibía a un cantautor extranjero, de marcado acento inglés y muy joven. No miraba mucho al público, prefería mirar como enamorado su guitarra, a la cual acariciaba como si fuese la mujer de sus sueños, al tiempo que cantaba con voz indescifrable y calma. Era precioso. Julia se sentó frente al escenario y obligó a Danita a tomar asiento junto a ella, impidiéndole llegar hasta la barra.

–Espérate –le pidió Julia, tomándola del brazo y haciendo que se sentara–. Escucha la canción conmigo.

–Está bien –cedió ella, con un gesto comprensivo.

–¿Qué dice? –preguntó Julia–. No entiendo nada de inglés.

Danita sonrió, y asintió para prestar atención y traducirle la canción.

–Es difícil de entender, es un folk bastante profundo... aunque con un punto moderno –explicó Danita–. Apenas vocaliza, en realidad.

Julia no dijo nada, se fijaba en el músico y luego miró a Danita, esperando una respuesta. La cantante fruncía el ceño pero tenía una sonrisa en los labios.

–Ya sé –dijo Danita–. Habla de un hombre que ha sufrido un desengaño amoroso. Él sabe que ha sido víctima de mentiras, sabe que ella no le ha tratado bien a pesar de que la ama...

Julia tragó saliva y respiró profundamente. Danita continuó.

–Sólo cuando él se siente en paz consigo mismo para marcharse, ella reacciona y le pide perdón, entendiéndolo que se ha equivocado. Ella le quiere –dijo Danita, que empezaba a emocionarse–. Pero no hay vuelta atrás, él sabe que ella será más feliz si deja que las cosas sigan

su curso. La intenta convencer de que ella no le necesita para nada. Que vayan por caminos separados es la única forma de que cada uno se salve del otro...

Danita derramó lágrimas de emoción. La canción terminó y la gente aplaudió. La cantante, que estaba absolutamente encandilada desde su asiento en primera fila, aplaudió con entusiasmo, sin siquiera preocuparse por la reacción de Julia. Estaba encantada.

Julia se había quedado en silencio, con la mirada perdida en aquella guitarra clásica. Con los ojos cansados de reconocer el mundo. No aplaudía, y sin embargo los ojos del joven la miraban desde el escenario. Él sabía que, de alguna manera, ella le había entendido mejor que nadie en todo el bar, aunque no mostrase entusiasmo por demostrarlo. Cuando los ojos de Julia parpadearon, ella miró al cantante y él tuvo que bajar la mirada porque en esos momentos sabía tantas cosas sobre ella, que se sintió avergonzado de contemplarla tan desarmada. Sintió que estaba siendo descarado. Los ojos de ella eran fríos y siguieron los pasos del chico hasta que éste bajó del escenario y Danita volvió a hablar.

–Julia, voy a la barra. Vengo en seguida.

La escritora suspiró. Un momento después, Danita llevó a la mesa dos vasos de tubo con hielo y una botella de Jack Daniel's.

–¿Quieres que lo mezclemos con Pepsi? –preguntó Danita.

–Sólo Jack, gracias –respondió Julia, con una sonrisa suave que no escondía la tristeza en sus ojos.

–Muy bien.

Danita sirvió los dos vasos.

–¿Sabes qué le he dicho a Isidro? –preguntó Danita con voz traviesa.

–No. ¿Qué le has dicho?

–Que cuando Bobby recoja sus cosas y vaya a la barra, le invite a una copa de mi parte.

–¿Quién?

–El músico, el chico de la canción. Lleva viniendo desde hace una semana, y ya he llegado a mi límite de compostura. Tiene que saber que soy su mayor admiradora.

–Danita, ¿no es un poco joven para ti? –rió Julia, algo más divertida.

–Sólo es una copa como agradecimiento por deleitarnos con esa música. No hay ningún plan de seducción en todo esto...

–Ya... –Julia se quedó en silencio y al rato rió–. Su nombre me suena a perro de compañía.

–Qué va, es muy dulce. A mí me suena a burbuja –rió Danita–. Aunque no me importaría tenerle de mascota.

–Lo sabía... –rió Julia.

–Vale, ¿qué quieres? Me ha encantado. ¿Has visto cómo tocaba la guitarra?

–Sí, ¿y qué?

–Hay una clara relación entre la forma que tiene un hombre de tocar la guitarra y la forma que tiene de hacer el amor. Está claro que sabe lo que hace.

Julia no quiso ser desagradable, le gustaba mucho estar con Danita, pero hizo una mueca.

–No quiero hablar de los hombres –dijo, finalmente.

Danita chocó su vaso suavemente con el de Julia.

–Por que vuelvas a quererte mucho –murmuró con una sonrisa dulce.

Julia no pudo evitar que en sus labios brotara una sonrisa muy sincera, de agradecimiento. Estuvieron un rato sin hablar, cada una en sus pensamientos. Ambas tomaron pequeños sorbos, pues la bebida estaba muy fría. Cuando Julia se percató de que Danita la miraba preocupada, sus

vasos ya casi estaban vacíos.

–Perdonad –se escuchó la voz de un hombre.

Ambas miraron y se dieron cuenta de que el cantante estaba junto a su mesa, exponiendo una sonrisa tímida.

–Gracias por la invitación –dijo, mostrando una copa que llevaba en la mano.

–De nada, cariño. Has estado estupendo –respondió Danita, encantada de hablar con él–. ¿Quieres sentarte con nosotras?

–Será un placer –respondió él, con mucha educación y un acento inglés que Julia hubiese calificado de no recomendado para menores de dieciocho años.

Tomó asiento frente a ambas.

–Usted es Julia, ¿verdad? –le preguntó a la sorprendida escritora, quien asintió sin pronunciar palabra–. Le he preguntado a Isidro por su nombre. Me ha parecido muy significativa su... mirada. Ha sentido la canción, ¿no es así?

–Apenas la he entendido... Bobby –respondió ella, alzando las cejas con gesto irónico cuando pronunció su nombre, y quitándole importancia.

A pesar de las apariencias, Julia admitía en su fuero interno que aquel joven conseguía sonrojarla.

–Bobadas –respondió Danita–. A Julia le encanta la música, no necesita entender nada para sentirla. Le has emocionado –le aseguró al cantante.

–¿De verdad le ha gustado? –preguntó él, de una forma que tanto Julia como Danita encontraron realmente atractiva y llena de seducción. Ese chico buscaba algo más que una animada charla sobre música.

–¿Te van las maduritas, encanto? –tanteó Danita.

–¿Cuántos años tienes? –preguntó Julia, antes de que él pudiese responder.

–Veintitrés –pronunció con una sonrisa torcida.

Julia soltó una risa sarcástica.

–Vamos, hay que joderse... –dijo, haciendo reír a Danita–. Si yo hubiese sido tan puta como mi hermana, podría haber sido tu madre –Julia respiró profundamente, se echó hacia atrás en su asiento y suspiró desconcertada–. Deprimida por un hombre de mi edad, y me tira los tejos un veinteañero; alguien me está castigando... Este es el cumpleaños más extraño de mi vida.

–Felicidades –le dijo él, sin ningún interés por saber la edad de Julia.

–No te ofendas –habló, con voz acelerada e incrédula, Julia–, en otras circunstancias ni se me pasaría por la cabeza rechazarte. Tienes una voz preciosa, unas manos magníficas y un físico estupendo... Ni yo misma sé lo que podría hacer contigo. Pero no estoy pasándolo bien y no me apetece estar con ningún hombre.

Aquello hizo que el chico riese, realmente le hacía gracia cómo se expresaba Julia. Esa sonrisa pudo sofocar a Danita.

–Yo estoy libre –dijo ella, sin perder un segundo.

–¿Quién te ha hecho eso? –preguntó él, a Julia, habiendo sonreído de nuevo ante la aclaración de Danita–. ¿Quién te ha hecho daño?

Julia no le hubiese contado nada de su vida a un extraño casi veinte años más joven que ella si no hubiese sido porque Jack ya corría por sus venas.

–He sido yo sola. Yo... espanto a la gente, porque estoy harta de que me juzguen. Él me había juzgado antes de conocerme, y sé que yo no le gusté nada...

–¿Cómo pudo juzgarte si no te conocía?

–Juzgó mi trabajo. Antes de conocerme, le pareció que yo era desastrosa haciendo mi

trabajo.

–¿Tu trabajo?

–Sí, ¿qué pasa? ¿Nunca has tenido una novia a la que no le gustasen tus canciones?

–Mis canciones no suelen gustarle a casi nadie –respondió él, con buen humor.

–La gente es muy idiota... –criticó Danita.

–¿Y después de conocerte?, ¿valoró mejor tu trabajo? –preguntó él.

–Yo... no le di tiempo a... No sabe que... ¡Da igual! Yo sé que no le gusta. Si por cariño me dice que soy genial, no me sirve... Siempre será mentira.

Julia tomó su vaso y lo apuró entero de un trago, cuando estaba lleno hasta la mitad. Danita bajó la mirada, pues sabía que para Julia ni el joven más precioso del mundo podía servirle de consuelo. Suspiró.

–¿Por qué no cantas? Seguro que te sentirás mejor –sugirió Danita, mirando a Julia.

–No...

–Vamos, Julia –sonrió con delicadeza–. Sabes que te servirá para desahogarte. Lo necesitas.

–¿Tú cantas? –saltó el joven músico.

–Canta de puta madre –respondió Danita, casi escandalizada por la pregunta; para ella era muy obvia la respuesta.

–Sólo en la ducha, donde nadie me oiga.

–O en el karaoke cuando está muy borracha –la secundó Danita–. Cuanto más ciega está, más afina... no sé cómo lo hace.

–Bueno, pero no estamos en el karaoke y no tengo mi ducha a mano. Así que olvídale.

Danita suspiró ante la negativa de su acompañante y perdió su mirada entre los hielos y las gotas de agua que caían por su vaso. Julia miraba el escenario, sabiendo que Bobby la miraba a ella.

–¿En qué piensas, Julia? –murmuró Danita.

–El escenario vacío es... como una de esas muchachas que salían en las películas antiguas, las que esperaban en las fiestas de fin de curso a que alguien las sacase a bailar.

Bobby rió y negó con la cabeza.

–De eso nada –dijo–. El escenario es una mujer sensual y atractiva, que llama a ser poseída. Si no lo ves así, no tiene sentido que te dediques a la música. No eres tú quien elige subir al escenario... es el escenario el que elige secuestrarte a ti.

Danita y Julia se miraron significativamente. Julia parecía pensar que aquello era muy bonito pero que no se veía con fuerzas como para conquistar a una mujer sensual y atractiva en aquellos instantes... Danita le pedía a gritos que le dejase a solas con ese poeta.

–Esta bien, Julia –dijo Danita, sirviendo hasta arriba el vaso de la escritora–. Si no quieres cantar, no cantes. Pero brindemos.

Y brindaron hasta que Julia empezó a perder la noción del tiempo, del lugar y de sí misma. Empezó a reír a carcajadas con cualquier cosa que Danita decía. Los tres estaban un poco bebidos, pero Julia más que ninguno.

–¿No querías emborracharte por última vez? –rió Danita, a lo que Julia apenas pudo asentir con la cabeza y reír–. La botella está vacía. He cumplido.

–Danita... Voy a cantar porque tú eres una gran amiga.

–Sabía que te atreverías. Borracha, pero atrevida.

–Recuerda que esto lo hago por ti, ¿de acuerdo? No por él –dijo, levantándose con un leve tambaleo–. Él es muy joven para mí, mucho... –Julia señaló a Bobby y negó con el dedo índice–.

Yo estoy enamorada. Borracha y enamorada –dijo, sujetándose a la silla y riendo a carcajadas.

–Lo sé, Julia, lo sé –sonrió Danita, que se lo estaba pasando en grande.

Con ciertas dificultades, Julia consiguió llegar al escenario. Isidro se acercó a la mesa de Danita al ver a Julia poniéndose frente al micrófono. La cantante le dijo al barman qué canción debía sonar. A Isidro no le pareció buena elección, sobre todo teniendo en cuenta el estado emocional de Julia, pero accedió. Le indicó a la escritora que se sentara en un taburete y que no se levantara. Cuando comprobó que no se caería de bruces al suelo, encendió la música.

La melodía era tan famosa que todos los presentes la reconocieron en seguida. Julia no entendía mucho la lengua inglesa, pero esa canción era de las pocas que se sabía de memoria y que llegaba a comprender hasta odiarla.

Danita no mentía cuando alegaba que Julia cantaba muy bien, y fuese o no el efecto de la borrachera, la entonación y la emoción que le dio a *All by myself* fue perfecta. Cada verso que Julia cantaba la devolvía más a la realidad, la acercaba más a las lágrimas y la sacaba de su retardo causado por el alcohol. Se notaba poco a poco cómo su mirada se enfocaba... Cada vez se convencía más a sí misma de que lo que decía la canción era verdad. Las relaciones no eran un juego, ni una servilleta de usar y tirar... ya no. Echaba tanto de menos a Mario, y comprendía que esta vez ella se había equivocado y no el hombre que tenía a su lado, que todo su orgullo estaba por los suelos. Por su parte, Danita también parecía perder la chispa del whiskey, respiraba serena y escuchaba con atención, sin poder creerse que una persona tan fuerte como Julia pudiese llegar a mostrarse tan bellamente frágil.

Al final de la canción, Julia derrababa lágrimas y su patética imagen había hecho temblar de emoción y lástima a todos los que la habían visto. El aplauso fue sonoro, a pesar de que cada vez había menos gente en el Chispa&humo.

Julia se puso en pie para bajar del escenario, Danita se adelantó para ayudarle.

–Cariño, esta ha sido tu última borrachera –le dijo, notando que Julia estaba a punto de quedarse dormida–. Te llevaré a casa.

–Sí... –murmuró Julia.

–Ha sido impagable –le halagó Bobby–. Quizás volvamos a vernos.

–Eres muy joven para mí –insistió ella, en un segundo de lucidez pasajera.

El joven rió, aceptando la derrota de buen grado.

–Espero que seas feliz –dijo, suspirando y mostrando una última sonrisa.

Danita ayudó a Julia a andar por la calle hasta su piso. Tuvieron menos complicaciones de las que razonablemente les habría causado el alcohol para dar con las llaves adecuadas, y al final Danita pudo llevar a Julia hasta su cama.

–Pediré un taxi que me deje en casa, ¿de acuerdo? –preguntó Danita.

–Sí –respondió Julia, sin saber ya ni dónde estaba ni con quién hablaba ni nada que tuviera un mínimo de sentido.

–Muy bien –dijo, tapando a Julia con una sábana–. Recuerda: esta ha sido tu última borrachera –suspiró–. Ahora, tendrás que volver a quererte mucho, mi amor.

\*\*\*

–Me ha dejado sin palabras, Julia. Está genial –desde su despacho, Ernesto pasaba las páginas de la nueva novela, y a través del teléfono fijo le daba la enhorabuena–. Creo que lo has conseguido. Esta es la historia que buscábamos.

–El final fue muy difícil de decidir. Dime tú, ¿crees que debí ser más...?



–No, no, nada de eso. Yo lo veo muy bien tal como está. Creo que es lo mejor que has escrito desde tu primer éxito, sin exagerar.

–Gracias, Ernesto.

–Se merece un buen título. ¿Por qué no le has puesto ninguno?

–No quería influir en algo tan importante, quiero que sea perfecto. Tú eres el editor, entiendes de publicidad... Ponle el título que creas que más le conviene.

Ernesto se levantó de su sillón, dejando el teléfono en manos libres. Empezó a dar vueltas sin rumbo por aquella sala, cavilando.

–No sé, Julia... lo pensaré. Hablaré con el departamento de marketing. Pero me da mucha pena que no hayas querido aportar tu propia idea para un título. Mereces elegirlo tú. Es sin duda gran libro.

–Confío en vuestro criterio.

Ernesto asintió para sí mismo.

–De acuerdo, Julia. Entonces daré las indicaciones para que esto se ponga en marcha ya.

–Muy bien.

–Julia...

–¿Qué?

Ernesto suspiró, sabiendo que después de tantos días, más de un mes, sin haber sabido nada de ella, cuando apenas habían pasado un par de semanas desde el cumpleaños de ella, la pregunta era obligada.

–¿Cómo estás tú? Me... me tienes un poco preocupado. No sé nada de ti y cuando hablamos sólo nos ocupa la novela. ¿Qué tal pasaste tu cumpleaños?

–Me divertí con... unos amigos. Estoy bien, Ernesto.

–¿Seguro?

–Voy a estarlo. Seguro.

–Julia, no sé si tengo derecho a preguntarte esto, pero... ¿Y de ese Mario Guerra?, ¿has sabido algo más? –Ernesto tragó saliva, notando que ella tomaba aire y carraspeaba al otro lado de la línea.

–No sé nada. Da igual.

–Bueno, pues... Me alegro de que estés...

–Estoy bien, de verdad. No te preocupes –la voz de Julia pareció cobrar un poco más de vida–. Por cierto... No sé cómo decirte esto... Me gustaría...

–¿Qué, Julia?

–Me gustaría, o al menos eso creo... participar en la Feria del libro.

Ernesto casi se llevó las manos a la cabeza, con semejante sorpresa. Esa noticia era estupenda.

–¿En serio? ¿Hablas en serio, Julia? –se entusiasmó, y sonrió al oír la risa suave de ella al otro lado del teléfono.

–Sí –rió–. Pero no te emociones tanto. Ni que me fuera a comprar un teléfono móvil...

Aquello consiguió hacer reír a Ernesto.

–Lo prepararé todo para que puedas estar cómoda allí. Julia, verás como es una experiencia bonita estar cara a cara con tu público. Te llevarás gratas sorpresas.

–¿Seguro? –preguntó con una voz medianamente alegre–. Anda, cuelga antes de que me arrepienta –rió.

Ernesto hizo justo eso. Colgó el teléfono y empezó a dar toda clase de indicaciones con el fin de que la novela estuviese en las librerías para dos días antes de la inauguración de la feria.

Toda la maquinaria debía ponerse en marcha cuanto antes; el trabajo sería contrarreloj.

Aunque Ernesto se vio un poco agobiado de repente, nada importaba. Las perspectivas de la nueva publicación eran amplísimas. No sólo era un libro fresco, sino que por fin la imagen de la autora se vendería para la promoción. No se podía creer que Julia se hubiese decidido a participar...

Quince días después de que Ernesto se decidiera a comenzar la edición, los carteles que anunciaban la salida al mercado de la próxima novela de Tarántula llenaban las librerías. Se leía claramente que el libro tardaría cinco días en estar disponible. En una semana comenzaba la Feria del libro, y todo el sector editorial esperaba que fuese un éxito.

En el despacho de dirección del segundo periódico de más tirada del país, ya había un ejemplar, y estaba siendo testigo silencioso de una conversación entre el Editor Jefe y Mario Guerra.

–Esta mañana ha llegado a la redacción este libro –dijo el señor Olmedo, acercándose a Mario.

El editor era un hombre alto, muy gordo, falto de cuero cabelludo, y que vestía siempre traje de chaqueta. Hablaba moviendo poco la boca, y respiraba más apurado en cuanto pronunciaba una palabra. Estaba tan gordo que hasta hablar parecía ser para él un deporte costoso.

–Nunca pensé que Ernesto Palacios quisiera volver a arriesgar con...

Mario observó el libro. Al leer el pseudónimo alzó las cejas, estando en parte de acuerdo con su jefe. Sin embargo, el título y la portada le gustaban. Recordó a Julia, y su estantería con todos los títulos de Tarántula.

–¿Quieres que haga la crítica? –preguntó Mario, dispuesto pero sin entusiasmo.

–El libro ha llegado con una nota del señor Palacios –Olmedo le pasó el folio escrito a Mario–. Asegura que Tarántula se ha reinventado, que esto es algo nuevo y realmente bueno. Está interesado en que nuestro suplemento dominical le dedique espacio en exclusiva a Tarántula en la sección de cultura el próximo fin de semana... Quiere citar a algunos de nuestros periodistas y fotógrafos para que acudan a entrevistar a Tarántula en la Feria del libro.

–¿Me tomas el pelo? No lo vale...

–Hay muchos lectores que estarían encantados de ver quién es, aunque haya perdido la chispa. Podríamos vender bastante si aceptamos la exclusiva. A pesar de su lamentable calidad artística, Tarántula es una autora con muchos seguidores.

Mario volvió a pensar en Julia.

–Pero le estarás haciendo publicidad. ¿Qué pasa con nuestra credibilidad?

–Afloja un poco, Mario –le tranquilizó–. Sólo aceptaré entrevistar a Tarántula cuando tú leas el libro y me confirmes que es bueno. Intenta leerlo sin prejuicios, tómatelo como un libro más. Te doy tres días para que me contestes, ¿de acuerdo?

Mario le devolvió el folio firmado por Ernesto a Olmedo. Suspiró sopesando que tendría que volver a leer a Tarántula, esa tediosa escritora que hacía que una hora con un libro en las manos fuese un año de somnolencia. Finalmente, asintió, aceptando.

–Todo tuyo –le dijo Olmedo, pasándole el libro.

Mario salió de la sede del periódico en dirección al colegio de sus hijos. Aquel día tenía que recogerles y llevarles a casa para pasar el fin de semana con ellos. En la casa les esperaba Ágata, con la comida preparada, deseosa de ver a los niños. La criada ya no trabajaba tantos días para Mario, sólo acudía a la casa de viernes a domingo, cobrando exactamente lo mismo que habría cobrado estando allí toda la semana. El resto del tiempo, Mario estaba solo. No echaba de

menos a Leila, y apostaba a que Ágata tampoco. Por suerte para él, su trabajo le había tenido muy ocupado y el divorcio no había sido un agradable paseo... Por suerte, porque toda aquella estresante circunstancia le quitaba tiempo para pensar en Julia.

Mario subió a su coche y arrancó, dejando el libro y su maletín en el asiento del copiloto. Mientras conducía, se dio cuenta de que ese libro le había recordado demasiado a Julia. Ya estaba zanjada toda su separación, ya era un hombre divorciado, no tenía que preocuparse más. Y su trabajo ahora era centrarse en ese libro, que quizás, siendo seguidora de Tarántula, Julia estuviese a punto de leer cuando se pusiera a la venta. Su cabeza no tenía excusa... Empezó a pensar sólo en ella.

Se arrepentía mucho de no haberle contado antes a Julia que era un renombrado periodista, que trabajaba haciendo críticas literarias, que había vivido en Estados Unidos, que era famoso en ciertos círculos... Julia se lo había tomado muy mal, sobre todo el hecho de que no le dijese su nombre con el apellido que quizás ella hubiese reconocido. Mario lo eligió así. Iba de incógnito, siempre lo había dicho... y, sí, fue consciente de que diciéndole su apellido menos conocido se estaba protegiendo de ser descubierto. Pero eso sólo fue al principio. Después, él no quiso tener secretos para ella, y si no le aclaró quién era fue simplemente porque... no se dio la conversación. No tenía intención de ocultarle nada. Ella se había mostrado tan enfadada, tan decepcionada, que Mario no fue a buscarla porque le daba vergüenza haber sido tan reservado. Sobre todo cuando ella...

–Julia Tenorio... ¿A qué te dedicabas tú? –preguntó Mario en un murmullo, mientras esperaba a que el semáforo se pusiera en verde.

Mario frunció el ceño. Nunca se había parado a pensar que no sabía cuál era la profesión de Julia. Eso no le hacía sentirme menos culpable, pero sí más herido. Él estaba casi tan desvalido como ella. Quizás debió haber ido a buscarla cuando se marchó tan disgustada del bar. Pero el sentimiento de culpa le había obligado a respetarla, a dejarla lamentarse sin hacer el ridículo de tratar de evitarlo.

–Puede que no hubiera sido tan mala idea –pensó, avanzando hasta la puerta del colegio.

Aparcó en una esquina, alejada del tumulto que se formaba en la puerta de salida. Los chicos sabían que él les esperaba allí. Lo mejor de aquel colegio era que desde preescolar hasta los cursos previos a la universidad tenían cabida en el recinto, de modo que Estrella tenía cerca a sus hermanos mayores. Eso dejaba a Mario más tranquilo.

Les vio aparecer por la puerta. Estrella le daba una mano a Sonia y sonreía charlando con ella, mientras que en la otra llevaba a su inseparable osito de peluche, que había estado oculto en la mochila hasta ese momento en el que ya no había peligro alguno de que la profesora se lo hubiese arrebatado en clase. Iván tenía ambas manos y la cabeza ocupadas en acabar una partida con su nueva videoconsola. Mario sonrió irónico al ver el cuadro que formaban sus hijos dirigiéndose hacia el coche. Se puso un poco tenso cuando un muchacho se acercó a Sonia, llamando la atención de la chica, cruzó con ella unas palabras, mostrándole una sonrisa, y se despidió dejándola bastante turbada. Mario carraspeó.

–Hola papá –saludó Sonia, al abrir la puerta del copiloto.

–Hola, cielo –respondió él, ayudándole a tomar asiento, quitando el libro y su maletín.

Iván ayudó a Estrella a sentarse en su silla para niños, que estaba justo detrás del asiento de Mario, y ocupó la plaza junto a ella.

–¿Vais bien? –preguntó Mario.

–¡Sí, papá! –rió Estrella, alzando las manos y los pies, demostrando que no podía caerse porque estaba bien sujeta.

Iván seguía inmerso en sus videojuegos, pero al menos asintió.  
–Pues vámonos –Mario puso en marcha el coche y se marcharon.

Tras pasar un día estupendo con sus hijos en su recién estrenada casa nueva, Mario dejó que se quedaran en el salón viendo alguna película. Él tomó el libro, que había estado evitando todo el día, y salió al jardín. Era una zona privada, sólo para él y los niños, que tenía un porche con cómodas hamacas y una piscina de agua cristalina y climatizada. El sol acababa de ocultarse, y el cielo mostraba un color azul un poco violáceo. Los farolillos de la casa ya estaban encendidos. Había poca luz, pero más que suficiente como para leer sin problemas. Así que Mario se remangó los pantalones y las mangas de su camisa, se sentó al borde de la piscina con el libro, metió los pies en el agua templada y empezó a leer.

Lo primero que se encontró le dejó sin palabras. En la dedicatoria, aparecía su nombre. *Esta novela está dedicada a Mario Guerra*. Una escueta frase, pero llena de significado. Mario se sintió incómodo. ¿Cómo podía ser tan descarada e infantil esa escritora como para hacer esa ridícula dedicatoria, después de haberle mostrado lo furiosa que se puso al leer su última crítica? Era tan sarcástica... ¿Qué pretendía?, ¿sacarle de sus casillas? Le pareció una chiquillada, propia de una adolescente. Quizás Mario la había tomado por una adulta y en realidad se encontraba ante la obra de una veinteañera malcriada. Que Tarántula fuese en realidad una mujer muy joven explicaría su falta de clase y carisma, pero no su bibliografía... debía de haber empezado a escribir novelas a los doce años. La idea era tan irrisoria...

Volvió a sentir esa resignación que le venía invadiendo desde que vio el libro en el despacho de su jefe, y se enfrascó en la lectura.

Desde la primera página, se encontró en un lugar que le era familiar: los Estados Unidos. Tarántula nunca ambientaba sus libros en localizaciones extranjeras, lo cual le parecía aburrido a Mario, y esta vez había cambiado radicalmente. La historia tenía lugar en California, allá por los años 30. Una época en la que la Segunda Guerra Mundial estaba en ciernes era un reto, pues la Historia habría de tener peso en la novela, y eso era algo que Tarántula siempre había evitado, para el sopor de Mario. Narraba el día a día de una adolescente norteamericana a la que la vida le sonreía, una tipología de personaje antes desconocida en los libros de Tarántula. El libro sería bueno o no, pero diferencias superficiales presentaba, y bastante llamativas.

La rubia protagonista de la historia se llamaba Sophie Stella, pero sus amigos la llamaban Little Star, la pequeña estrella. Era una muchacha de quince años que iba creciendo a medida que avanzaba la historia. Ella era el centro de todas las atenciones y halagos del mundo que la rodeaba. Provenía de una familia de clase media, pero destacaba entre todas las demás muchachas por su belleza, su sonrisa perenne, el brillo de sus jóvenes ojos y su voz prodigiosa. Desde que entró en la adolescencia, solía cantar a cambio de dinero en un night club de la ciudad llamado Kiss&Candy. Adoraba bailar y no dudaba en coquetear con todos los chicos y hacerse adorar por sus amigos, que la idolatraban. Ni las pin-ups eran tan adoradas como ella. Sabedora de ser una chica agraciada, Little Star estaba segura de que podría tener todo lo que quisiera... Sólo pensaba en estar siempre satisfecha.

Los años de su adolescencia se relataban como una fiesta continua... Hasta que apareció en su vida un soldado apenas unos años mayor que ella. Se trataba de Edward P. Moore, un teniente de la Marina Norteamericana, cuya madurez estaba muy por encima de la de Little Star. Ella le conmovía con su voz de azúcar cuando la llevaban para que cantase ante las tropas, le resultaba una muchacha encantadora y muy llena de vida, incluso había conseguido que Ed sonriese alguna vez al hablar con él... Pero ninguno de los esfuerzos de la muchacha había dado

resultado para conquistar al teniente. Él era un joven muy serio, y estaba muy centrado en su carrera. Además, consideraba que Sophie era la estrella del lugar pero que aún era muy niña en cuanto a su mentalidad. Ella no dejaba de ser una distracción momentánea que no iba a ninguna parte. Little Star había tratado de seducirle cuando ella tenía dieciocho años, pero se había dado cuenta de que no sabía cómo hacerlo... Él era muy diferente al resto de los chicos a los que ella había conocido, y sus artes no funcionaban tan satisfactoriamente con él. Ed no tenía intención de seguirle el juego a Sophie. Como si hubiese querido protegerla de sí mismo, no se le ocurrió siquiera tocarla, pues quería evitar que la vida de la chica cambiase en absoluto porque ella entrase en alguna confusión con sus sentimientos. Las conversaciones que mantenían ambos le resultaban familiares a Mario... En cierto sentido, él se sentía como la joven muchacha que estaba deseosa de conseguir la atención de una persona tan fría como el teniente. Y las palabras que utilizaba Sophie, se parecían peligrosamente a las que habría usado él...

Los años se relataban con un trasfondo político y social cada vez más tenso.

Lo último que se hubiera imaginado Mario habría sido verse a sí mismo enganchado sin remedio a la historia. Sin embargo, las luces de la piscina se apagaron de forma automática a la una de la madrugada y él seguía allí, sin intención de moverse. Los niños se habían quedado dormidos en el salón.

Mario cerró el libro. Despertó suavemente a Sonia y a Iván para que subieran a sus habitaciones, andando como zombies y sin llegar a ser realmente conscientes de lo que estaban haciendo, mientras que él tomó en brazos a Estrella y subió las escaleras para llevarla a su habitación.

El cuarto de la pequeña estaba justo al lado del de Mario, y la puerta enfrentaba las de sus hermanos. Con mucho cuidado, su padre la acostó sintiendo su tranquila respiración. Mario le quitó los zapatos para taponar con las sábanas. Ágata ya le había dado un baño y le había puesto su pijama favorito. Antes de irse para dejarla dormir, Mario le acercó a Estrella su osito de peluche. Ella, profundamente dormida, lo agarró decididamente y lo abrazó. Mario sonrió. Su pequeña estrella no se parecía a la del libro, pero para él no había nada más adorable.

Dejando todas las luces de la casa apagadas, Mario se acostó en su cama y volvió a tomar el libro. Continuó leyendo, sorprendiéndose a sí mismo...

Cuando Sophie entró en la veintena, supo que el teniente iba a volver a la ciudad después de haber pasado un par de años fuera. Ella se alegró mucho, pero sus esperanzas de conquistar a Ed no fueron mucho mayores... Entendió que lo que él buscaba era un poco de madurez en las mujeres; que no fueran sólo unas alocadas muchachas hermosas sin cabeza. Lo difícil para Little Star había sido abandonar esas costumbres de divertirse con sus amigas a costa de los chicos, aunque no estuviese enamorada de ninguno de ellos. Le había costado mucho suavizar su aparente alegría crónica, para dar paso a la seriedad cuando pensaba en una relación. Cuando Little Star creyó que estaba preparada para demostrarle que podía controlar sus impulsos adolescentes, que ya era una mujer en condiciones, pensó fríamente que quizás él ya tuviese prejuicios con respecto a ella... Se había pasado tantos años haciendo el ridículo delante de él, había sido siempre tan loca y tan poco recatada para exhibir su alegría, su juventud, sus ganas de fiesta... ¿Cómo iba a enfrentarse a él después de que Ed hubiese visto todo eso? Puede que él no comprendiera nunca que ella podía cambiar, puede que ya la imagen que el teniente tenía de ella fuese solamente risible. Aquello la acobardó, se sintió avergonzada, y perdió la valentía. No se atrevió a dirigirle ni la palabra ni la mirada al soldado.

Sophie pasó varios años ocultando su amor, notando que aquel extraño sufrimiento le hacía madurar de verdad, aunque disimulaba que seguía teniendo la misma vida de siempre.

Cuando Little Star cumplió veinticuatro años, su nombre artístico, aquel que le pusieron sus amigos, ya era conocido por todo el estado. Su voz era famosa. Sin embargo, gracias a sus estudios, fue admitida como profesora de Historia en una escuela para niños. Adoraba a los niños, pero ser profesora y tener veinticuatro años sólo la convertía en una mujer demasiado lista como para estar soltera y no ser considerada peligrosamente independiente. La gente comenzó a hablar, y las malas lenguas decían que una mujer casadera que tenía estudios y trabajo, en especial uno como cantante, en lugar de tener marido e hijos, debía ser una mala mujer. Ni siquiera su reputación pasada y su buena fama la salvaban de aquello. La vida de Little Star no tenía más preocupación que la de seguir adelante llevando su amor secreto, haciendo lo imposible porque ello no le causara más problemas... Pero algo ocurrió ese año. Al norte del país, los japoneses atacaron la base militar de Pearl Harbour, poniendo en peligro a parte de la Marina Norteamericana. La vida de Sophie dio un vuelco ese día.

La muchacha tenía varios pretendientes, muchos de ellos eran hombres de negocios ya casados y divorciados, que podían proporcionarle una vida tranquila y muy cómoda... pero ella sólo podía pensar en Edward y en que su vida corría un gravísimo peligro. Habían pasado tres años desde que los Estados Unidos habían entrado en guerra, y no parecía que el conflicto fuese a acabar pronto. Toda la información que llegaba a sus oídos era poca, pero reflejaba que la guerra estaba siendo cruenta como ninguna otra. Su corazón estaba continuamente apretado por las sogas de la incertidumbre. Sin poder aguantar ni un día más, Little Star sintió la necesidad de salir de su ciudad y marcharse en busca del teniente, estando terriblemente arrepentida de no haberse presentado a él cuando quiso hacerlo. Estaba absolutamente decidida a encontrarlo.

Mario suspiró y cerró el libro. Estaba en silencio. No le parecía que aún la historia fuese especialmente original, pero era hermosa y la escritura estaba muy cuidada. El ritmo no decaía nunca, y al parecer estaba llegando al punto más interesante, pero... Su reloj de la mesilla de noche marcaba que eran las tres en punto de la mañana. Le quedaban doscientas páginas por leer.

Decidió bajar a la cocina a tomar algo, cualquier cosa que tuviese cafeína. Estaba interesado en la historia. Demasiado para ser él. Tarántula estaba siendo capaz de algo impensable: no hacer aparecer comentarios sarcásticos en la mente de Mario a medida que leía. Empezaba a pensar que a partir de ese momento debía prestar mucha atención a la forma en que la novela presentaba el drama de la guerra, un asunto bastante peliagudo que seguramente Tarántula no sabría afrontar, dada su falta de interés en la Historia hasta entonces. Después de tomarse un café con leche bastante cargado, Mario volvió a su habitación y, tras pensarlo un momento, retomó la lectura.

Nadie parecía tener la intención de ayudar a Sophie. Estaba completamente sola. Nadie la informaba de las bajas humanas, porque toda la información que fuese mala para la propaganda era prácticamente secreta, y muy pocos círculos podían acceder a ella. La novela comenzó a describir un viaje por la Costa Oeste de los Estados Unidos en el que Little Star se hacía pasar por otras personas, poniéndose en peligro, valiéndose de su voz como un arma, incluso llegando a ser sospechosa de espionaje... Su aventura la llevó a descubrir que Edward no estaba en Estados Unidos. Había sido enviado a Francia, con un grupo de soldados que ya había regresado a casa sin él. Aún así, no constaba que el teniente hubiese muerto, sino tan sólo que se encontraba desaparecido. El corazón roto de Little Star se negaba a creer que esa desaparición se debiese a la muerte de Edward. Debía tener esperanzas. Europa estaba sufriendo las furias del poderío nazi, que, aunque poco a poco parecía rendirse ante Estados Unidos y la Unión Soviética, no cesaba en sus últimos esfuerzos por llevar el terror a enemigos como Francia e Inglaterra. La idea de abandonar el país no le resultaba para nada atractiva a Little Star, pero debía hacerlo o no viviría

tranquila...

Mario se estiró en su cama. Eran las cinco y media de la mañana. El sueño le pesaba, pero le quedaban apenas cuarenta páginas para llegar al final. Negó con la cabeza en el silencio, casi sonriéndose de la lección tan inesperada que Tarántula le estaba dando... No iba a dejar de leer.

Gastando el poco dinero que le quedaba, sin arrepentirse en ningún momento de haber rechazado a los ricachones que la pretendían, Sophie viajó hasta Barcelona. El único trozo de la novela que apenas tocaba la situación de España era frugal, pero eficaz. Existía una crítica efímera y feroz a la dictadura franquista. Little Star sólo tenía una ligera idea de dónde podría estar el teniente. A orillas del Mediterráneo, a poco tiempo de viaje desde la frontera con España, Francia poseía una pequeña ciudad costera a la que enviaban a los heridos de guerra... El hospital estaba abarrotado, era como un pedazo del Infierno en la Tierra. Allí todos los heridos eran muy recientes, y Sophie tuvo que investigar para descubrir que existía un centro a parte, donde los heridos reposaban hasta la recuperación. Algunos extranjeros habían sido enviados allí, entre ellos algunos norteamericanos demasiado graves como para enfrentarse a un viaje de vuelta a su país. Aquella era la última esperanza de Little Star. El día que la muchacha llegó a la ciudad, una noticia rondaba por todas partes: Hitler, el líder del movimiento nazi, se había suicidado.

El edificio en el que se encontraban los heridos ya estables era un lugar muy amplio y bien protegido por las fuerzas del Ejército Francés. Para Sophie no fue sencillo colarse dentro sin ser vista. Una vez allí, tuvo que disfrazarse y aparentar ser una enfermera... Lo tuvo difícil porque no hablaba francés y las demás enfermeras la miraban confundidas. Disimulando cuanto podía, consiguió llegar a la parte donde estaban los soldados extranjeros. Cuando posó sus bellos ojos sobre el rostro dormido de Edward, sintió una liberación enorme, y al mismo tiempo un shock desagradable. Estaba herido de gravedad, pues cerca de su corazón, sus costillas parecían haber sufrido roturas, y la mitad de su cuello estaba destrozado por una gravísima quemadura. Sophie tuvo que disimular hasta que las enfermeras se marcharon, y entonces se acercó a él y no pudo reprimir las lágrimas junto a la camilla. Él abrió los ojos y al reconocer a Little Star allí, junto a él, siendo la única persona que le separaba de la muerte, sintió que algo cambiaba dentro de él.

Ella se quedó a su lado, temiendo cada día por su vida, pero guardando la esperanza. Le cuidaba y le acompañaba, procurándole cada día una mejoría segura, aunque algunos daños fuesen irreversibles. Sophie tuvo todo el tiempo del mundo para Edward. Meses después llegó la terrible noticia de que las bombas atómicas habían sido lanzadas por los Estados Unidos contra Japón. Aquello llevó al fin de la sangrienta guerra.

La victoria de los Estados Unidos no entusiasmó al teniente, ni tampoco a Sophie. La recuperación de Edward avanzaba, y poco después pudo volver a andar por sí mismo, sin temer por su corazón. Se había recuperado, aunque las marcas físicas y psicológicas que le había dejado el conflicto eran la prueba de que ya no era el mismo. Su país no había reclamado noticias suyas en todo aquel tiempo, y sin embargo el orgullo le invadía. Se sentía un soldado de valía, y sobre todo, se sentía un hombre afortunado. Creía conocer su país, creía compartir sus deseos de conquista, pero jamás se habría imaginado que hubiera sido capaz de utilizar un arma como la bomba atómica. Creía que conocía a Little Star, pero nunca hubiera imaginado que ella era la auténtica conquista que estaba buscando.

“En lugar de desear que fueras diferente tan a la ligera, debí tomarme mi tiempo para conocerte de verdad”. La frase del teniente, que era más que una declaración de amor, ponía fin a la novela.

Aquella última frase fue la que consiguió encender una chispa en la mente de Mario. Era imposible que Tarántula hubiese escrito un libro en el que había tantas cosas que le recordaran a

sí mismo o a Julia. ¿Estaría delirando a las seis de la mañana, tras no haber pegado ojo en toda la noche?, ¿o sí tenía sentido? Mario rara vez creía en las casualidades.

–Esto es una locura –murmuró para sí mismo–. Una cantante de los años treinta que canta blues... –Mario sonrió sarcástico y recordó que una vez le dijo a Julia que se veía muy hermosa escuchando blues–. Una mujer a la que todos querían ver casada...

Mario pensó muy en serio que los diálogos se acercaban mucho a cosas que él había hablado con Julia. En algún momento había tocado todos esos temas de conversación con ella. Empezó a darle vueltas a una idea descabellada. Julia tenía su estantería llena de libros de Tarántula, se teñía para parecer rubia, aparentaba ser fría como el personaje del teniente, gustaba del blues, adoraba viajar... Y ambos habían estado muchas veces juntos en el Chispa&humo, ¿hacía eso menos casual que el bar donde cantaba Little Star se llamase Kiss&Candy?

Con aquella suposición ganaba importancia el hecho de que el libro se lo dedicara a él. ¿Tenía eso algún sentido? Mario suspiró. ¿Y la protagonista? Little Star y Sophie... Eran los nombres de sus hijas: Estrella y Sonia. Los mismos nombres; diferentes formas de nombrarlos. ¿Era aquello también pura coincidencia?

–No puede ser... –Mario pensó que si Julia y Tarántula eran la misma persona, muchas cosas podían explicarse.

Volvió a leer la última frase del teniente Edward: “En lugar de desear que fueras diferente tan a la ligera, debí tomarme mi tiempo para conocerte de verdad”. Era un mensaje claro si Julia lo había escrito. Y si lo había escrito ella, era que se trataba de Tarántula, y si ella era Tarántula, ambos habían tenido un desagradable cruce de mensajes en el pasado, lo cual significaría que ella era muy consciente de que Mario tendría que leer el libro, porque sabría perfectamente que ese era su trabajo...

–Dios mío –murmuró Mario, entendiendo entonces muchas cosas, para empezar, el desengaño de Julia al descubrir quién era él.

Mario cerró el libro y observó la portada, que mostraba un micrófono como el del Chispa&humo, de estilo años 30, y una especie de collage que formaba en blanco y negro el cuerpo de una mujer picassiana. El estilo del Guernica, la guerra, hecha figura de mujer... Todo ello acompañado de un título que sólo al final tenía sentido completo: *Jirones de blues*.

Mario observó las tapas del libro. La portada le encantaba, mientras que la contraportada estaba completamente en blanco, como a medio acabar. De pronto, algo llamó poderosamente su atención. La firma editorial: Ediciones Palacios. No se había parado a pensarlo antes.

–Ernesto Palacios era su amigo Ernesto, el que estuvo con ella en el funeral de Ángela – aquella conclusión le dejó de piedra.

Tenía que ser ella.

Abrumado por su probable descubrimiento, Mario se quedó tumbado en su cama sin poder dormir durante un buen rato. Finalmente, y sabiendo que su descanso duraría poco, consiguió conciliar el sueño.

Al despertar, Mario miró su reloj. Eran las doce del mediodía. Su primer pensamiento le llevó al libro de Tarántula. Puede que no se hubiese equivocado cuando meses atrás criticó duramente su trabajo, o quizás hubiese sido demasiado duro, el caso era que ella parecía haber reaccionado y le había respondido de la mejor manera: creando una buena novela. Era el momento de admitir que aquella obra era digna de ser leída. Fuese o no Julia la que se escondía detrás del arácnido pseudónimo, Mario estaba encantado con el cambio y con la dedicatoria. Y si realmente era ella quien había escrito el libro, tendría que hacerle saber de alguna forma que sus juicios



anteriores sobre su trabajo no condicionaban la situación real: estaba enamorado de ella.

Mario bajó al salón para ver a los niños, que ya habían desayunado en compañía de Ágata. Los niños estaban allí, cada uno dedicándose a lo suyo. Sonia hablaba por teléfono, Estrella jugaba con dos de sus muñecas preferidas, e Iván estaba sentado en la mesa, concentrado en estudiar. Desde que Mario había comprado la casa nueva y había obtenido su custodia compartida, su hijo estudiaba todas las mañanas allí, sin excepción. A Mario no le gustaba llegar a obligarles a estudiar, pero quizás algún día los niños se lo agradeciesen.

–Buenos días, señor –le saludó Ágata cuando vio a Mario entrar en la cocina, notando en seguida algo extraño en su rostro–. ¿No durmió bien?

–Sí, he dormido bien, pero me acosté muy tarde... –Mario sonrió–. Estuve toda la noche leyendo.

–¿Y le gustó el libro? –le preguntó, ofreciéndole un café con leche que él rechazó agradecido.

–Mucho. Me gustó bastante –asintió–. Y es raro, ya sabes que las novelas con romance como espina dorsal no son mis favoritas.

–Es extraño que un libro le quite el sueño, sea de lo que sea... Espero que me lo preste, porque tiene que ser bueno –rió Ágata.

–¿Prestártelo, viejita? –preguntó Mario, con mucho cariño–. Ni hablar. Te regalaré un ejemplar en cuanto lo pongan a la venta.

–Muchas gracias, don Mario –respondió ella, con una sonrisa–. Pero no crea que por eso voy a preparar pastel de chocolate...

Mario soltó una carcajada. Cuando era niño le llevaba dibujos a Ágata y los ponía en la cocina, para que ella se enterneciera y preparase ese postre.

–Bueno, quizás el fin de semana que viene –cedió ella.

Él rió de nuevo y se dirigió al salón, dejándola con sus quehaceres. Mario encendió su ordenador y, con el libro de Tarántula al lado, comenzó a redactar una crítica positiva, comparando a la autora con un ave fénix o algo por el estilo. Lo primero que hizo fue agradecer la directa dedicatoria, y a partir de ahí repasó varios aspectos. La obra no era perfecta, ni imprescindible, pero si la lectura había de ser vista como un placer y no como una necesidad, el libro era muy recomendable.

Tanto afán puso Mario en realzar las bondades de la obra, que esa tarde, después de leer la crítica que le había llegado por e-mail, el redactor jefe le llamó por teléfono.

–¿Dígame?

–Mario, soy Olmedo. Perdona si llamo en mal momento...

–No, no. Para nada.

–Verás, es que acabo de leer lo que me has mandado y... Bueno, supongo que esto significa que queremos esa entrevista con Tarántula, ¿no es así?

Mario se puso nervioso. Si sus sospechas eran ciertas, la mujer que estaría en la feria sería Julia.

–Desde luego que sí –fue rotundo–. Es más, te voy a pedir un favor.

–¿Ah, sí? ¿Qué quieres?

–Déjale el trabajo al mejor periodista de la sección de cultura que tengas.

–¿Qué dices? Ese eres tú. Y esa mujer debe odiarte...

–Gracias por el halago, pero yo sería muy mala opción, ciertamente –Mario lo dijo con sarcasmo–. Lo que te pido es que la trates bien. Me siento un poco mal por haber sido tan duro

con ella la última vez. Me ha demostrado que sabe lo que hace, así que se merece que nos lo tomemos en serio.

–Me están entrando ganas de leer ese libro sólo por descubrir qué te hace ser tan caballeroso a estas alturas...

–Ya conoces mi crítica. Leerlo es una buena idea.

–Supongo.

–Por favor, sólo te pido...

Viendo la insistencia de Mario, y sabiendo que siempre había sido un buen periodista, con mucho bagaje literario, a Olmedo tampoco se le ocurría nadie mejor que él para el trabajo. No sabía si Mario se traía algo extraño entre manos, pero quizás fuese interesante descubrirlo.

–Muy bien. El trabajo quedará en manos de mis mejores entrevistadores. Cuenta con ello – accedió.

A dos días de que diese comienzo la feria, las librerías pusieron a la venta el nuevo libro de Tarántula, y por primera vez, en la contraportada, aparecía una imagen, una fotografía a la que asociar el pseudónimo. La fotografía tenía un color sepia muy suave, que congeniaba con la idea de los años 30. Se veía el primer plano de una mujer que parecía ser Julia. Tenía los párpados agachados, de modo que sus ojos no llegaban a verse del todo, y lucía una media melena morena.

Cuando Mario acudió a su librería habitual para comprarle un ejemplar a Ágata, sin poder esperar a acudir a la feria al día siguiente, aquella fotografía le arrebató el aliento. Sí era Julia, sus sospechas se confirmaban, pero aunque esa fotografía era sin duda de ella, parecía cambiada. Su aspecto era sereno, quizás triste... pero de ninguna manera la fotografía retrataba a una mujer fuerte y orgullosa. Se mostraba delicada, ausente y bella. Ente las tapas del libro se decía muy poco de ella, apenas su nombre real y las obras que había creado antes, pero nada de su vida personal o profesional al margen de aquello.

\*\*\*

Huyendo de la oscuridad de su nombre, abriéndose al mundo sin prejuicios y dejándose en casa la armadura, Julia acudió a su cita en la Feria del libro. Durante todo el día se mantendría dispuesta a recibir por primera vez a su público de frente. Ernesto la acompañaba, era una condición que había puesto Julia.

Había muchos escritores famosos allí, personas a las que Julia no tenía el gusto de conocer. No se identificaba con ellos, pero aquel día se resignó y trató de amoldarse a la situación de conocer a sus colegas de profesión sin sentir que era una extraña.

Ernesto ya le había dicho a Julia lo mucho que le agradaba su nueva imagen y lo bien que le sentaba a ella. Se había decidido a quererse a sí misma, como le aconsejó Danita. Vestía con ropas que le favorecían, no con lo primero que pillaba al abrir el armario; se había maquillado a su gusto, sacándole el máximo partido a su rostro, y descubriendo que era mucho más guapa de lo que se pudiera haber esperado; había dejado de beber, lo cual le sentaba muy bien a su imagen, y fumaba menos... Ciertos vicios nunca se van del todo. Había ganado algo de peso, después de entender que Danita no bromeaba. Al menos había ganado el peso suficiente como para que se le dibujaran unas curvas preciosas que hacía años que no veía en su cuerpo, y para tener un aspecto más sano y alejado del de su esquelética madre. Pero si había algo que la diferenciaba de la Julia anterior era su cabello. Su melena le llegaba a la altura de los hombros, la llevaba rizada y de su color natural: el negro. Apenas llevaba unas pocas vetas de color castaño, pero ni rastro del tinte

rubio. Había cierta serenidad en ella, como si el mimarse a sí misma hubiese acabado con un animal herido que la hacía tener un aspecto más agresivo hacia el exterior.

En definitiva, Julia estaba preciosa en todos los sentidos.

Cuando Mario la divisó, aún de lejos, llegando a la zona donde ella estaba atendiendo a una larga fila de admiradores y curiosos que querían tener la firma de Julia plasmada en sus libros, no encontró palabras para describir su emoción. Estaba muriéndose por llegar a su lado.

–Aquí tienes –le dijo Julia a uno de sus admiradores, devolviéndole un libro firmado.

–Muchas gracias, Tarántula.

–A ti –sonrió ella, que se giró entonces a mirar a Ernesto.

–Lo estás haciendo muy bien –le animó él.

–Eso espero...

–La gente está encantada de poder verte.

–Accedí a participar porque necesitaba algo así, gente que me sonriera. Pero tenía tantas dudas... Creía que nadie estaba dispuesto a decir nada bueno de mí –Ernesto sonrió con ternura–. La gente es tan amable y tan detallista conmigo...

–Es su forma de darte las gracias, Julia. No debiste tenerles miedo.

De pronto, Ernesto mostró una mirada dura y pareció sentirse molesto. Julia miró hacia donde se dirigían los ojos del editor, encontrándose con la mirada de Mario.

Julia se sintió culpable y aterrada en ese momento. No creyó que fuese a hallarse en aquella situación tan embarazosa. La mezcla de sensaciones que la envolvió casi la asfixiaba. Había deseado volver a verle cada día desde la última vez que pisaron el Chispa&humo y tuvieron aquel incómodo encuentro, pero no podía ignorar que con todas las cartas boca arriba, quedaba claro que ella tampoco había jugado limpio... y quizás Mario no tuviese el mismo entusiasmo por verla a ella.

–Señor Palacios –saludó Mario, como si se dirigiera al padre de una jovencita a la que fuese a llevar a un baile de fin de curso.

Ernesto sólo asintió respetuoso, sin mostrar ningún tipo de emoción.

–Julia... –dijo, entonces, mirándola a ella–. Estás guapísima.

Aquellas palabras fueron pronunciadas con delicadeza y sin rastro de pretensión. Julia no podía sentirse más avergonzada, sobre todo asumiendo que Mario no estaba enfadado con ella. Tragó saliva e hizo un esfuerzo por hablar sin rodeos.

–Muchas gracias –asintió–. ¿Qué tal estás?

Mario le mostró el libro que llevaba en las manos. Julia apretó los labios e hizo una mueca al ver que era el suyo.

–He venido a decirte que... –Mario pensó las palabras con detenimiento–. Lo leí hace unos días y me gustó muchísimo, así que quería agradecerte que me lo hayas dedicado... Gracias.

Julia asintió, sintiéndose tremendamente abrumada por el desconcierto que le creaba aquella reacción por parte de Mario.

–No se merecen –dijo ella–. Tu crítica me ayudó a mejorar. Eso es todo. Me alegro de que te haya gustado.

Mario se dolió con esas palabras, porque estaba claro que a ella le había hecho daño su juicio.

–Perdóname –le pidió Mario–. Tenías razón al enfadarte conmigo, fui... No debí atacarte como si se hubiese tratado de algo personal.

–No te disculpes. Lo hecho, hecho está.

–Si hubiera sabido que tú eras Tarántula...

–Nunca se te hubiera ocurrido dirigirme la palabra, ¿verdad? –dijo ella, tranquila pero dolida.

–Julia –murmuró Ernesto, tomando una mano de ella y avisándole de que no era el lugar adecuado.

–¿Podemos hablar en otro sitio? –preguntó Mario a los ojos brillantes de Julia.

–No debería moverse de aquí –respondió Ernesto, señalando la fila de personas detrás de Mario–. Julia, es mal momento –le susurró a ella.

–No te preocupes, no me pienso levantar de la silla –le respondió ella–. ¿Puedes salir tú de aquí un segundo?

Ernesto asintió sin problemas y les dejó solos. Además, le dio conversación a la gente que esperaba en cola, distrayéndola para que no se inmiscuyera entre Julia y Mario.

–Debí decirte quién era cuando viste los libros en mi estantería –se reprochó ella.

–¿Por qué no lo hiciste? No sabías quién era yo.

–Porque me aterra ser juzgada –Julia alzó las cejas–. Estoy harta de que la gente que me conoce me critique con puñaladas en lugar de valorarme como soy... No me considero mala persona.

–No lo eres.

–Eso no es lo que me dicen.

–¿Quiénes?

–Mi familia. Desde siempre.

–¿Tu familia? ¿De quién hablas?, ¿de tu madre? Me dijiste que era una mujer insatisfecha que no sabía hacer otra cosa que amargarte para sentirse mejor... ¿O es tu hermana?, ¿es tu hermana? ¿Me estás diciendo que te tomas en serio las críticas de una mujer que no sabe lo que quiere, no conoce bien ni a su propio marido y que no deja dibujar a sus niños? ¡No tiene ni medio cerebro!

Mario había usado un tono algo irrisorio. Julia tuvo que reír entre dientes y bajar la mirada. Mario acabó riendo al verla sonreír.

–Vamos, Julia... Si te tienen lástima está claro que no te conocen. Y si te tienen envidia, las comprendo. Eres única.

–Tu crítica decía que era repetitiva, fácil de predecir, aburrida... Básicamente, una pérdida de tiempo –dijo Julia, volviendo a mirarle a los ojos–. Por mucho que te arrepientas ahora, eso era lo que pensabas.

Mario negó con la cabeza.

–Sí, de acuerdo, era lo que pensaba. Pero este libro lo he leído sin saber que eras tú quien lo escribía, y aún así pensé que era diferente a los otros. Este libro es muy bueno, Julia.

–Mario, no te puedes imaginar cuánto odio conseguiste sacar de mí aquella vez. Es difícil sopesar algo así ahora –los ojos de él pedían a gritos que aquello no fuese una despedida, pero Julia no sabía qué palabras usar para no hacerle daño–. Ninguno de los dos hemos sido del todo sinceros, por la razón que fuese... Lo he pasado muy mal, y no creo que sea el momento... Estoy intentando recuperarme.

Mario se quedó sin saber qué decir durante un momento. Se quedó como paralizado por aquellas palabras.

–Esto es ridículo –murmuró, finalmente, Mario–. Quiero ayudarte, es lo que más deseo en el mundo. Que seas feliz. No estoy aquí para decirte lo mala o lo buena escritora que eres... No, no estoy aquí por Tarántula. Estoy aquí por ti, Julia, por la mujer a la que me moría por volver a ver desde hace casi dos meses. Me hubiese sentido satisfecho leyendo este libro y haciendo una buena

crítica sin tener que venir aquí, si no fuera porque eres tú, y no otra... ¿No te das cuenta? No te está hablando ese crítico hijo de puta que un día te puso en la cuerda floja. Sólo soy yo, Mario. Te aseguro que en estos momentos odio a ese cabrón más de lo que tú hayas podido llegar a odiarle nunca.

Julia suspiró. Tenía un nudo en la garganta. Sin atreverse a mirarle, tomó el libro y lo firmó para él.

–Ten –le dijo, devolviéndoselo–. Será mejor que dejes pasar a la gente. No creo que Ernesto pueda retenerles más.

Mario tomó el libro de forma mecánica, sin poder digerir la actitud de Julia, por más que la entendiera.

–Está bien –se resignó–. Te dejaré tu espacio y tu tiempo, Julia. Todo el que quieras... Pero, por favor, búscame si me necesitas. O incluso si no me necesitas –ella le sonrió agradecida y asintió–. Hoy te va a hacer una entrevista el periódico para el que trabajo –dijo él, aún como ausente. Julia volvió a asentir–. Yo les dije que te la merecías, por la gran lección que me habías dado con esto –dijo Mario, mostrando el libro–. Aprovechala, ¿de acuerdo?

–Lo haré –respondió ella.

–Bien... Mucha suerte –sonrió él, suavemente, aún sin poder quitar sus ojos de ella–. Estás preciosa.

Mario se dio la vuelta y empezó a andar para marcharse de allí.

–Gracias –murmuró ella, sin estar segura de que él la hubiese escuchado.

Julia siguió atendiendo a las personas que estaba en fila frente a ella, disimulando que no sentía todo su cuerpo reaccionando ante la presencia repentina de Mario. Estaba nerviosa, pero segura de lo que había hecho.

Mario miró a Julia por última vez, ya alejado de ella, y sonrió. Le parecía bueno que se hubiese decidido a aceptarse a sí misma de forma completa y que se mimara. Lo único que lamentaba era no poder acercarse más a ella en aquellos momentos. Al menos lo había intentado...

Mario subió a su coche y condujo hasta su casa. Cuando llegó, Ágata le esperaba con el almuerzo servido. Los niños estaban con su madre, y llegarían por la tarde, de modo que Mario almorzaría sólo con Ágata, y podrían hablar de sus cosas. Si algo valoraba Mario de su querida asistente era su facilidad para dar consejos útiles.

–Buenas tardes, señor –le saludó ella, tan respetuosa como siempre, llevando una olla caliente a la mesa del comedor.

–Hola, Ágata –sonrió él–. Te traigo el libro que te regalé.

–¿Ya me lo trajo firmado? Muchas gracias –respondió ella, haciéndole un gesto para que lo dejase sobre uno de los sofás.

–No ha sido nada...

–Empezaré a leerlo hoy mismo –Ágata dejó la olla sobre la mesa y empezó a servir la comida en los platos–. Después, cómo no, de que me cuente qué pasó... ¿Y esa cara?

Mario suspiró. Se sentó a la mesa sin saber cómo explicarse. Ágata tomó el libro para mirarlo antes de sentarse con Mario. Le gustaba mucho la portada.

–Es obvio, ¿verdad? –preguntó Mario, observando cómo Ágata acariciaba el lomo del libro y lo abría.

–Sí, Mario –sonrió ella–. Obvio que está enamorado... Y ella debe de ser una mujer fuerte.

Mario soltó una risa sarcástica. Dirigió su mirada a su vaso de cristal aún vacío.

–Mario, dígame una cosa –Ágata frunció el ceño y acercó el libro abierto a sus ojos para leer claramente–. ¿Qué es el... Chispa y humo?

Mario alzó la mirada al oír eso.

–Lo pone en la firma...

Mario se levantó rápidamente de la silla y se puso junto a Ágata. Tomó el libro y leyó.

*Lamento lo que ha pasado.*

*Te espero esta noche en el Chispa&humo, para que escribamos de cero nuestra propia historia. Te quiero.*

*Julia.*

FIN.